

R. ORTEGA Y FRIAS

5 pts.

# EL TROVADOR

**NOVELA COMPLETA:** El suplicio desgarrador de un corazón enamorado, la torturadora tragedia de una madre, el alcance de una venganza terrible, entre un torbellino de pasiones; fuego insaciable donde se consumen las almas...

1  
D  
822/1



MANO  
blanca

R. 8092

# Revista literaria

## NOVELAS Y CUENTOS

PUBLICACION SEMANAL

AÑO XXI.—NUMERO 928.—DOMINGO, 20 DE FEBRERO DE 1949

LARRA, 12. Apartado 4003, MADRID.—Dirección teleg. JOSUR - MADRID.—Teléf. 24 11 05

# EL TROVADOR

NOVELA COMPLETA

Por R. ORTEGA Y FRIAS

El famoso novelista don Ramón Ortega y Frías nació en Granada y murió en Madrid (1825-1883). Constituye un caso admirable de fecundidad literaria, pues produjo más de ciento cincuenta obras originales; pero, además, realizó innumerables traducciones y otros trabajos, a los que tuvo necesidad de recurrir para sostener una numerosa familia.

Las novelas debidas a este popular autor, verdaderos modelos del género llamado de imaginación, han sido siempre muy buscadas por su mérito indiscutible. Contribuyó no poco al movimiento romántico español con distintas obras históricas y en particular con su adaptación novelada del drama inmortal de García Gutiérrez: "EL TROVADOR", que ha recorrido en triunfo el mundo entero.

## PROLOGO

### LA GITANA

I

Una espesa niebla robaba a las flores la primera sonrisa de la aurora, y envolvía en sus pliegues húmedos y fríos las nudosas ramas de la secular encina y el áspero tronco del viejo roble, sin dejar que las aves, que en sus huecos anidaban, extendiesen el vuelo. Dibujábanse vagamente las montañas con dudosas formas, ocultábanse a las miradas los arroyos, y las fuentes, que parecían exhalar en sus murmurios lánguidas y tristes quejijas, como velado por una ligera nube, distinguíase confusamente el sombrío castillo de los condes de Luna, que se alzaba como la corona de piedra del dios de los titanes sobre una desnuda roca de escarpadas pendientes. El apagado son de la esquela no se dejaba oír en el collado, y si el ladrón del fiel mastín intentaba romper el silencio de aquella triste mañana, lo mismo que el canto del gallo madrugador, ahogábase entre los vapores de la espesa niebla, sin que llegase a las montañas para pedirle la respuesta de sus ecos. Todos los ruidos, todos los ruidos expiraban, apenas se producían, en el seno frío de aquella pesada atmósfera; hasta los vibradores ecos del esquilón de la ermita que, como una blanca paloma, descansaba sobre el verde césped del valle, escarsaban como tímidos lamentos, que se ahogaban entre los vapores de la niebla.

Triste era la mañana, porque ni las flores esparcían sus aromas, ni cantaban las aves ni llegaba a la tierra un rayo de sol o un reflejo del matutino crepúsculo.

El puente levadizo del castillo no se había bajado aún para dar salida a sus moradores; pero junto al foso, sentada en un peñón, y como si esperase la hora de poder entrar en la fortaleza, estaba una mujer vestida miserablemente, es decir, cubierta de harapos, y que, con una parte de lo que debió haber sido albornoz, y entonces no era más que un trozo de raída tela de lana gris, cubría su espalda

y procuraba abrigar a una criatura, apenas de dos años, que en sus desnudos brazos tenía, oprimiéndola contra su seno con el cariño de una madre. El frío hacía temblar a la infeliz y castañetear sus dientes; pero como si nada sintiese, permanecía inmóvil y silenciosa, con el cuerpo inclinado sobre el niño para prestarle más calor, y dirigiendo alternativamente a éste y al castillo afanosas miradas, intérpretes del miedo y del más profundo dolor. No tendría más de veinte años aquella mujer, y era hermosa, a pesar de su color moreno por naturaleza y más moreno aún por el sol que había tostado su cutis y el aire frío y húmedo que le había hecho perder su tersura. Sus grandes ojos, rodeados de largas pestañas, eran negros como el seno de la noche, de pupilas brillantes como la chispa del rayo y de miradas expresivas y ardientes, deladoras de una imaginación y de unas pasiones más ardientes aún y que fácilmente se arrebataban a la primera sensación. Una pronunciada arruga que partía de entre sus arqueadas cejas, indicaba la concentración de ideas, es decir, la fijación de una sola y el olvido completo de las demás, una voluntad firme y una constancia a toda prueba. Aquella mujer debía ser temible cuando odiase, porque el tiempo no podría resfriar su rencor, así como sus afecciones de cariño debían ser cada día más tiernas y estar más arraigadas en su corazón. El mundo podía haber hecho de aquella mujer un ángel o un demonio, porque era como el pedazo de oro, del cual puede hacerse lo mismo un puñal que hiere que un adorno que embellece; como el veneno, que bien administrado, da la vida, y que, sin embargo, mata; como la corriente de agua que puede fecundizar bien conducida, y que, desbordada, lo destruye todo. Empero, el mundo la había abandonado en el mar proceloso de la vida, y como la nave sin timón, a merced del viento y de las olas, que ya se mece dulcemente o surca las tranquilas aguas, ya se revuelve sacudida por el vandaval, y al fin se estrella en las rocas o destroza su quilla en el oculto banco, se había dejado arrastrar por las más deleznales pasiones lo mismo que por los más tiernos y puros instintos, sin saber, sin sospechar siquiera adónde iba, sin comprender por qué alternaban en su espíritu, tan sin concierto ni causa, el dolor y

la alegría ni por qué su pensamiento se agitaba unas veces afanoso, mientras que otras se dormía en brazos del descuido.

La sociedad no la quería en su seno, los hombres la perseguían y ella huía de la sociedad y aborrecía a sus semejantes. El mundo había dejado que se desbordase la corriente, había convertido en arma destructora el precioso metal que podía ser joya de inestimable valor. Empero, ¿cómo había de fijar el mundo sus miradas en aquella infeliz mujer? Era una gitana, y en aquellos tiempos un gitano era un hijo de Satanás, un ser que no pertenecía a la raza humana, temible, peligroso, y a quien no se conceda un palmo de tierra para vivir, que no encontrara una mano que le ayudara a levantarse si caía ni que le diese sepultura si moría; un ser peligroso como la fiera, digno sólo de ser aplastado como la víbora.

En desiguales y desordenados mechones se esparcían los negros cabellos de la gitana sobre su cuello y ocultaban parte de su frente, dando a su rostro la expresión más sombría. Largo rato pasó, y ni el frío ni la humedad de la niebla parecía que le produjesen sensación alguna. Sus miradas afanosas siguieron fijándose, ya en el castillo, ya en la tierna criatura que abrigaba en su seno, mientras que su oído, atento constantemente, esperaba, ansioso, percibir algún rumor que indicase que los moradores de la fortaleza se habían puesto en movimiento.

Al fin, el sonido vibrador de una trompeta se dejó oír dentro de los elevados muros, y la gitana se estremeció, como si aquellos ecos hubiesen herido las fibras de su corazón.

—Ya han despertado—dijo con voz ahogada—. ¿Qué será de ti, pobre madre mía? ¡Oh!... Esos hombres son muy crueles; tal vez no mirarán que estás loca, no pensarán que todo lo excusa en ti la falta de juicio, porque no sabes lo que haces... Pero respetarán tu vejez, tu miseria... ¡Ah!—prosiguió diciendo con amargura—; ah!—respetan nada más que la fuerza, y tú eres débil, madre mía!

La desdichada volvió a estremecerse, su labio superior se contrajo, dejándole ver dos hileras de blanquísimos dientes y su mirada quedó fija en el puente levadizo.

Efectivamente, casi todos los habitantes del castillo habían sacudido el sueño, y por sus salones, patios y pasillos cruzaban ballesteros, pajes, escuderos y doncellas que se frotaban las manos, y al pasar por delante de alguna ventana miraban al cielo para ver qué tal se presentaba la mañana. Todos iban encorvados por el frío y por la pereza del sueño que aún tenía sus ojos hinchados, y al darse mutuamente los buenos días, los unos lo hacían gritando alegremente, los otros murmurando, mientras que algunos estornudaban o tosían por toda contestación. El humor con que uno se levanta es cuestión de temperamento, y según el de cada cual, así despierta con ganas de reñir, de hablar, de reír, de estirar perezosamente los brazos y las piernas o de saltar y correr.

Dejaremos para otra ocasión, si a pelo viene, la historia y descripción arqueológica del castillo; baste por ahora decir que desde muy antiguo lo poseía por donación real, hecha a título de conquista, la ilustre familia de los señores de Artal, condes de Luna, y que su entonces actual poseedor, don Lope de Artal, se preciaba, como su antecesor, de tener en sus venas sangre pura goda. De esta raza era imponente y venerando recuerdo el castillo, sin que su gótica arquitectura la desmintiesen en su exterior ninguno de sus elevados torreones, ni una de sus ojivas del más puro trazado, ni sus almenas ni el más insignificante moldeado de los cerros de sus puertas, así como en su interior se conservaban, intactos, sus artesonados, sus macizos pilares y sus bóvedas.

En una espaciosa antecámara, donde sólo había una mesa de roble y algunos sillones de respaldo blasonado y asiento de encina, encontráronse dos hombres, ambos escuderos, de la misma edad, robustos, y al parecer, alegres y decididos. El uno era moreno, de ojos verdes, mirada penetrante y facciones movibles. El otro, rubio, de pardos ojos y mirada franca. Ninguno de ellos había cumplido los veinticuatro años; pero ya eran maestros en el oficio y tenían fama de valientes y astutos.

El moreno llamaba en la mano derecha una llave descomunal y cubierta de orín.

El rubio miró la llave, se sonrió y dijo:

—Buenos días, Jimeno; mil años en el nuevo oficio.

—¿Te burlas?

—No tal; pero te aconsejo que te procures un paje que te ayude a llevar ese pedazo de hierro.

—Amigo mío, el señor conde me encomendó la guarda de la bruja, y he tenido que obedecer, aunque no me agrada acercarme a ella.

—¿Te infunde miedo?

—No; pero como han dado en decir... Aquí viene Fabio—añadió Jimeno, mirando hacia

una puerta que daba a un corredor—. Nadie mejor que él podrá referirnos las infernales travesuras de la gitana, porque su trato con Aldonza...

—Dios os guarde—dijo a este tiempo el que llegaba, que era otro escudero—. ¿Ya estáis murmurando? Bien; quiero mi parte. ¿Y no estáis más que los dos? Extraña casualidad, porque a estas horas nos reunimos aquí todos los días la gente alegre... Ya van llegando... Allí tenéis a Juan, que se acerca con toda su calma... Mirad; también acuden los inseparables, los dos pajes hechos de dos pedazos del rabo de Satanás... Bueno; la mañana está fría, pero a fuerza de hablar entraremos en calor; el señor conde se levantará tarde, porque estará cansado...

—Creo que te equivocas; dejará muy pronto la cama para que se despache a la bruja...

—¿Tendremos fiesta?—dijo uno de los que llegaron.

—¡Hola!..., señor escudero, confidente y favorito de nuestro señor—gritó, alegremente, uno de los pajes al entrar—. Ya sabemos que se os reserva el honor de ser nombrado cocinero...

—Y que nos tiene preparada una lechuga, que asará a fuego lento...

—A un lado chanzas, señores pajes; si guardo a la bruja, es porque ninguno de vosotros se hubiera atrevido a hacer otro tanto.

—Dejemos lo que no importa—replicó Pablo—, y como de costumbre y por desayuno, que cada cual diga lo que de nuevo sepa.

—Sí, sí; ante todo, noticias.

—Hagamos corro.

Llegaron entonces algunos criados más, y con los que ya había formado círculo y se prepararon a escuchar.

—Hablemos de la bruja—dijo un paje.

—¿Y por qué hemos de llamarle bruja?—replicó un escudero.

—Porque vuela, se introduce por las paredes, hechiza y hace otras cosas por el estilo.

—Es una pobre loca; no hay más que verla.

—Es una gitana, y como todas ellas, tiene pacto con el demonio.

—Dígalo Pablo si no.

—Patrañas.

—¿Cómo se conoce que venis pocos días al castillo?—replicó Pablo—. ¿En qué consiste que desde el momento en que se encontró a la gitana junto a la cuna del hijo de nuestro señor, se ha quedado la criatura como un esqueleto?

—¿Y cómo entró en el castillo?

—Nadie lo sabe; pero es lo cierto que el niño se muere, porque le han hecho mal de ojo, y que por mucho que se ha vigilado, la gitana ha entrado otras veces y ha salido sin saber cómo ni por dónde. No hay quien entienda la enfermedad del niño, que al ver una cruz se espanta y le acomete una convulsión, lo cual prueba que tiene en el cuerpo un espíritu maligno que le va comiendo poco a poco las entrañas.

—Está hechizado, no cabe duda.

—Y eso sin contar otras muchas cosas, que horrorizan sólo con pensarlas.

—¿Y por qué no las habéis dicho?

—Porque os burláis de todo, y...

—Sepamos lo que sucede; sin duda, ha habido apariciones...

—Lo has acertado. Sabed que dos noches, a hora muy avanzada, y cuando el niño estaba un poco sosegado, ha visto a Aldonza...

—Vuestra enamorada Aldonza, la señora de vuestro corazón—dijo un paje con tono de burla.

—¿Me dejarás hablar?—replicó Pablo con mal humor.

—Calla, rapazuelo.

—Prosiga el barbudo enamorado—repuso el paje—. Ha visto la casta Aldonza...

—¡Silencio!

—Adelante.

—Te escuchamos, Pablo.

—Os decía—prosiguió éste—que Aldonza ha visto aparecer a la bruja, volando con alas de murciélago, despidiendo de los ojos chispas tan grandes como avellanas...

—¡Jesús María!—exclamaron algunos.

—Decid, decid—añadieron otros, acercándose más al narrador.

—Llegar a la cuna, coger al niño y comenzar a tirarlo en alto y contra las paredes, ni más ni menos que...

—¡Ave María!—dijeron en coro los criados, mientras que muchos se santiguaban.

—¿Qué tal?—prosiguió Pablo.

Y mientras se divertía de esta manera, reía a carcajadas.

—¿Y Aldonza?

—Espantada, como es natural, no se atrevía a mover un dedo.

—¿Y por qué no gritaba para que la socorriesen?

—Tenía la lengua pegada al paladar.

—Si ha sucedido tal como lo cuentas...

—Os digo que ella lo ha visto dos noches, y

que no puede dudarse de lo que se ve. Además, cierto olor de azufre que se esparcía por la cámara, es otra prueba evidente.

—¿Y no hizo nada Aldonza para librarse de la aparición?

—Una sola cosa le valía: el hacer la cruz y decir muchas veces: "Jesús, María y José."

—¿Y entonces?...

—La bruja daba un alarido, arrojaba al niño en la cuna y desaparecía como el humo.

—Serio es el lance.

—Confieso mi debilidad; pero a mí me hubiese puesto los cabellos de punta.

—Yo no hubiera acertado a hacer la cruz.

—Aldonza se levantaba después, miraba las puertas, las ventanas..., todo bien cerrado.

—¿Y el niño?

—La pobre criatura se quedaba como muerta; ya veis, el ritual de juego era para moler los huesos a cualquiera.

—Ya no puede haber duda en que es una bruja.

—Por eso el señor conde quiere quitarla de en medio, no solamente para que pague su delito, sino para ver si el niño recobra la salud.

—¿Y la hija?

—Le llaman Azucena, y en verdad que el nombre le cuadra, sino por el color, porque es bonita como un lucero.

—¿Dios me libre de ella!

—También será bruja.

—Tal creo; pero no sé lo que el señor conde habrá determinado con respecto a ella. Jimeno podrá decirnos...

—Nuestro señor—contestó Jimeno—es demasiado compasivo, y dice que no es justo que la hija pague los delitos de la madre. Y en verdad que no obra con prudencia, porque tarde o temprano la tal Azucena hará de las suyas, y nada habremos adelantado.

—Ciertamente.

—Por mi parte, mandaría quemar a la bruja, a su hija y al hijo de ésta.

—Y yo también.

—Y yo.

—Sin embargo, el señor conde no quiere hacerlo así, y anoche, cuando echamos mano a la bruja, ordenó que no se tocara a la hija, que nos seguía llorando y suplicando, diciendo que su madre estaba loca y que no le quitásemos la única persona que en el mundo la quería.

—¿Pobre muchacha!

—¿Te conduces de ella? Mejor harías en guardar la compasión para los cristianos.

—Bruja o no bruja, al fin es su madre.

—Eso mismo decía el señor conde, lo cual es una debilidad que habrá de costarle cara.

—Lo que pienso es que si tiene el poder de introducirse por las paredes, ya no estará en la prisión.

—He tomado mis precauciones para evitarlo.

—¿Qué has hecho?

—Poner una cruz de boj bendito en la puerta del encierro.

—Estará muy triste, desesperada...

—Al contrario, cuando la encerré cantaba y se reía, y después que salí del calabozo, escuché y sentí que bailaba. Esto me hizo pensar que su contento provenía de la seguridad que tenía de escaparse, y entonces se me ocurrió poner la cruz.

—Pero, en fin, ¿qué hacen con ella?

—¿Qué hacen?

—Sí; dejaos de misterios, porque ha de saberse al cabo.

—Quemarla.

—¿Quemarla!

—Ni más ni menos.

—Es decir, que tendremos fiesta...

—Y muy divertida.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—¿Temprano?

—Antes de dos horas.

—¡Bien!

—¡Corra la nueva!

—Sí; dejadme—repuso Jimeno—, que voy a ver al señor conde, según anoche me ordenó.

Los criados fueron desapareciendo por distintos lados, y Jimeno se dirigió al aposento de don Lope.

Este se había levantado ya y acababa de vestirse, cuando el escudero entró.

—¿Y esa mujer?—dijo el caballero, mientras que sus grandes y azules ojos fijaban una mirada altanera en el escudero.

—Encerrada, señor.

—Que ensillen la yegua torda.

—¿Almorzaréis antes de salir?

—No.

—La mañana está muy fría, señor, y...

—Que ensillen la yegua—interrumpió secamente el conde.

—¿Quién ha de acompañaros?

—Nadie.

—Bien, señor.

—Cuando yo me haya ido, que se ejecuten mis órdenes con respecto a la gitana.

Jimeno hizo una reverencia, y salió.

Pocos minutos después rechinaron las cadenas del puente levadizo, que cayó sobre el foso, y el señor de Artal, caballero en una fogosa yegua torda de árabe raza, cubierta la cabeza con un bonetillo de terciopelo azul, bajo el cual se escapaban sus rubios cabellos, y envuelto en una ancha capa de paño gris, salió del castillo.

Azucena, que aún estaba donde la dejamos, se levantó precipitadamente, dejóse luego caer de rodillas al extremo del puente, y gritó:

—¡Mi madre!... ¡Compasión!

El conde tuvo que detener su cabalgadura para no atropellar a la infeliz.

—Aparta—dijo el altanero señor, frunciendo el entrecejo.

La gitana no se movió; su pecho estaba tan agitado, que parecía que el corazón iba a romperlo con sus palpitaciones; corría el llanto en abundancia por sus mejillas y su cuerpo temblaba convulsivamente.

—¡Mi madre!—volvió a gritar con acento desgarrador, que parecía llevarse tras sí el alma... ¡Mi madre!... ¡La desdichada está loca!... ¡Compasión!... ¡En nombre de vuestra madre!...

—Aléjate si quieres evitarte el dolor de verla morir...

—No; es imposible; no le quitaréis la vida; es una anciana débil y sin juicio, y vos, noble señor, tendréis un corazón grande, generoso y valiente... ¡Compasión!...

—¿Acabarás?—replicó el conde.

Y picando a su yegua salió velozmente, obligando a la gitana a separarse para no ser aplastada.

—¡Maldito seas!—gritó la infeliz.

Y después de levantar los ojos al cielo, como si pidiese venganza, se dejó caer otra vez sobre el peñón, estrechó a su hijo contra su agitado pecho, apoyó la frente sobre las rodillas y quedó inmóvil.

El niño lanzó un doloroso gemido.

Volviéron a cruzar las cadenas y a levantarse el puente.

Los primeros rayos del sol comenzaban a romper el espeso velo de la niebla y a coronar, con sus luces, los torreones del castillo.

## II

La Naturaleza despertó al fin.

La niebla se había disipado.

El sol reflejaba en las espumas de los torrentes y en los cristales de los arroyos; iluminaba la cumbre de los montes y las copas de los árboles.

Cantaban las aves y resonaban los balidos del rebaño en la colina.

Las flores extendían sus pétalos y esparcían su aroma.

El esquilón de la vecina ermita seguía llamando a los fieles, y sus ecos se repetían desde el valle al collado, desde el collado a la montaña, y al estrellarse en los puntiagudos riscos parecían dividirse y multiplicados seguir hasta expirar muy lejos.

Bajó el puente, Azucena levantó la cabeza, sus espantados ojos lanzaron una escudriñadora mirada a la puerta del castillo y vio salir una turba de pajes y escuderos con grandes algazara de risas y gritos, marchando en desordenado grupo, cuyo centro lo ocupaba el objeto de su alegría.

La infeliz gitana abrió más y más los ojos con muestras de espanto; se contrajo su frente; desfiguráronse sus facciones y quiso exhalar un grito; pero el aliento le faltó y no pudo hacer más que abrir la boca. Había visto a su madre, a su pobre madre, anciana y loca, que iba a morir a manos de aquella gente despiadada y cruel, que encontraba motivo de diversión en el martirio de una criatura. Y no había ninguna esperanza de salvación para la inocente víctima; el que tan sin derecho había dispuesto de la existencia de aquella desgraciada, no había querido escuchar súplicas ni ruegos, y los que le obedecían, nada podían hacer más que cumplir las órdenes de su señor, sin contar con que lo hacían con gusto, con entusiasmo.

La madre de Azucena era una mujer que aún no tendría cincuenta años, flaca, de tostado rostro surcado de arrugas, y de cabellos grises y escasos que, sueltos y en el mayor desorden, se esparcían en mechones erizados y desiguales sobre su cuello y su frente. Sus grandes ojos verdes se revolían en sus órbitas sin cesar, dirigiendo a todos lados miradas vagas que, o no se fijaban en ningún punto, o una vez fijadas en cualquier objeto parecían clavarse en él. Sus delgados labios, secos y blanquecinos, los movía continuamente, aunque no hablase, lo mismo que sus huesosos dedos, que siempre tenía en continua agitación. Iba maniatada, y los gritos y risas de la brutal muchedumbre le hacían volver la

cabeza a todos lados y mirar a los unos y a los otros como si quisiese adivinar por qué estaban tan alegres yendo a quitarle la vida; pero por toda contestación solía recibir algún mal tratamiento de éste que le golpeaba o del otro que le escupía. Llevaba los pies desnudos, y su ropa consistía en algunos harapos sin forma de vestido, sin otro color que el de la suciedad.

En tan desordenado tropel y con tal alegría, atravesaron el foso, y Azucena dejó escapar un grito desgarrador, exclamando luego:

—¡No la matéis!

Su madre la miró, detúvose un instante, su rostro apareció más sombrío, sus pupilas se iluminaron y dijo con sorda voz:

—Hija mía, van a asesinarme; yo soy inocente, pero tú me vengarás. Esta gente inhumana abusa de su fuerza; tú debes abusar de tu astucia.

—¡Madre!—gritó Azucena, a la vez que intentó acercarse a la víctima.

—Pero un paje la detuvo.

—Azucena, Azucenica, le dijo, repitiendo el principio de un cantar de aquel tiempo—, no te metas entre nosotros, porque vas a pasarlo mal; vete al valle, que allí es donde deben estar las flores.

—¡Dejadme; quiero abrazarla!—exclamó la infeliz.

Mas el paje, estorbándole el paso, entonces con voz clara el cantar, diciendo:

Azucena, Azucenica,  
que la pradera engalanas,  
ahora estás dando envidias,  
descendes tendrás mañana.

—Lo cual quiere decir—añadió el paje—que si tus ojos negros y vivarachos, tu talle airoso, y en fin, tu donosura toda te han librado del enojo de mi señor, cuando seas vieja y te llamemos, en lugar de Azucena, bruja y embaucadora, te quemaremos como a tu madre, a quien tampoco le cuadra ya el nombre de Estrella que tiene.

—No te acerques—dijo la loca—; no te acerques, porque estos hombres te maltratarán.

—¿Por qué no he de abrazarla?—repuso Azucena—. No seas tan crueles; vosotros tendréis madre...

—Pero no es bruja.

—Sobre todo—replicó un escudero—, esta no es tu madre, sino una lechuza que anoche cazamos y que pensamos asar a falta de una polla.

—¡Dios mío!—exclamó Azucena con desesperación—. ¡Y tu justicia consiente tanta crueldad!... Es mi madre, el único ser que en el mundo me ama...

—¡Véngame!—volvió a gritar la loca, cuyos ojos brillaban como dos luces.

—No te vengaría si el señor conde, menos compasivo, hubiese mandado quemarla también—dijo un escudero.

—Como lo haremos sin orden suya—añadió otro—si nos importuna más.

Entre tanto, la comitiva bajaba la montaña, atravesaba un vallecillo y comenzaba a internarse en una escabrosa y estrecha garganta, formada por otras dos montañuelas.

Azucena los seguía, ya suplicándoles, ya maldiciéndolos, mientras que su madre no cesaba de gritar, diciéndole que la vengase.

Al fin, después de media hora de marcha llegaron a un lugar donde por un lado se levantaba una escarpada roca y por el opuesto se extendía un bosque de castaños y encinas.

—Hemos llegado—dijo Jimeno—. Atadle los pies y traed la leña.

—¡No, no!—gritó Azucena, dejándose caer de rodillas y besando los pies del escudero—. ¡En nombre de Dios!...

—Aparta, bruja. ¿Quieres hechizarme?—le replicó el sirviente, haciéndole caer de espaldas—. Vamos, pronto, la leña...

—¡Asesinos!...

La anciana no opuso resistencia a que le atasen los pies, y con estoica indiferencia miró tranquilamente cómo a su alrededor amontonaban gran porción de ramaje seco de encina. Semejante calma, efecto del extravío de su razón, aumentó el dolor de Azucena que, sin cuidarse del llanto de su tierno hijo, se había dejado caer sobre una piedra y gritaba y se retorció los brazos desesperadamente.

—¡Infeliz!... ¡Iba a ver morir a su madre en medio de la más horrible y espantosa agonía. ¡Cuánto debía sufrir en aquellos momentos, cuánto le quedaba que sufrir!

Entre tanto, los pajes y escuderos seguían con sus risas y sus chistes repugnantes, y en pocos momentos terminaron los preparativos de muerte.

—¡Silencio!—gritó Jimeno.

Todos callaron.

—El conde, nuestro señor—prosiguió el escudero—, manda quemar a esta bruja, porque

ha hechizado a su hijo mayor, infundiéndole malos espíritus, que van acabando con su vida, habiéndose trocado de rollizo y saludable en flaco y enfermizo. Por todo lo cual se quemará a la bruja, y así se castigarán sus crímenes y tal vez se conseguirá salvar al heredero del muy noble señor de Artal, conde de Luna, de quien somos vasallos leales y fieles.

Este grotesco pregón arrancó un aplauso general, y nuevas risas y burlas, y un instante después las llamas empezaron a cundir en el ramaje.

Azucena exhaló un grito, y a no sujetarla dos escuderos, hubiérase arrojado a la hoguera en la ceguera de su desesperante dolor.

Cuando comenzaron a crecer las llamas, salió la víctima de su estupor, dejó escapar un aullido espantoso, y saltando y revolviéndose en todas direcciones con la agitación convulsiva de su horrible agonía, gritó:

—¡Socorro, socorro!

Pero en seguida, clavando en Azucena una mirada penetrante, dominadora, añadió:

—¡Véngame!... ¡Maldita seas si no tienes valor para vengarme!...

—¡Espectáculo horrible!

Las llamas prendieron en los harapos de la infeliz, y como una columna de fuego, se la veía girar y agitarse, mientras que sus ojos parecía que iban a salirse de sus órbitas y su áspera cabellera flotaba entre el humo.

—¡Véngame!—gritaba con acento desgarrador, que se repetía cien veces en la montaña.

Y los escuderos reían más y más.

—¡Mirad cómo baila!—decían los unos.

—¡Mal huele la maldita!—añadían los otros.

—¡Te vengaré, madre mía!—exclamaba Azucena.

—¡Véngame!—repetía, sin cesar, su madre.

Y crecieron las llamas, y no se vio otra cosa que los cabellos de la víctima, pero se oyeron sus gritos pidiendo venganza.

Las carcajadas armonizaron con los lamentos.

Los lamentos contestaron a los ecos lánguidos que hasta allí enviaba el esquilon de la ermita.

—¡Véngame!—gritó por última vez la gitana.

Y otro grito, arrancado al alma por un dolor incomparable, respondió; y Azucena quedó sin conocimiento, estrechando fuertemente a su hijo entre sus brazos.

La sentencia del señor de Artal estaba cumplida.

Pocos minutos después se retiraban los escuderos y pajes, sin mirar a Azucena, que seguía inmóvil junto al fuego que acababa de devorar a su infeliz madre.

### III

Pasaron seis meses.

Azucena no había dejado un solo día de acechar a los alrededores del castillo: oculta tras una piedra o escondida en el hueco de alguna quebradura de la montaña, había visto muchas veces salir y ponerse el sol, había tiritado de frío, luchado con el sueño y sentido el hambre y la sed. Empero, el puente levadizo bajaba pocas veces para dar paso a los moradores de la fortaleza, levantándose en seguida. Desde la enfermedad del hijo del conde, se tenía especial cuidado en guardar la entrada, no sucediendo, como antes, que sólo de noche se levantaba el puente.

Una voluntad menos firme, un odio menos profundo que el de la gitana, hubieran renunciado a su proyecto; pero ella, cada día más animada por el ardimiento de su rencor, no desistió de llevar a cabo la venganza de la muerte de su madre, y con una constancia invencible vio pasar hora tras hora, repitiendo cada vez que el sol se ponía, cada vez que asomaba la aurora:

—¡Un día más!... ¡Otra noche!... Pero, al fin, te vengaré, madre mía: la misma hoguera que consumió tu cuerpo, devorará al hijo del conde: aún arde; yo la alimento con más cuidado que a mi propio hijo.

Efectivamente; desde el día en que murió la anciana, no había dejado Azucena de añadir ramaje seco a la hoguera, esperando la ocasión en que cometer un crimen para vengar otro. Habiale favorecido la circunstancia de que ni los habitantes del castillo ni los de aquellas cercanías se habían vuelto a internar en aquella parte de la montaña, porque tenían cierto miedo supersticioso, siendo la causa el referirse que de noche se oían lamentos y aullidos que salían de allí, y aun se observaban resplandores que debían ser llamaradas del infierno, según la opinión general. Lo de los lamentos bien pudo ser que se oyese, pues los exhalaba en el exceso de su dolor la infeliz Azucena, y aún gritaba en los momentos del febril delirio que solía producirle el tormento de su dolor.

Repitiendo, como ya hemos dicho, sus palabras de "un día más, otra noche", había pasa-

do Azucena los seis meses y estaba dispuesta a pasar el resto de su vida.

El hijo del conde había recobrado la salud, y cuando empezaban a desvanecerse los temores de que le sucediese una nueva desgracia, llegó el día en que la inocente criatura espíase el criminal abuso de su padre.

No velaban el sol las espesas neblinas del otoño, sino que los madrugadores crepúsculos de la primavera esparcían la sonrisa de sus resplandores, derramaban los líquidos diamantes del rocío y hacían que la luna huyese avergonzada. La rosa y la azucena extendían sus hojas, abriase con cariño y dejaban que el céfiro las besase cariñosamente para robarles su aroma. El lánguido y enamorado lirio se inclinaba al primer soplo de la matutina brisa, y cuando el arroyo lamía su tallo y lo adulaba con su murmurio, bañaba sus hojas de terciopelo en los transparentes cristales de como para refrescar su amorosa sed. Los pájaros cantaban alegremente, mientras zumbaba la abeja laboriosa, y en tanto que el sol se preparaba a demostrar, con sus luces, que era digno de tener por mensajero a la aurora, el rebaño bordaba con sus blancos vellones la verde alfombra de la pradera y los pastores entonaban sencillos cantares.

Era el día 3 de mayo de 1389, aniversario del nacimiento de don Lope de Artal, y siguiendo una antigua costumbre de familia, desde muy temprano se había dejado caer el puente levadizo, sin volverle a subir, para dejar franca la entrada a los campesinos de las cercanías que fuesen a felicitar al conde y a comer en las grandes mesas que se disponían en los patios del castillo. Aquel era un día de fiesta para los numerosos criados y colonos o más bien vasallos del señor de Artal; las campesinas se engalanaban con sus mejores vestidos y adornos y cantaban y bailaban al son de alegres instrumentos, que tañían los mozos; vaciábanse muchos toneles de vino, y desde el amanecer hasta bien entrada la noche, no cesaba un momento el animado bullicio ni el ruido alegre de aquella fiesta.

Azucena había añadido a la hoguera más ramas que de costumbre, y contemplando las llamas pasó casi todo el día, dando con sus recuerdos cebo a su venganza, y exaltando con su dolor creciente su fogosa imaginación.

Comenzaba el sol a tocar a su ocaso, y la fatiga a rendir y el vino a pesar en las cabezas de los alegres campesinos. Ningún año habían bebido tanto; el conde había estado espléndido como nunca, porque quería que todos participasen del contento que él sentía al ver a su hijo en completa salud.

—Este es el mejor momento—dijo Azucena.

Y acostando a su hijo en un lecho formado de hojas, y echando una mirada de feroz alegría a la hoguera, partió, dirigiéndose al castillo.

—Segura estoy de que no me verán—murmuraba por el camino— y de que será de llanto la noche de este alegre día.

No se engañó, porque cuando por desusadas veredas llegó cerca del castillo, atravesaban el puente y obstruían la puerta muchos campesinos que salían y algunos que entraban para echar el último trago.

Los que se iban descendieron por la pendiente senda de la montaña unos tras otros, bamboleándose y tropezando y hablando todos a la vez; y los que entraban a brindar para despedirse, que eran todos amigos de los criados del conde, se reunieron con éstos para beber en uno de los patios. La puerta quedó abandonada y casi a oscuras las primeras galerías que se encontraban al entrar, porque ya el sol apenas dejaba ver una pequeña parte de su cabellera de fuego.

—No hay nadie—murmuró la gitana desde el sitio donde estaba oculta—. Esta es la ocasión.

Y arrastrándose como un tigre llegó al puente, lo atravesó, miró con encendidos ojos al interior del castillo y convencida de que nadie la observaba, entró en él.

—¡Cómo palpito su corazón!

Las emociones producidas por el triunfo de un deseo criminal son tal vez las que más comueven, y por eso dominan más la razón, la ciegan y la extravían.

Azucena se detuvo y volvió a observar, pero nada vio.

A sus oídos llegaron los brindis y las carcajadas de los verdugos de su madre, y se estremeció convulsivamente.

—¡Pronto djaréis de reír!—murmuró con voz sorda la gitana.

Y se internó en una galería, y luego en otra, y subió una escalera excusada, sin encontrar a nadie.

Paso entre paso, encorvada, oprimiéndose el pecho con las manos, relucientes las pupilas como las de un gato montés, caminó con el silencio de una sombra, y después de atravesar dos espaciosos aposentos, se detuvo junto a una puerta y escuchó. Reinaba un silencio profundo.

—¿Dormirá?—dijo para sí la gitana.

Empujó suavemente la puerta, que cedió sin hacer el menor ruido, y entró en un aposento cuadrado, donde había una cama y una cuna cubierta con finísima colgadura de tela blanca de seda.

Azucena levantó la colgadura con trémula mano y vió un niño que dormía tranquilamente.

Los resplandores del crepúsculo, que entraban por una ventana, se derramaron sobre el rostro angelical de la tierna criatura, haciendo más dulce la sonrisa que dilataba su pequeña boca de frescos y sonrosados labios. ¡Qué hermosa estaba! ¡Cuán descuidado era su sueño! La expresión cariñosa de su semblante aparecía más tierna, iluminada por los reflejos del crepúsculo, y no podía contemplarse sin sentirse conmovido.

Al mirarlo la gitana, se acordó de su hijo, y su pecho se oprimió y sus ojos se humedecieron. Por un instante se olvidó de su venganza y de su odio y se dejó arrastrar por el influjo de la inocencia, pintada en aquel rostro infantil.

—Así duermen también mi hijo—murmuró Azucena, sin pensar que arriesgaba la vida deteniéndose allí—. También coronarán su frente estos últimos resplandores del día y sonreirá lo mismo... También está solo... ¡Oh!—prosiguió, estremeciéndose y palideciendo—; si me lo robasen... ¡Dios mío!... No, no me espera ese tormento, no sufriré lo que ha de sufrir el cruel asesino de mi madre... ¡Pobre criatura!... Nada teme, porque aún no conoce el odio ni sabe lo que es la muerte... Quizá si despertase me acariciaría... ¡Ah!... Más vale que al abrir los ojos me mire con horror y me rechace...

La gitana se oprimió el pecho con ambas manos, porque apenas podía respirar, y haciendo un esfuerzo, prosiguió:

—Yo creí que arrebatarían mis brazos, sin temblar, a esta criatura de su lecho, y que me gozaría en sus tormentos cuando lo consumiesen las llamas, lo mismo que gozaron los verdugos de mi madre... ¡Oh!... ¡Madre mía!... Pienso que para vengarte habré de desgarrarme el corazón...

En aquel momento llegó hasta allí, aunque muy debilitado, el eco de una carcajada unánime de los que se despedían bebiendo.

Azucena se estremeció, sus ojos relumbraron como dos centellas y con voz reconcentrada dijo:

—Ellos son los que la quemaron...; se reían como ahora...

Volvió a resonar otra carcajada, y luego, por una galería cercana se sintieron los pasos de un hombre y se oyó una voz soñolienta que entonó el cantar que ya conocemos y que principia:

Azucena, Azucenica...

—Ellos son—volvió a decir la gitana—, los mismos que la quemaron...; y ese..., el que me estorbó abrazarla...; ¡Y he vacilado!... ¡Perdona, madre mía!...

Su frente se contrajo más de lo que estaba, sus ojos se abrieron extremadamente y fijaron en el niño una mirada terrible y sombría, y extendió los brazos, diciendo:

—Mi madre era inocente y la quemasteis, señor de Artal; yo quemaré a tu hijo, que también es inocente; ¡víctima por víctima!

Y se acercó al niño, volvió a contemplarlo un instante y lo cogió en sus brazos, sin que despertara.

—Juré vengarte y cumplo mi juramento, madre mía. La hoguera en que te vi morir arde aún; mis lágrimas debieran haberla apagado, porque han sido muchas; pero mis manos han alimentado el fuego... Conde de Luna, no te ablandaste al ruego de una hija...; yo tampoco me ablandaría si me rogase el padre... ¡Oh!... ¡Cuánto diera yo por encontrarte sobre el puente y ver que tu corazón se hacía mil pedazos para poder decirte: "Aparta; déjame, importuno; aléjate si quieres evitarte el dolor de ver morir a tu hijo"... ¡Ah!... ¡No he olvidado tus palabras, orgulloso señor, asesino de mi madre!... La hoguera sigue ardiendo... ¡Adiós, conde de Luna; tus lágrimas regarán mañana el mismo sitio que han regado las mías, y la pobre gitana se reirá de tu llanto como tú del dolor de la desdichada huérfana!

Azucena salió del aposento, presa de una febril agitación, y ya deteniéndose para escuchar, ya siguiendo con desiguales pasos, llegó a la puerta del castillo.

A nadie encontró.

La misma soledad y el mismo silencio, en medio del cual resonaban de vez en cuando las risas y voces de los que bebían, excitando sus ecos el odio y la sed de venganza de Azucena.

Salió del castillo y atravesó el puente.

De los crepúsculos no quedaba ya sino el último adiós, y la oscuridad de la noche co-

menzaba a extenderse, haciendo perder sus formas a los árboles y a las montañas.

Los campesinos, que pocos minutos antes se alejaron, habiéndose esparcido ya en el valle, tomando distintas direcciones; no se les veía, pero se oían sus voces soñolientas y desafinadas al despedirse los unos de los otros o al entonar alguna canción.

—Ya no pueden alcanzarme—murmuró la gitana.

Y sus ojos brillaron en la oscuridad como dos luciérnagas.

—¡Adiós, conde de Luna!... Dentro de un año será el aniversario de tu nacimiento, el de la muerte de tu hijo y el de mi venganza: tú llorarás y yo reiré... ¡Adiós, conde!

El niño despertó en aquel momento, como si también quisiese despedirse de su padre; pero Azucena ahogó en su seno palpitante el primer grito de la inocente criatura, y sin detenerse comenzó a descender rápidamente.

Cerró la noche.

Nada pudo verse ya, sino las estrellas que bordaban el cielo, rivalizando en fulgor.

Calma por todas partes, silencio y quietud.

La gitana, rompiendo las tinieblas, corría con todo el ardimiento de la criminal embriaguez de su odio, y sus fuerzas parecían aumentarse y guiar sus pasos un genio invisible, porque ni las malezas ni las quebraduras del terreno eran estorbo a su veloz carrera. Sus pies debían estar llenos de heridas y ensangrentados; pero ella nada sentía, sino el deseo de su terrible venganza.

Pocos minutos tardó en llegar al sitio de la hoguera.

Miró y vió que su hijo dormía tranquilamente.

—¡Madre mía!—gritó con voz destemplada—. ¡No me maldigas, voy a vengarte!

Su rostro estaba horriblemente desfigurado; sus negras pupilas chispeaban como dos ascuas, y era tal la agitación de su pecho, que apenas podía respirar.

Su mirada sombría y amenazadora se clavó en el hijo del conde.

El niño contempló la hoguera y se sonrió con la más expansiva alegría al ver oscilar, crecer y menguarse en caprichosas ondulaciones las rutilantes llamaradas.

—¡Te alegra el fuego—dijo la gitana con sarcástico acento—. Pronto dejarás de sonreír...

Por toda contestación, levantó el niño los brazos y sus manecitas blancas y suaves acariciaron las pálidas mejillas de la gitana.

—¡No te infunde miedo—repuso Azucena, a la vez que se estremecía.

La inocente criatura dejó escapar uno de esos gritos infantiles que expresan la más viva alegría, y asiéndose al cuello de Azucena, se enderezó y acercó sus labios puros como para besarla.

—¡Oh!... ¡Aparta!... ¡No!...—gritó la gitana, haciendo un esfuerzo—. Me faltaría el valor para arrojarte en las llamas.

El corazón de la madre había respondido a las caricias del hijo del conde.

—¡Pobre criatura!... Tan inocente la condeno a sufrir un tormento horrible, y sonrío al escuchar mi sentencia y quiere besar los labios que la pronuncian.

La lucha había comenzado; el odio no era ya el solo dueño de la razón; el sentimiento de amor maternal había despertado en el alma de Azucena la ternura y la compasión. La expresión de su rostro pareció entonces dulcificarse, perdió algún fuego su mirada amenazadora y volvió a decir con más suave acento:

—¡Pobre criatura!... ¡Cuánto vas a sufrir!... Ningún daño me has hecho, y tengo que arrojarte en esa hoguera... No me acaricies; no sonrías, porque tu sonrisa me recuerda la de mi hijo y se amengua mi valor. Yo quisiera salvarte, pero no puedo; tengo que herir a tu padre en el alma, como tu padre me hirió; tengo que vengar a mi madre, que era inocente como tú, débil también y sin defensa, y tan respetable su vejez como tu infancia. Yo la vi abrasarse y la oí gritar: "¡Venganza!"... Juré que la vengaría... ¡Era tu destino!... El cielo te espera, hermoso niño, y la corona de los mártires orlará tu frente, porque eres un mártir... ¡Pobre criatura!

La tristeza que empezaba a debilitar el rencor de la gitana, pareció comunicarse al niño, porque su boca se contrajo, exhaló un penoso suspiro y rompió a llorar en tanto que acariciaba el rostro de Azucena.

Esta, impulsada instintivamente por la costumbre, sin pensar en lo que hacía, intentó consolar al niño, y estrechándolo contra su pecho, besó su tersa y pura frente. Empero, luego dejó escapar un grito y exclamó:

—¡No puedo!...

La inocente criatura redobló su llanto y sus caricias, después se sonrió, abrazó el cuello de la gitana y volvió a mirar la hoguera.

Quiso Azucena extender los brazos para arrojar en las llamas a su víctima, pero no pudo, y volvió a invocar los recuerdos del su-

plicio de su madre... Todo fué en vano; la criatura, con sus halagos, con su memoria todos los recuerdos.

—¡Me falta el valor!... ¡Soy madre!—exclamó la gitana.

Y sintió que sus fuerzas se debilitaban, hasta el punto de no poderse sostenerse de pie.

La calentura iba creciendo y su frente se abrasaba, sus miradas perdían la firmeza y sentía su pecho más y más oprimido.

—¡Ah!—murmuró la infeliz, mientras se pasaba las manos por la frente y separaba algunos mechones de sus desordenados cabellos—. ¡Qué me sucede?... ¡Préstame ayuda, madre mía!... No puedo sostenerme... ¡Será la fatiga de haber corrido?... Descansaré... Espera, madre mía; espera algunos momentos...

Azucena se sentó junto a su hijo, que seguía durmiendo, y después de contemplarlo, dijo:

—¡Qué hermoso es!... ¡Por qué ha de pagar mis faltas?... El conde lo quemaría también si, a su vez, quisiese vengar a su hijo... ¡Oh! La sola idea de que puede suceder... Imposible, imposible...; soy madre, y... ya he vengado a la mía, porque el señor de Artal ha perdido a su hijo; pero no lo quemaré... ¡Es tan hermoso!... Y... nació el mismo día que el mío, a la misma hora... Si... te perdono la vida... ¡Sonríes?... Pero no te separarás de mí, tendrás a mi hijo por hermano y juntos creceréis y me amaréis a porfía... Aquí, a su lado... Duermes con él...

La gitana colocó al niño junto al suyo.

—Me abraso—murmuró—. Parece que tengo en el pecho esa hoguera...

Y contempló las llamas, quedando inmóvil y silenciosa por algunos instantes.

Sólo se oyó entonces el chisporroteo de la leña y la agitada respiración de la gitana.

Seguían elevándose negras columnas de humo, que iban a perderse en las tinieblas, y que parecían negros fantasmas de formas caprichosas y espantables, que se escapaban del seno de la hoguera para convertirse después en espesas nubes y enlutar el cielo.

—Huiré, me iré muy lejos—murmuró Azucena con acento sordo—. ¡No es bastante la venganza de quitarle a su hijo más querido, al que debía heredar su nombre y su corona? ¿Estás satisfecha, madre mía?... ¡Oh!... No maldigas mi debilidad... Respóndeme...

Y sus ojos desenfocados no apartaron la mirada de la hoguera, siguiendo con avidez el incessante movimiento de las llamas que iluminaban su rostro, cada vez más sombrío y descompuesto, de tal manera, que nadie hubiera podido mirárselo sin sentirse lleno de horror y de espanto. La fiebre progresaba con rapidez y empezaba a producir el delirio. ¡Qué extraño era que así sucediese! La desdichada no había tomado ningún alimento en todo aquel día, y su espíritu había experimentado muchas y muy violentas sensaciones, sin contar con los efectos naturales del cansancio de su precipitada marcha.

Largo rato permaneció en la misma postura, sin perder de vista las llamas y estremeciéndose cada vez que una columna de humo se arremolinaba sobre la hoguera con extraña forma.

—Tengo frío—murmuró con la misma precipitación y breve acento de antes—. Tiemblo de frío, y sin embargo, se me abrasa el pecho y la frente... ¡Oh!... Cómo crece... y sube...; parece que va a llegar al cielo... y... se revuelve... No..., no te acerques...

Azucena encorvó el cuerpo y extendió los brazos, mirando, espantada, una columna de humo que se elevaba lentamente.

—No vengas, madre mía—prosiguió—. ¡Qué quieres?... ¡No estás satisfecha de mi venganza?... ¡Ah!... Vete... ¡Dios mío!... Ya llega al cielo...; allí... relucen...; son sus ojos... ¡Ten compasión!... No me acuses...; no me maldigas...

Exhaló un grito sordo agudo y se levantó espantada.

Sus crispadas manos volvieron a extenderse. Sus ojos parecían salirse de sus órbitas...

—¡Huye!—exclamó—. ¡Qué quieres?... ¡Oh!... Extiende los brazos... y crece... y grita... ¡Qué horror!... Y dice... ¡Véngame!... No puedo...; soy madre...; y me acaricia...; y llora... y se sonríe... ¡No grites!... ¡Otra vez?... ¡Maldita seas!... Me maldices...; sí...; vuelve a gritar... ¡Cómo se repite en las montañas el eco de su voz!... ¡Ah!... ¡Cómo se repite el eco, y se prolonga... y parece que no ha de extinguirse!... ¡No lo oyes, tú, señor de Artal?... Escucha... Dice...: "¡Véngame!"... "¡Maldita seas!"... Ya lo ves, conde...; me maldices... ¡Ah!... No me maldigas...; no me mires...; yo te vengaré...

La infeliz deliraba, y su aspecto infundía, a la vez, miedo y compasión.

Su frente estaba inundada de un sudor co-

pioso y frío, erizados sus cabellos y horriblemente desfigurados sus facciones. Temblaban convulsivamente todos sus miembros, castañeaban sus dientes y en todos sus ademanes se advertía el mayor desconcierto. Ya se pasaba las manos por la frente, ya se oprimía el pecho, desgarrando luego en mil jirones los harapos que la cubrían o ya, levantando los brazos con nerviosa tensión, parecía querer defenderse del imaginario fantasma. Con pasos vacilantes, desiguales, se acercaba unas veces a la hoguera para suplicar y otras se alejaba, huyendo desparavida.

La lucha era espantosa, horrible, desgarradora, y no podía sostenerse mucho tiempo sin hacer sucumbir a la desdichada.

Entre tanto, los dos niños se acariciaban mutuamente, reían y se abrazaban, rodando juntos por el mullido lecho de hojas.

Dos o tres veces se acercó la gitana para coger al hijo del conde y arrojarlo a la hoguera; pero le faltó el valor al verlo abrazado con el suyo y al escuchar los gritos alegres y las risas de ambos.

—¡No puedo!—gritaba entonces.

Pero al volver los pasos y las miradas hacia la hoguera, el fantasma de humo, que tocaba con la cabeza al cielo, sirviéndole de ojos dos estrellas, giraba y crecía, y la gitana, presa otra vez de su imaginario espanto, dominada por su ardiente delirio, retrocedía, prometiendo venganza, para volver a arrepentirse de su promesa y perder nuevamente el valor.

Las llamas esparcían sus resplandores, reflejando en el pedernal de la montaña y dando más espantable aspecto al semblante de Azucena.

Un rumor vago, lejano, llegó hasta allí, primero muy débil, luego más distinto, y que bien pronto se dejó conocer era el de muchas voces, relinchos y pisadas de caballos que resonaban al chocar contra las piedras.

La gitana oyó aquel ruido, se volvió rápidamente y vio hacia la parte del castillo extenderse un resplandor que iba acercándose.

Eran los criados del conde que, unos a pie, otros a caballo, provistos de antorchas, corrían desesperadamente en busca de la gitana, porque habían echado de menos al niño.

—¡Son ellos!—exclamó Azucena con mayor exaltación y espanto que nunca—. Y gritan... y ríen...; vienen por mi hijo... ¡Ah!... Van a quemarlo... Llegarán tarde... Quieren sacrificarlo como a ti, madre mía... los asesinos, los verdugos... No los llares, madre mía...; no castigues así mi debilidad...; yo te vengaré...; mira...

Había llegado el momento decisivo.

Se acercó al lecho de hojas, pero volvió a detenerse.

Miró otra vez hacia el castillo y vio sobre una montañuela, no yo los resplandores, sino la humeante y rojiza luz de las antorchas y muchos bustos negros y desiguales que avanzaban en desordenado tropel, lanzando gritos, que se repetían en la comarca.

—¡Corren!... ¡Se acercan!... ¡Pronto llegarán!... ¡Te vengaré, te vengaré!...

Nada más vio ni oyó la gitana: la luz había huido de sus ojos, su cabeza estaba aturdida y tan agitado su pecho, que apenas podía respirar.

La turba comenzó a bajar el montecillo, agitando las antorchas y formando sus gritos tal estruendo, que más que hombres parecían espíritus infernales escapados de sus tenebrosas cavernas.

Azucena lanzó un aullido, cogió a uno de los niños, y separándolo cuanto pudo de su cuerpo para evitar sus caricias, y sin mirarlo para que sus sonrisas no amenguasen su valor, llegó a la hoguera, levantó sus convulsos brazos a la vez que exclamaba:

—¡Madre mía!...

Arrojó a la criatura en las llamas.

—¡Ya estás vengada!—gritó con voz ronca y acento prolongado.

Y el eco repitió en los riscos.

—¡Vengada!...

Y contestó un grito lastimero, agudo, que se escapó de la hoguera.

La gitana cogió al otro niño, lo estrechó contra su agitado pecho y se lanzó a la espesura, exclamando muchas veces y mientras desaparecía:

—¡Ya estás vengada!... ¡Ya estás vengada!...

Nada fué obstáculo a su veloz carrera; empero, bien pronto le faltaron las fuerzas y el aliento, y tuvo que detenerse.

Entonces quiso acariciar a su hijo, que lloraba; pero al acercarlo a su rostro para besarle, su corazón dejó de latir, quiso gritar y no pudo...

El niño que tenía en sus brazos era el hijo del conde!

Lo que sintió aquella madre infeliz al ver

que ella misma había quemado a su hijo, es imposible explicarlo. Su cuerpo vaciló un instante y cayó sin sentido entre la maleza.

¡Desdichada!

FIN DEL PRÓLOGO

## CAPITULO PRIMERO

Veintidós años después.

—Si no habéis cenado en el castillo, podéis hacerlo aquí, porque todo está preparado.

—No.

—¿Que no queréis o que no habéis cenado?

—Que no quiero.

—¿Y acostaros?

—Tampoco.

—Son las doce.

—No importa.

—La yegua ha venido bañada en sudor, lo cual prueba que ha corrido mucho y que vos estaréis cansado.

—No.

—Y si mañana tenéis que salir otra vez...

—Despacha y déjame.

—Es que según veo las cosas, deben guardarse las fuerzas, porque cuando menos se piense...

—Bien, bien.

Así hablaban el conde de Luna y su escudero Jimeno, a quien ya conocen nuestros lectores; pero no el conde que mandó quemar a la gitana, sino su segundo hijo don Nuño, que era un manco hermoso y gallardo, de ojos negros, expresivos y de mirada penetrante y dura; de frente altiva y de rostro ovalado, siempre grave, casi siempre adusto.

A pesar de su carácter orgulloso hasta la exageración, y nada comunicativo, permitía que Jimeno se tomase ciertas libertades, como las de hablar por su propia cuenta y hacer preguntas y observaciones, teniéndole esta consideración, porque el escudero lo había visto nacer y era leal como un perro.

Don Nuño acababa de llegar a Zaragoza y de entrar en su cámara, donde, sentado en un sillón, se dejaba descalzar para calzarse de nuevo y mudar de vestido.

—Señales son éstas de que vais a salir—volvió a decir el escudero.

—Sí.

—Iréis a palacio y allí sabréis las nuevas que corren. A lo que se aseguraba esta tarde, el conde no desiste de su empeño; ha reunido más gente y piensa buscarlos antes que lo busquemos.

—Nos encontrará—contestó distraídamente el conde, que parecía muy preocupado.

—Y no será a vos el último, ni, por consiguiente, a mí.

—Siempre el mismo, Jimeno.

—¿Qué queréis, señor? Siento ardérseme la sangre sólo de pensar en el traidor que pone en duda los derechos de nuestro rey don Fernando, y deseo dar algunas lanzadas en defensa de la justicia.

—Ya debíamos haber acabado con ellos; pero qué quieréis; el rey se empeña en perder el tiempo en tratos con sus enemigos en vez de hacerles sentir todo el peso de nuestra fuerza y de nuestro rigor.

—Ya sabéis, señor, que su alteza es enemigo de que se derrame sangre de cristianos, y que, además, los rebeldes son muchos y buena gente. Hay con ellos algunos hidalgos valientes y ganosos de fortuna, que son los más temibles. Por ejemplo, ese de quien tantas hazas se cuentan, paje del de Haro...

—¿El llamado Trovador?—interrumpió vivamente el conde, a la vez que palidecía.

—El mismo, señor—repuso Jimeno, observando disimuladamente al conde.

—¿Vive Dios!... No he tenido la fortuna de encontrarlo.

—Pues hay quien asegura que el tal hidalgo, mal avenido, sin duda, con su cabeza, se atreve a entrar en la ciudad para entonar de noche romances al son de su cítara, y por más señas que diz tañe y canta como un serafín.

—¿Tú también lo sabes?—replicó don Nuño, mirando fijamente a su escudero, que en aquel instante le abrochaba la hebilla de oro del cinturón.

—¿Quién lo ignora?

—Pero...

—Ya sé lo que queréis decirme, señor; y si no fuédes tan reservado conmigo ni me tuviese vedado el hablar de ciertas cosas...

—Jimeno, me estás atormentando.

—Perdonad, señor; no diré una palabra más...

—Al contrario, quiero que te expliques; que me digas claramente si es cierto que ese hidalgo miserable se atreve a poner sus ojos en doña Leonor.

El conde había palidecido y esperaba con ansiedad la respuesta de su escudero.

—¿Sus ojos?—replicó éste—. Y algo más, si a malas lenguas hemos de darle crédito.

—¿Jimeno!... ¿Por quien soy que he de desollarte!

—¿No me habéis mandado hablar?

—Pero no que ofendas a doña Leonor.

—Os digo lo que de público se dice.

—Yo quiero saber la verdad solamente.

¡Vive el cielo! Que eres más hablador en tu vejez que en tus mocedades, y vas haciéndote en extremo pesado.

—Achaques de la experiencia...

—Explicate.

—La verda es, señor, que el hidalgo entona muy tiernos cantares al pie de las ventanas de doña Leonor, los cuales han llegado a mis oídos tres noches seguidas, y por más señas que he aprendido de memoria uno que dice... —¡Basta, Jimeno!—interrumpió el conde con marcado enojo.

—Señor, la cosa no es nueva. Ya sabéis que hace un año y más, cuando todavía el conde de Haro estaba indeciso entre ayudar al de Urgel o al rey, el hidalguillo, que podía libremente andar por todas partes, se atrevía también a requerir de amores a doña Leonor.

—Bien, Jimeno, lo sé; pero como luego desapareció y no ha vuelto a la ciudad...

—Pues ya lo tenéis otra vez tan enamorado como entonces y más atrevido que nunca.

—¿Pero ella le corresponde?

—Con certeza no puede nadie decirlo.

—¿Vive Dios!...

—Pero ¿qué os importa?... Vuestra será, a pesar de los romances del hidalgo, puesto que su hermano don Guillén os la ha prometido.

—¡Ay! Jimeno—replicó el conde con amargura—. ¿De qué me sirve la promesa de don Guillén si es de otro el corazón de su hermana? Aún no he logrado que ella me dé una esperanza leve; no he conseguido que una mirada suya corresponda a las mías... ¡Oh!... Siempre desvíos, siempre desdenes... ¡Y no puedo dejar de amarla!

—Ya se ablandará si sois constante...

—¿No ves que ama al Trovador?

—¿Quién puede asegurarlo?

—El mismo lo dice claramente con su proceder.

—Señor, ante todo pienso que debéis procurar salir de dudas...

—Esta misma noche.

—Porque si ama a don Manrique, debéis olvidarla.

—¿Renunciar a ella!—exclamó, arrebatadamente el conde—. ¡Imposible!... Si es que la ama, yo arrancaré a ese miserable el corazón.

—Es valiente y tiene un brazo de hierro.

—¿Jimeno!...

—Señor, no es que yo os tenga en menos que a él, sino que me parece imprudente arriesgar la vida por una mujer cuando tantas hay. Y digo arriesgar la vida, porque puede favorecerlo la fortuna, como en el torneo que le dió tanta fama y le hizo alcanzar el favor del de Haro...

—Nunca has estado tan impertinente—replicó don Nuño, cuya frente se contrajo.

—Perdonadme, señor; pero no ha sido mi intento más que aconsejaros...

—Ten cuenta con lo que dices.

—Esas palabras son las mismas de vuestro noble padre y mi señor, que está en el cielo, y que me dijo cuando también quise aconsejarle que al quemar a la bruja que había hechizado a vuestro hermano don Juan, quemase a la hija y al hijo de ésta.

—Siempre la misma historia.

—¡Ah!... No sabéis, señor, qué horrible fué aquella noche en que encontramos a vuestro hermanito hecho un carbón en la hoguera...

—¿Estamos a 3?... Pues hoy cumplen los veintidós años de aquel suceso que llevó a los cinco después a vuestro padre al sepulcro. ¡Amaba tanto a su primer hijo!... No es que a vos no os quisiese con delirio; pero ya se ve, su manía de siempre...; vuestro hermano era rubio y tenía los ojos azules, lo cual era de suma importancia para mi difunto señor; porque, según decía, probaba que corría la sangre pura goda por las venas de su heredero...

Manías, señor, manías. Pues ¿y la nariz?... Horas y horas contemplaba la de vuestro hermano, la miraba y remiraba por un lado y por otro...; ¡Cosas de los padres!

Tan aborto estaba el conde en sus amorosas ideas, que ni siquiera sabía si hablaba su escudero.

—En fin—prosiguió éste, aunque sin dejar de vestir a su señor—; fué el caso, y debe servirnos de lección provechosa, que por no tomar mi consejo, el día más alegre, día de gran fiesta y regocijo para todos los buenos vasallos de vuestro padre, que en el cielo está, la hija de la gitana, tan bruja como su madre, se apoderó de vuestro hermano... ¿Os entristezco, señor?...

El conde no contestó.

—Siempre que le cuento esta historia le sucede lo mismo—murmuró el escudero—. O no me escucha o se horroriza...

—¿Has acabado?—preguntó don Nuño.

—No me faltaba deciros más sino que...

—¡Maldita charla!...

—Señor...

—¿Y mi capa? ¿Y mi...?

—Al momento, señor... Aquí está.

El conde se puso una ancha capa, se cubrió la cabeza con un bonetillo de terciopelo azul con pluma blanca y repuso:

—Acompáñame.

Y salió de la cámara, sin esperar a que su escudero estuviese en disposición de seguirle.

—Hoy es día aciago para la familia de los Artal—murmuraba Jimeno, mientras que, ya envuelto en su capa, corría para alcanzar a su señor—. Pero se empeña en que ha de ser esta noche... ¡Y todo por una mujer cuando hay tantas!... ¡Voto al diablo!

Las calles estaban solitarias y silenciosas, porque a las doce de la noche, en aquellos tiempos, todo el mundo dormía; y hasta los amantes nocturnos rondadores se retiraban a descansar, repitiendo las últimas promesas de amor que habían escuchado. Pero a ninguno de ellos encontró el conde, y por milagro, su escudero lo seguía sin hablar, dejando sólo al ruido de los pasos el interrumpir el silencio que por todas partes reinaba.

Después de andar largo rato, dieron vista a la morada real, la cual reconocieron por algunos rayos de luz que se escapaban por entre los agujeros de alguna celosía, los vidrios o las rendijas de alguna ventana a medio cerrar.

Ya llegaban cerca de la puerta, y el conde se preparaba a desembozarse para que lo reconociesen y le dejasen libre el paso, cuando se detuvo, se contrajo su frente, brillaron sus negras pupilas y dejó escapar una exclamación de rabia.

Los sonos acordados, dulcísimos y armoniosos de una cítara pulsada hábilmente, habían llegado a sus oídos, y se repetían en el espacio tan blanda y suavemente como los ecos de una celestial melodía.

Palpitó con desigual violencia el corazón de don Nuño, como herido en sus más sensibles fibras por aquellos acordes que, sin sus celos, debieran haberle extasiado, a la par que el céfiro invisible los llevaba en sus alas impalpables a las celestes regiones.

Algunos momentos después, a los sonidos de las vibradoras cuerdas, unióse la voz clara y conmovedora de un hombre que entonó tan tierna y amorosa cantiga como no ha podido salir de los labios del más hábil y rendido trovador.

Lo apacible de la noche, el silencio y la soledad favorecieron la expresión lánguida y tierna del romance y de su armonioso acompañamiento.

Bien hubiera esperado el conde el término de la canción, no porque le fuese grata, sino por ver si el trovador se alejaba luego; pero el nombre de Leonor, que clara y distintamente oyó más de una vez, acabó con su paciencia, y después de jurar por Dios y por su nombre, entró en palacio.

—¡Por quien soy, que he de arrancarle el corazón!—decía, mientras apretaba convulsivamente los puños—. ¡La ama y es correspondido! ¡Correspondido por Leonor ese miserable!... ¡Oh!... ¡Me matan los celos!... Espera, Trovador, espera algunos instantes...; ha de morir uno de los dos, porque no es más que uno el corazón de la mujer a quien amamos y no puede dividirse.

—¡Librenos el cielo de una desgracia—murmuraba entre tanto Jimeno—. Hoy es un día fatal. Estamos a 3... Mi señor ha perdido la cabeza. ¡Y todo por una mujer cuando hay tantas!

Siguió el trovador entonando su trova, que era a cada verso más apasionada...

Empero, mientras que el corazón de don Nuño palpitaba a impulsos de la ira y de los celos, otro corazón también latía, pero conmovido por la ternura de un amor: el más ardiente.

## CAPITULO II

Quién era la nombrada doña Leonor y cómo no era extraño que su hermosura hubiese cautivado al conde.

Si habéis visto algún ángel con forma humana, si habéis soñado como sueñan los poetas, entonces podréis concebir la belleza de doña Leonor; pero si no habéis visto a ningún ángel, como seguramente no lo habréis visto; si no habéis soñado, como bien puede haberlo sucedido, será inútil que yo me esfuerce en retratarla, diciéndoos cómo eran sus ojos, y su boca y su talle, pues sus perfecciones eran lo de menos comparadas con lo que hacían sentir a cuantos las miraban. Sin embargo, como tengo la obligación precisa de hacer esa pintura, porque sin ella quedaría incompleto nuestro cuadro, intentaré aproxima-

mente cuanto me sea posible, y aunque me cueste sacrificar algunas horas de sueño.

Figuraos una mujer de dieciocho años, de talle esbello y noble continente; de cutis blanco como la azucena; de frente espaciosa, tersa y pura como el capullo que ha nacido bajo un fanal sin recibir ni aun el beso de la brisa; de ojos grandes, rasgados, negros y ardientes, melancólicos y dulces, expresivos como una melodía de Bellini, espejo de ardientes pasiones; de mejillas frescas y leve, muy levemente sonrosadas; de labios rojos, entreabiertos, provocativos, tentadores no por estudio, sino por naturaleza; figuraos que cuando os mira, la luz de sus ojos parece introducirse en vuestras venas y convertir en fuego vuestra sangre; que cuando habla, vuestro corazón se estremece como si lo agitasen sus labios al abrirse, y que, al fin, al verla, al contemplarla algunos instantes pierde vuestra razón su dominio, no tenéis más que una idea, un pensamiento, y en fin, dejáis de pertenecer a vosotros mismos, porque no sois dueños ni de hablar, ni de moveros ni apenas respirar podéis. Sin tal os figuráis, y mucho más, tendréis una idea, no exacta, pero aproximada, de doña Leonor. No basta que las mujeres sean hermosas, de una belleza intachable; es menester que conmuevan cuando miran, cuando hablan, cuando sonríen; que conmuevan sólo con dejarse ver.

Doña Leonor reunía las dos bellezas, es decir, la de las formas y la de la expresión.

¿Cómo no había de amarla el conde?

Sentada en un sillón, silenciosa, se respiraba en el descuido de su traje de brocado azul, sin pensar en la descompostura de sus negros cabellos, estaba Leonor en un aposento del palacio, y la luz de una lámpara de bronce daba de lleno en su rostro pálido, que aparecía más interesante a través de la ligera nube de tristeza que lo cubría. No se movía más que su pecho de nacarada blancura, que hacía resaltar el azul claro de sus finísimas venas, y se levantaba acompasadamente, impulsado por una respiración igual y tranquila.

¡Qué hermosa estaba!

Algunos instantes permaneció de aquella manera, cuando al oír los primeros y gratos sonos de la cítara, levantó la cabeza, enderezó el talle, y con voz dulcísima exclamó:

—¡Es él!

Luego, a medida que los acordados ecos iban poblando el espacio, y como el autómeta que obedece a un resorte, fué levantándose lentamente y con las manos sobre el corazón, que parecía haber despertado y latía con más fuerza; destellantes las pupilas, y de púrpura teñido el rostro, dió un paso, se detuvo, dió otro después y luego algunos más hasta acercarse a una ventana.

Llegó entonces hasta allí el canto con sus palabras de amor, con el arrullo de sus dulcísimos acentos, y redoblaron su fuerza los latidos del corazón de la dama, brillaron más sus ojos, se encendieron más sus mejillas, y al estremecerse, murmuró:

—¡Manrique!... ¡Cuánto te amo!...

Seguió el romance, y por algunos momentos permaneció inmóvil la dama; pero su nombre, pronunciado una y otra vez con vehemencia, así como excitó un rabioso coraje en el conde, produjo en ella el contrario efecto, y arrastrada por la fuerza de su pasión, ciega, delirante, envióse en un alboroz de finísimo paño negro, salió de la cámara, y se lanzó, presurosa, a través de corredores y aposentos, alumbrados los unos, en tinieblas los otros, sin cuidar en su amoroso arrebatado de recatar el semblante tan bien como lo exigía la prudencia, y sin reparar que al salir de un pasillo excusado, fijó en ella su mirada escudriñadora un hombre y la siguió.

Salió al jardín la dama, y también su perseguidor.

Ella tomó por la derecha y él siguió de frente, pero con intento de cortar el paso.

Había cesado la música y acababan de perderse sus últimos ecos.

La noche, como ya dijimos, estaba serena, transparente y puro el cielo, y la luna esparcía sus resplandores, plateando los arroyos, convirtiendo en espejos las fuentes y deslizándose por entre el ramaje de los bosques.

Leonor, después de haber andado un largo trecho, volvió a la izquierda, a la vez que su espía tomó a la derecha.

Ambos estaban a distancia igual de un bosquecillo de rosales, vértice del ángulo que trazaban al marchar, y allí debían encontrarse.

Pero por la orilla izquierda del bosque, y caminando en dirección opuesta al espía, se deslizaba otro bulto, que era el de un hombre, también envuelto en una capa de color oscuro, pero cubierta la cabeza con un casco de acero bruñido, sobre el cual se mecían las plumas negras de un flexible penacho. Después que los otros, debía llegar él al punto de reunión, porque se encontraba, aunque poco, más lejos.

Los tres, agitados por emociones distintas,

mirando recelosamente a todos lados, y procurando no hacer ruido, continuaron su marcha con igual velocidad.

Al fin, Leonor se encontró con su espía que, como habrán comprendido nuestros lectores, era don Nuño.

—¡Oh!—exclamó la dama, acercándose al conde y mientras que sus ojos brillaban con todo el fuego de su pasión—. ¡Cuánto añhe-laba verte!... Pero no arriesgues así tu vida, que es mi vida; no provoques a la fortuna loca...

—¡Leonor!—murmuró don Nuño con voz tan ahogada que no pudo reconocerla doña Leonor.

En aquel momento llegó el del negro penacho, vió a la dama y al conde, se detuvo y escuchó.

—Prefiero no verte a que corras este peligro—repuso la dama—. ¡Tienes tantos envidiosos de tu valor y de tus glorias!... Y si llegan a sorprendernos... ¡Ay de tu vida! ¡Ay de mi honra!...

—¡Pérfida!... ¡Me engañaba!—murmuró a este tiempo el del reluciente casco.

Y a la vez que sus ojos despidieron dos centellas y rechinaron sus dientes, echó mano a la espada con muestras de lanzarse sobre el conde.

—¡Ingrata!—exclamó éste con voz más clara que antes y dejando caer el embozo.

Leonor lo miró un instante con espantados ojos, y al reconocerlo, exhaló un grito agudo y huyó velozmente, a tiempo que el hombre que estaba oculto se arrojaba sobre el conde, exclamando con acento amenazador y terrible:

—¡Menguado, cobarde!... ¡Pérfida!...

Y blandió el acero, haciendo reverberar en él los resplandores de la luna.

Don Nuño dejó escapar un rugido de cólera y sacó la espada.

—¡Atrás!—gritó.

Las espadas se cruzaron, y lo mismo que los blandos ecos de la cantiga, el céfiro llevó los rechinadores del chis chas de los aceros.

—¡Me conocéis, don Nuño?

—¡Sí, Trovador, y ¡por el cielo!, que deseaba encontraros.

—Pues por el cielo os juro que el deseo se os cumplirá; pero no es esta la ocasión en que puedo mataros...

—¿Tenéis miedo?...

—¡Vive Dios!... Mirad... ¡No veis un bulto que se acerca?... Estoy proscrito... ¡Nos veremos, conde; os buscaré!... Ahora... ¡Por Santán!... Dejadme el paso.

La espada se escapó de las manos del conde.

—¡Miserable!...

—Nos veremos; os buscaré—volvió a decir el Trovador.

Y con una ligereza y agilidad inconcebibles, desapareció.

Don Nuño no acertó a moverse; el coraje lo ahogaba, y de seguro, más bien hubiera querido que lo atravesase la espada de su rival que verse desarmado.

Pocos momentos después llegó aceleradamente su escudero, que era el bulto a que aludió el Trovador.

—¡Señor!...

—¿Qué quieres?...

—¿Qué quiero!... ¡Por San Pablo, mi patrón!...

—¡Calla, Jimeno; calla si no quieres que te arranque la lengua.

El escudero comprendió que si no sujetaba la lengua podría tener algo más que un disgusto, por lo cual recogió la espada del conde y se la entregó, diciéndole no más que:

—Tomad, señor.

—Vamos.

—¿Sin ver a su alteza?...

—¡Calla!

Jimeno siguió a don Nuño; pero a los pocos pasos, sin poder contenerse, comenzó a murmurar en voz baja, diciendo:

—No ha querido hacerme caso...; hoy es un día fatal para la familia. A esta misma hora precisamente, su padre y mi señor, que en el cielo está, daba vueltas por los salones del castillo, gritando como un loco y queriendo ahorcarnos, porque no habíamos tenido cuidado de la puerta... ¡Y todo por una mujer cuando tantas hay!... ¡Vive el cielo!... Y en verdad que el tal hidalgo maneja tan bien la espada como pulsa la cítara. ¿Quién dijera que esa misma voz que jura y amenaza, infundiendo espanto, es la que canta tan dulce y suavemente?... Mal enemigo tenemos...

A no ir el conde tan absorto en sus pensamientos, se hubiera apercebido del incesante murmurar de su escudero; pero, por fortuna de éste, nada oyó, y siguió su camino con acelerados pasos.

Un cuarto de hora después entraba en el mismo aposento de donde le vimos salir, y se dejaba caer en un sillón, más quebrantado por la ira y el despecho que por la fatiga.

Entre tanto, Lenor lloraba y exhalaba amargas quejas, sin prestar oído a las palabras consoladoras de una dueña cariñosa y fiel, y luego, buscando en la oración el sosiego y alivio de que tanto necesitaba, se arrodilló delante de un reclinatorio, permaneciendo allí hasta que al asomar la aurora, sin poder sostenerse, dejóse caer en su lecho y el sueño cerró sus ojos cansados de llorar.

## CAPITULO III

## De cómo tomaba el asunto peor aspecto.

A la mañana siguiente se hablaba en palacio con misterio de cierto ruido de espadas y voces que se habían sentido en el jardín. Nadie sabía la causa, pues aunque no faltó quien viese al conde a través de deshora los pasillos más excusados, no era posible asegurar que él hubiese sido uno de los combatientes. Hacíanse mil comentarios; se dudaba de lo imposible; se daba por cierto lo dudoso, y después de pasar de boca en boca la noticia, llegó a referirse de tal manera el suceso, que ni siquiera se aproximaba a la verdad. Por grande se tenía el atrevimiento de los que habían sacado la espada en aquel sitio; pero nadie sabía sus nombres ni era posible averiguarlo, porque los combatientes guardarían el secreto con todo el cuidado de lo mucho que les importaba. La creencia general era que dos caballeros rivales habían oído el canto amoroso del Trovador, y creyendo cada cual que era el otro el que cantaba en el jardín, salieron por distintas puertas a buscarse, mientras que el rondador acababa de cantar en la calle y se dieron de cuchilladas apenas se encontraron. No se habían hallado armas rotas ni mancha alguna de sangre, de lo cual sacaron en consecuencia, o que el uno de ellos había huído, o que se explicaron; y al comprender su equivocación habían guardado su enojo para cuando hubiese motivo de excitarlo. Quién era la dama, quiénes los caballeros, se preguntaban todos, pero no había quien supiese contestar. Inútiles fueron todas las pesquisas, todas las indagaciones, y aunque el rey tomó con empeño el saber la verdad del caso, hubo de contentarse con adoptar precauciones para que no se repitiesen escándalos de tal naturaleza. Temblaba doña Leonor de que la hubiesen conocido; pero ni aun su sombra había visto nadie.

Tal efecto produjo el lance entre la gente palaciega; pero otras consecuencias de más importancia debía tener, y al caso vamos sin más dilaciones por si el lector tiene alguna curiosidad.

Eran las nueve de la mañana, y en casa del conde de Luna entraba un caballero de rostro enjuto, ojos redondos, vivos y de mirada penetrante, delgados y amarillentos labios y aguilena nariz. Tendría poco más o menos treinta años; era de mediana estatura y de proporcionadas formas, y aunque el conjunto de su rostro no dejaba de tener alguna belleza, era su aspecto desagradable, sin embargo de la sonrisa que casi vagaba en sus labios, de la dulzura de su voz y de sus corteses palabras y maneras. Su barba era escasa, y apenas cubría una parte de su rostro, siempre pálido.

Aquel caballero era don Guillén de Sesé, hermano de doña Leonor, y hacía las veces de padre, porque eran huérfanos. No tenía muchos bienes de fortuna, pero sí muchos pergaminos que le llenasen de vanidad y mucha ambición que le hiciese intrigante y egoísta. Ningún empleo tenía en la corte, pero aspiraba nada menos que a ser alférez mayor del rey, y esperaba conseguirlo a fuerza de trabajo y de constancia. Más de un noble estaba irritado con tal pretensión; pero como no podían negar lo ilustre de la cuna del caballero, la oposición que le hacían era encubierta siempre.

Don Guillén, para lograr su pretensión, había puesto en juego la influencia de su hermana, que estaba al servicio de la reina; pero como esto no era bastante, se acogió a la protección de don Nuño y quiso explotar el amor que éste sentía por doña Leonor.

El plan no tenía nada de descabellado, porque el conde de Luna era uno de los caballeros más poderosos del reino de Aragón, y tal valimiento, como se comprenderá con sólo decir que había querido hacer valer su derecho al trono con tanta razón como el conde de Urgel y casi con la misma que don Fernando.

Por lo tanto, dos razones muy poderosas movían a don Guillén a prestar el más decidido apoyo a los amores de don Nuño: el conseguir el empleo de alférez mayor con título de conde y el halagar su vanidad, que era mucha, según hemos dicho, al ver unida su familia con la de los condes de Luna.

El conde vivía con un fasto real; su casa era una segunda corte y veíase por todas partes adulado, porque unos le respetaban y otros

le temían. Cuando al vacar el trono, y al mismo tiempo que el conde de Urgel, alegó don Nuño sus derechos a la corona y levantó gente de guerra don Fernando, tuvo éste que entrar en transacciones, y en fuerza de mercedes muy señaladas que le prometió, pudo conseguir que depusiese las armas, lo cual dió al conde más preponderancia que nunca, y esto sin contar con la influencia que en el pueblo ejercía.

Don Guillén, como vamos diciendo, entró en casa de don Nuño, y al instante fué recibido por éste, que se hallaba en un espacioso aposento, amueblado con grandes sillones y mesas de encina tallada, colgaduras de seda con fleco de oro y una pesada lámpara de plata que pendía del admirable artesonado.

Estaba el conde recostado en un sillón, con los pies colocados sobre un almohadón de terciopelo azul con grandes borlas de oro, y en su palidez, en el semicírculo amoratado que rodeaba la parte inferior de sus negros ojos que tenía a medio cerrar y en la enervación que se advertía en sus miembros, conocíase fácilmente el insomnio y las desagradables sensaciones que habían agitado su espíritu.

—El cielo os guarde, señor conde—dijo don Guillén al entrar y haciendo una profunda reverencia.

—Bien venido—contestó don Nuño, sin levantar los ojos ni volver la cabeza—. Sentaos si os place, don Guillén.

—¿Estáis enfermo?—preguntó el cortesano, mientras que observaba atentamente al conde y se sentaba enfrente de él.

—No.

—Me parece que estáis pálido...

—Don Guillén, al rostro salen siempre los dolores del alma.

—Si el vuestro no es un secreto...

—¿Lo ignoráis?

—O lo habré olvidado, aunque esto es imposible.

—Habré de repetiros entonces lo que os he dicho tantas veces.

—Os juro que no acierto...

—En buen hora, don Guillén—replicó el conde, variando de postura con lánguido movimiento—. Me alegro que hayáis venido, porque es preciso que hablemos claramente y que de una vez quedemos dentro o fuera: un golpe mortal atormenta menos que una herida leve abierta poco a poco.

—Vuelvo a deciros, señor conde, que no os comprendo.

—Cuando habléis conmigo a solas—replicó don Nuño con acento de mal humor—, dejad vuestro sistema de aparentar ignorancia de todo, de preguntar cuando os preguntan en vez de contestar...

—¿Dudáis de mi amistad y mi franqueza?

—Dudo de todo, don Guillén.

—Tampoco acierto el motivo que para ello tenéis, y perdonad que por segunda vez me sorprenda.

—No debéis ofenderos...

—No me doy por ofendido.

—Cuando dudo de mí, creo que tengo derecho para dudar de los demás y de cuanto me rodea.

Don Guillén se encogió de hombros y dijo:

—Torpe soy por demás... Tampoco os entiendo, conde.

—Pues bien; para que de una vez lo sepáis

—replicó don Nuño con tono de impaciencia—, hablo de vuestra hermana.

—Tal habiéseteis dicho al verme.

—¿Me entendéis ahora?

—A medias, señor conde.

—¿Vive el cielo, don Guillén!...

—Don Nuño, no es posible que yo os comprenda. ¿En qué puede haber dudas, tratándose de doña Leonor?

—Eso es lo que os explicaré, ya que no queréis adivinarlo.

—Y yo os escucharé con mucho gusto, porque es en extremo violenta la situación en que estoy.

—¿Debo esperar que vuestra hermana me ame?

—¿Queréis antes decirme—replicó don Guillén, siguiendo su costumbre de preguntar cuando le preguntaban—; queréis decirme si nadie puede asegurar lo que pasa en el corazón de otro, ni menos lo que pasará?

—Però vos me habéis prometido...

—Que os casaríais con mi hermana.

—¿Y cómo ha de ser si su corazón es de otro?

—¿De otro!... ¿Por qué?... Sin duda, lo pensáis así, porque no os corresponde con la ternura que deseáis.

—¿Acaso no es público que ama ciegameamente a ese hidalgo que ahora sirve al de Urgel?

—Veo, señor conde, que como a todos los enamorados, los celos no os dejan completamente libre el juicio; porque a no ser así, ¿cómo habíais de dar crédito a las habillitas del vulgo y a la murmuración de los cortesanos?

—No son habillitas, porque el Trovador entona muchas noches sentidos romances...

—Primeramente—interrumpió don Guillén— es preciso saber si realmente el que canta algunas noches bajo las ventanas de doña Leonor es el hidalgo.

—De ello tengo pruebas.

—¿Estáis seguro de no equivocaros?

—Completamente seguro.

—¿Le habéis visto y conocido vos mismo?

—Sí, don Guillén.

—A eso os diré, señor conde, que el Trovador es dueño de cantar donde se le antoje, hasta que le den caza y pague su atrevimiento y su rebeldía.

—Ciertamente.

—Pero el que entone romances amorosos al pie de las ventanas de doña Leonor, no prueba que ella le ame ni le dé licencia para semejantes locuras y escándalos.

—Razón tenéis, mi amigo don Guillén; pero lo que no acierto es con qué fin y valiéndose de qué medio, después de cantar el romance trepa el hidalgo las tapias del jardín.

—¿Le habéis visto vos también?—preguntó el cortesano, que hubiera palidecido si se lo permitiera el color de su rostro.

—Sí.

—Pues bien; lo mismo que de cantar, es dueño el Trovador de saltar una tapia si no hay quien se lo estorbe, porque para ello no necesita más que atrevimiento, fuerzas y agilidad; pero semejante audacia no prueba que doña Leonor le ame.

—No os han de faltar razones—dijo don Nuño con una sonrisa que se clavó en el alma de don Guillén.

—Vuelvo a no comprenderos, señor conde—replicó el caballero con alguna sequedad.

—Me comprenderéis.

—Explicaos si os place.

—Vos habéis de hacerlo, diciéndome cómo es que el hidalgo, después de saltar la tapia, encuentra en el jardín a doña Leonor, que sola y mal recatada, acude a recibirle.

Y al decir esto, el conde contrajo su frente.

Don Guillén se estremeció.

—Ya sabéis—dijo—que mi hermana es caprichosa, extravagante, y bien puede ser que alguna noche, para satisfacer uno de sus raros caprichos, haya salido a pasear al jardín, y casualmente...

—Sí, y casualmente haya tendido al Trovador los brazos, diciéndole: "¿Manrique!... ¡Cuánto anhelaba verte!..." ¡Oh!...—exclamó el conde, apretando los puños y rechinando los dientes—... ¿Os estáis burlando de mí?

Don Guillén, asustado del aspecto y del acento del conde, dió un salto sobre su asiento, y con voz entrecortada dijo:

—Señor conde... eso... es muy grave.

—Muy grave, sí; muy grave—replicó arrebatadamente don Nuño—. Muy grave, pero yo lo he visto; yo a quien vuestra hermana tomó por el hidalgo, y me habló de tal manera, que por ser yo entonces el hidalgo diera mi vida. Yo lo he visto, yo que luego crucé mi espada con la del miserable Trovador y me vi desarmado... ¡Oh!... ¿Qué quiere decir todo esto, don Guillén? ¿Me entendéis ahora?

—¿Vive Dios, señor conde!—exclamó, exaltado, a su vez, el caballero, poniéndose de pie—... ¡Vive Dios que tomaré venganza de tanta ofensa! Renunciad la mano de mi hermana; bien está; pero más que a vos, a ella le pesará...

—Tened en cuenta—interrumpió el conde— que no he renunciado a casarme con doña Leonor, y tampoco olvidéis que la violencia no conquista, sino que mata corazones.

—¿Que no renunciáis?

—No, don Guillén.

—Como habéis dudado de su pureza...

—Nunca he dudado de su pureza, sino de alcanzar su amor.

—Dijisteis que había tendido los brazos a don Manrique...

—Dije mal, no tendió los brazos por desdicha mía, que en ellos hubiese yo caído a suceder así; lo que hizo fué explicarse con tales palabras, que no dejaron duda de lo que sentía su corazón.

—Pues si no desistís...

—¿Pluguiera al cielo que me fuera dado arrancar de mi pecho el amor que le abrasa!

—Mucho la amáis, don Nuño...

—Y más crece mi amor con sus desdenes—repuso el conde, cuyo acento colérico había desaparecido.

Y, en verdad, era así: el conde estaba ciegameamente enamorado, y era natural que hiciese cuanto le fuera dable por alcanzar correspondencia. ¿Qué extraño era que odiase al Trovador? Todo el que ama aborrece a su rival, y para que esto suceda no es menester tener malos instintos. Se tiene por crimen imperdonable el que uno que ama sin ser amado desee la muerte de su rival, y por justo y bueno que el correspondido dé una estocada al que intenta no más turbar su dicha. El derecho

lo constituye la correspondencia de la mujer amada y la justicia es del más afortunado.

Que era digno de lástima el conde, no cabe duda, porque su pasión le atormentaba horriblemente, y la esperanza de lograr su deseo, era muy vaga o ninguna. Adonde pudo llevarle su ceguera, su orgullo y su costumbre de conseguirlo todo, sin encontrar inconveniente, es distinta cosa.

—Don Nuno—repuso don Guillén—, hablaré a mi hermana, y de una vez...

—Me diréis si debo abrigar alguna esperanza.

—Hoy mismo lo sabréis.

Salió don Guillén tan enojado y colérico, que olvidó su sonrisa al pasar junto a los criados del conde.

Sin detenerse fué a palacio; entró, y de dos en dos los escalones, subió, dirigiéndose apresuradamente al aposento de su hermana.

## CAPITULO IV

### De la entrevista de los dos hermanos.

Doña Leonor estaba como el conde, pálida, ojerosa y triste.

Sentada en un sillón junto a la ventana, contemplaba distraídamente las flores del jardín, y cuando algún dulce recuerdo de amor le sonreía, turbábalo el de la pasada noche.

Largo rato llevaba inmóvil y silenciosa, y al fin, dos lágrimas, o mejor, dos líquidos diamantes brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas.

Su duena Aldonza, que cerca de ella estaba, al ver el llanto, con dulce y cariñoso acento dijo:

—¡Por Dios, señora mía! ¿No pensáis que así acabaréis con vuestra vida? ¿Por qué ese dolor y esas lágrimas? ¿Tal es vuestra desesperación, que a vuestro mal no encontraréis otro remedio que el de acabarlo con la existencia?

La duena no era una vieja sesentona, desesperada con su vejez y su fealdad, peor avenida con el celibato, mal contenta de todo, beata, hipócrita, gruñona y con sus puntos de bruja; no era nada de esto, sino una mujer de treinta y seis años, que había sido doncella de la madre de Leonor, fresca, no mal parecida, de cara inteligente, de corazón noble y que amaba a su senora como a una hija, sin que le faltase, como ella decía, más que haberla tenido en sus entrañas.

—¡Que si es tal mi dolor!—contestó la dama con triste acento— ¿Acaso no lo conoces? ¿Tengo secretos para ti?

—Pero no debéis perder la esperanza, porque vuestro hermano se ablandará, y... al fin, es vuestro hermano, y no tiene entrañas de tigre, aunque es severo y adusto.

—No es, Aldonza, la severidad de mi hermano la que ya me infunde temor, la que aleja mi esperanza, porque todo su rigor no es bastante para hacerme olvidar a Manrique.

—Entonces vuestro llanto no tiene causa justa, porque es imposible que os casen con don Nuño si vos tenéis aliento para decir que no cien veces. Don Manrique os ama...

—Me amaba; pero... ¡ay!... su amor se ha convertido en odio y no volveré a verlo.

—¡Que no volveréis a verlo!... ¡Que os aborrezca don Manrique!... Deliráis, señora mía.

—¿Has olvidado lo que anoche sucedió?

—Pero ¿habéis podido pensar?...

—Bien claramente lo oí: "¡Pérfida!"—gritó— "¡Me engañaba!..." ¡Dios mío!... ¡Dudar de mi amor!...

Nuevas lágrimas salieron de los ojos de la doncella y fueron a perderse en su casto seno. La desdichada no temía ya la oposición de su hermano, pero le atormentaba la idea de que el Trovador la olvidase.

—Pero cuando vió que huisteis al reconocer al conde, comprendería que todo había sido una equivocación que en nada le ofende.

—No, Aldonza; todo es al contrario; Manrique piensa que hui temerosa de su enojo; espantada, porque me sorprendió. ¡No volveré a verlo!... ¡Esto es horrible!...

—Estáis quitándoos la vida con la idea de una desgracia que no os ha sucedido... Pensado bien; don Manrique no puede olvidaros sin más pruebas que el desgraciado suceso de anoche. Mas debéis temer a vuestro hermano, cuya obstinación raya en locura.

—No, porque aún me sobran alientos para resistir a la tiranía de su capricho. Nada me infunde miedo; tengo fuerzas para luchar con todo; pero el olvido de Manrique, su desprecio, siquiera su indiferencia me mataría; ¡ah!... semejante golpe es superior a mis fuerzas. ¡Mi hermano!... ¡Oh!... mi hermano quiere hacerme el instrumento de sus ambiciones: sacrificar mi corazón en aras de su vanidad; pero no me importa, porque si para lograr sus deseos cuenta con la ayuda de su corazón insensible y duro, yo para resistir los abusos de su pretendida autoridad, tengo un corazón grande y animoso.

—Pues bien, señora; mostrad para todo ese mismo valor, que si la fortuna huye de vos, manana os buscará.

—Me dice el corazón que he de ser muy desgraciada; sus secretos presentimientos me anuncian muchos dolores y mucho llanto...

—Supersticiones...

—No, Aldonza; mis presentimientos no me han engañado nunca. Y si todas mis desgracias fuesen la tiranía de mi hermano y el amor del conde... ¡Ah!... Pero Manrique, Manrique... ¡Dios mío!...

Doña Leonor volvió la mirada al sitio donde la noche anterior había tenido lugar el malhadado encuentro, y se estremeció convulsivamente.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció don Guillén, pálido aún, y sin haber podido lograr que la sonrisa dilatase sus delgados labios. No pidió, como acostumbraba, permiso para entrar ni saludó a su hermana con melifluido acento y palabras de fraternal cariño, sino que, pasando adelante con altanero continente, dijo a la dueña:

—Retiraos, Aldonza.

—Aldonza, quedaos—replicó la dama con acento breve y mientras sus mejillas enrojecían como si por ellas fuese a brotar la sangre.

—Doña Leonor—dijo don Guillén—, tengo que hablar con vos secretamente.

—Eso habéis debido decirme para que despidiese a mi dueña.

—Perdonad—repuso el caballero con amargo tono—; pensé que me era permitido...

—Salid, Aldonza—interrumpió Leonor.

Salió la dueña; don Guillén se sentó frente a su hermana, y ésta repuso:

—Ya estamos solos; podéis hablar.

Doña Leonor no se equivocaba con respecto a sí misma: tenía un corazón grande y valeroso y nada era bastante a incurrirle miedo más que la pérdida del amor de Manrique.

—¿Por qué quien soy, que me recibís bien!—dijo el caballero.

—Vos me enseñáis, don Guillén, porque al entrar, ni me tenéis las consideraciones que se merece una hermana, ni me guardáis el respeto que a una dama se debe. ¿Qué he de hacer? Sigo vuestro ejemplo. Entráis aquí, hacéis uso de una autoridad que no tenéis, despidiendo a mis criados, y me obligáis a que os recuerde que tengo bastante firmeza para sostener mis derechos, siquiera mi decoro.

—Bien, señora—replicó don Guillén—; me place que habléis así. Ya sé que entre nosotros no puede haber el trato cariñoso de hermanos, y no porque yo lo estorbo con lo que calificáis de abusivo proceder, sino porque el vuestro nos pone en tan triste caso. Si no he tenido con vos ni las consideraciones que se merece una hermana ni los respetos que a una dama se deben, vuestra es la culpa, porque ni habéis respetado vuestro nombre, que es el mío, ni vuestro decoro.

—Don Guillén!—exclamó Leonor, levantando la frente, pálida de coraje.

—Doña Leonor—replicó el caballero con acento de profundo enojo—, ha llegado el día...

—Medid vuestras palabras—interrumpió Leonor.

—Midiérais antes vos vuestras acciones, y así se excusaran mis palabras duras.

—No olvidéis quién soy...

—Antes lo habéis olvidado vos...

—Don Guillén—replicó la dama con una severidad de reina—; me ofendéis y no os escucharé.

—¡Que no me escucharéis!... Sí; mal que pese a vuestra conciencia como a mis labios estas palabras; me escucharéis, doña Leonor, porque preciso es que el delincuente escuche su acusación y su sentencia.

—Y os llamáis mi hermano!—repuso doña Leonor con amargo desdén.

—En otro tiempo.

—¡Pobre madre mía!—exclamó la doncella, levantando al cielo los ojos preñados de lágrimas—; ¡Cuánto sufrirá tu espíritu al ver los dolores de tu querida hija!...

—No es este momento oportuno—replicó don Guillén—de que invoquéis a vuestra madre, que os maldecirá desde el cielo, ni de que intentéis con el llanto excusar vuestras faltas.

—¡Excusar mis faltas!... ¿Cuáles son? ¿De qué podéis acusarme? ¿Consisten, acaso, en que no he cedido a vuestras exigencias, en que no he querido sacrificarme para ayudar a vuestra ambición?... Decid, don Guillén, si algo podéis echarme al rostro que le haga cubrirse con la púrpura de la vergüenza; si algo podéis recordarme que doble mi frente con el peso del remordimiento. ¡Ah!... Miradme, don Guillén—prosiguió enérgicamente la dama, a la vez que erguía la cabeza con imponente y majestuoso orgullo—; Miradme y decid lo que mi semblante os diga.

—No provoquéis mi enojo—contestó el caballero, bajando su mirada, porque no pudo resistir la de doña Leonor.

—Hablad, don Guillén; hablad.

—¿Y no teméis mis palabras?

—Yo nada temo más que a mi conciencia, que duerme desde que nací, porque el delito no la ha despertado aún.

—¡Doña Leonor!...

—Explicaos.

—Lo haré.

—¿A qué habéis venido?

—¿Tanto anheláis saberlo?

—Si no tenéis que decirme más que esas palabras indignas de un caballero, si nada tenéis que hacer más que atormentarme...

—Calmaos, señora—interrumpió don Guillén—, y escuchadme, porque quizá será la última vez que hablemos.

—Ya os escucho.

—Sabéis que por espacio de un año he empleado inútilmente con vos la más cariñosa dulzura y os he dado los más sanos consejos.

—Los que más os convenían.

—Nada he conseguido por tales medios, que parecían los más a propósito para hacer os comprender vuestra felicidad.

—¿Tendréis la vanidad de creer que mejor que yo sabéis si soy feliz?

—Creo, doña Leonor, que os ciega una pasión fatal y os engaña vuestra inexperiencia.

—Proseguid.

—La dulzura parece que ha endurecido más vuestro corazón, porque habéis concluido por mirarme como a vuestro mayor enemigo, y los consejos no han producido otro resultado que el de extraviaros más y más en la senda de vuestra desgracia, cuyo término es un abismo. No quiero que lleguéis a caer en él, y como veo que ponéis el pie en sus bordes, tengo que adoptar nueva conducta para evitarlo.

—Nada de lo que acabáis de decir he comprendido.

—Ya me comprenderéis.

—Sepamos, don Guillén.

—El conde de Luna...

—Excusad el trabajo de proseguir—interrumpió la doncella—; Jamás seré esposa de don Nuño.

—Es que yo puedo disponer de vuestra mano.

—Pero no de mi corazón.

—Mi autoridad...

—Nada vale.

—¡Doña Leonor!...

—Vuestra autoridad será bastante para llevarme al pie del altar, pero no para hacerme pronunciar un juramento que no saldrá de mis labios.

—Que hoy se decide vuestra suerte...

—En buen hora sea.

—No es eso todo.

—Decid.

—Anoche...

—Tampoco—interrumpió la doncella—; no es menester que os toméis el trabajo de referirme lo que sé mejor que vos.

—¿Y no os avergonzáis?...

—No, don Guillén; ya os he dicho que mi conciencia duerme tranquilamente.

—Pero ¿es cierto?

—Que bajé al jardín a deshora y encontré a don Nuño, que me tendió los brazos...

—Bien; pero bajasteis, porque...

—¿No es la causa de vuestro enojo el que me abriera sus brazos el conde, aprovechándose de la soledad del sitio, de la oscuridad de la noche y de la debilidad de una mujer?...

Tal había pensado, porque la acción es ajena de quien blasona de caballero.

—¿Qué ha de hacer el que ama?—replicó don Guillén.

—Tenéis razón—dijo la doncella con forzada calma—. Yo también le disculpo como vos le disculpáis a él y a mí. Gracias os doy, porque habéis sido una vez siquiera indulgente conmigo. Decid bien, y por eso, yo tampoco, estando enamorada, pude hacer otra cosa que lo que hice.

Don Guillén palideció como un cadáver, no porque la lógica de su hermana le pusiese en un aprieto, sino por el efecto que le produjo la firmeza, y aunque aparente, sangre fría de la doncella.

—Doña Leonor—replicó el caballero, mientras que apretaba con rabia los puños—, no acierto a comprender cómo se contiene mi enojo al escucharos. Me habéis de vuestro amor y de ese miserable...

—Sí, don Guillén—interrumpió la dama—; os hablo de mi amor y de don Manrique. ¿Acaso lo ignoráis? Ya es tiempo de que nos expliquemos claramente.

—Es verdad; esta situación no puede prolongarse, porque...

—A vos y a mí nos mataría.

—Tenéis razón.

—Amo a don Manrique; sabedlo de una vez, si es que aún os quedaba alguna duda; le amo con todo mi corazón, y sólo suya será.

—¡Sólo suya!... ¡Oh!... Vos, señora, no sois libre.

—¿Qué me importa vuestra autoridad ni la

del mismo rey?... Nada valen, don Guillén. Vos podéis encerrarme en una celda y quitarme la vida el monarca; pero ni uno ni otro tenéis bastante poder para encadenar mis pensamientos ni para apagar la llama de mi pasión. Sois dueños de mi cuerpo, pero de mi corazón... ¡Oh! Mi corazón es de Manrique...

—¡Doña Leonor!—exclamó fuera de sí el caballero.

—No temo vuestro enojo.  
—Puedo obligaros a ser esposa de don Nuño...

—Con tal que encontréis un sacerdote que nos una, sin que mis labios digan que sí, y mis labios, don Guillén, son casi tan libres como mi pensamiento, porque podéis obligarles a callar, pero no a pronunciar las palabras que les dicte vuestro capricho.

—¿Qué haréis si el rey os lo manda? —Negarme.

—¿No teméis su cólera? —Sólo temo perder el amor de Manrique.

—¿Y vos que lleváis un nombre ilustre, amáis a un aventurero sin nombre, sin patria y sin fortuna y traidor a su rey!

—¡Sin nombre!... No sé si lo tiene, pero sí que abriga en su valeroso pecho un corazón noble, grande y generoso. ¿De qué sirve a don Nuño la ilusoria y triste vanidad de la nobleza de su cuna, si su proceder es el de un villano?

—¿Qué decís?

—Probado lo tiene, don Guillén—replicó con firmeza la dama—. Mejor hiciera el noble conde en vengar con la espada la ofensa de anoche que en referirnos el suceso que por vergüenza debiera callar; pero se acuerda del torneo donde cayó al primer bote de lanza de Manrique y de que en el jardín se escapó la espada de su mano, y quiere desahogar su impotente enojo atormentando a una mujer débil y que no tiene más defensa que sus lágrimas. ¡Cobarde!... ¿Y es ese el hombre que me destináis?... ¡Sólo desprecio merece...

—¡Basta, señora!—interrumpió don Guillén, levantándose con los ojos encendidos y el rostro desfigurado—. ¡Basta, señora!... El coraje no puede ya contenerse en mi pecho, y ¡vive Dios!, que si no tenéis la lengua no respondo de mí.

—¿Me amenazáis?

—Sí; os amenazo, porque me obligáis a ello; porque es mi último recurso.

—¿Por qué vos, lo mismo que el conde, no amenazáis a Manrique, si sangre tan ardiente corre por vuestras venas

—¿Veríais con gusto que la espada de ese villano me atravesaba el pecho?

—No; pero si os contemplaría humillados ante el aventurero y doblar las frentes a una mirada suya, a una palabra no más. Entonces, don Guillén, sabríamos quién era más noble y más grande, si un Sesé, un Artal o un... trovador aventurero, advenedizo, sin más cuarteles que su cítara, sin más fortuna ni más gloria que su espada.

—¡Oh!... ¡Callad, señora!—exclamó don Guillén con voz ahogada.

Y mientras rechinaban sus dientes y sus pupilas brillaban como dos luces, dió algunos paseos por la habitación.

—Es preciso concluir de una vez—repuso.

—Concluyamos.

—Ved lo que determináis, doña Leonor; pero pensadlo bien, porque vais a decidir de la suerte de toda vuestra vida; meditadlo con calma, y para ello os dejo lugar hasta mañana.

—Lo tengo bien meditado, y os contestaré ahora mismo para evitar el enojo de otra entrevistista como la presente.

—Ahora estáis exaltada...

—Más lo estaré después.

—Si os empeñáis...

—Sí.

—Pues resolved.

—No seré esposa del conde—contestó la dama con tal firmeza, que no dejó duda al caballero de que aquella resolución era irrevocable.

—Doña Leonor...

—Basta, don Guillén; os lo repito: jamás seré esposa del conde.

—¿Pensáis que he de consentir que améis al Trovador?

—Haced lo que os plazca. Ya en otra ocasión os he rogado, me habéis visto a vuestros pies, suplicándoos en nombre de mi felicidad, de nuestro cariño, de nuestra madre, y me habéis rechazado con dureza.

—Olvidad a don Manrique.

—¡Imposible!

—Pues bien; elegid entre don Nuño de Artal y un convento...

—El convento.

—Seréis esposa de Jesucristo.

—Tampoco, porque sería perjuración.

—¿Os negaréis?... —Sí, don Guillén. Viviré encerrada en una

celda, pero nada más. Si un golpe enemigo acaba con la existencia de Manrique, entonces pronunciaré los sagrados votos que para siempre hayan de separarme del mundo; pero mientras él viva, seré fiel a mis juramentos de amor, y no saldrán otros de mis labios.

—Bien, doña Leonor; se cumplirá vuestro deseo, pero no quiero que jamás me acuséis de haber obrado con ligereza; os dejaré algunos días, y si no cambiáis de opinión iréis a un convento.

—Gracias, don Guillén, por ese plazo, que me dará lugar a dejar en buen orden mis cosas del mundo antes de separarme de él.

—Pero entre tanto, guardaos de ver al Trovador, y guardese también él de cantar bajo vuestras ventanas.

—Decid al conde don Nuño que venga a estorbarlo con su espada gloriosa...

—Lo estorbarán los arqueros del rey—contestó don Guillén.

La doncella se contentó con mirar con el más amargo desdén al caballero; pero no pudo contestar, porque se sentía ahogada y empezaban a faltarle las fuerzas: la lucha había sido demasiado ruda; había sufrido mucho en pocas horas.

—No olvidéis mis palabras, señora—volvió a decir don Guillén.

Y sin saludar a su hermana, pálido y conculso, salió del aposento.

—¡Dios mío!—exclamó Leonor, levantando al cielo los ojos y las manos cruzadas.

El llanto volvió a correr por sus mejillas; su corazón palpitó con violencia y se agitaron sus miembros convulsivamente.

Comenzaba la reacción: al fin era una mujer, y tras la lucha que había sostenido, después de los esfuerzos que había tenido que hacer, debía necesariamente suceder la debilidad, el abatimiento, la enervación.

Entró la dueña entonces, demostrando en la palidez de su rostro y sus lágrimas que había escuchado la conversación.

—¡Señora mía!—dijo con acento ahogado.

Y recibió en sus brazos a la dama, que la estrechó fraternalmente contra su pecho.

Siguió un silencio profundo; interrumpido solamente por los sollozos de aquellas dos infelices, y después de largo rato, arrodillóse Leonor delante de un reclinatorio para invocar la ayuda y el consuelo de la Santa Madre de Dios.

CAPÍTULO V

De cómo se había cumplido la predicción del cantar del paje.

En el tiempo que había transcurrido desde el robo del hijo del conde había cambiado mucho el aspecto de Azucena. Sus cabellos negros y brillantes habían encanecido casi todos; su frente estaba surcada de arrugas, desfiguradas sus facciones y demacrados sus miembros. Sus ojos, extremadamente abiertos, se revolaban sin cesar hacia todos lados, dirigiendo miradas sombrías y recelosas, como quien teme constantemente una sorpresa; y si alguna vez la risa contraía los músculos de su rostro era para infundir espanto con sus carcajadas estridentes, que resonaban en el interior de su pecho, agitando con temblor convulsivo. La infeliz estaba loca, y lo mismo que su madre, aunque tenía momentos de completa lucidez, eran pocos. La fatal equivocación, que había sido causa de la horrible muerte de su hijo, trastornó su razón; y esta desgracia la hubiese vengado arrojando también en la hoguera al heredero del conde, si en el primer arrebató de su delirante desesperación no hubiese perdido el conocimiento; pero cuando volvió en sí, debilitadas sus fuerzas, y bajo el influjo de la reacción moral que necesariamente se verificó, le faltaron los ánimos para cometer aquel nuevo crimen; tuvo miedo a quedarse sola en el mundo, y las inocentes caricias del niño pudieron tanto en su espíritu, que llegó a quererlo no sólo como madre, sino hasta el punto de convertirse su cariño en una monomanía.

Desde entonces dedicó todo su afán y sus cuidados al hijo del conde; no dejó un solo día de alimentar la hoguera en que pereció su madre, y siguió habitando aquel lugar donde estaban todos sus recuerdos de dolor.

El niño fué creciendo, y su educación se comprende cuál pudo ser en medio de aquellas montañas y sin trato alguno de gentes. Hasta los diez años no tuvo del mundo otra idea que la exagerada que le hizo concebir la gitana; pero a esta edad, desoyendo los mandatos de la que tenía por madre, recorría solo el bosque y las montañas, dirigiéndose con preferencia a los sitios donde podía encontrar hombres o mujeres para contemplarlos con toda la afanosa curiosidad de su ignorancia. El día que la suerte le deparaba un caballero, era el más feliz, y cuando volvía de su excursión, hablaba a su madre por espacio de

una hora lo menos del brillo de la armadura del jinete, del color del penacho, del corcel, de los pajes y escuderos que le seguían. Un día le llevó la casualidad cerca del castillo, y como viese salir y entrar jinetes y peones, todos armados, y oyese el toque de los guerreros clarines, prefirió desde entonces aquel lugar para sus paseos. Poco tiempo después no se contentó con ir hasta el castillo, y siguiendo adelante una senda para él desconocida, llegó a la ciudad, se internó en sus calles y no volvió a su montaña hasta después de anochecido. Desde entonces se convirtió en necesidad su deseo de lanzarse en el bullicio del mundo; lo exigió así de la gitana, y ésta, que no tenía voluntad propia, que estaba dominada por el mancebo, otorgó su licencia, pero a condición de que no la abandonase, lo cual le prometió él solemnemente. Tenía ya quince años, y era robusto, fuerte, valiente, impetuoso, y dejaba entrever una elevación de ideas que parecía no convenir con su crianza; pero el mismo alejamiento de los hombres y su ignorancia, habían hecho que su imaginación, por naturaleza ardiente, soñase un mundo que no existía, como el que sueñan los niños en la primera época de su razón al escuchar las fantásticas narraciones de sus madres, y creía que con un casco de acero, una espada y un caballo podría llegar a ser conde lo mismo que el de Luna, su vecino.

Con tales ideas y ambicioso de fausto y de gloria, se lanzó en medio del bullicio social, y a pesar de sus pocos años, logró entrar al servicio de un capitán aventurero, que con su gente seguía al que mejor le pagaba, y que cuando no se ejercitaba en la guerra, robaba en los caminos.

El mancebo llegó a verse dueño de una armadura, de una espada y de un caballo, y pronto fué el más diestro en manejar las armas y el más atrevido de la cuadrilla. Después aprendió a cantar y a tañer una cítara tan hábilmente, que causaba admiración, y para ser en todo superior a sus compañeros, llegó a componer él mismo los romances, que cantaba y que habían cautivado más de un corazón.

Empero, la triste condición de mercenario de un aventurero oscuro no podía satisfacer su ambición, y a los diecinueve años, con su espada, su cítara y su corcel, una vez como guerrero, otras como trovador, recorrió ciudades y villas, visitó castillos y anduvo errante, hasta que, prendado de su valor y de su ingenio el poderoso conde de Haro, lo tomó a su servicio en clase de paje, creyendo que era un hidalgo de buena cuna, que ocultaba su nombre mientras llevaba aquella vida aventurera y lograba hacer fortuna, como en aquellos tiempos era costumbre de muchos hidalgos pobres.

No tardó el mancebo en conquistar el cariño de su nuevo señor y en llegar a ser, más que su paje, su amigo y su confidente, de tal modo, que un año después se encontró hecho alférez del conde y considerado como requería su empleo, su talento y su valor.

Nadie sabía más sino que se llamaba Manrique; su vida anterior era un misterio para todo el mundo, lo cual le daba más prestigio.

En su vida aventurera no se olvidó de la que tenía por madre, y de cuanto ganaba era su primer cuidado atender a ella. En varias ocasiones intentó hacerla dejar las montañas, pero Azucena no consintió nunca otra cosa más que recibir los socorros del mancebo: fué imposible hacerle separarse de la hoguera donde habían perecido su madre y su hijo.

Manrique, más conocido por el nombre de Trovador que por el suyo, tenía ya veinticuatro años cuando vamos a presentarlos a nuestros lectores, y sabía la terrible historia de la quema de la gitana; pero creyendo, porque Azucena se lo había dicho así, que el niño que había perecido era el hijo del conde.

Serían las dos de la tarde.

El sol bañaba con sus luces el castillo de Luna, las montañas y los bosques.

La Naturaleza parecía reposar por algunos instantes pues no agitaba sus alas el viento ni cantaban las aves, y los arroyos parecían murmurar con temor de interrumpir el silencio, y se escondían entre el espeso ramaje de la selva después de haber lamido la menuda hierba que alfombraba sus orillas.

Empero, el aroma de las flores embalsamaba el ambiente, y esa apacible calma de la hora de mediodía en la primavera convidaba a recostrarse al pie de una frondosa encina, cerca de un torrente, y dormirse arrullado por el ruido de las argentadas espumas, después de haber contemplado el cielo, las flores y los pájaros, que en lo más espeso de la enramada esperan que pase la hora en que el sol envía sus rayos más abrasadores.

La hoguera en que habían perecido la gitana y su nieto ardía con grandes llamaradas, esparciendo sus rojizos resplandores en el espacio que mediaba entre la montaña y el bosque, y donde a causa de la espesura de éste

y de la elevación de aquella, apenas penetraba el sol.

Todo en aquel recinto, de tan horrible memoria, estaba en el mismo estado en que lo vimos veinticuatro años antes.

A pesar del calor que aquel día se dejaba sentir, Azucena, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, estaba de pie cerca de la hoguera y parecía entregada a profundas meditaciones. Empero, no pasaron muchos instantes cuando, después de estremecerse, fijó una mirada penetrante y afanosa en las llamas, siguiendo luego la dirección de una columna de humo.

—Siempre el mismo!—murmuró con voz ronca—. Siempre hasta el cielo, creciendo siempre, nunca menguando.

Se contrajo su frente, extendió los brazos, y después de mover sin concierto los dedos huesosos, volvió a decir:

—Más; crece más...; ahora la nube negra, y... luego vendrá la roja... ¡Oh!... ¡Siempre!... ¡Siempre!...

Cerró entonces los ojos como asustada; pero los abrió en seguida, y sus pupilas relumbraron como dos ascuas. Movióse sus labios como si hablase, volvió la cabeza al uno y al otro lado, y repuso:

—¿Por qué ha de gritarme sin cesar?... ¡Véngame!... ¡Ah!... No puedo...; le quiero mucho, mucho... ¡Es tan hermoso!... Y luego, cuando al refrescar la noche se arde mi cabeza y tiemblo porque se acerca la hora de los fantasmas y los gritos, nada me consuela, nada me tranquiliza más que su voz cuando canta y los sonos de su cítara. ¡Y el ingrato me abandona en esta soledad!... Pero es feliz entre los hombres... ¡Ah!... —gritó con espanto al oír el ruido que hizo al caer una piedra desprendida de la montaña—. Están ahí...; me quemarán... ¡No, no, no me queméis; es una muerte horrible!...

Sus ojos desencajados se revolvieron rápidamente, dirigieron a todos lados miradas recelosas y extendió los brazos como si quisiese defenderse de alguien.

—No os acerquéis—volvió a decir—, porque le llamaré, y su brazo, invencible, os aniquilará; no os acerquéis, porque su espada lo destruye todo... Temblad, verdugos, temblad; que corre por sus venas la sangre de los godos, y las fieras de ese bosque le han amamantado...

Interrumpióse, su rostro se dilató y dejó escapar una carcajada nerviosa.

—Pero también—dijo—los ruiseñores le han dado la voz, y suspenden sus gorjeos cuando él entona sus tristes romances... ¿Queréis arrebatármelo y decirle que no soy su madre para que me aborrezca y me desprecie?... ¡Oh!... Quemadme...; antes quemadme como a mi madre, a mi pobre madre loca... ¡La infeliz estaba loca y no tuvisteis compasión!...

La gitana tembló como si sintiese el frío de una calentura; anduvo hacia todos lados sin dirección fija, y luego, acercándose más que antes a la hoguera, dijo con voz más reposada:

—Pronto vendrá: ayer me lo prometió.

Como si estas palabras hubiesen sido un llamamiento, sintióse el ruido de las pisadas de un caballo, y pocos instantes después llevo sobre un potro negro y pujante un jinete armado con bonetillo de acero bruñido y cota de malla.

Era el Trovador, tipo perfecto de belleza; pero de una belleza varonil, a la vez imponente, dulce y fascinadora. Sus cabellos rubios y sedosos se escapaban en rizos brillantes bajo el acerado casco, y se esparcían sobre los menudos anillos de las mallas que cubrían su cuerpo. Eran sus ojos de un azul puro y transparente como el del cielo de otoño en Andalucía, y tenían tal expresión de languidez y ternura, que no era posible que mirasen sin conmover hasta lo más profundo del alma. Su frente era espaciosa, desembarazada y alta hasta la exageración; su nariz recta, y su boca, de labios un tanto gruesos, estaba adornada por un bigote rubio como la cabellera, fino y reluciente. Era su cutis blanco; mediana su estatura, y sus formas como las de un Apolo griego. Tenemos que advertir que aquella frente lisa se contraía fácilmente, y aquellos ojos de mirada serena y dulce, solían, en ciertas ocasiones, despedir centellas, que ninguna otra mirada podía soportar. Si queremos escudriñar hasta su alma, veremos que su pecho era hoguera de ardientes pasiones, y su cabeza de ambición tan desmedida, que quizá no le hubiese satisfecho la corona de los condes de Luna que le había prometido su nacimiento y arrebatado un crimen. Sin embargo, la misma grandeza de sus instintos, la nobleza y generosidad de su alma rechazaban hasta la idea de satisfacer sus deseos por medios ruines: ambicionaba riquezas y honores; pero quería conquistarlos con su valor y no lograrlos con la adulación rastrera y cobarde. Ya dijimos que era poeta y que había soñado, desde su niñez, con una gloria que difícilmente suele alcanzar algún hombre.

Como se había criado en la más completa libertad, sin más ley que su capricho, no podía tolerar que se contrariasen sus deseos, y era su voluntad indomable, y más que perseverante en sus acciones, mostrábase tenaz como un loco dominado por su monomanía. Sólo excitando sus sentimientos de ternura o de compasión podía hacerle retroceder o desistir de cualquier empresa o su capricho: la resistencia o la fuerza eran un aguijón para su voluntad y un incentivo para su deseo.

No sabía lo que era el miedo ni había encontrado quien compitiese con su destreza en manejar las armas ni con la fuerza de su brazo ni con la agilidad incansable de su cuerpo ni con su serenidad en el combate; así como ninguno tampoco pulsaba con tan blanda dulzura como él una cítara ni entonaba con tan conmovedora voz una cantiga amorosa que, llegando a los oídos de la dama más insensible, resbalaba hasta el corazón para encenderlo. Es verdad que le ayudaba su época, pero no es menos cierto que Manrique era un hombre de belleza y cualidades no comunes.

Cuando llegó a la explanada se apeó de su negro potro que, sin necesidad de que le sujetasen, quedó parado con la brida sobre el arzón, y acercándose a la gitana, la abrazó tiernamente y estampó en sus tostadas y rugosas mejillas un beso cariñoso.

—¿Qué contraste!

El uno joven, hermoso, lleno de vida, revelando una inteligencia elevada, y la otra vieja, haraposada, demacrada y demostrando en sus ademanes, en sus palabras y en sus ojos la falta de razón. El uno, radiante de felicidad, porque el mundo le había dejado franco el camino de la gloria, y la otra, infeliz como ninguna mujer, porque el mundo la había rechazado, la había perseguido y la fatalidad le había llevado al borde de un abismo de crímenes y desdichas.

—¿Manrique!—exclamó Azucena, estrechando contra su pecho al mancebo y besándole repetidas veces.

—Estáis agitada, madre mía—dijo Manrique con voz dulce y acento cariñoso—. ¿Qué tenéis?

—¿Qué tengo!... ¿No le has visto huir cuando te acercabas? ¡Oh!... Si no hubieses llegado tan pronto...

—Tranquilízate; nada debéis temer...

—Ahora que tú has venido.

—Son aprensiones vuestras y os mortificáis.

—No, Manrique—replicó la gitana, en cuyos ojos volvió a pintarse el espanto—. Mira..., mira cómo crece y sube hasta el cielo, y... la nube negra...

—No hay ninguna nube, madre mía; es el humo de esta hoguera, cuyos recuerdos os matarán.

—¿El humo!—repitió Azucena, mientras sonreía con amargura—. Ya lo sé que es el humo, porque todo es humo, como lo fué mi venganza, como lo es tu ambición, y también es humo aquel castillo que siempre contemplas con envidia... Todo es humo, Manrique, todo, hasta los recuerdos de esa hoguera...

—Que yo apagaré para evitaros un tormento.

—¿Oh!... No, no la apagues; ¿Acaso ignoras que en sus llamas...?

—Lo sé—interrumpió el mancebo, que se estremeció—. Ya me habéis referido muchas veces esa historia horrible...

—En esa hoguera murió mi madre, que estaba loca, y era anciana y débil, y también mi hijo...

—¿Vuestro hijo!—replicó vivamente el doncel.

—¿Ingrato!—murmuró Azucena—. Te avergüenzas de que yo sea tu madre; quisieras llamarte Artal...

—No pronuncieis ese nombre—dijo Manrique, cuyas mejillas palidecieron.

—¿Cuán fácilmente he sabido lo que siente tu corazón! No me quieres por madre... ¡Ah!... ¡Si supieras cuántos sacrificios he hecho por ti!... Pero nada temas; todo el mundo ignora que eres mi hijo, y yo me oculto para que no pueda saberse que te dió el ser una gitana... —Perdonad; pero cuando dijisteis que vuestro hijo había perecido en esa hoguera, una justa y natural curiosidad...

—No, Manrique; el orgullo y la ambición te ciegan, dominan tu alma... No me importa si eres feliz, porque así lo soy yo también. La fortuna te sonríe por todas partes, eres temido y envidiado de los hombres, querido de las mujeres... ¿Qué más puedo yo desear?... En cambio, a mí me rechazan por todas partes, me desprecian o me persiguen, sin tenerme siquiera compasión... Se ha cumplido, Manrique, se ha cumplido... ¿No sabes el cantar del verdugo que me estorbó abrazar a mi madre cuando iban a quemarla?... Era un paje del conde, y cada vez que se burlaba de mi dolor, cantaba, diciendo: "Azucena, azucenica..."

—Os atormentáis, madre mía...

—No me atormento; soy feliz con tu felicidad, y... Mira... ¡Oh!... ¿No la ves?... La nube... y crece... y llega hasta el cielo...

—¿Desdichada!—murmuró el mancebo, cuyo pecho se oprimió.

La gitana se acercó a Manrique y miró con espanto a su alrededor.

—Escucha—dijo con sorda voz—; escucha cómo rien..., y cantan... y rien más...

Una carcajada nerviosa conmovió su pecho, y luego quedó inmóvil.

—Es preciso que abandonéis estos sitios—repuso el Trovador, que apenas podía respirar—: despedíos, pues, de esta hoguera maldita, de estos riscos, de la caverna que habitáis, más propia de una fiera que de una criatura...

—No lo intentes, Manrique, porque será en vano. ¿Dejar esta hoguera después de veintidós años que la cuidó noche y día! ¿Abandonar la cueva donde nací! ¿Trocar ese frondoso bosque, esas montañas y el aire puro y libre que respiro por las estrechas calles de una ciudad!... ¡Imposible!... ¡Aquí nací y aquí moriré contra la costumbre de mi raza! Pero tengo aquí todos mis recuerdos, y el día que concluya mi existencia, quiero que me entierres bajo esas cenizas y que apagues esa hoguera con tu llanto.

—Os suplicaré, madre mía, y como es tan grande el amor que me tenéis...

—Imposible—replicó Azucena con acento que no daba lugar a la duda—. Aquí moriré; pero después que cierres mis ojos y cubras mi cuerpo con la tierra, no vuelvas a este lugar de maldición ni te acerques al castillo de Artal... Cuidado, Manrique; ten presente que pesa una maldición sobre los Luna: la maldición de un mártir moribundo, de mi madre...

—¿Y qué me importan los señores de Artal? Ellos espiarán su crimen hereditario...

—Y tú el mío...

—¿Por qué?

—Ya te he dicho que la de Luna es una familia maldita.

—Delira—murmuró el doncel, levantando al cielo sus hermosos ojos azules—. ¡Compadeceos de ella, Dios mío!

—El hijo del conde y el de la gitana se abrazaron ahí, sobre esas mismas hojas, y luego la hoguera...

—Basta, madre mía; os estáis dando la muerte y me atormentáis mucho. Sentaos y reposad...; estáis fatigada. Pronto vendrán a buscarme, y no quiero dejaros en ese estado de exaltación...

—Puedes irte tranquilo, Manrique; estoy sosegada...

En aquel instante se oyó un silbido agudo.

—Me llaman—dijo el doncel.

—¿Tan pronto!... Ni un solo día de tus gozos me sacrificarás...

—Tengo que cumplir deberes sagrados; ya sabéis que no soy dueño de mis acciones.

—¿Has vendido tu libertad!

—He buscado la fortuna.

—No te detengas; vete; porque si tardas se acercarán, y si te ven a mi lado, abrazándome...

—¡Adiós, madre mía!—exclamó el mancebo, estrechando contra su pecho a la gitana.

Su acento demostraba más conmoción que los demás días, y poco le faltó para derramar una lágrima.

—¿Adónde vas?—preguntó Azucena.

—A Zaragoza...

—El cielo te guíe.

Cabalgó Manrique, tomó la vereda que conducía fuera del bosque y a poco trecho encontró a un jinete, que era el que le esperaba.

—Pronto has concluido—le dijo el Trovador.

—¡Voto a Satanás y a su corte de diablos!—exclamó el otro—. Me disteis tanta prisa...

Mirad cómo está mi pobre yegua, ¡vive Dios!

El que así hablaba era un hombre alto, fornido, de rostro moreno y ojos pardos, redondos y vivos, nariz aguileña y espesa barba negra como el azabache. Iba cubierto con una espesa cota, llevaba casco de acero sin plumas ni otro adorno; larga espada, ancho puñal y una hacha pendiente del arzón. Su aspecto era rudo, pero no le faltaba astucia, y tenía las buenas cualidades de ser leal como un perro, y valiente hasta la temeridad. Representaba treinta años y hacía dos que servía a Manrique de ayuda de cámara, de paje, de escudero y de cuanto era menester. Bien merecía la confianza del mancebo, porque lo quería entrañablemente, y se hubiera dejado matar por él, respetándole como a un padre y a un señor, aunque le trataba sin fórmula alguna de cumplimento. Se llamaba Ruiz, tenía sus puntos de hidalgo, pero él mismo se burlaba de sus oscuros y dudosos timbres de familia como se burlaba de todo; pues era alegre, decididor y desvergonzado, y tan bueno para dar cuchilladas como para vaciar botellas. Requería de amores a todas las mujeres, viejas y jóvenes,

feas o bonitas, nobles o plebeyas, pues decía que las mujeres y el vino eran las dos únicas cosas buenas que Dios había criado.

Tal era el escudero, o como quiera llamarle, de Manrique.

—Bien—dijo éste—, con tal que yo no espere, bien puede sudar tu yegua.

—Si no me hubiese detenido tanto el señor conde, me excusara de correr; y luego esas malditas veredas que no tienen más anchura que los bigotes del rey don Fernando...

—Ten la lengua, Ruiz.

—Es la primer arma ofensiva y defensiva que se usó en el mundo, señor, y tengo derecho...

—Todavía no me has dicho dónde está el de Luna—interrumpió Manrique.

—Esta mañana, en Zaragoza; después, lo ignoro, porque no he tenido tiempo para volver.

—Pues a Zaragoza.

Y salieron al trote.

—Como todos los días—dijo Ruiz.

—¿Te has olvidado de mis puños?

—No, don Manrique; pero ahora que voy detrás de vos no podréis darme una prueba de vuestro cariño. ¡Vive el cielo!... Pensando voy que debierais estar satisfecho con haberlo desarmado.

—¡Satisfecho!—replicó Manrique, cuya frente se contrajo—. No estaré tranquilo hasta que le atraviese el corazón o él a mí; los dos no cabemos en el mundo.

—Pues yo creo que es arriesgar demasiado, sobre todo si ella no os ama, en lo cual no estamos conformes.

—¿Qué duda puedo tener? ¡Oh!—exclamó el mancebo, mientras su rostro palidecía y brillaban sus pupilas como dos luciérnagas—. Estaba con él, yo la vi... ¡Pérfida!... Y luego cuando me acerqué...

—¡Por los cuernos de Satanás!... Los enamorados ven siempre dos bustos donde hay uno, y uno donde no hay ninguno; y esto es tan verdad como que me lo enseñó un fraile que se burlaba de mí en cierta ocasión, porque cometí la torpeza de enfadarme con una doncella...

—Calla, Ruiz.

—No piquéis tan de veras, señor, que mi yegua no tiene ya alientos.

—Pues ábrale el vientre si flojea.

—Lucidos quedaríamos, ¡voto a mis barbas!, y sobre todo, señor, la pobre no ha cometido más delito que sudar, y esto nos suceda a vos y a mí muchas veces.

Manrique no contestó, sino que con ganas de llegar a la ciudad, obligó más a su potro, inclinó la cabeza, y su rostro apareció sombrio, porque le atormentaron los celos.

El escudero también calló y pareció entristecer, porque comprendió que su amo sufría.

Perdieron de vista el castillo de Luna, dejaron atrás las montañas y siguieron un camino llano.

Empero, el mismo silencio; algún resoplido de los corceles y el choque de los herrados cascos contra la arena eran los únicos ruidos que interrumpían el triste silencio de los atrevidos jinetes, que solos y sin ningunas precauciones, andaban por aquella tierra, donde todos eran sus enemigos mortales.

Los dejaremos caminar; nos adelantaremos, y una vez en Zaragoza, descansaremos hasta que los crepúsculos de la tarde anuncien la venida de la noche.

## CAPITULO VI

### La buena ventura.

Ya el sol estaba muy cerca de su ocaso y comenzaban a enmudecer las aves y a plegar sus hojas la azucena.

El cielo estaba, como antes, despejado y transparente.

Las calles de Zaragoza empezaban a llenarse con los campesinos que volvían de sus faenas en busca del descanso y con los viajeros de todas clases que debían pasar la noche en la ciudad.

En las poblaciones, al salir el sol y al ponerse, aumenta el bullicio y el ruido; pero por la mañana es alegre y animador y al anocheecer triste y parece fatigar el ánimo.

Si el lector quiere acompañarnos a una de las calles menos concurridas de la ciudad, quedará sorprendido al ver atravesar por ella, con rápido paso, a la gitana que, fijando en todas partes miradas de espanto, con el cabello tan desordenado como siempre, y en extremo agitada, parecía caminar a la ventura; pues no se cuidaba de mirar si adelantaba o retrocedía al tomar por una u otra calle.

El motivo por que se encontraba allí lo diremos en dos palabras, aunque es fácil adivinarlo: había huído del bosque en uno de sus

accesos de locura, y acordándose de que Manrique le había dicho que iba a Zaragoza, tomó el camino de la ciudad con intento de buscarle para que la defendiese de los fantasmas, por quienes se creía perseguida.

Tuvo la suerte de no encontrar a nadie en el camino, y en las primeras calles que recorrió la vieron solamente algunos transeúntes pacíficos; pero cuando se internó más en la población, deparóle su desgracia algunos muchachos traviosos y mal intencionados, que la persiguieron con burlas y silbidos, primero, y acabaron por arrojarle inhumanamente algunas piedras.

Aturdida y llena de espanto, corrió la infeliz desesperadamente, y cuando logró perder de vista a los rapaces, se encontró junto a una puerta excusada del palacio real, a tiempo que iba a entrar una dama seguida de una dueña y un escudero.

—¡Amparadme, noble señora!—gritó la gitana con ahogada voz y acercándose a la dama—. Socorredme... ¡Ah!... Me persiguen los inhumanos; quieren matarme, porque soy pobre y débil, porque soy gitana...

Calló, estremeciéndose y no pudo proseguir, porque apenas la fatiga le dejaba respirar.

La dama, sorprendida al ver a Azucena en aquel estado de agitación y con muestras de aquel espanto, no pudo contener un grito y retrocedió asustada; visto lo cual por el escudero, se acercó a la gitana con intento de apartarla de allí; pero ella, dejándose caer de rodillas, repuso con acento de conmovedora súplica:

—¡Tened compasión de mí!... Me persiguen y me apedrean, porque me ven miserable, porque soy gitana... ¡Compadeceos!

—Dejadla, Fernán—dijo entonces la dama, repuesta ya—. ¿Quién os persigue desdicha mujer?

—Una turba de rapaces inhumanos que se mofan de mi vejez y de mi pobreza... ¡Los oís?...

Efectivamente; hasta allí llegó el ruido de la gritería de los muchachos, que se acercaban por una calle vecina.

Ellos son—repuso la gitana, estremeciéndose—. Ellos son y gritan como los verdugos de mi madre. Ocultadme, noble señora, que no os pesará la buena acción, y yo os pagaré con mi ciencia, descubriéndos los porvenir.

Entonces dejó la dama entreabrir el manto: era doña Leonor de Sesé.

—¡Qué hermosa sois!—volvió a decir la gitana—. ¿Cuántos secretos debéis tener guardados en el corazón!... Pero yo los descubriré.

Doña Leonor estaba en extremo pálida, y en sus ojos se veían señales de haber llorado mucho. Al oír el ofrecimiento de la gitana se estremeció; pero sin duda temerosa de que se creyese que podía tomar con seriedad el vaticinio de aquella infeliz, procuró sonreírse y dijo:

—Parece estar loca, y esos villanuelos la maltratarán para divertirse... Entrad mientras pasan y oscurace...

—Y os diré vuestro porvenir; y os convenceréis de que he de acertar cuando veáis que también adivino vuestro pasado.

—Me distraerá algunos momentos—dijo la dama a su dueña, volviendo a sonreírse levemente—. Idos, Fernán, y haced que esa canalla no grite.

El escudero obedeció, y doña Leonor y Aldonza, seguidas de Azucena, entraron en palacio y volvieron a cerrar la puerta con la llave que tenían.

—Por aquí—dijo la dueña, guiando por un excusado pasillo—. No es prudente que os vean con tal compañía.

Pocos momentos después llegaron al aposento de doña Leonor, y ésta despidió a la dueña, quedando sola con la gitana.

Ya se ocultaba el sol.

Los suaves resplandores del crepúsculo se extendían en Occidente como una nube de oro.

Llegaban al aposento las aromáticas exhalaciones de las flores del jardín, y el último trino del jilguero y lánguido arrullo de despedida de la tórtola.

El silencio no podía ser más absoluto.

Leonor se había echado a la espalda el ancho y negro manto de seda con que se cubría la cabeza y el rostro, y se dejó caer en un sillón, como si estuviese muy fatigada.

Azucena la contempló por algunos instantes con afán, y mientras separaba de su frente los crespos mechones de cabellos que por ella se esparcían en desorden, murmuró, como si hablase consigo misma:

—¡Qué hermosa es! ¡Pero cuánto debe sufrir! Sus ojos están como los míos en mi juventud, y esa frente tan tersa y tan blanca se arrugará como la mía, se marchitará en poco tiempo...

—Dejad esas tristes reflexiones—interrumpió Leonor, que sintió el corazón oprimido—. Decís que vuestra ciencia adivina lo porvenir y lee lo pasado en el alma...

—Sí; mi ciencia alcanza a todo eso; pero

no puedo deciros nada alegre. Vos habéis sufrido mucho, aunque no tanto como yo, y lloráis, porque vuestra esperanza se va desvaneciendo; pero yo perdí la mía del todo.

—¿Me conocéis?—replicó la dama al sentir que un frío glacial recorrió sus miembros.

—Nunca os vi ni sé cómo os llamáis. Pero ¿qué importa vuestro nombre? Sois una mujer desgraciada que sufre y llora, que busca el consuelo y no lo encuentra, que tiene un corazón ardiente...

—¡Callad!—interrumpió la dama.

—¿Me equivocó?

—Sí; yo soy dichosa.

—¡Dichosa!—repitió Azucena con amargura—. Arrancad de vuestra frente una nube que la cubre; haced que la luz de vuestros ojos, en lugar de ser como el resplandor de la luna que entristece y hace llorar, sea como el sol que alegra y hace reír, y entonces podréis decir que sois dichosa y os creeré.

Leonor miró a la gitana con supersticioso temor, y al ver aquellas pupilas encendidas por el fuego de la exaltación mental y el extravío de sus miradas, se arrepintió de haber quedado sola con ella, y estuvo a punto de llamar a Aldonza.

Empero, como si la loca hubiese adivinado el pensamiento de la dama, sonriéndose amargamente dijo:

—No tengáis miedo, que no puedo causaros mal, porque harlo hago con defenderme de mis recuerdos, que me persiguen y me atormentan; de los fantasmas que me acusan al brotar de las llamas de la hoguera y subir hasta el cielo... ¡Oh!... Se cumplió el vaticinio del cantar del pajé inhumano.

Y la infeliz gitana entonó la copla que ya conocen nuestros lectores, y que principiaba diciendo:

Azucena, Azucenica...

—¡Está loca!—murmuró Leonor.

—Sí; loca—repuso la gitana, aludiendo a su madre—. Pero no respetaron ni su locura ni su vejez... ¡Verdugos!... Por eso me grita sin cesar, pero yo no tengo valor para obedecerla... ¡Es tan hermoso! ¡Me consuela tanto con sus cantares!... ¿No le habéis visto? ¿No le conocéis?... ¡Ah!... No, no—añadió, acercándose a la dama, y con voz sorda y apenas perceptible—. No es mi hijo, os he engañado...; yo soy una gitana infeliz...; él es un guerrero valiente y noble...

—Bien... bien—balbuceó Leonor, que temblaba convulsivamente a impulsos del miedo que le infundía la gitana—. Ya se han ido los que os perseguían y podéis salir sin cuidado...

—Es verdad; habéis tenido compasión de mí, me habéis amparado, y yo os pagaré con mi ciencia... Mirad...; vuestro porvenir está en el cielo, como el de todo el mundo... Venid...; acercaos a la ventana...; estoy segura de no equivocarme...; veréis la nube roja y la negra...

Y la gitana asió de un brazo a Leonor y la llevó tras sí.

—¡Ah!—exclamó la dama, que no acertó a oponer resistencia.

—Mirad—repuso Azucena con fatídico acento y señalando con su mano huesosa hacia la rutilante faja que en Occidente formaba el crepúsculo—. La nube roja que anuncia sangre...

Lo que en aquellos momentos pasó en el interior de la dama es imposible explicarlo. Su corazón, que antes latía con desigual violencia, quedó suspendido por algunos instantes; se oprimió su pecho; la luz huyó de sus ojos; le faltaron a sus miembros las fuerzas, y a no estar sostenida por la gitana, hubiese caído al suelo, porque no podía sostenerse. La infeliz se había acordado de los peligros que rodeaban a su amante, y como la desgracia y el miedo son siempre supersticiosos, creyó que la supuesta nube era el anuncio de una desgracia, de la muerte de Manrique, y que la fatalidad había traído a la gitana para darle el doloroso aviso. Y no era extraño que así pensase Leonor, si se tiene en cuenta, aparte de la época en que vivía, las violentas y encontradas emociones que había experimentado aquel día y que habían excitado vivamente sus nervios y su imaginación, por naturaleza ardiente y fantástica como la de su amante.

—¡Sangre!—repuso la gitana con su voz sorda y su acento prolongado—. Sangre tan roja como esa nube...; sangre y fuego como el de mi hoguera... ¡Infeliz!... ¡Tu suerte está unida a la mía por algún secreto que no puedo adivinar!

—¡Sangre!—repitió Leonor con acento ahogado—. ¿De quién es esa sangre?

—De una cabeza noble, porque la suerte de esta miserable gitana está unida también a la de un poderoso señor, y como tu suerte es la mía...

—¡A la tuya!

—Sí; a la mía...

—¡Calla!...

—Está escrito por la mano de Dios.  
—¡Ah!...  
—No tiembles, que ha de llegar el día en que necesites de todas tus fuerzas...  
—¡Calla!... ¡Vete!... —interrumpió con espanto Leonor.  
—Y te perseguirán como a mí, y mirarán tus lágrimas con indiferencia y no escucharán tus súplicas...  
—¡Dios mío!...  
—¡Guárdate de ese poderoso señor!...  
—De quién? —preguntó afanosamente la dama.  
—De esa familia maldita...  
—Pero ¿quién es?...  
—El de Artal...

Leonor no pudo contener un grito desgarrador de espanto. El nombre de don Nuño, pronunciado por aquella mujer al anunciarle desgracias horribles, produjo en la dama un efecto inexplicable. Su corazón se oprimió más de lo que estaba; sus sienes latieron con desigual violencia; se abrasaba su frente y sus miembros se agitaban con temblor convulsivo. El terror se apoderó de su espíritu, y su razón, exaltada por la fiebre, atormentó todo su ser con negras y espantables ideas. Parecía que sus ojos iban a salirse de sus órbitas, y su penetrante y recelosa mirada se fijaba alternativamente, ya en Azucena, ya en la faja de rutilante resplandor del crepúsculo.

El aspecto de la gitana era horrible; estaba en uno de sus momentos de mayor delirio, con la frente contraída, las pupilas relucientes como dos ascuas; erizados, enmarañados y esparcidos en desorden sus grises y áspersos cabellos, contraídos los músculos del rostro como para comenzar una carcajada sardónica, dilatada y abierta su boca, que dejaba ver sus dientes blancos y menudos como los del chacal, extendido hacia Occidente uno de sus brazos descarnados y desnudos para señalar con su mano crispada el rojo crepúsculo, y oprimiendo convulsivamente entre los dedos huesosos de la otra una muñeca de Leonor. Más que mujer parecía una aparición del infierno para anunciar los más espantosos males, para maldecir con la lengua y aniquilar con la mirada.

¿Cómo había de estar Leonor? Por despreocupada que fuese, había de sentirse dominada por el supersticioso terror que infundían el aspecto y las palabras de Azucena, pronunciadas con aquella voz sorda, con aquel acento fatídico y prolongado. Además, la dama, como todas las personas de temperamento nervioso, se espantaba ante los peligros imaginarios, mientras que ante uno real la hubiésemos visto animosa y hásta serena. Luego, el nombre de don Nuño como fuente de todos los males, de todas las desgracias, anunciando como el fantasma perseguidor de la doncella, como su fatalidad personificada, acabó de hacerle perder el débil dominio que momentos antes conservaba sobre sus negros presentimientos. Entonces la fiebre y el terror produjeron la aberración de los sentidos, y vio en el sonriente crepúsculo ensangrentada nube, y en la oscuridad que comenzaba a extenderse otra nube negra, ambas uniéndose y confundiendo, como le decía la gitana.

Por espacio de algunos momentos no pudo hablar la doncella; pero, al fin, esforzándose con voz ahogada y entrecortado acento, dijo:

—¿Y por qué el del Artal?...  
—Porque tu estrella es la mía—interrumpió la gitana—: es la mía, porque se te presenta la misma nube roja y la nube negra... ¡Guárdate del señor de Artal, porque está maldito como su padre por la desesperación de su víctima al expirar!... ¡Sangre, verdugos, tormentos!... Eso encontrarás en tu camino. Yo vi morir como un criminal a la persona a quien más amaba...

—No prosigas...  
—Tú amas también...  
—Calla...  
—El señor de Artal hará pedazos tu corazón, como hizo pedazos el mío...  
—¿Sabes a quién amo?  
—Nuestro destino es el mismo...  
—¿Sabes a quién amo?—repitió Leonor.  
—La misma es nuestra estrella... Tú amarás a un mancebo hermoso...

—¿Quién es?...  
—De ojos azules como el cielo, de cabellos rubios como el sol...  
—¿Quién es, quién es?—repitió la dama con la mayor exaltación.  
—Que canta como los ruiseñores...  
—¿Su nombre!... ¡Su nombre!...  
—Su nombre... nadie lo sabe más que Dios y yo...

—¡Oh!—exclamó la joven, que apenas podía respirar—: Ese es Manrique...  
—¿Manrique!—repitió la gitana—. ¿Has dicho Manrique?...  
—No se llama así?  
—Se llama...

Azucena calló repentinamente, se oprimió el pecho, y al fin dejó escapar la carcajada

espantable que anunciaba la contracción de su rostro.

—¿Manrique!—repuso después de algunos instantes—. ¿Te gusta ese nombre?...

—¿Qué tiene de común contigo el Trovador?...

—¿También le llamas Trovador? ¿Has escuchado sus cantigas?... Si; le amas, le amas mucho y él a ti también, más que a su misma madre, tanto como a su ambición...

—¿Quién eres?...

—¿Y qué te importa?... Una gitana, un ser desdichado como tú, perseguido, despreciado...; pero también fui hermosa y daba envidias, y ahora sólo encuentro desdenes, porque se ha cumplido la predicción del cantar de aquel paje inhumano...

En aquel momento se oyó la voz de un hombre que cantaba al atravesar el jardín, y por casualidad, la copla que entonaba era la misma a que se refería la gitana.

—Escucha—dijo ésta, inclinándose y haciendo inclinar sobre la ventana a Leonor.

El silencio que por allí reinaba permitió que se entendieran las palabras de la popular coplilla.

—Ese es el cantar del paje inhumano—repuso Azucena cuando se perdió el último acento del que cantaba.

—¡Oh!—exclamó la dama, oprimiéndose el pecho y pasándose por la frente abrasada sus temblorosas manos—. Mi razón está extraviada...

—Ya sabes lo que te espera... La nube se pierde...; vendrán los fantasmas... y crecerán y subirán hasta el cielo... y...

La gitana dejó escapar un grito agudo y una segunda carcajada; se lanzó a la puerta y desapareció.

Leonor quedó inmóvil; quiso pedir socorro, y no pudo más que abrir la boca para dar salida a un soplo de su aliento abrasador; fijó en Occidente su mirada, y al desaparecer el último y debilísimo resplandor del crepúsculo, creyó ver levantarse un fantasma informe y crecer y subir...

Se oprimió el pecho como si fuera a desgarrárselo; abrió más y más los ojos, inclinó la cabeza y cayó sobre el pavimento sin sentido.

## CAPITULO VII

De cómo el trovador miró con envidia su propia casa y despreció su propia estirpe.

El sol apenas había dejado ver algunos de sus abrasadores cabellos, cuando ya, fuera de Zaragoza y camino del castillo de Luna, se encontraban el Trovador y su criado, caballero aquél sobre su negro potro, y éste sobre su torca yegua. Aunque el día se presentaba sereno y era el mes de mayo, la mañana estaba fría, y ambos, es decir, amo y escudero, embozados en sus anchas capas, no dejaban ver más que el extremo inferior de las piernas, la contera de la espada y la cabeza que, como el día pasado, llevaban cubierta con sendos bonetillos de acero sin penachos ni adornos.

Largo rato anduvieron sin pronunciar una palabra, bien porque el fresco les quitase el valor para bajar el embozo, bien porque con sobra de ideas sobre qué meditar, llevasen cada cual consigo mismo la conversación.

Al fin, Manrique, volviendo la cabeza hacia su escudero, que no iba detrás como el respeto exigía, sino a su izquierda, dijo:

—¡Vive Dios! Que si tus noticias de hoy son como las de ayer, quedaremos lucidos.

—¡Por Satanás y sus acólitos, señor!—exclamó Ruiz un tanto amostazado—. Exactas fueron mis noticias, porque en Zaragoza estaba el de Artal, y si luego salió para su castillo, no es culpa mía.

—Largo es el camino.

—Corta vuestra paciencia.

—Pica y adelantaremos más.

—Señor, me quedaré sin yegua antes de tres semanas y vos sin ese potro, que no tiene igual en todo el reino.

—Ruiz, voy cansándome de tu sempiterna charla.

—Yo del silencio que constantemente me hacéis guardar, ¡y por las orejas del conde! que no he nacido para fraile cartujo.

—Pero si para bergante y deslenguado, y yo para corregirte como mereces.

—Gracias, señor.

—Mal cuadrán tus chistes y tus bromas con nuestra situación o, por mejor decir, con mis sufrimientos, que debieran ser también los tuyos.

—¿Y quién sino vos y vuestras desgracias me hacen andar como alma que lleva el diablo? Cuatro días he pasado sin desnudarme, durmiendo poco y a cielo descubierta, y... ¡Voto al infierno!—exclamó Ruiz, algo conmovido—. ¿Que me desuelen vivo si me pesa el no dormir ni comer por serviros!... Pero esto no es del caso. ¡Vive Dios!... ¿Qué he de ha-

cer? ¿Sería prudente entristeceros más de lo que estáis, no hablándoos de otra cosa que de vuestras desgracias? Hago de tripas corazón, riéndome y diciendo cuatro necedades para distraer vuestro ánimo, siquiera haciendo que os enfadéis. Pero vos lo achacáis a ingratitude, a falta de cariño... ¡Rayos y truenos!... ¿Quién en el mundo ha podido sujetarme sino vos? ¿Y pensáis que os sirvo lealmente, callo y sufro vuestras amenazas o vuestro mal humor por el pan que me dáis o porque os temo?... ¡Por las uñas de Lucifer!... ¡Mil rayos que me partan!... Está visto que no me conocéis.

—Sé que me quieres—interrumpió Manrique con triste y apenado acento—; pero hay momentos...

—¡Por Dios, señor!... Amenazadme, rompedme los huesos a palos, pero no digáis que habéis hecho mal. Si me habéis reñido, tenéis razón para ello: no quiero que jamás me digáis que habéis sido injusto conmigo, porque os humillaríais, y esto me desesperaría.

—Buen Ruiz...

—¡Dios de Dios!... ¡No me habléis así!... ¡Cien legiones de condenados y brujas carguen conmigo!...

—Todo se acabó—replicó Manrique—. Pero corrige ese vicio de maldecir y jurar como un excomulgado.

—Eso es otra cosa, señor, porque bien pensado, el tal vicio no tiene nada de cristiano, y ¡vive Dios! que he de corregirme, aunque tenga que arrancarme la lengua. Ya lo veréis, ¡voto al infierno!...

—Está visto que es imposible...

—Es verdad... No puedo, señor; no puedo quitarme ese vicio... ¡Voto a tal!...

—Hablemos de otra cosa, Ruiz.

—Si; de la locura que hacéis yendo a buscar al conde.

—¿Vuelves a tus libertades en el hablar?

—¿No me habéis pedido consejo?

—Sí.

—Pues os repito lo que ya os dije en Zaragoza, que a nada conduce buscar al conde. Al desarmarlo en el jardín, lo humillásteis bastante, y debió quedar satisfecho vuestro amor propio. ¿Qué más queréis; matarlo? No tardaréis en conseguirlo: ya sabéis que se prepara una buena broma, y antes de una semana nos habremos visto con los partidarios del rey: no será el conde el último en correr a la pelea, y entonces podréis quitarlo de en medio, sin que se diga que fuisteis a buscarlo para satisfacer una venganza, conociendo vuestra superioridad.

—Cuando le desarmé en el jardín le prometí buscarlo, y tengo que cumplir mi palabra.

—Bien; pero el conde no tiene de hidalgo más que el nombre de Artal, y al veros en su castillo, mandará que os encierren, os acusará de traidor al rey y a la patria...

—El conde es un caballero y no cometerá semejante villanía.

—Lo dudo.

—Te prohibo que pienses con tal ruindad.

—Si así no he de pensar, nada tengo que decir en contra de vuestro propósito, porque el único temor que me asaltaba era el de una mala acción de don Nuño.

—Lo que si puede suceder es que no acepte el reto, en cuyo caso no sé si podré contenerme y respetarlo en su hogar.

—¿Y qué tiene que ver el hogar con la ofensa? Es vuestro enemigo, le prevenís que se defienda, no quiere hacerlo, y vos entonces, aunque no sea más que una buena paliza tenéis que darle.

Manrique se sonrió, a pesar de su tristeza.

—No tienes—dijo—un instinto noble.

—Pues mi padre me decía que éramos familia de hidalgos de primera calidad, y en apoyo de sus palabras me enseñaba unos pergaminos, que después vendí a un hidalgo vanidoso. ¡Vive el cielo!... Buen negocio fué aquél: me dió trescientos maravedises y todo el vino que pude beber en un día. Pero volviendo a nuestro asunto...

—Necesito matar al conde o que me mate para no sufrir lo que sufro. ¡Oh!... No sabes lo que son los celos...

—Ni quiera Dios, porque a vos os han puesto amarillo y aun algo más faco, y es la verdad que desde la otra noche no sois hombre para nada.

—¡Ah! Mi tormento es horrible.

—Pero entiendo, señor, que no anduvisteis del todo acertado acusando a vuestra dama.

—¿Pudieron engañarme más ojos?

—Pero bien pudo suceder que ella, tomando por vos al conde...

—¿Y sus palabras?...

—También debió decir las creyendo hablar con vos. Es muy fácil que así haya sucedido, porque ¿cómo explicar que no sea fiel una mujer que por vos ha expuesto su honra, su reposo y quizá su vida? Que el conde la ama,

no cabe duda, porque la pretende con sobrada insistencia; pero que ella le corresponda, no lo creo. ¡Y por los pelos de Lucifer! que es triste cosa que os atormentéis con lo que no existe.

—Tus dudas me consuelan, Ruiz.

—No son dudas, señor; es que así lo creo firmemente—replicó el escudero.

—¡Si supieras cuánto bien me hacen tus palabras!

—Más os hiciera el pensar como yo, y para otra cosa no tenéis motivos que valgan un ardite, ¡voto al infierno!

—Acabarás por hacerme dudar.

—Difícil es, porque cuando se os pone en el entrecejo una idea...

—Pero no dejaré de aborrecer al conde.

—Ni él a vos, por lo cual, si no es hoy, cualquier otro día, cuando menos se piense, acabaréis por venir a las manos.

—Las horas que tarde no viviré con sosiego.

—Y el conde tiene más motivos de aborreceros que vos a él.

—¿Mas motivos?

—Sí, porque se ve despreciado de doña Leonor; porque en el torneo le hicisteis medir la tierra al primer bote de lanza y porque le desarmasteis la otra noche: cualquiera de estas tres cosas es más que suficiente para excitar el odio, y no digo nada las tres reunidas.

Manrique, con el espíritu algo más sosegado por la distracción que le proporcionaba la conversación de su escudero, miró a los lados del camino para saber dónde se encontraba y calcular el tiempo que tardaría en llegar al castillo.

—Advierto—dijo—que has sabido aprovecharte de mi distracción para no obedecerme.

—¿En qué os he faltado?

—En no andar más aprisa.

—¿Pobre torda!

—No le tengas tanta compasión y sígueme.

—Paciencia y adelante.

El Trovador picó los ijares de su fogoso potro, y éste y la yegua tomaron un buen galope, levantando una nube de polvo y haciendo saltar las piedras y la arena.

Media hora después subían la escarpada pendiente que conducía al castillo de Luna.

—¡Por todos los juicios que están en el infierno!—exclamó el sirviente—. Más despacio, don Manrique, que este repecho es para reventar vuestras cabalgaduras, aunque fueran de bronce.

Pero Manrique no hizo caso y siguió al galope con harta disgusto de su potro y con peligro de su persona, pues a los lados de la pedregosa vereda había derrumbaderos, donde era fácil caer al primer resbalón. Al divisar el castillo había sentido el mancebo palpar con violencia su corazón y atormentarle la envidia que experimentaba muchos años atrás, cuando al burlar la vigilancia de Azucena iba a contemplar, admirado, los torreones y la gente armada que entraba y salía. La ambición y el orgullo innatos en el doncel se exaltaban siempre que se presentaba a su vista la soberbia morada de un gran señor, y en aquel momento hubiera dado la mitad de su vida, por encontrarse dueño del castillo, llamarse noble y ceñir una corona. ¡Si hubiese sabido que una palabra de Azucena podía realizar sus ensueños de ambición y de gloria!

Llegaron al borde del foso.

El mancebo hizo resonar la trompeta de que todo caballero iba entonces provisto. Fue contestado por los de la fortaleza, y después de las preguntas de costumbre y de contestar él, con asombro de los que le escuchaban, que era don Manrique, el Trovador, volvió a reinar el más profundo silencio por espacio de algunos minutos.

Luego rechinaron las cadenas del puente levadizo, y éste cayó sobre el foso.

Amo y escudero pasaron adelante, sin dar muestras de miedo ni de cordedad.

Los recibieron cinco o seis criados, a cuya cabeza se encontraba Jimeno, y como si el Trovador fuese algún personaje, o por lo menos un amigo, le guardaron las más delicadas consideraciones, saludándole cortésmente y sujetando el potro para que desmontase.

—Seguidme—dijo Jimeno al doncel.

Y éste le siguió.

Y subieron escaleras y atravesaron galerías y salones.

Al fin se detuvo el escudero y señaló hacia una puerta a la vez que se inclinaba.

Manrique entró en un espacioso aposento. Allí estaba don Nuño sentado en un ancho sillón, con la frente contraída y sombría la mirada.

Todas las consideraciones hospitalarias desaparecieron en aquel instante: el conde no se dignó volver la cabeza ni levantar la mirada.

El mancebo quedó parado frente a su enemigo. Sus mejillas estaban rojas como la púrpura y sus pupilas brillaban como dos chispas eléctricas.

Hubo algunos momentos de silencio.

—Don Nuño—dijo, al fin, Manrique.

El conde se estremeció, su rostro también enrojeció, y haciendo un esfuerzo para contener el primer arrebato de su ira, levantó con altivez la cabeza y contestó:

—¿Qué queréis? ¿Cómo os atrevisteis a llegar hasta aquí sin miedo a mi enojo, sin temor a la justicia que pide el castigo de los traidores al rey?

—Señor conde—replicó el mancebo con aparente y forzada calma—, vuestro enojo es precisamente lo que deseo; y como traidor, nada temo, porque no lo soy, sino enemigo del hombre a quien no creo con derecho a ocupar el trono de Aragón. Pero de todo me pone a cubierto vuestra nobleza, que no os dejará abusar villana y cobardemente de mi confianza. Sólo he venido, y aunque una palabra vuestra es bastante para hacerme dejar aquí la vida, seguro estoy de que saldré sin que nadie se atreva a tocar mi persona.

—Conocéis mi hidalguía y abusáis de ella...

—Don Nuño, vengo a llevarme vuestro corazón o a dejaros el mío. Antes que se disputasen la corona los dos hombres a quienes servimos, me aborreciais y yo a vos, porque a mí me hería vuestra altivez; a vos, mi indomable orgullo. Después, al seguir cada cual distinto bando, creció nuestro aborrecimiento, pero aún cabíamos los dos en el mundo; mas al fin, cuando habéis querido robarme el amor de la mujer a quien adoro...

—Basta—interrumpió el conde con desdén—, os acento—. Os ciega el orgullo, pobre hidalgo, si es que lo sois...

—¿Don Nuño!...

—¿Y me retáis!... Enferma debe estar vuestra razón.

—¿Don Nuño!—volvió a decir Manrique, clavando en el conde una terrible mirada.

—¿Cómo os llamáis? ¿Acaso mi acero puede medirse con el de un hombre oscuro, sin nombre, sin patria?... Pensadlo bien, don Manrique.

—¡Oh!—exclamó el doncel, apretando los puños—. ¡No aumentéis mi cólera!...

—Respetadme; soy don Nuño de Artal, conde de Luna...

—¡Artal!... Es un nombre maldito que os legó manchado vuestro inhumano padre...

—¿Trovador!...

—Vuestro padre, cuyas hazañas consistieron en quemar a una débil anciana, loca y sin defensa... ¡Oh!...

—¡Tened la lengua!...

—Sois de una familia de cobardes...

—¡Miserable!—gritó el conde fuera de sí. Y levantándose, dió un paso hacia Manrique con ademán amenazador.

Pero el mancebo se cruzó de brazos y repuso:

—Cobarde, sí, cobarde, y por eso rehusáis desventenar vuestro acero delante de mí...

—¡Salid, villano, que no respetaré los deberes de la hospitalidad!...

—Me hará respetar mi espada...

—¡Salid!

—Sí; saldré—replicó Manrique con acento de ira reconcentrada—. Saldré: pero venid conmigo, si tenéis corazón, a disputarme el de doña Leonor de Sesé.

—¡El señor de Artal frente a frente con un trovador oscuro y miserable!...

—Sí; el señor de Artal frente a frente con un hombre que le llama cobarde, que le escupirá al rostro...

—¡Oh!...—exclamó el conde, sin poder decir más, porque la rabia le ahogaba.

—¡Venid don Nuño!

—¿Trovador!...

—¿Sois cobarde!

—¡Cobarde!—repitió el conde, poniendo instintivamente mano a la espada.

—Sí; porque tenéis miedo de batiros conmigo—replicó el mancebo, que aún permanecía cruzado de brazos, pero cuyos ojos parecían dos centellas—. ¡Cobarde, sí, porque aquí, en vuestra casa, donde no puedo defenderme, intentáis desnudar el acero!

El conde, como si la empuñadura de su espada hubiese sido de hierro candente, retiró la diestra con que la oprimía.

—¡Oh!—exclamó.

—Me pedís un nombre, una estirpe...; aquí tenéis un corazón; es lo que os importa; venid y arrancádmelo si podéis.

—Sí; vamos. O vos o yo; ambos no cabe-mos en el mundo.

—Ahora podéis envaneceros con vuestro nombre.

—¡Jimeno, Jimeno!—gritó don Nuño, acercándose a la puerta.

El escudero se presentó.

—¿Qué mandáis?

—Mi cota, mi casco..., no; mi bonetillo de acero...

—Al momento, señor.

—Un caballo...

—Bien.

—Al instante...

—Voy, señor.

—¡Pronto, vive el cielo!

—¿Quién ha de acompañaros?

—Tú... Mi cota, mi bonete... ¡Pronto, por Satanás!—gritó don Nuño con acento tan terrible, que Jimeno, asustado, dió un brinco y salió.

Cinco minutos después el conde estaba armado lo mismo que Manrique.

En el patio principal del castillo se impacientaba y escarbaba la tierra un caballo torco cordobés.

Cabalgó don Nuño y su escudero, y lo mismo el Trovador y Ruiz, y delante los amos y detrás los sirvientes salieron del castillo.

Volvió a levantarse el puente.

Reinó un silencio profundo, porque ninguno de aquellos cuatro hombres hablaba.

## CAPITULO VIII

### Del resultado que tuvo el desafío entre los dos hermanos.

La pendiente de la montaña no permitió a los caballos bajar tan de prisa como hubiera querido la impaciencia de los jinetes que, con la cabeza inclinada y sin mirarse los unos a los otros, iban entregados a sus propios pensamientos y sin pronunciar una palabra.

El conde y el Trovador iban pálidos como difuntos, no por el miedo, pues ninguno de los dos era cobarde, sino por la ira y la sed de venganza. ¿Quién hubiera creído que aquellos hombres que tanto se odiaban habían nacido para amarse con el más puro y santo de los cariños? ¿Quién, que eran dos hermanos en vez de dos rivales enemigos?

Nadie tampoco hubiera sospechado que iban a batirse sin llenar antes todas las formalidades que el caso requiera, y que, especialmente en aquella época, se respetaban tanto. Pero la sed de venganza que encendía sus pechos no daba tregua a nada, y si el conde mostró algunos escrúpulos a medir su acero con el de Manrique, bien pronto desaparecieron cuando se sintió ofendido, y sobre todo cuando se acordó de su amor y le atormentaron los celos.

Cuando acabaron de bajar la montaña, detuvo el conde su caballo y dijo a Manrique:

—Si os parece nos pondremos detrás de aquella espesura y así estaremos descuidados, porque nadie transita por allí. Para mí es indiferente cualquier sitio; pero vos estáis en tierra enemiga, y si os ven y os conocen, no podréis salvaros.

—Gracias, don Nuño—contestó Manrique—. Bueno es para mí cualquier lugar, pero me parece razonable vuestra observación.

Volviéron a la derecha, y saltando entonces la rienda a los corceles, llegaron en pocos momentos al sitio designado por el conde.

No permitía el terreno que peleasen a caballo, y como tampoco llevaban lanzas ni armaduras a propósito para ello, echaron pie a tierra y se colocaron en la parte más llana, no lejos de un grupo de encinas que los ocultaba y les daba sombra.

Los escuderos, con los caballos de la rienda, permanecieron mudos e inmóviles. Ruiz aparentaba estar más tranquilo, y era porque tenía completa confianza en la destreza, fuerzas y sangre fría de su señor, que en los momentos de la lucha parecía siempre olvidar sus rencores y recobrar la calma. Empero, Jimeno no estaba tan tranquilo, porque se acordaba del torneo y del jardín, y sabía que su señor, al contrario que el otro, en los momentos de la pelea se dejaba arrebatar por la ira.

La lucha que iba a comenzar no podía ser más repugnante: eran hermanos; un mismo padre les había dado el ser; en unas mismas entrañas habían recibido el soplo vital del Omnipotente; corría por sus venas la misma sangre y se preparaban a verterla. ¡Destino fatal y horrible!... ¡Ah!... Si Azucena hubiese llegado en aquel instante no hubiera podido permitir tan criminal suceso; con una palabra, sólo con una palabra hubiese hecho que el arma fraticida se escapase de las manos de aquellos infelices. Pero Azucena, aunque estaba muy cerca de allí, no debía llegar.

Y bajo aquel cielo puro y sonriente, en aquella mañana tan apacible, iba a tener lugar tan repugnante y horrible lucha!...

Llegaba hasta allí el murmullo dulce de algunos arroyuelos, y el armonioso canto de los pajarillos se escapaba de entre el ramaje, cuyas hojas apenas se movían, agitadas levemente por un airecillo suave y perfumado.

Aquellos dos hombres tan hermosos, tan nobles, tan valientes se contemplaron por un instante, sin pronunciar una palabra.

—Cuando gustéis—dijo, al fin, el conde, que empezaba a sentir la impaciencia de su mal contenido ira.

—Estoy dispuesto—contestó Manrique.

Y ambos a la vez desnudaron las espadas. Oscurecieron sus frentes y relumbraron sus pupilas.

Empero, al extender Manrique el brazo para cruzar su acero con el del conde, volvió a dilatarse su rostro y se entreabrieron sus labios. Ruiz no se había equivocado.

Jimeno acertó también.

Don Nuño apretó los dientes, que rechinaron, se contrajeron los músculos de su rostro y la ira le hizo temblar ligeramente al tocar su espada con la del Trovador.

A los ecos del murmurio de los arroyos y a los dulces trinos de las aves, se mezcló el chis chas de los aceros.

Si diestro era el uno, el otro no lo era menos.

Ninguno avanzaba, porque ninguno retrocedía.

Con rara maestría se asestaron muchos y muy formidables golpes; pero con más rara habilidad y presteza los pararon.

Buen rato pasó, y la fortuna no se había declarado en favor de ninguno de ellos; sin embargo, se conocía ya que las fuerzas de Manrique eran muy superiores a las de don Nuño.

El Trovador amagó un falso golpe a la cabeza de su hermano, y luego aprovechó la ocasión para dirigirle una estocada al costado con tal rapidez, que si bien el conde pudo evitarla, perdió la línea y tuvo que retroceder un paso para no quedar en descubierto.

Jimeno se estremeció.

Los ojos de don Nuño se inyectaron de sangre.

El semblante de Manrique no se alteró.

Tampoco salió una palabra de los labios de los combatientes, y aunque los escuderos tenían muchas ganas de hablar, no se atrevían por temor a sus señores.

El momento fatal se acercaba.

Abundante sudor empezaba a correr por el rostro de don Nuño, que iba sintiéndose bastante fatigado.

Su brazo no se movía ya con tanta rapidez.

En cambio, Manrique tenía otra desventaja: al avanzar hacia el conde, quedó su pie derecho junto a una piedra, en la que muy fácilmente podía tropezar, haciéndole, por lo menos, perder un instante la acción o distrayéndole. Ruiz había visto el peligro; pero calló por miedo de que si su señor vencía, se achacase a la advertencia la victoria.

O el cansancio de don Nuño o la piedra debían decidir muy en breve.

Perdone el lector si, a pesar de lo crítico de los momentos nos separamos de allí para fijar nuestra atención en una vereda cercana, por donde Azucena pasaba entonces.

Es preciso que escuchemos el monólogo con que entretenía su camino, porque podía influir mucho el pensamiento que la preocupaba en el resultado del combate.

Antes daremos una ligera explicación.

Cuando la tarde anterior huyó la gitana del aposento de Leonor, no se detuvo hasta llegar a su montaña. Entonces el cansancio le obligó a sentarse. Calmóse poco a poco su exaltación, contribuyendo a resfriarla el quebranto del cuerpo y del espíritu. La reflexión acudió luego a su mente, reunió recuerdos y comprendió bien a las claras que Manrique amaba a la dama de los ojos negros, y que para ser feliz no le faltaba más que un nombre. El cariño que la gitana profesaba al mancebo pudo más que todo, y pensando que ella podía con una palabra hacerlo dichoso, se decidió a revelar el secreto de su nacimiento. Una cosa temía: el quedar abandonada y sola, despreciada quizá por el mismo a quien amaba tanto; pero se le ocurrió que el mancebo era de corazón noble y no creyó que le pagase con una ingratitud. No era momento a propósito para poner en práctica su noble resolución, y tuvo que esperar a la siguiente mañana; pero viendo que el sol había salido y que pasaban una y dos horas sin que llegase Manrique, salió del bosque por sí a lo lejos le divisaba y calmar su impaciencia. Por casualidad se dirigió hacia el sitio donde tenía lugar el combate, y con que acelerase el paso o vacilara algunos momentos más la fortuna de los combatientes, podía salvarlos y hacer que sus nobles pechos, agitados por el coraje y el odio, palpitasen juntos, alentados por una dulce emoción.

Estaba Azucena en uno de los períodos lúcidos que solía tener y que a veces le duraban dos o tres días.

—Es muy hermosa —murmuraba—. Tiene un corazón noble y generoso; es la única persona que no me ha rechazado con desdén; la única a quien mis ruegos y mis lágrimas han conmovido... Por eso la ama... Quiero que sean felices, evitar quizá otro crimen espantoso, porque ¿quién sabe si don Nuño, que tanto horror inspira a la noble dama, es rival de Manrique?... ¡Oh!... Entonces, tarde o temprano se encontrarán, y sin saber que son hermanos se matarán... Esto es horrible y debo evitarlo, porque revelar a Manrique el secreto de su nacimiento después que haya vertido la sangre de su hermano, sería hacerle morir atormentado por los remordimien-

tos. Don Nuño perderá una corona, y tal vez la vanidad y el ruin interés le hagan poner en duda que Manrique es su hermano; pero yo desnudaré la espalda del que pronto será conde y haré ver el lunar negro con cabellos rubios de los primogénitos de la familia.

Azucena se detuvo y miró a todos lados.

—No viene—prosiguió diciendo—. Hoy que le espera la felicidad... Desde allí tal vez se descubre el camino.

Volvió a emprender su marcha en dirección al montecillo cercano al sitio donde estaban los combatientes.

—¡Qué hermosa es!—dijo, acordándose nuevamente de Leonor—. ¿Cómo podría creer que la pobre gitana que le anunció tantos horrores había de hacerla feliz? Mucho la atormenté..., pero mi cabeza estaba trastornada.

Hablando así, llegó después de un corto rato junto al grupo de encinas, de que hemos hecho mención, y se detuvo repentinamente, faltando muy poco para que dejase escapar un grito de sorpresa y de espanto.

Había llegado a sus oídos el chis chas de los aceros, y lo primero que pensó fué que Manrique podía haber sido conocido por los soldados del conde o por otros partidarios del monarca y que le habían atacado. Sin embargo, llamóle la atención no percibir ruido de voces, y no dudando entonces, resolvió acercarse al lugar de la pelea de modo que no pudiesen descubrirla, pues si no era Manrique estaba perdida sin remedio.

Entonces se dejó caer en el suelo, y como el tigre que se arrastra para arrojarse sobre su presa, se deslizó silenciosamente por entre los espinos y las encinas. Sus ojos brillaban como dos luces y su corazón palpitaba con violencia: la atormentaba mucho la duda de si Manrique se vería en algún peligro.

No se percibía otro ruido que el de las espadas, cuyos golpes se repetían cada instante con más rapidez.

Crecía la ansiedad de Azucena, pero le era imposible adelantar mucho sin exponerse a ser descubierta. Momentos de terrible angustia eran aquéllos para la infeliz; momentos preciosos para los combatientes.

La gitana avanzó con el mismo cuidado y el mismo silencio: su agitación era tal, que parecía que se ahogaba. Su conciencia y el maternal cariño que profesaba a Manrique le desgarraban el corazón.

Al fin llegó cerca de los escuderos, sin que éstos se apercibiesen de nada; fijó su mirada afanosa en los combatientes, reconoció a Manrique, pisóse de pie, dió un brinco y gritó:

—¡Deteneos!

Pero en aquel instante la espada del Trovador penetró en el costado derecho de su hermano, y éste exhalaba un rugido espantoso de rabia, mientras vacilaba su cuerpo.

A la vez que la gitana, Jimeno dió también un salto y recibió en los brazos a su señor, y al mismo tiempo, Manrique y su criado fijaron una mirada de sorpresa en la aparecida.

Hubo algunos instantes de silencio pavoroso, de completa inmovilidad en las cinco personas que se encontraban allí, sin que ninguno acertase a dominar su estupor.

—¡Desdichado!—exclamó, al fin, Azucena, mirando alternativamente y con espantados ojos a Manrique y a don Nuño—. ¿Qué has hecho?

Y luego se pasó las manos por la frente y se oprimió el pecho. Empezaba a sentir el extravío del delirio, producido por la violenta emoción que acababa de experimentar.

Cuando el Trovador y Ruiz iban a hablar al mismo tiempo, los interrumpió la gitana, volviendo a decir:

—¿Qué has hecho?... Es el hijo del asesino de mi madre, pero también es...

—¡Azucena!—exclamó entonces Jimeno, que ni aun a socorrer a su señor acertaba—. ¡La hija de la bruja!...

—Ese que ves—prosiguió la gitana—; ése... Pero no... no puedo decirlo... Está escrito por el dedo de Dios y se cumplirá...

Dejó escapar una de sus espantables carcajadas y se lanzó como un rayo por entre los árboles, mientras repetía con destemplada voz:

—Se cumplirá lo que está escrito... La fatalidad te venga, madre mía... ¡Sangre, sangre!...

—¡Sujetadla...; no la dejéis escapar—gritó Jimeno con desesperación—. Es la bruja que robó al hermano del señor conde y le quemó... Sujetadla, que yo no puedo seguirla... en nombre de la justicia...

Manrique, que apenas podía darse cuenta de lo que le sucedía, contestó:

—Es una loca...

—Es una bruja...

—Más nos vale ocuparnos de nuestro señor, que pierde por momentos la sangre.

El conde no daba señales de vida.

El Trovador y Ruiz acudieron a don Nuño, le quitaron la cota, reconocieron la herida y procuraron restañar la sangre lo mejor que pudieron.

—Gracias —dijo Jimeno—; gracias, don Manrique: sois el mayor enemigo de mi amo; quizá le habréis dado la muerte, pero os habéis portado como un caballero.

—Lo que ahora es menester—replicó el Trovador—es que se conduzca a vuestro señor al castillo y que le curen sin perder un momento. La herida no es profunda, pero está en mal sitio.

—¿Y cómo he de hacerlo yo solo?

—No tengáis cuidado por eso. ¿Podrá disponerse de una litera?

—Sí, señor.

—Ruiz—repuso Manrique—, monta a caballo, sube el castillo como una centella y avisa para que vengan los criados que fuesen menester.

—¿Y luego, señor?—preguntó Ruiz, a la vez que respiraba, como si al hablar se hubiese quitado un peso de encima.

—Irás a buscarme al sitio de costumbre, a la entrada del bosque, y allí me esperarás.

Ruiz montó en su yegua, y sin tenerle entonces la fingida compasión que de costumbre, partió al escape.

—Gracias, don Manrique—volvió a decir Jimeno.

—He cumplido con mi deber.

—¡Si hubiérais atrapado a la bruja!... Tal vez quemándola y poniendo las cenizas en la herida, hubiese sanado mi señor. Pero ya sé que anda por aquí...

—Si alguna vez la encontráis, respetadla: es una anciana débil, loca, y...

—Es una bruja que...

—Respetadla os digo...

—¿Quemó al hijo de mi señor don Lope...

—Don Lope quemó a la madre inocente de esa infeliz...

—Había hechizado...

—Os repito que la respetéis—interrumpió Manrique con imperioso tono—. ¡Guay del que algún día le hiciera, porque hasta los ciementos arrasará entonces del castillo de Luna!

Y esto diciendo, saltó sobre su potro y desapareció.

—Que me corten las orejas si la maldita gitana no ha ayudado con sus hechizos al Trovador—dijo el escudero—. Estaba allí escondida. Pero no importa; a pesar de la amenaza de arrasar el castillo, lo cual no pasa de ser una fanfarronada, si echo mano a la bruja la enviaré con su madre al infierno.

Entre tanto, Manrique, pálido y con la mirada sombría, se internaba en el bosque con el fin de buscar a Azucena.

Un cuarto de hora después llegaron al sitio del combate ocho criados con una litera, donde colocaron cuidadosamente a don Nuño.

Siguieronse mil preguntas, respuestas y comentarios sobre el triste suceso, y la comitiva se puso en marcha hacia el castillo.

## CAPITULO IX

### De cómo Manrique dió una nueva prueba de su atrevimiento.

Las doce de la noche acababan de dar, y por una de las calles que conducían al palacio de la Aljafería caminaban dos hombres embozados en sus anchas capas, y procurando ocultar el rostro, aunque la precaución era inútil, porque la oscuridad no permitía ver apenas los bultos.

Aunque bajando la voz por si encontraban algún curioso, hablaban, y escuchándose de cerca, podía entenderse cuanto decían.

Si pasaban por delante de alguno de los santuarios que, embutidos en las paredes exteriores de los edificios y alumbrados por un moribundo farol, se encontraban a cada paso antiguamente en las calles de las poblaciones, a favor de los destellos de la amarillenta luz se veían relucir por debajo de sus capas las espadas que llevaban desnudas y en la diestra; porque en aquellos tiempos, que aun cuentan admiradores en los presentes, toda precaución era escasa para andar de noche por las calles en cualquiera población.

—Esta es la segunda locura que cometéis hoy y la que hace mil y una desde que os sirvo—decía el que a la izquierda iba de los dos embozados.

—¿Ya comienzas?—le contestó el otro.

—De lo primero hemos salido bien, pero de esto...

—Vas volviéndote muy cobarde.

—Dios o el diablo nos protejan, que lo mismo importa con tal que no pasemos la noche en un calabozo y mañana en la Seo nos hagan patear colgados de una horca para diversión de los honrados y leales aragoneses.

—Tendremos paciencia.

—Y tanto, ¡voto a Lucifer! Cuando no hay más remedio que morir ahorcado, procura no hacer todos los menos gestos posibles...

—Pero ¿qué diablo de manía tienes esta noche en hablar de horcas?

—Señor, os lo confesaré con franqueza: desde que esta mañana vi a la maldita bruja...

—Te he prohibido hablar de esa infeliz, sobre todo en términos ofensivos.

—Cualquiera diría...

—Calla si has de seguir diciéndome necedades.

—¿De qué he de hablar?

De nada.

—Dejadme, que tal vez mañana me harán callar del todo, apretándome...

—¿Vuelves con la horca?

—No puedo quitármela del magín.

—El que te oyese diría que eres supersticioso y cobarde, cuando ni sombra tienes de lo uno ni de lo otro.

—Os agradezco la opinión que tenéis formada de mí, pero lo que es en esta ocasión os juro por los bigotes de Satanás que os equivocáis.

—¿Tienes miedo?

—Talmente miedo, no; pero esta noche no me atrevería, como vos, a meterme en palacio.

—Ya sabes que está prevenida y me espera...

—Pueden estar prevenidos también los arqueros de su alteza.

—Es imposible que sospechen...

—Pero sucede, señor, que en circunstancias como las que atravesamos, todo el mundo está alerta.

—Temores vanos.

—Tal vez.

—Ya no podemos volver atrás.

—Ciertamente.

—Los arqueros de don Fernando dormirán, como tienen de costumbre, y si guardan la puerta, será todo lo más.

—Ya sabéis que la noticia de vuestro duelo con el conde ha cundido por la ciudad como una ráfaga de viento, y cuando tales cosas acontecen, no sé por qué, pero se tiene el sueño más ligero, y cualquier rumor pone en cuidado. Y no es en palacio donde menos se han alarmado: dicen que el rey se ha puesto hecho un basilisco y que jura haceros descoyuntar por cuatro caballos, poner vuestra cabeza en una picota y echar vuestro corazón a sus perros. Cada dos horas hace que vaya un jinete al castillo para saber cómo sigue su querido conde, y en toda la noche cesarán de venir avisos, que tendrán en vela a la servidumbre, siquiera sea por adular al monarca.

—Vuelvo a decirte que ya no es tiempo de retroceder.

—Bien está, señor; pero lo que más me admira es que sólo para dar quejas y decir cuatro palabras amargas, arriesguéis la vida. Vuestra intención es acusarla de infiel y qué sé yo cuanto más...

—Cuidado.

—¿Vive el cielo!... Si fuérais como otras veces con ánimo de hablar dulce y amorosamente...

—Calla.

—Como está la noche muy oscura y no puede uno distraerse mirando a su alrededor, es preciso hablar para entretener el tiempo. ¡Por los cuernos de Satanás!...

—Hacia mucho rato que no habías jurado.

—Soy mudo, señor.

—Supongo que no habrás olvidado la escala...

—Es mi compañera inseparable.

Y que te acordarás de todas mis instrucciones.

—Pocas son.

—Pero importantes.

—Os esperaré al pie de la tapia una, dos, tres horas hasta que venga el día, si necesario fuese.

—No es eso.

—Entonces...

—Me esperarás dos horas lo más, y si no salgo...

—Prueba de que habéis caído en el garlito.

—Exactamente.

—Voto al infierno!... Entonces...

—Si quieres, busca el medio de salvarme.

—Sin perder un momento, porque el rey no tardaría veinticuatro horas en cumplir su promesa de descuartizaros.

—Tal creo.

—No olvidaré nada.

—Y si diese que sospechar o alguien observase lo de la escala...

—Defenderé mi puesto mientras tenga vida.

—Como tú sabes hacerlo.

—Vive Dios!... Si salís me encontraréis al pie de la tapia muerto o vivo.

—Y si oyes la señal convenida...

—Salto al jardín.

—Bien.

—Nada tenéis que advertirme.

—Es que como has bebido en la cena más que de costumbre...

—Para andar más ligero, señor, pues de ese

modo el peso va a la cabeza y los pies se quedan como plumas.

—De endeble.

Todavía siguieron hablando aquellos dos hombres, a quienes habrá conocido el lector, y no necesitaremos decirle que eran el Trovador y su escudero.

Sin encontrar alma viviente, llegaron a la tapia del jardín de palacio y allí se detuvieron y escucharon.

Reinaba un silencio profundo.

—Nada oís, señor?—preguntó Ruiz.

—Nada.

—Estoy tranquilo entonces.

Luego miraron a su alrededor y al palacio, aunque las tinieblas nada permitían distinguir: pero sólo vieron alguna que otra luz que tímidamente se escapaba por tal o cual ventana del regio edificio.

Manrique, a pesar de su valor, estremecióse, como si aquella soledad y aquel silencio le conmoviesen o le infundieran pavor: empero, eran otras emociones las que agitaban su espíritu y su cuerpo; otras ideas las que le atormentaban.

Ruiz arrojó la escala al muro.

—Señor—dijo con voz conmovida—: mucho cuidado, mucha prudencia, que si os cogen... ¡Voto al infierno!...

—Descuida, buen Ruiz.

El Trovador subió por la escala, que dejó luego caer a la otra parte, y bien pronto se encontró en el jardín.

—Tengo miedo—murmuró a la vez que se oprimía el pecho—: miedo a ver más ilusiones perdidas. ¿Qué puedo esperar en el mundo si Leonor me ha engañado?... ¡Oh!... ¡Leonor, única estrella que ha brillado en el horizonte negro de mi vida, ángel que en mis días de dolor ha enjugado mis lágrimas, brisa consoladora que ha refrescado mi espíritu ardiente en mis calenturientas veladas, no envenenes mi existencia con un desengaño!...

Manrique exhaló un suspiro, se detuvo algunos instantes como para tomar aliento, y luego, paso entre paso, con el oído atento y la mirada escudriñadora, siguió a lo largo de una calle de rosales.

Sus pupilas brillaban.

Su corazón palpitaba con violencia.

Apenas podía respirar: ahogábalo la emoción que sentía.

Volvió a la derecha, luego a la izquierda, y al llegar junto a un bosquecillo de acacias se detuvo.

Había llegado a sus oídos un levisimo rumor.

—Ella debe ser—dijo para sí el mancebo.

Dió algunos pasos más.

La luna, sin duda por imprudente curiosidad, rompió en aquel momento las nubes que la velaban y derramó en el jardín un torrente de plateados resplandores.

Cerca del mancebo pudo verse entonces a una mujer envuelta en un ancho albornoz negro.

Era Leonor que, conteniendo muy trabajosamente un grito de alegría, pero de esa alegría que a veces mata, se arrojó a los brazos de su amante.

Pero éste la detuvo, a la vez que, clavando en la joven una severa mirada, dijo:

—Apartad.

Entonces sí que no pudo ahogar la doncella un grito desgarrador.

La infeliz se cubrió el rostro con las manos, y sin fuerzas para sostenerse de pie, se dejó caer pesadamente en un banco de piedra.

—Doña Leonor—prosiguió el mancebo con un tono de dureza que desgarró el alma de la joven—, no vengo, como otras veces, a escuchar mentidas palabras de ternura en pago de mi amor inmenso y puro, sino a preguntaros qué habéis hecho del corazón que os di, de aquel corazón esclavo vuestro, donde erigió un altar el ciego fanatismo de mi crédula pasión; a preguntaros si os acordáis de vuestros juramentos; a mirar vuestro rostro por si la conciencia se trasluce en él y me dice que con sus tormentos vengará los míos y vuestra falsía.

—Manrique!—murmuró la dama con acento ahogado y mientras que por sus mejillas corrían dos raudales de lágrimas.

—Señora—replicó Manrique—, no lloréis, porque vuestras lágrimas no os justifican; no intentéis con lamentos de un dolor fingido abusar otra vez de mi necia credulidad. Si de nada tenéis que acusaros, responded, probad que habéis cumplido vuestros juramentos.

—Dios mío!—exclamó Leonor, elevando al cielo una tierna y dolorosa mirada—: ¡Tened compasión de mí!... ¿No veis transido de dolor mi pecho? ¡Ah!...—prosiguió, dirigiéndose a Manrique—: ¡Vienes a preguntarme si he pagado tu amor con otro amor igual!... ¡Vienes a recordarme mis juramentos!... ¡Oh!... “Tuya o de ningún hombre”, pronunció mi labio un día.

—Eso dijo, Leonor—repuso Manrique, que iba sintiendo desmayar su enojo.

—“El señor de Artal o un convento”, me dijo mi hermano...

—Y vos, señora...

—“El conde, jamás”, contesté; “antes el sepulcro de una celda”.

—¡Leonor!...

—Y quizá cuando luzca el nuevo sol no llegarán sus rayos hasta mí, sino a través de la espesa celosía de mi encierro.

—¡Leonor!—volvió a decir el mancebo.

—“De Manrique o de Dios”, ha repetido cien veces mi labio cuando la voz de la tiranía de los verdugos de mi corazón se ha levantado para pronunciar mi sentencia. Y antes que ser perjura he preferido la muerte con una agonía lenta, desgarradora, desesperante; antes que entregar al conde mi corazón he preferido despedazarlo yo misma con mis propias manos; antes que olvidarte, Manrique, he preferido olvidar el mundo, olvidarme de mí misma, y entre los tesoros, los palacios y el brillo que don Nuño me ofrecía y la pobreza y la humildad oscura de una celda, no he vacilado un instante y he mirado con desprecio la corona del conde y he escuchado con desdén al nombre de Artal, que vale más que el del rey. ¡Y me acusas! ¡Y quieres arrojar a mi frente, pura y sin mancha, la de un perjurio!... ¡Oh!... Si mis palabras no convienen ya tu corazón, si has perdido la fe que en mí tenías, si ya no me amas, atraviesa mi pecho con tu puñal, no vaciles, vierte mi sangre toda, sin que tiembles tu mano, porque me harás un bien, acabarás mis tormentos y me verás morir sin exhalar una queja, resignada y bendiciéndote; pero no me acusés, y si dudas de mi amor, guarda, oculta la duda y no me desgarrés con ella el alma.

Imposible es hacer comprender lo que sufría la dama en aquellos momentos; y nada, en verdad, podía ser más cruel para la infeliz que recibir en pago de su amor y de sus sacrificios, acusaciones injustas. Su pasión no tenía igual, a nada podía compararse; y verse despreciada por Manrique, era para ella cien veces peor que morir.

El mancebo sufría mucho también, porque amaba a Leonor con todo el ardimiento de quien no ha sentido afecciones y en una sola se reconcentran los gérmenes todos de su ternura. Al escuchar las sentidas palabras de la joven, pronunciadas con el acento de dolorosa angustia que las dictaba, sintióse en extremo conmovido y comprendió que no sólo había sido injusto, sino cruel. Pero como es tan exigente el amor y tan descontentadizo los celos, se atrevió todavía Manrique a decir, aunque con voz más dulce:

—Pero yo vi al conde aquí, yo escuché que tu boca pronunciaba con acento cariñoso palabras de amor...

—Y no supiste explicarte lo que aquello significaba! ¡Y dudaste de mí!

—Estabas en el jardín al lado de don Nuño, y no habías bajado a esperarme, puesto que ni aun sospechabas que yo viniese...

—¿Acaso no llegó a mis oídos tu amorosa trova? ¿No conocí tu voz, que en medio del silencio de la noche repetía sus ecos dulces, haciendo que se estremeciese mi corazón?...

—Ah!... Yo rezaba entonces y pedía consuelo a la Madre de Dios, y como si hubiese escuchado mi súplica, llegaron tus amorosas palabras en medio de la armonía conmovedora de tu cítara... No sé lo que entonces sentí; sin conciencia de lo que hacía, me acerqué a la ventana y escuché tu canción, extasiada y soñando delicias, embriagada por sus ecos: el último expiró en el espacio, y entonces, arrastrada por mi pasión, ardiendo mi pecho en ella, salí de mi aposento, bajé, y como sólo pensaba en ti, al ver a un hombre que cautelosamente se me acercaba, creí que eras tú, le hablé sin darle tiempo a que me hablase, y cuando conocí mi error, dominada por un espanto indecible, huí cuanto pude, mientras que tu labio me acusaba. Luego sentí el ruido de las espadas, temí por tu vida, no podía socorrerte ni pedir socorro, porque hubiera sido perderte, y... ¡Dios sólo sabe lo que sufrí!... ¡Qué momentos aquellos de tan cruel angustia!...

—Perdona, Leonor!—exclamó Manrique, estrechando contra su pecho palpitante a la doncella—, perdona, porque he dudado de ti, porque he pagado tu amor y tus sacrificios con tormentos...

—Pero ¿me amas como siempre?—interrumpió la doncella, en cuyos negros ojos brilló la más viva alegría.

—Más que nunca, Leonor...

—Pues olvidemos lo que sólo puede amargar estos momentos de dicha.

—Sí; todo lo olvidaré menos tus sufrimientos y tus lágrimas; todo menos que quieran separarte de mí...

—El horizonte de nuestro amor, Manrique...

—Es claro y en él brilla la estrella de nuestra felicidad...

—¿Querálo el cielo!—interrumpió tristemente la doncella.

## CAPÍTULO X

Que no deben pasar en claro las lectoras si quieren entender lo que adelante diremos.

No pensamos escribir la historia del reinado de don Fernando I de Aragón, ni hacer un minucioso examen de los derechos que asistían a los pretendientes de la corona ni mucho menos relatar uno por uno los sucesos todos que tuvieron lugar desde la muerte del rey don Martín hasta la rendición de Balaguer y la prisión del conde de Urgel, llamado, con razón, don Jaime *El Desdichado*. Solamente daremos a nuestros lectores una ligerísima idea de las causas que motivaron las intestinas y sangrientas discordias en aquella tierra y de los acontecimientos que tengan relación con la presente historia. Por eso, al encabezar este capítulo hemos rogado a nuestras bellísimas lectoras (porque suponemos y creemos que todas ellas son muy bonitas) que no dejen de fijar en él sus hechiceros ojos, pues no tenemos intención de llenar muchas hojas con lo que nada les interese. Y nos dirigimos solamente a la mitad bella del género humano, porque sabemos que es enemigo de fechas y digresiones, por más que en éstas se den a conocer hechos notables de la historia de un pueblo, pero que no tengan relación con los de la animada fábula que habla, a la vez, al corazón y a la cabeza.

Hecha esta advertencia, y con perdón de ustedes, encantadoras hijas de la tentadora de Adán, comenzaré diciendo que a la muerte del rey don Martín de Aragón, acaecida en 31 de mayo del año 1410, alegaron derecho a la corona Alfonso, duque de Cantabria; Luis, duque de Calabria, nieto de don Juan I de Castilla; don Fadrique, hijo natural de don Martín, rey de Sicilia; don Jaime *El Desdichado*, conde de Urgel, y don Fernando, infante de Castilla, hijo de Enrique III *El Doliente*, y tío de don Juan II, que a la sazón era niño y comenzaba su reinado bajo la regencia de su madre. También el conde de Luna, por haber estado casado en primeras nupcias una de sus abuelas con el rey don Alonso IV, se creía con derecho al trono, y so color de servir al de Urgel, abrigaba intenciones de disputar a éste la corona después que fuesen vencidos los otros pretendientes, y aunque procuraba disimular su ambición, era de todos conocida.

Sin contar las rencillas entre los magnates que estaban divididos por odios particulares, puede formarse una idea del estado deplorable del reino con sólo enumerar los pretendientes a la corona.

El infante don Fernando, llamado el de Antequera por haber tomado a los moros esta ciudad, llevando la espada de Fernando *El Santo*, entró en Aragón con un ejército de castellanos aguerridos y con el auxilio poderoso de los setenta millones de maravedises anuales que habían votado las Cortes para hacer la guerra a los mahometanos. Su derecho como descendiente por línea femenina de los reyes de Aragón, parece que debía ser más valedero en su sobrino don Juan II, por tener a su favor la progenitura de su abuela; pero ya fuese que en el estado en que se encontraba Castilla, la reina viuda no se considerase con bastante fuerza para hacer valer este derecho en favor de su hijo, ya que, como parece lo más probable, quisiese distraer la ambición conocida de don Fernando y procurar que la satisficiera con la corona de Aragón para que no envidiase la de Castilla, es lo cierto que ella no sólo no puso obstáculo a su cuñado, sino que le ayudó con cuanto podía.

El conde de Urgel fundaba su derecho en ser bisnieto por línea masculina de Alfonso IV y esposo de doña Isabel, hija de don Pedro IV. Como se ve, ningún parentesco había más cercano ni directo que el conde, y, por consiguiente, ningún derecho como el suyo.

Uno tras otro fueron, menos el de Urgel, derrotados los demás pretendientes, bien por la fuerza de las armas, por abandono de sus partidarios o porque con pocas o ningunas esperanzas de vencer desistieron de su demanda.

Quedaban, pues, el conde y el infante, ambos fuertes y decididos a morir antes que ceder, y cada cual se había posesionado de diferentes poblaciones y castillos, que ya perdían, ya ganaban, en las diversas alternativas de la lucha.

Varios habían sido los encuentros, que costaron mucha sangre a los de uno y otro bando; pero no se había presentado aún la ocasión de una batalla en que pelease mucha gente y que hubiese decidido la victoria o dado gran ventaja a uno de ellos. Se entró en vías de un arreglo, en que se hacían mutuas concesiones y debía dejar la paz asegurada; pero

hablamos de esto, Leonor, cuando tanta necesidad tenemos de ocuparnos de nosotros mismos. Dices que quieren llevarle a un convento...

—No habrá medio de excusarlo.  
—Pues bien; iré por ti a la celda, como he venido a palacio, y si tienes valor para seguirme...

—¿Que si tengo valor!... Para todo, Manrique, antes que perderte—exclamó arrebatadamente Leonor—. Te seguiré; pero saldremos de Aragón, y Castilla nos dará un asilo, donde seremos felices.

—Sí, Leonor: Dios nos bendecirá, porque nuestras intenciones son rectas y puras...

—Y enjugará nuestras lágrimas con su mano misericordiosa—repuso la doncella—. La bendición de un sacerdote santificará nuestra unión, y tranquilas nuestras conciencias con nuestro amor sin igual, no tendremos que envidiar los tesoros del rico, porque nada ambicionaremos: ni la paz del pobre, porque nuestros días pasarán tranquilamente, viviendo el uno para el otro. En las noches de este, bajo el puro cielo de Andalucía, me dormiré en tus brazos, acariciada mi frente por las auras embalsamadas del Paraíso, arrullada por los acordes blandos de tu cítara y por los dulces ecos de tu voz, y soñaré contigo.

—Y en las veladas tenebrosas del invierno—interrumpió Manrique—, mientras que la lluvia azotó el techo de nuestra morada y ruja el huracán y retumbe el trueno para recordar a los mortales que existe un Dios grande y potente, nosotros, junto al hogar, recordaremos nuestras pasadas desgracias, velaremos el sueño de nuestros tiernos hijos...

—Y cuando el fulgor de los relámpagos—dijo Leonor—penetre en nuestro aposento...

Detúvose la dama, miró a su derecha y palideció.

—¿No has oído?—dijo con voz trémula y acercándose a Manrique.

—Sí—contestó éste—: un ruido muy leve...; algún reptil que se arrastra por entre las hojas...

—Mira—repuso la doncella con espanto. Y extendió su brazo derecho, que temblaba.

—Un bulto... Sí... ¡Vive el cielo!—exclamó en voz baja el trovador.

—Vete, Manrique, vete...  
—¡Abandónarte!

—Yo no corro ningún peligro; pero tú...

—No me iré sin saber quién es el atrevido...

—Alguno que ha salido a pasear para hacer más corta la noche...; quizá cualquier arquero de los que dan la guardia...

—No importa; es preciso...

—Huye, Manrique—interrumpió la doncella, poseída de espanto—. Se dirige hacia aquí...

—¡No!...

—¡En nombre de nuestro amor!... ¡Huye!...

—¡Oh!—exclamó Manrique, poniendo mano a la espada.

—¡Te pierdes!... ¡Me perderás!...

—¡Dejarte sola!...

—No estoy sola; detrás de aquellos rosales me aguarda mi dueña; iré a buscarla, y antes que llegue aquí el que se acerca, estaremos dentro de palacio... ¡Vete, Manrique!

Comprendió el mancebo que con esperar nada adelantaría, sino que, por el contrario, no sólo comprometía su vida, sino la reputación de Leonor y el porvenir de ambos; pero no queriendo tampoco dejar sola a su dama por si algún atrevido imprudente intentaba cualquier torpeza, dijo:

—Me iré; pero antes aléjate; que yo te vea trasponer los rosales que ocultan a tu dueña.

—Me juras no esperar más?

—Sí.

—¡Adiós, Manrique!...

—¡Leonor!...

Una nubecilla se interpuso entre la luna y los amantes, de modo que nada pudo verse; pero se oyó un crujido, que no fué ni el del ropaje de seda de la dama, ni el del choque de la empuñadura de la espada del trovador contra su cota, y aunque maliciosos por qué fué producido, como no lo sabíamos con seguridad, llamamos nuestra sospecha y dejamos al lector en libertad de que piense lo que más le plazca.

Leonor se alejó con ligeros pasos.

Manrique no se movió hasta que la perdió de vista, y entonces, con el mismo cuidado que antes, se dirigió al muro, trepó por la escaña, y un momento después se encontró en la calle y junto a Ruiz, que estaba inmóvil en el mismo sitio donde había quedado.

—Respiro—dijo el escudero.

—Vamos.

—¡Vive Dios!... No os quejaréis de la fortuna, que bien os protege, señor: la noche está serena; la luna ha salido para que podáis veros las caras, y entre flores y arroyos, mejor o tan bien como Adán y Eva en el Paraíso...

—Ruiz—interrumpió severamente Manrique.

—Calle y os sigo, señor.

—¿Dudas, Leonor? ¿Qué poder humano bastará para conseguir que nos oviésemos?

—Nuestro destino, Manrique...

—¿Crees en la fatalidad?

—Nunca he sido supersticiosa; pero desde ayer... ¡Oh!... Desde ayer...

—¿Por qué tiemblas, Leonor?—replicó el mancebo al sentir que se estremeció la doncella.

—Estoy tranquila—dijo la dama, que en vano quería deshechar el recuerdo de la predicción de la gitana.

—Has dicho que desde ayer...

—Nada, Manrique, aprensiones; pero...

—Tiemblas—volvió a decir Manrique—.

¿Qué te ha sucedido? Explicátele; no me ocultes nada.

Leonor intentó sonreír, y luego repuso:

—Una infeliz mujer, loca sin duda; una gitana...

—¿Una gitana!—interrumpió el trovador, estremeciéndose a su vez—. Dices que una gitana...

—Sí; me habló de lo porvenir, pintándome con tan negros colores la vida que me esperaba, que me hizo padecer mucho en un momento de debilidad.

—Pero ¿cómo?...

—Llegó a mí pidiéndome amparo, porque algunos rapaces la seguían, mofándose de ella y maltratándola.

—Pero ¿cómo llegó hasta ti?—preguntó afanosamente Manrique.

—Iba yo a entrar por un postigo de palacio y se arrojó a mis pies. Su ancianidad, su miseria y el espanto de que estaba poseída me conmovieron y le di asilo para ocultarla, mientras desaparecía la turba de muchachos. Entonces, como para compensar este beneficio, me prometió descender a mis ojos el velo de lo porvenir, y aunque no pensé escucharla, como me hablase de mis pasadas desdichas y adivinase mi amor, me dejé dominar por la influencia de sus palabras misteriosas, le presté atención y oí que sus labios pronunciaban tu nombre.

—¿Mi nombre!—exclamó Manrique, más agitado, ya que la dama—: ¿Qué señas tiene esa mujer?

—No podré decirte con exactitud, porque en mi turbación parecióme un espectro horrible, con ojos de fuego... ¡Oh!... No sé lo que por mí pasó en aquellos instantes de espantosa angustia. Me dijo que una misma era nuestra estrella, que nuestro destino era horrible, que me guardase del conde de Luna, hijo del asesino de su madre... No sé qué más me habló de fantasmas que subían hasta el cielo, de sangre, de hogueras, y su mano de esqueleto señaló en el horizonte una nube de fuego...

—¿Oh!—exclamó Manrique, que ya no tenía duda que la gitana era Azucena.

—Ya lo ves—repuso Leonor—; sólo en aquellos momentos de tristeza, de exaltación, pude escuchar seriamente palabras tales... Pero estás agitado, Manrique... ¿Qué te sucede? ¿Das crédito a las predicciones de la pobre loca?

—No—contestó el mancebo, a la vez que se pasaba las manos por la frente, bañada en sudor, y se esforzaba para aparecer tranquilo—. Me disgusta lo que te hizo sufrir la gitana, y... nada más tengo, Leonor; a tu lado soy feliz.

—¿Qué breves son estos momentos! ¿Qué breves y cómo en ellos la angustia del temor turba las delicias de nuestra felicidad!

—¿Temor dices cuando estoy a tu lado!

—Sí, Manrique; tu vida peligra en este instante como nunca, porque esta noche apenas hay quien duerma en palacio...

—Tranquilízate...

—La noticia de tu duelo con el conde...

—Pronto se olvidará ese triste acontecimiento.

—¿Cuán imprudente has sido! ¿Por qué has llevado tu venganza a tal extremo? ¿Qué te importaba que el conde me amase si es tuyo mi corazón? No quiero comprar mi dicha con sangre.

—Pero ¿quién sino don Nuño es la causa de todos nuestros infortunios? ¿Quién es que te encierran en una celda?... ¡Oh!... Perdono a mis enemigos; nunca he sentido el deseo de vengarme cuando me han hecho un daño; con tal que no hayan atacado mi honra; pero a los que te ofenden, a los que arrancan lágrimas a tus ojos no puedo perdonarlos; y si por las venas de don Guillén no corriese tu sangre, si no fuese tu hermano...

—Basta de horrores, Manrique, y acuérdate de que no te conviene excitar la cólera de Fernando I, porque será imposible entonces que te absuelva, porque sirves al de Urgel.

—¿Para qué quiero el perdón de tu rey? Mientras que el conde sostenga sus derechos, le serviré, porque su causa es justa, y no te abandonaré por más que don Fernando me ofreciese la mitad de su corona. Empero, no

no se llevó a efecto, y la lucha continuó con más encarnizamiento que nunca.

Tal era el estado de las cosas cuando hemos presentado al Trovador, partidario, según hemos dicho, del conde de Urgel, que se hallaba entonces en Murviedro; esperando recibir socorros de gente que le enviaban sus amigos para marchar sobre Zaragoza y decidir de una vez la contienda.

Cumplida nuestra promesa de no cansar al lector con largas explicaciones históricas, tomaremos nuevamente el hilo de nuestro cuento, diciendo que, al amanecer el siguiente día del en que tuvieron lugar las escenas que hemos referido, y apenas se abrieron las puertas de Zaragoza, Manrique y su criado salieron de la ciudad y tomaron el camino de Calatayud, donde se encontraba el conde de Haro.

Largo trecho anduvieron silenciosamente, triste y pensativo el Trovador, con semblante no muy alegre el escudero; pero, al fin, éste, como siempre sucedía, rompió el silencio y dijo:

—¡Por las barbas de Satanás que deben ser como erizos! Si tal vida hubiésemos de llevar algunas semanas todavía, juro que me habías de ver trocar la cota por el sayo de motilón y darme una vida de príncipe.

—¿Es tan mala la que tienes ahora?—contestó Manrique—. No trabajas, comes y te emborrachas a tu placer y mueves la lengua sin cesar.

—No pensáis, señor, que hace un mes que no damos una estocada, y me fastidio porque se me hacen muy largas las horas.

—No dirás lo mismo dentro de pocos días.

—Quiera Dios que acertéis, porque estoy aburrido, hasta el punto de que ayer me faltó muy poco para proponer al escudero del conde que mientras vosotros os rompiais los huesos, hiciésemos nosotros lo mismo; pero me detuvo el respeto que al lance se debía, y más que todo, el miedo de que lo hubiésemos llevado a mal por uno de esos caprichos que soléis tener.

—Puedes estar seguro de que la diversión te hubiese costado cara, porque hacer tú la proposición y arrancarte yo una oreja, hubiese sido cosa de un abrir y cerrar de ojos.

—¡Vive Dios!, don Manrique, que sois en extremo severo.

—Te tengo prohibido sacar la espada sin que yo te lo mande, porque en más de una ocasión me has comprometido con tu ligereza.

—Ya veis que os obedezco.

—Vuelvo a decirte que no tardarás muchos días en ejercitar los puños a tu sabor.

—Temo que el señor conde haga lo de siempre: mandarnos correr de un lado para otro y nada más.

—No, porque ya tiene todas las noticias que necesitaba, y creo que apenas lleguemos a Calatayud me ordenará ir con la gente que tiene dispuesta a buscar a don Jaime en Murviedro.

—¿Y qué haremos en Murviedro?

—Lo mismo que yo lo sabes.

—Me parece que han de pasar muchos días antes de estar en disposición de marchar a Zaragoza.

—Pero entre tanto no faltará que hacer, porque los castellanos que están por aquella parte, aunque son pocos, se acercan diariamente a nuestro campo y no faltan escaramuzas.

—Esos pícaros castellanos son los que me desesperan. ¡Vive el cielo!... Han entrado en Aragón como en país conquistado, y como nada tienen aquí que les duela, destruyen y roban sin miramientos. Entran en un pueblo, y aunque se les muestren amigos, no dejan res ni capón con vida, ni tinaja que no desocupen, como si en una semana no hubiesen comido. Y lo que más ofende es ese orgullo con que se presentan, pues no parece sino que todos son grandes señores. ¡Voto al infierno! ¡Y eso aguantamos como ovejas los aragoneses! ¡Y hay malos hijos de esta tierra que los sigan y que les ayuden!... ¡Vive Dios!...

—Paciencia, Ruiz.

—Harta hemos y más tendremos si nos vencen, porque entonces Dios sabe si saldrán de Aragón los castellanos que deben haberse aficionado a la buena vida que ahora llevan.

Manrique no contestó a su escudero, porque precisamente aquella conversación le recordó que estaba separado de la mujer a quien tanto amaba, que podía ser muy larga la ausencia, y que cada día se presentaban nuevos y mayores obstáculos al logro de sus amorosos deseos. Los asuntos de la guerra iban enredándose cada vez más; la entrada en Zaragoza iba siéndole al mancebo más difícil cada día, y además, una vez que Leonor estuviese en un convento, el llegar hasta ella era poco menos que imposible. Y si a todo esto se añade que el desafío con el conde había excitado hasta el extremo el enojo del mo-

narca, que trataría a toda costa de desahogarlo con un terrible castigo, se comprenderá fácilmente que la situación de Manrique no podía ser ni más triste ni más apurada, pues cualquier paso que diese haría peligrar su vida y la de Leonor, pues que ambas puede decirse que no eran más que una.

Ruiz tuvo ocasión aquel día de desahogarse hablando sin cesar; pero pocas veces le contestó Manrique que, entregado a sus dolorosas meditaciones, desesperábase algunos momentos y apretaba los puños y dejaba escapar una exclamación de rabia, o abatido por la tristeza inclinaba la frente, olvidándose de todo menos de Leonor y de sus desgracias.

—¡Leonor!—murmuraba algunas veces con lánguido acento—. ¡Leonor!... Te habré visto anoche por última vez?... ¡Oh!... ¡Si he de perderla, Dios mío, quitadme la vida!

Y una lágrima solía empañar sus azules y expresivos ojos; que no son los corazones débiles, sino las almas sensibles las que lloran.

Y tras el abatimiento volvía la desesperación de la ira, y entonces, clavando los férreos acicates en el vientre de su fogoso potro, se lanzaba como un rayo a través de la campiña y trepaba montes y salvaba precipicios, como si buscara la muerte de aquella manera.

Seguía su escudero, dudando a veces si se habría vuelto loco su señor, y diciendo entre juramentos y maldiciones:

—¿Qué significa esto?... ¡Por Satanás, don Manrique!... Que má yegua no tiene ya alientos y voy a quedarme a pie... Que vamos cuesta abajo y nos romperemos la cabeza... ¡Voto al infierno con todas las brujas que arden en él!... Está visto, se ha vuelto loco.

Pero Manrique no hacía caso de las justas observaciones de su leal sirviente, porque no le oía ni se acordaba siquiera que iba tras él.

El sol tocó a las cumbres de Occidente, luego desapareció, los crepúsculos extendieron su vaporoso velo de oro, y poco después las tinieblas de la noche inundaron el espacio, y la luna, con su faz bobalicona, se enseñoreó entre centenares de miles de estrellas.

Y el Trovador corrió, y le siguió Ruiz, y los corceles resoplaron una y otra vez medio muertos de fatiga.

Y el nombre de Leonor salió muchas veces de los labios del mancebo, y el aura recogió muchos suspiros tiernos, lánguidos y conmovedores, mientras que el escudero repetía:

—Se ha vuelto loco, ¡Dios de Dios! Se ha vuelto loco... ¡Pobre yegua mía!... Voto a Satanás!... En buen terreno entramos ahora... Adelante, pues...

Y los jinetes se perdieron entre la bruma de la noche como dos fantasmas.

## CAPITULO XI

### Donde daremos a conocer al conde de Urgel.

Manrique no se había equivocado al decir que el conde de Haro le mandaría pasar a Murviedro para avistarse con el de Urgel, llevando noticias e instrucciones reservadas: así sucedió, y el mancebo, sin descansar más que algunas horas, emprendió nuevamente su marcha, siempre acompañado del recuerdo de Leonor y atormentado por sus tristes ideas.

Ya llevaba algunos días de estar en Murviedro cuando vamos a presentarlo otra vez a nuestros lectores, y había tenido muchas conferencias con el conde, que le dispensaba gran confianza no sólo por el puesto que ocupaba en la servidumbre del de Haro, sino por sus merecimientos de inteligencia y valor, porque, como ya hemos dicho, el mancebo había llegado a adquirir envidiable fama, y su nombre era pronunciado con admiración por sus amigos y con miedo por sus contrarios.

Era uno de esos días del mes de junio en que el sol abrasa y el aire ahoga, y el conde de Urgel se hallaba en una de las habitaciones del sombrío castillo de Murviedro.

El noble pretendiente a la corona de Aragón, que entonces contaba pocos años más de treinta, era de elevada estatura, bien formado y de continente activo. La expresión de su rostro era sombría, y sus negros y grandes ojos despedían miradas centelleantes e imponentes, sin que nadie pudiese decir, por mucho que le hubiese tratado, que le había visto sonreír tres veces en su vida. Su frente era espaciosa y negros sus cabellos como sus espesas cejas y su poblada barba, y aunque sus facciones eran algo abultadas, en su conjunto no dejaban de tener alguna hermosura varonil. Llevaba siempre la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho, como si no pudiese soportar el peso de las ideas tristes y atormentadoras que abrigaba, efecto de las muchas desgracias que había sufrido y de las luchas que había tenido que sostener en el transcurso de pocos años. Y, en verdad, su fortuna no era la más risueña, pues habían abusado de su confianza muchos traidores, y no había jamás acometido empresa que no

perdiese, por lo cual le habían dado el sobrenombre de *Desdichado*, porque fué conocido. En sus ademanes enérgicos, casi bruscos, en el acento breve de su voz y hasta en sus palabras, daba a conocer que era impaciente, y que el mayor tormento que podía sufrir era el de esperar.

Paseábase con desiguales pasos a lo largo del aposento, mientras hablaba con un hombre flaco, de cabellos rojos, labios delgados y larga nariz en forma de curva saliente, barba escasa y ojos pequeños, redondos, hundidos, de pupilas azules y relucientes y penetrante mirada. Sus facciones, movibles en extremo, le hacían presentar cada segundo un aspecto distinto, por lo que no podía decirse si era de carácter alegre o taciturno ni tampoco adivinarse fácilmente lo que encerraba aquella cabeza.

Su vestido era más lujoso que el de un simple hidalgo y más pobre que el de un caballero, y como su continente no era ni altivo ni humilde, tampoco podía deducirse su calidad por su exterior. Al hablarle le llamaban los unos caballero y los otros señor hidalgo, sin que él diese muestras de importarle un camino semejantes fórmulas. Trataba de igual modo a nobles que a plebeyos, pues ni adulaba a los ricos ni despreciaba a los pobres.

La verdad es que se llamaba don Lope Gutiérrez, que su familia era oriunda de Castilla, que tenía algunos bienes con que vivir y una ejecutoria nobleza que le permitía entrar en todas partes, y que llevaba algún tiempo de servir la causa del conde, habiendo probado tener mucho ingenio, más travesura y ser astuto en demasía. En cuanto a su valor, no había llegado el caso de probarlo: los que le trataban decían que nunca le habían visto enfadarse, pero esto no era una prueba de cobardía. "Aquí está mi espada y mi cabeza", había dicho al conde, y éste se había servido solamente de la segunda, porque la creyó más útil que la primera.

—¿Con que es vuestra opinión—decía el conde, mientras paseaba—, que no se pierda un solo día?

—Ya sabéis, don Jaime—le contestó el hidalgo—, que yo no tengo opinión ni aconsejo.

—¿Empezáis a desesperarme?—replicó el conde.

—Empiezo por hacer constar que ninguna responsabilidad puede caberme en el resultado de la empresa. Vos mandáis, yo obedezco, y lo demás no me atañe.

—¿Diréis lo mismo de la expedición a Barcelona?

—Sí.

—Pues no más que vuestras razones me decidieron a ir allá.

—Bien pudo ser.

—¿Lo dudáis?

—No, señor conde.

—De vuestros argumentos sacasteis que nuestra entrada en aquella ciudad podía servirnos para acabar con el infante, y me dijisteis bien clara y terminantemente que si no nos cerraban las puertas, era seguro el triunfo de nuestra causa.

—Eso es, don Jaime; que si no nos cerraban las puertas, pero las cerraron.

—Y nos despidieron sin ningunas consideraciones.

—Lo cual no debió sorprenderos, porque también os había dicho que era lo más probable; pero me contestasteis que no podía suceder, porque no se atreverían.

—Bien, don Lope—replicó don Jaime con tono de impaciencia—; eso ya no importa.

—Pues en cuanto al caso presente...

—Habéis dicho...

—Que un golpe de mano, cuando menos lo esperen, deberá sernos más ventajoso. Ya sabéis que el infante se prepara para venir contra nosotros...

—Antes iremos nosotros contra él.

—Ahora tenemos la ocasión más propicia de armar un motín en Zaragoza, de manera que estalle al presentarnos delante de sus murallas: si el infante acude a sofocar la rebelión, el triunfo será nuestro, y si antes quiere desbaratarnos, triunfará el motín, que lo mismo nos importa, y si divide las fuerzas para combatir al mismo tiempo a los dos enemigos, ambos vencerán. Esta es la situación; pero no os aconsejo que os aprovechéis de ella.

—¿Cómo dejar pasar una ocasión tan favorable? Ni un solo día, don Lope, ni un solo momento quiero perder—replicó acaloradamente el conde.

—Antes mirad lo que hacéis, don Jaime.

—Estoy decidido.

—Entonces no espero más que vuestras órdenes para marchar a Zaragoza y preparar el alboroto para el día en que calculéis que debéis llegar.

—No saldremos de aquí hasta que vuelva Manrique.

—¿Y si tarda algunos días?

—No puede ser, a menos que haya tenido alguna desgracia.

—O alguna noticia de la hermana de don Guillén...

—Ya sabéis—interrumpió el conde—que el Trovador no falta a sus deberes por nada.

—Lo que sé es que está enamorado, y como el amor es el peor enemigo del hombre...

—Sois extremadamente malicioso, don Lope, y no merece Manrique que se sospeche de él.

—Dios me libre de sospechar del servidor más fiel, más decidido y más valiente de vuestro derecho; pero, señor conde, las pasiones ciegas y arrastran a los hombres a su perdición, y para mí no sería un crimen que abandonase el cumplimiento de su deber para acudir a su dama, porque esto lo haría en un momento de locura. Nadie admira como yo su arrojo, pero un mancebo enamorado no es dueño de su voluntad en ciertos momentos.

Mirad, sino, cómo ha puesto en peligro su persona, provocando el duelo con el conde de Luna, y antes escalando las tapias de la Aljafaría, lo cual ha podido sernos muy fatal.

—Ciertamente; pero ya veréis cómo a más tardar esta noche...

Detúvose el conde, porque sintió pasos en la inmediata habitación.

Manrique apareció en el umbral de la puerta, como si quisiese desmentir al hidalgo.

—Entrad, valiente mancebo—le dijo el conde con toda la dulzura de que era susceptible su carácter—. No podáis haber llegado en momento más oportuno.

—Mucho me alegro, señor conde, si puedo servirlos—contestó Manrique—. El cielo os guarde, don Lope.

—Y a vos también—contestó el hidalgo—, para envidia de nuestros trovadores, delicia de vuestras damas y terror de nuestros enemigos.

—Sepamos—repuso el de Urgel—las noticias que nos traéis.

—Todas buenas, don Jaime.

—Explicaos.

El Trovador se detuvo algunos instantes, como si dudase, porque don Lope no le inspiraba la mayor confianza.

—¿No decís?...

—Estaba reuniendo mis recuerdos y ordenándolos para ser breve y hacerme entender con claridad.

—Si estorba mi presencia...—dijo don Lope, mirando con dulce sonrisa a Manrique.

—Al contrario—replicó el conde—; tenéis que estar al corriente de todo antes de partir.

—Entonces...

—Hablad, don Manrique.

—Conmigo—dijo éste—acaban de llegar las cincuenta lanzas de Manresa.

—¿Con buenos ánimos?

—Decididos a defender vuestra causa, mientras tengáis vida.

—¿Bien!

—Esta tarde, quizá antes de tres horas, veréis entrar los trescientos peones del barón, a quienes he visto al amanecer.

—¿Y qué tal gente son?

—El que menos, como el mejor balletero de vuestra guardia.

—¿Vive el cielo!... No pueden ser mejores vuestras noticias.

—Están bien armados y con deseos de pelear.

—¿Y nuestra gente de Valencia?

—Dispuestos a entretener con asonadas a los del infante para que no vengan a Murviedro mientras vamos a Zaragoza.

—Es decir, que nada nos falta, y que llegando esta tarde la gente del barón, podremos salir mañana al despuntar el día.

—Si tal es vuestro deseo, no habrá ningún inconveniente—contestó Manrique.

—Pues qué, ¿no os parece bien el plan?

—Los de Zaragoza están muy prevenidos.

—Pero prevenido está también un motín que los distraiga al llegar nosotros.

—El abandono de Murviedro no es muy prudente.

—Sólo podemos temer a los de Valencia, y decidís que estarán entretenidos.

—¿Quién sabe lo que puede suceder?

—Por vanos temores no hemos de dejar perder una ocasión como ésta.

—No será obstáculo con mis consejos: si estáis decidido, disponed, porque el señor conde de Haro me mandó obedecerlos, y he venido para cumplir su mandato.

—Pero ¿cuál es vuestra opinión?

—Que si hemos de dejar ahora a Murviedro, vayamos a Calatayud antes que a Zaragoza, y mi señor, ya con vuestra ayuda, podrá, sin temor, reunir su gente y declararse vuestro partidario. Esto lo hará en dos días, porque todo lo tiene dispuesto, y entonces, sin perder un instante, caeremos todos sobre Zaragoza, sin amotinar antes a sus vecinos, lo cual, si bien puede sernos provechoso, es también posible que nos perjudique.

—¿Qué os parece, don Lope?

—No érais de opinión—dijo éste—que se avisase al de Haro para que diese sobre Zaragoza al mismo tiempo que nosotros?

—Creo que es lo mejor.

Y atacada la ciudad por distintos lados, y con el motín en su interior...

—Venceremos sin dificultad.

—Era vuestra opinión; la mía...; ya os he dicho que no tengo ninguna.

—No quiero variar mi plan—repuso el conde.

—Ordenad, pues—dijo Manrique que, desconfiando siempre de don Lope, no quiso seguir sus razonamientos.

—Vos—repuso el conde, dirigiéndose al hidalgo—, saldréis inmediatamente para Zaragoza.

—Bien.

—Y sin pérdida de tiempo haréis que la gente se prepare a levantar el grito en la ciudad.

—¿Qué día?

—No puede calcularse con exactitud, por lo que será mejor que cuando estemos cerca os avisemos por la mañana.

—Y la misma noche del día en que yo reciba vuestro aviso, estallará el motín.

—Vos, don Manrique, a Calatayud, para que el conde vaya acercándose a Zaragoza.

—Si os parece, saldré con vos, pues me sobra tiempo con adelantarme a la mitad del camino.

—Buena sería prevenirle con alguna anticipación—dijo el hidalgo.

—Está prevenido—replicó Manrique—; y a la media hora de avisarle puede ponerse en marcha.

—Como disponga el señor conde—repuso don Lope, a quien no agradó mucho que el Trovador quedase solo con el de Urgel, por si le hacía cambiar de opinión.

—Sí, sí; tenéis razón, don Manrique—dijo el conde—; os sobra tiempo con adelantaros, puesto que ya está prevenido vuestro señor.

Don Lope, montad a caballo y partid, que nosotros veremos el sol de mañana lejos de este castillo.

—¿Nada más tenéis que ordenarme?

—Nada.

—En Zaragoza nos veremos.

—Dios os guíe.

—¿Os venís?—dijo don Lope a Manrique.

—Aún tengo que hablar de otros asuntos al señor conde.

—Guárdeos el cielo.

Salió el hidalgo con poca confianza de que el plan se ejecutase tal como se había pensado, y cuando quedaron solos el conde y el Trovador, dijo éste:

—Dios me perdone el mal pensamiento; pero don Lope no me inspira confianza.

—Mal le pagáis, porque hace un momento que él hablaba de vos, haciéndoos toda la justicia que merecáis.

—No le acuso, señor conde; lo que digo es que no puedo vencer la repugnancia que me inspira, y cuya causa no acierto a explicarme.

—Ya sabéis que me ha servido con lealtad.

—Por eso os ruego que me perdonéis si, tal vez en contra de vuestro deseo, no he manifestado francamente mi opinión en su presencia.

—¿Dudáis aún del buen resultado del plan?

—Creo que sufriremos un descalabro si no se modifica.

—Explicaos, pues ya sabéis que vuestra opinión vale mucho para mí.

—Si logramos sorprender al infante, basta con la gente que tenemos para triunfar; y si está prevenido, aunque nos acompañe mi señor el de Haro, tendremos que desistir de la empresa, porque no vamos preparados para sostener un sitio en toda regla contra una plaza como Zaragoza.

—Ciertamente.

—En tal caso—prosiguió Manrique—, creo que la ayuda de mi señor debe aprovecharse de otro modo que el pensado, puesto que para una sorpresa no nos hace falta.

—Pero más seguro será el éxito cuanto mayores sean vuestras fuerzas.

—Somos de distinta opinión, señor conde; no es el número el que vence en los combates, sino el valor de los combatientes y el acierto del que los manda.

—Tenéis razón.

—Por eso os digo que es prudente aprovechar la ayuda del conde de Haro, donde puede ser más útil que en la sorpresa de Zaragoza.

—Decid lo que vos haríais.

—En nuestra marcha vamos a dejar a la espalda enemigos, y sería prudente que el de Haro se situase en un punto desde donde pudiera evitar que nos cogiesen entre la plaza y los que quedan atrás y proteger nuestra retirada en caso de un descalabro.

—Sois prevenido.

—Suponed que don Fernando tuviese aviso de nuestra marcha, bien porque no faltase un traidor o por una casualidad cualquiera, y previniéndose para defender la ciudad, situase en medio del camino o cerca de Zaragoza un ejército que nos dejase pasar, pero que nos

estorbare el paso al volver perseguidos por los de la población.

Don Jaime se estremeció.

—¿Qué sucedería entonces, rodeados de enemigos por todas partes y con el desaliento de nuestra gente, después de haber sufrido una derrota?

—¿Vive el cielo!—exclamó el conde—. Todo puede suceder, y semejante desgracia acabaría con nosotros.

—Tal creo.

—Pero ¿cómo don Lope, que es tan astuto, no ha pensado en ello?

Manrique se encogió de hombros.

—Prudente es vuestro consejo—prosiguió don Jaime—, y lo tomaré.

—Meditad bien primero...

—¿Váis aprendiendo de don Lope?

—Es muy grave el asunto, señor conde.

—¿Me aconsejáis de buena fe?

—Vos mismo lo diréis.

—Entonces no tengáis miedo a que os recuerde la conciencia.

—Pero lo tengo a llorar una desgracia.

—Don Manrique, podéis quedaros si os parece bien, para salir mañana conmigo, o marchar esta misma tarde.

—Quisiera aprovechar el tiempo.

—Pues bien; idos, y obrad como mejor convenga, que para ello tenéis mis facultades.

—Pienso ir también a Zaragoza.

—Don Manrique, temo que vuestros amores...

—Descuidad, señor conde; sé cumplir con mis deberes antes que con los deseos de mi corazón.

—Vuestro desafía con el de Luna...

—Es mi enemigo como rival y como partidario del infante.

—Pero habéis comprometido vuestra vida en momentos muy preciosos para la causa que defendéis.

—La arriesgo a cada paso que doy...

—Sed prudente, don Manrique, porque vuestra pérdida sería una de mis mayores desgracias.

—Os debo mucho, señor conde.

—Más merecáis.

—Dentro de una hora saldré para Zaragoza. ¿Tenéis algunas órdenes que darme?

—Ninguna.

—Pues que el cielo proteja la justicia de vuestra causa, señor.

—Con Dios id, bien Manrique.

Salió el Trovador, y una hora después se alejaba de Murviedro seguido de su fiel criado.

El conde pasó todo aquel día dando órdenes a sus capitanes, y a la mañana siguiente, antes que asomara el sol, se puso en marcha al ejército, quedando una corta guarnición en el castillo.

## CAPITULO XII

## Donde veremos si eran acertadas las sospechas del Trovador.

No seguiremos en su viaje ni a Manrique ni a don Lope; baste saber que ambos corrieron mucho y que llegaron a Zaragoza al anochecer de un mismo día.

Dejaremos a Manrique y seguiremos al hidalgo, que apenas dejó su cabalgadura en una posada se dirigió al palacio real con intento de ver a don Fernando.

Este se informaba en aquel momento de la salud de don Nuño, preguntando con mucho interés al mensajero que le llevaba la nueva; pero apenas le anunciaron al hidalgo, mandó que le dejasen entrar y despidió al criado del conde.

—Perdone vuestra alteza—dijo don Lope, al penetrar en la cámara—, si en tal desaliento me atrevo a venir; pero acabo de llegar y no he querido perder un momento.

—Bien venido sois siempre—le contestó don Fernando con la dulzura que por sistema usaba casi siempre, sin que por eso quitase nada a la grave severidad que le caracterizaba.

Y sus azules ojos fijaron en don Lope una mirada tranquila, pero escudriñadora.

—Nuevas de importancia debéis traerme—prosiguió—, si he de creer lo que dice vuestro rostro.

—Vengo a daros cuenta de los planes del de Urgel, cuyo atrevimiento no tiene comparación.

—Pero contra su atrevimiento está vuestra astucia.

—Mi lealtad, señor.

—Y el logro de la merecida recompensa que os he prometido.

—Todo halaga, señor; pero crea vuestra alteza que...

—Bien, don Lope; os creo. Explicaos y decidme en qué consiste ese atrevimiento del de Urgel, que tan mal avenido está con su cabeza.

—Acaba de reunir más gente en Murviedro.  
—Todavía está lejos de aquí.  
—Pronto le tendréis muy cerca.  
—¡Muy cerca!—repitió, sorprendido, don Fernando—. ¿Se atreverá a buscarme?...  
—Está decidido, y antes de cuatro días caerá sobre Zaragoza con un ejército numeroso.  
—¿Sabéis de cierto?...  
—Al siguiente día de salir yo de Murviedro debí también salir el conde con su gente.  
—¡Oh!—exclamó el infante, cuyas mejillas palidieron—. Si no os equivocáis...  
—Señor—repuso don Lope—, ya sabéis la confianza que tiene en mí don Jaime...  
—¿Y por él sabéis?...  
—Con él conferencé sobre el plan, y le aconsejé que lo llevase adelante, porque así tendrá vuestra alteza la ocasión de darle un golpe terrible y decisivo.  
—Decídmelo todo—repuso don Fernando—; no dejéis nada por insignificante que os parezca... Sentaos, hablaréis con más comodidad y yo os escucharé más tranquilamente.  
—Gracias, señor.  
Sentóse don Lope cerca del infante, y prosiguió, diciendo:  
—Hace algunos días que llego a Murviedro ese maldito hidalgo, a quien todos conocen, pero que nadie sabe quién es, el Trovador...  
—¡Siempre ese hombre!—interrumpió don Fernando con acento de marcado enojo—. Siempre el misterioso hidalgo: en todas partes se encuentra: asalta mi palacio, reta a mis mejores caballeros, y con sus cantos de sirena enloquece a las damas principales, las galantea... ¡Oh!... Cabeza tiene el atrevido mancebo y yo verdugos que se la corten... Proseguid, don Lope; proseguid.  
—El Trovador llevó nuevas del de Haro, enemigo también muy temible, y a quien vuestra alteza tiene muchas consideraciones.  
—Bien sé que favorece a don Jaime, y no se me oculta que son pretextos vanos los inconvenientes que ha tenido hasta ahora para venir a ponerse a mis órdenes; pero como abiertamente no se ha declarado en contra mía, como a todo el mundo dice, que ya dará a conocer su opinión, que quiere meditar despacio, nada puedo hacer, porque mis enemigos tomarían pretexto de la más leve cosa para calificar de abuso de justicia, y dirían que he venido a Aragón sólo para talar campos y cortar cabezas.  
—Pues bien, señor; esa manera de obrar del conde de Haro, que tiene su mérito, es también consecuencia de los consejos del Trovador.  
—¡Otra vez él!  
—Y contad con que todas las desgracias que sobrevengan son obra suya.  
—Cabeza tiene, don Lope; cabeza tiene... Proseguid.  
—El de Haro espera sólo a reunirse con don Jaime para declararse en contra de vuestra alteza.  
—¿Y el de Urgel, para ahorrarse camino, va a buscarle a Calatayud?  
—No, señor, sino que Manrique se habrá adelantado al de Urgel para decir a su señor que venga sobre Zaragoza, cayendo ambos por distintos lados, y estallando a la vez un motín en la ciudad, sorprendiendo a vuestra alteza cuando menos lo espere.  
—¿Ese plan es también del Trovador?  
—No, señor; este plan es mío.  
—¡Vuestro!  
—¿Os parece mal?  
—El mejor para el conde.  
—No dice lo mismo el Trovador.  
—¿Esa más perfecto el suyo?  
—Tal creo, señor, aunque lo ignoro, porque no ha querido manifestarlo delante de mí, sin duda porque, según he sospechado, no le inspiro confianza.  
—¿Y cuál ha sido vuestro verdadero plan, es decir, el que os habéis propuesto al aconsejar el otro al conde?  
—¿No lo adivina vuestra alteza?  
—Sospecho no más.  
—He pensado que podéis dejar venir al conde, salirle al encuentro, y que a la vez le acometa otro cuerpo de ejército que con anticipación se habrá situado a una legua o dos de Zaragoza. De este modo se le corta la retirada, se le envuelve fácilmente, y antes que salga de su sorpresa estará perdido.  
—Bien, don Lope; muy bien—contestó el infante.  
Y quedó pensativo algunos momentos, acariciando su barba de color de oro, como tenía de costumbre cuando meditaba.  
—Todo puede hacerse, según habéis pensado—repuso—. Antes que llegue el de Urgel estarán dispuestos los míos.  
—He prometido al conde alborotar la ciudad, y como no sabemos lo que puede suceder, es conveniente que no sospeche de mí...  
—Nada importa lo del motín: serán cuatro

gritos, algunas pedradas y tal cual cuchillada; pero me alegro, porque así tendré ocasión de castigar a media docena de descontentos. Os ayudaré, don Lope.  
—El Trovador quedó en Murviedro cuando yo salí, y no sé si habrá intentado hacer variar al conde el plan convenido; de manera que, si me engañan mis cálculos, suya será la culpa.  
—¿Es decir—replicó el monarca—, que ese mancebo es un hijo de Satanás, contra el que nada vale mi poder?  
—Como además de cabeza tiene corazón y está enamorado, no será difícil hacerle caer en un lazo.  
—A vos os lo dejo, don Lope: ponedlo en mis manos y me habréis hecho el mayor de los servicios.  
—Tenga por cierto vuestra alteza que sin el Trovador nada vale el de Haro y es la mitad menos temible el de Urgel.  
—Para vos queda, para vos, volvió a decir el infante.  
—Haré cuanto pueda, señor.  
—Ahora, don Lope, ocupaos de la asonada.  
—Y vos de reunir vuestra gente con sigilo, haciéndoles salir uno a uno de la ciudad para que nada pueda traslucirse.  
—Descuidad, que la reserva es cualidad de los castellanos.  
—¿Y el conde don Nuño, señor?  
—Está mejor, aunque todavía de peligro.  
—¿Con que tan certero fué el golpe?  
—De muerte. ¡Oh!... Ese maldito mancebo tiene un brazo incansable y una destreza sin igual.  
—¿Y de sus amores con doña Leonor?... Porque me conviene saber...  
—Don Guillén ha determinado encerrar a su hermana en un convento; pero la reina, que la tiene un cariño extremado, se opone.  
—Favoreced a don Guillén, porque desesperando al Trovador podremos precipitarle más fácilmente a cualquier locura y tener, por consiguiente, más ocasiones para hacerle caer en un lazo.  
—Siento disgustar a mi esposa; pero si es preciso para castigar a ese miserable...  
—Es conveniente, señor.  
—A todo estoy dispuesto.  
Algunas palabras más se cruzaron entre el monarca y don Lope, y éste se despidió, quedando en volver al siguiente día.  
Satisfecho iba el hidalgo de la entrevista, pero se acibaró su contento al salir a la calle y ver a un embocado que le siguió.  
Aunque la oscuridad de la noche, que ya había cerrado, no permitía distinguir bien los objetos, don Lope creyó haber conocido al que le seguía, y murmuró:  
—No me sorprende. Ha sospechado de mí... Bien, bien, no importa: es más valiente que yo, pero no más astuto.  
Y siguió sin dirección fija, tomando, ya a la derecha, ya a la izquierda, y observando si el embocado iba tras él.  
—Si me sigue—volvió a decir por lo bajo—, ya sé lo que tengo que hacer, y si me deja, le seguiré yo, y el resultado será el mismo.  
Pero el embocado le siguió paso a paso y a corta distancia.  
Así dejaron atrás muchas calles, y, al fin, el hidalgo murmuró:  
—Basta de paseo, que estoy cansado y necesito cenar.  
Y se detuvo junto a una esquina.  
El otro se paró también.  
Pasarón algunos minutos, sin que ninguno de los dos se moviese.  
—Acabemos—volvió a decir el hidalgo.  
Y dió unos cuantos pasos más en dirección contraria a la que había llevado, pasando por delante de su espía y deteniéndose muy cerca de él, a tiempo que éste iba a emprender otra vez su marcha y también se detuvo.

## CAPITULO XIII

Donde se verá que el hidalgo confiaba en su astucia más que debía.

Ya no podía don Lope hacer otra cosa, según la costumbre de aquellos tiempos, que sacar a relucir la espada.  
Se encontraban muy cerca el uno del otro y se miraban con ojos que parecían lucirnagas.  
El sitio no podía ser más solitario.  
—Caballero—dijo el hidalgo después de algunos momentos de reflexión—, quedaos aquí en buen hora, si tal es vuestro intento, y si no, elegid el camino que más os plazca, para tomar yo el contrario.  
El embocado no contestó ni se movió.  
—¿Me habéis entendido?—añadió don Lope.—No quiero que me sigáis.  
El espía guardó también silencio.  
—¿Vive Dios!... ¿Os burláis de mí?... Si no tenéis lengua, llevaréis espada—, repuso el hi-

dalgo, sacando la suya y acercándose al embocado.  
Entonces éste echó atrás su capa, y al presentar la reluciente punta de su acero exclamó:  
—¡Traidor, miserable!...  
Don Lope le interrumpió con una alegre carcajada.  
—¡Por mis narices!—dijo, a la vez que en vainaba la tizona—. ¿Quién había de pensarlo?... Vamos, está visto: no hay medio que seáis más cauteloso y más prudente, y al fin os sucederá una desgracia...  
—¡Don Lope!—interrumpió el Trovador, que no era otro el embocado, asiendo de un brazo al traidor y sacudiéndole rudamente.  
—¿Habéis perdido el juicio?... ¡Voto al infierno, que me lastimáis!... ¿Queréis explicaros?  
—¿Por qué guardáis el acero?  
—¡Donosa pregunta! Lo saqué pensando que erais un espía, y lo he guardado al conocer, de lo cual me alegro mucho, porque os dire lo que ocurre y me ayudaréis: precisamente he salido de palacio sin saber de quién me valdría...  
—¿Intentáis engañarme?  
—Pero, amigo mío, ¿os habéis vuelto loco?  
—Don Lope, acabemos de una vez: habéis venido a dar cuenta al infante de los planes del conde...  
—Si no fueseis quien sois—interrumpió el hidalgo—, por toda contestación os desprecia. ¿Conque me acusáis de traidor? ¿Y qué pruebas tenéis? ¿El haberme visto salir de palacio?  
—¿Necesito más?  
—Don Manrique, tenéis pocos años y poca experiencia, y aunque os sobra entendimiento, no se os ha ocurrido el pensar que en palacio hay enemigos del infante pagados por mí con el oro del conde de Urgel.  
El Trovador quedó pensativo. Seguía desconfiando de don Lope, pero comprendió que, como éste decía, no era el haberlo visto salir del alcázar una razón para acusarlo ni tampoco para sospechar.  
—¿Habrá cometido una torpeza al llamarle traidor?—, dijo para sí.  
Y luego añadió en voz alta:  
—Don Lope, no extrañéis mi sorpresa, y confesad que vos también...  
—Os he visto a la puerta de la Aljafería.  
—Pero...  
—Sé que allí tenéis el corazón, y nada que os ofenda he sospechado.  
—El tiempo nos desengañará a todos.  
—Por eso no debemos perder el presente en explicaciones que nada importan, sino tratar de lo que interesa.  
—Bien—dijo Manrique, fingiendo que estaba convencido, aunque seguía sospechando más que nunca de don Lope.  
—Hace dos horas que llegué—repuso el hidalgo—, pero he sabido aprovecharlas.  
—Decid.  
—El infante está, o parece estar, más descuidado que nunca, pues proyecta una cacería para entretener el tiempo mientras reúne la gente necesaria para ir en busca del conde.  
—Ardides para inspirar confianza.  
—He sospechado lo mismo, pero me aseguran que no.  
—¿Qué más hay?  
—La ocasión más propicia para amotinar al pueblo, que está en muy mal sentido con respecto a don Fernando. Por todas partes se murmura sin rebozo, y sólo falta acercar una chispa a la hoguera.  
—Tanto mejor.  
—Otra noticia tengo que daros que escucharéis con más atención.  
—¿Cuál?  
—Don Guillén ha decidido encerrar a su hermana en un convento.  
—Lo sé.  
—Pero ignoráis que la esposa del infante se opone, que don Guillén se desespera y jura cumplir su voluntad.  
—No lo sabía.  
—Don Feriando apoya a don Guillén para vengar al de Luna, y éste, que está casi fuera de peligro, ha jurado, según dicen, que si no muere, será dueño de doña Leonor a despecho de ella misma.  
—¡Oh!... Pero no piensa que la espada que le atravesó el pecho una vez puede atravesárselo dos.  
—Entre mis amigos de palacio hay una dama que puede serviros, porque hará cuanto yo le diga; de modo que si queréis aprovechar sus buenos oficios, conseguiréis fácilmente comunicaros con doña Leonor, y aun hablarla tal vez con menos peligro del que sois correr saltando las tapias del jardín.  
—Gracias, don Lope.  
—Rodéis aceptar mi ofrecimiento con entera franqueza, porque es persona de completa confianza. Por ella he sabido algunas cosas de mucho interés y que, como a vos, me han he-

cho dudar de ese aparente descuido del infante.

—¿Es decir, que tenéis más noticias?

—Sí.

—¿Puedo saberlas?

—Vos solamente.

—Decid.

—Don Fernando espera grandes refuerzos de Castilla, y antes de diez días le habrán llegado quinientos jinetes y otros tantos peones.

—Entonces cometemos una imprudencia viniendo en esta ocasión.

—No tal, porque si logramos dar el golpe será antes que lleguen los castellanos.

—Sin embargo...

—Todo puede suceder; no sabemos si se adelantarán, encontrando a los nuestros en el camino.

—¿Os parece que sería mejor que el de Haro, en vez de venir a Zaragoza, se dirigiese hacia Castilla para detener a los que encontrase?

—No me parece mal, don Manrique; pero no sabemos si el señor conde lo aprobaría.

—¿Por qué no?

—Luego hay que contar con que estas noticias pueden ser falsas o, por lo menos, inexactos los cálculos, y si la ayuda de vuestro señor se echaba aquí de menos, y él entre tanto se fatigaba en balde yendo y viniendo, sería mucha nuestra responsabilidad.

—Dudo, don Lope.

—Vos, sin embargo, haced lo que mejor os parezca; sobre este punto no quiero aconsejar: os digo lo que sé, pero no respondo de su exactitud.

—Apurado es el caso.

—Por mi parte, me concretaré a cumplir las órdenes que me ha dado el conde, es decir, a preparar un alboroto en la ciudad para cuando lleguéis. Si el golpe no sale a medida de nuestro deseo, lo sentiré con toda mi alma, pero estaré tranquilo en cuanto a que tengan que echarme en cara una imprudencia, la más leve, que se calificaria de traición.

Manrique meditó algunos momentos y luego dijo:

—Obráis como experimentado, y os imitaré.

—Cuidado, que no os aconsejo...

—Pero vuestra conducta me parece lo mejor.

—¿Es decir, que también os concretaréis...?

—A llevar a mi señor las órdenes del de Urgel.

—¿Nada más?

—Le diré lo que he sabido por vos, repitiéndole vuestras mismas palabras.

—¿Y si se le ocurre marchar hacia Castilla?

—Le haré las observaciones que vos me habéis hecho, pero sin aconsejarle.

—Bien pensado.

—Y luego, si me manda, obedeceré y callaré.

—Por supuesto, de cualquiera novedad daréis aviso al conde.

—Y a vos también, por lo que pueda servir.

“Cayó en el lazo”, dijo para sí don Lope.

“Cree que me ha engañado”, pensó Manrique.

—¿Cuándo pensáis marchar?—preguntó el hidalgo.

—Esta misma noche.

—¿Esta noche!

—Antes de una hora.

—¿Cómo habéis de salir de la ciudad?

—Cuento con medios para ello.

—Cuidado con lo que hacéis, don Manrique

—replicó don Lope con tono de cariñosa reconvención.

—Nada temáis.

—Ha de perderos vuestro arrojo.

—Los momentos son preciosos, amigo mío.

—Bueno sería que os detuviérais hasta mañana.

—Son muchas horas perdidas.

—Pero en cambio podréis llevar muchas noticias que aún he de adquirir esta noche en palacio, adonde tengo que volver.

—No me atrevo...

—Y además—añadió sonriéndose el hidalgo—, si aceptáis mis ofrecimientos, podréis llevar, con las noticias, otra cosa que os será más grata.

—Sois un diablo tentador.

—Puedo conseguir que habléis a doña Leonor.

—Eso mismo lo habéis calificado de locura...

—Porque sin precauciones habéis escalado las tapias como un ladrón.

—¿Y ahora...?

—Puede hacerse de otro modo.

—No acierto...

—Entraréis por un postigo.

—Don Lope...

—No os aconsejo, don Manrique: os ofrezco solamente lo que puedo hacer.

Manrique aparentó vacilar, y luego, como si se decidiese repentinamente, dijo:

—Acepto.

—Pensad que, como es consiguiente, hay riesgos que correr.

—No importa.

—Y si aconteciese alguna desgracia...

—Estoy resuelto.

—Bien.

—Decidme lo que he de hacer.

—Muy sencillo: a las doce en punto situaos

junto al postigo que esté cerca de la tapia...

—¿Se cual es.

—Esperad algunos momentos, que no serán muchos; el postigo se abrirá silenciosamente

y a medias y veréis asomar la mano de una mujer, en la cual pondréis... No sé qué contraseña... ¿Tenéis algún anillo?

—Tomad—repuso el hidalgo, quitando de uno de sus dedos una sortija en que brillaba un diamante—. Cuidado con perderlo...

—Descuidad.

—Lo heredé de mi madre...

—Os digo que descuidéis.

—No es por su valor, sino por el recuerdo...

—Pongo en la mano de la mujer...

—Que será la dueña de doña Leonor... Sí, ella será. Le dais el anillo, retirará la mano, acabará de abrir y os conducirá, probablemente

a oscuras, hasta donde os espere su señora.

—¿Y luego...?

—Ya os dirán lo que habéis de hacer.

—No en balde he venido a Zaragoza.

—Ya veis, cuando menos se piensa...

—¡Ah!—exclamó Manrique—. Mucho os debo, don Lope, y desde hoy, mi mejor amigo lo seréis vos.

—Eso nada vale; otra vez me serviréis, y quedaremos pagados.

—Pedidme aunque sea la vida...

—Nada os pido, don Manrique, sino que tengáis cuidado de no perder el anillo, que es para mí una prenda de grande estima por el recuerdo...

—Estad tranquilo: irá a manos de Aldonza y después a las vuestras.

—Probablemente no nos veremos ya, porque no es prudente que andemos dándonos citas.

—Pues que el cielo os recompense lo que acabáis de hacer por mí.

—Y a vos os proteja en vuestra aventura. Apretáronse las manos, y muy satisfechos cada cual de su astucia, se separaron.

Don Lope tomó calle arriba, mientras murmuraba:

“Tal como le dije a don Fernando: el mancebo tiene cabeza, pero también tiene un corazón enamorado que le haga perder el juicio... Contra su valor, que es mucho, mi astucia, que es más.”

El Trovador siguió camino opuesto, y también decía:

“Astuto es el miserable traidor, pero quedará burlado. Mañana sabré cuáles eran sus intenciones.”

#### CAPITULO XIV

De cómo el Trovador estaba acertado aquella noche.

Seguiremos al Trovador que a buen paso dejó atrás muchas calles hasta llegar a la puerta de una posada que por aquellos tiempos había en Zaragoza. Allí se detuvo, subió más el embozo de su capa y entró en el zaguán, y tras el zaguán, en un patio, oscuros, porque un candil mugriento que había encendido estaba expirando y su luz opaca apenas se extendía hasta el garabato que en un agujero de la pared lo sostenía.

En el patio había una escalera empinada que subió a tientas Manrique, y atravesando del mismo modo un corredor empujó una puerta y entró en un aposento cuadrilongo, espacioso, pero casi desamueblado, porque sólo había una cama, una mesa y dos banquillos. Otro candil de garabato había colgado sobre la mesa, y aunque con más vida que el anterior, apenas alumbraba una cuarta parte del anchuroso aposento.

Al entrar Manrique se puso en pie un hombre que había sentado en uno de los banquillos y delante de la mesa, sobre la cual se veía un jarro de estaño que había estado lleno de vino.

—Ruiz...—dijo el Trovador.

—Señor, alerta me tenéis—contestó el escudero, pasándose la mano por los ojos.

—¿Dormías?

—Meditaba sobre los distintos sabores que tiene el vino, según se bebe de prisa o despacio, mucho o poco.

—No me sorprende encontrarte con un jarro delante—repuso Manrique, a la vez que tomaba asiento junto a la mesa.

—Me abrasaba la sed, y además tenía miedo de estar solo, y ninguna compañía me pareció mejor que la de un jarro, que es el mejor amigo del mundo para quitar penas, olvidar desdichas y hacer soñar felicidades.

—Bien, bebe cuanto quieras, con tal que no hables mucho.

—Siempre la misma prohibición.

—Ahora ve a buscar todo lo necesario para escribir.

—Pues es nada lo que pedís, señor. ¡Voto al mismo Satanás!... ¿Dónde queréis que encuentre semejante cosa?

—Tendrá el posadero, que se precia de recibir en su casa gente de calidad.

—Lo dudo, señor.

—Pues es preciso que lo encuentres, aunque tengas que sacarlo de las entrañas de la tierra.

—Voy a probar fortuna con ese viejo endiablado, que no habla de otra cosa que de las virtudes del infante.

—No pierdas tiempo, Ruiz, y procura despejar la cabeza, porque tengo que hacerte un encargo que requiere mucho tino.

—Voy al momento, señor.

Salió el escudero, y Manrique apoyó la cabeza entre las manos y quedó pensativo y triste.

Transcurrió cerca de un cuarto de hora, y cuando el mancebo, con muestras de impacientarse, levantaba la cabeza, entró el sirviente llevando un pergamino, una pluma y un tintero de asta de buey.

—¿Dónde te has metido?—preguntó Manrique.

—Si supieseis lo que me ha costado convenecer a ese maldito vejete para que me dé estos instrumentos...

—Prepara tu ballesta—interrumpió el Trovador.

—¿Mi ballesta!

—Sí.

—Desde aquel rincón nos escucha, pero...

—¿Está servible?

—Me comprometo a saltar un ojo a cien pasos de distancia a don Guillén de Sesé.

—Calla.

Manrique se acercó a la mesa, tomó la pluma y escribió lo siguiente:

“Mañana iré a la Catedral a la primera misa y después saldré para Calatayud. Si te atreves a seguirme, todo lo abandonaré por ti.

“Para que yo sepa que has recibido este aviso y que no lo ha visto nadie, toca en tu arpa la música del primer romance que me oiste cantar.

“Acuérdate de mi amor y tendrás ánimo para todo.”

No firmó esta carta el mancebo porque su letra era bastante conocida de Leonor.

—Ruiz—dijo, mientras hacía muchos dobles el pergamino—, quiero que me contestes con franqueza a lo que voy a preguntarte.

—Ya sabéis que siempre digo la verdad.

—¿Crees que un tiro de ballesta tuyo es más cierto que uno mío?

—Señor, si se tratase de una lanza o de una espada, os cedería el primer lugar; pero en cuanto a la ballesta, no.

—Soy de tu opinión, y voy a confiar a tu acierto mi felicidad, mi vida...

—Señor...

—Es preciso.

—¿Qué hay que hacer?

—¿Ves este pergamino?

—Sí.

—Pues has de introducirlo en el aposento de doña Leonor.

—¿Nada más?

—Basta.

—Pues contadlo por hecho, si dentro de la habitación hay luz, y si está oscura, tenedlo por muy probable.

—Cuidado, Ruiz, que es mi felicidad, mi vida...

—Os suplico que no hagáis tales encarecimientos, porque entonces sólo el cuidado que pondré me hará temblar las manos y errar el tiro.

—No te diré una palabra más.

—Bien.

—Toma la ballesta y vamos.

—¿Sin cenar?

—Está más seguro el pulso.

—¡Voto al infierno!...

—Vamos, Ruiz.

El escudero tomó su ballesta, se embozó en su capa y siguió a Manrique.

Poco tardaron en llegar al sitio por donde el mancebo había escalado noches antes la tapia, y allí se detuvieron.

—Hay luz—dijo el Trovador con la alegría del avariento que descubre un tesoro.

—Dadme el pergamino, señor.

—Toma... Ya sabes...

—Hemos convenido en que nada me diréis. El escudero armó la ballesta y se dispuso a tirar.

Palpitó con desigual violencia el corazón del mancebo; un temblor convulsivo estremeció todos sus miembros, y apenas pudo respirar.

## Desaciertos de don Lope.

Luego quedó inmóvil, con los ojos extremadamente abiertos y la mirada fija en la ventana, como si hubiese podido ver los efectos del tiro.

—¡Satanás te lleve!—dijo el escudero.  
Y sonó un golpe y un zumbido.  
—¡Ah!—exclamó Manrique.  
—¿Cuánto he ganado, señor?—preguntó tranquilamente Ruiz—. El pergamino está en el aposento de doña Leonor.  
—Espera... Calla...

Pasaron algunos momentos, que fueron de angustia para el enamorado Trovador, y luego quebrantaron el silencio de la noche los ecos dulces de las cuerdas de un arpa, esparciéndose en grata y celestial armonía.

—¡Leonor!—exclamó Manrique, como embriagado por los suavísimos acordes.  
—¿Estáis convencido, señor?

—¡Oh!... Mañana serás mía; te llevaré en mis brazos, y mientras que mi negro potro rivaliza con el viento, palpitará junto al mío tu corazón, se confundirán nuestros alientos y nuestras palabras de amor serán más dulces, más embriagadoras que esa armonía que tanto nos commueve.

—Señor—dijo Ruiz—, pensad que tras esa música puede venir una lluvia de cuchilladas que nos deje malparados.

—¿Qué importa?  
—Que no podréis llevar mañana sobre el arzón...

—Es verdad..., me olvidaba de todo—repuso Manrique, a la vez que se oprimía el pecho—. Vamos, Ruiz, porque esta noche corremos más peligro que nunca.

—Buena noticia, señor; ¡voto al infierno!... Pero entre tanto, decidme el premio que he merecido.

—Cuanto quieras, Ruiz.  
—Eso es mucho y nada.  
—Tienes permiso para emborracharte y hablar sin tasa por espacio de quince días.  
—Sois en extremo generoso.

Así hablaban mientras se alejaban de aquel sitio de tantos recuerdos para Manrique, y cuando llegaban cerca de la puerta principal éste se detuvo y dijo:

—¿Ves aquellos dos que acaban de salir del palacio y se han detenido para despedirse?

—Sí, señor—contestó el escudero.  
—¿Los conoces?  
—Sí, porque la luz que sale del zaguán les da en el rostro. Son don Guillén de Sesé y don Pedro de Acosta.

—Pues bien, cuando se separen seguirás a don Guillén, y en el sitio más a propósito te acercas misteriosamente y sin descubrir el rostro y le dices estas palabras: "Don Guillén, una dama acude a vos para lo que luego sabréis, y no duda que, como buen caballero, acudiréis esta noche al postigo que está junto a la tapia. Una dueña os abrirá, y para que os conozca le entregaréis este anillo. Entonces os hará entrar y os llevará donde una señora, que es la más noble y más hermosa de las damas aragonesas, os estará esperando. No es asunto en que tengáis que sacar la espada."

Ruiz miró sorprendido a Manrique, sin acertar a responderle.

—Toma el anillo; figúrate que eres el escudero de una dama que está enamorada de don Guillén y haz cuanto puedas por comprometerle a que acuda a la cita. Ha de ir a las doce en punto y puede llevar quien le acompañe, pero ha de entrar solo.

—No entiendo una palabra...  
—Obedece, que ya lo entenderás.  
—Bien, señor. ¿Qué más he de hacer?  
—Nada, sino tener mucha prudencia.  
—¡Siquiera por lo que me importa!...  
—No te detengas, que ya se va.

—¿Y después, señor?  
—Irás a buscarme.  
—¿Me esperaréis aquí?  
—No, en la posada.

El escudero siguió a don Guillén, que ya se había separado del otro caballero, y el Trovador se alejó por distinto lado, mientras decía para sí:

"Tengo confianza en Ruiz; es un tunante sin igual, y estoy seguro de que hará creer a don Guillén que la dama de más hechizos de la corte está enamorada de él. Es un hombre sin corazón, pero tiene mucha vanidad, y esto ofuscará su pensamiento. Ha sido buena idea; esta noche arde como nunca en mi cabeza la inspiración. ¡Oh!... Mañana me dirá Leonor el resultado de este enredo y sabré a qué atenerme con respecto a don Lope. Puede tener malas consecuencias el lance, porque si lo primero que hacen con don Guillén es asestarle una puñalada... No, si hay traición lo aprisionarán, y cuando lo reconozcan y comprendan la burla no quedarán muy contentos.

Mientras sucedía lo que dejamos referido en el capítulo anterior, el hidalgo entraba segunda vez en la cámara del infante.

—¿Qué sucede?—le preguntó don Fernando, sorprendido al verlo cuando no lo esperaba hasta el siguiente día.—¿Me traéis malas nuevas?

—Al contrario, señor: vengo a prestaros lo que vos llamáis el mayor de los servicios.

—Explicaos, don Lope.  
—El Trovador está en Zaragoza.

—¿Qué decis?... ¡Oh!... ¡En Zaragoza!...

—Sí, señor.

—¿Estáis seguro de no equivocaros?

—Segurísimo.

—¿Lo habéis visto?

—Sí, señor.

—¿Le habéis hablado?

—También.

—¿Y no me traéis su cabeza?

—No vale para tanto mi espada ni la de ninguno de vuestros caballeros.

—Valdrá la mía... ¿Dónde se encuentra?

—Sosegaos, señor.

—Hablad, explicaos... Pronto, don Lope.

—Antes de tres horas estará dentro de palacio.

—¿Dentro de palacio!...

—Y en vuestro poder, si me secundáis.

—Todo, todo cuanto sea menester se hará; pero no comprendo...

—Ya os dije, señor, que además de cabeza, el atrevido mancebo tiene corazón, está enamorado y puede hacer una locura.

—¿Con qué os recompensar, don Lope?

—Estoy recompensado con la honra de servir a vuestra alteza.

—Proseguid.

—A las doce llegará al postigo que está cerca de la tapia y esperará a que abra una dueña, que él tomará por la de doña Leonor.

—Buen plan, buenísimo.

—El mancebo le entregará un anillo, que es la contraseña, y ella lo introducirá, guiándole a oscuras por el estrecho pasillo que hay a la derecha...

—Todo lo comprendo: mis soldados esperarán escondidos, se echarán sobre él, lo sujetarán, y entonces yo, que también estaré oculto en un aposento inmediato, saldré con algunos escuderos que llevarán luces. Porque habéis de saber, don Lope, que quiero presenciar el lance, ver al mancebo a mis pies y humillar su arrogancia... ¡Oh, lástima es que el de Luna no pueda acompañarme!...

—¿Os parece bien?

—Sí, don Lope, muy bien. Pero ¿acudirá?

—Respondiendo con mi cabeza.

—¡Oh!...—exclamó el monarca—. El Trovador en mi poder; el Trovador, que siendo mi mayor enemigo se atreve a pararse tranquilamente bajo las ventanas de mi palacio y a entonar romances de amor; que ha tenido la osadía de saltar las tapias de mi jardín, de retar al mejor de mis nobles... ¡Oh!... Tendré que inventar un castigo atroz, horrible, para ese hombre; no es bastante cortar la cabeza, ni ahorcarlo, ni quemarlo; es preciso humillar su altivez, hacerle conocer su debilidad!... ¡Ya verás, arrogante hidalgo, si en vano se provoca mi enojo!

Don Fernando se levantó y con agitados pasos recorrió el aposento dos o tres veces. En pocas ocasiones se dejaba arrebatar de aquel modo, porque tenía gran dominio sobre su ira; pero era tal el odio que profesaba a Manrique, tal su deseo de acabar con él, porque no había logrado ni con promesas ni con amenazas que abandonase el partido de don Jaime, que no pudo contenerse, y dejando el disimulo que tanto le valió en las circunstancias más graves de su vida, dió con sus palabras y gestos libre desahogo al coraje que encendía su pecho.

Don Lope no cabía en sí de contento, porque consideraba hecha su fortuna; pero, más astuto que don Fernando, supo disimular, no dejando ver más que la alegría natural de ver que su señor estaba complacido y satisfecho de su conducta.

—Don Lope—repuso el infante—, si os equivocáis...

—Señor—contestó el hidalgo—, todo el mundo está sujeto a errores, y nada puede asegurarse de lo que está por suceder, pero no es creíble que falte.

—Si teme una emboscada...

—¿Temer!... Veo que vuestra alteza no conoce al mancebo.

—Es que va a dar un paso muy peligroso.

—Más lo era todavía el saltar las tapias después de poner sobre aviso a los habitantes con sus cantingas, y sin embargo entró en el jardín ignorando si le acechaban.

—Es verdad.

—Y cuando se vió sorprendido, en vez de huir como hubiese hecho el hombre de más

valor, se convirtió de perseguido en perseguidor, sacó la espada y desarmó al de Luna, dándole avergonzado y poniéndole en ridículo, pues aunque el suceso fué primero un misterio para todos, después, no sé de qué manera, no hay persona que lo ignore.

—Ese hombre debe estar loco.

—Ese hombre, señor, no está loco, sino que tiene un corazón más grande que el pecho que lo encierra, que es tal su temerario valor, que le parecen nada todos los peligros.

—Bien lo tiene acreditado.

—Si falta a la cita, no será porque lo detenga el miedo, no será porque retroceda al ver en la calle un bulto, sino por otra razón cualquiera; pero si esta noche no viene, otra caerá en el lazo: ya os he dicho que ha de perderle su amor.

—Ahora, don Lope, ocupémonos de prepararlo todo para cuando llegue la hora.

—Ante todo se necesita una mujer cualquiera que haga las veces de la dueña de doña Leonor.

—No faltará.

—Mucho cuidado con la persona que se elige, no cometa una torpeza.

—Me serviré de una doncella de mi esposa, fiel y traviesa, que hará lo que se le mande sin conocer el secreto, y para mayor seguridad nada le diré hasta el momento oportuno.

—Pues es todo lo que se necesita, porque en cuanto a la gente que ha de sorprenderle, no hay más que esconderla unos momentos antes y darle la orden conveniente para que se arroje sobre el mancebo al llegar al final del pasillo.

—Vos, don Lope, no saldréis ya de aquí; es preciso que presenciéis el lance, ya que es vuestro el plan.

—Tengo tiempo sobrado para volver.

—No importa, quedaos.

—Bien, señor, me quedaré.

—A quien hubiera querido tener también aquí es a don Guillén.

—Mucho se hubiera complacido.

—Salíó un momento antes de que llegaseis vos... Casi estoy por mandar orden para que venga...

—Perdonad si no soy de vuestra opinión.

—¿Sospecháis de don Guillén?

—No, pero si tuviésemos la desgracia de que el Trovador no viniese, el chasco sería más pesado después de haberse envanecido anticipadamente con la victoria y de haber convidado a la gente para presenciarla.

—Bien, lo dejaremos, aunque tengo seguridad del buen resultado.

—Yo también, pero...

—Cuando vos, tan exageradamente cauto como sois, me habéis respondido con vuestra cabeza...

—Cuidado, señor—interrumpió don Lope, estremeciéndose—, os he respondido en cuanto puede responderse en este mundo de los sucesos futuros.

—¿Os arrepentís?

—No, señor, pero...

—Me habéis puesto en tal estado de exaltación, que necesito una cabeza para tranquilizarme.

—¡Por Dios, señor!—exclamó el hidalgo, palideciendo—. No lo digáis seriamente.

—Tranquilizaos, tranquilizaos.

—Hasta el presente, señor, estoy expuesto a perder un hermoso anillo de oro con un grueso diamante.

—¿El que ha de servir de señal?

—Se lo di al Trovador, y lo advierto a vuestra alteza para que la fingida Aldonza sepa después quién es su dueño.

—Ese anillo quiero conservarlo, don Lope, y en cambio os daré otro que valga por lo menos veinte veces más; de esta manera yo tendré un recuerdo y vos otro que significará mucho.

—Mucho me honra vuestra alteza.

—Ahora ordenaré que os den de cenar—repuso el infante—, porque no es justo que estéis con el estómago vacío; y sobre todo, necesitaréis fuerzas para lo mucho que os espera reír con el chasco.

Llamó don Fernando a su ayuda de cámara y dió la orden para que sirviesen una abundante cena al hidalgo.

Y mientras éste, con el apetito de su contento, devoraba una polla con salsa de almeja, Ruiz entraba en la posada, donde el Trovador le esperaba con la mayor impaciencia.

—¿Se ha decidido?—preguntó a su escudero apenas le vió entrar.

—Completamente, pero no desde luego.

—¿Sospechaba alguna burla?

—Sí, pero cuando vió brillar el diamante del anillo comprendió que nadie querría burlarse a costa de aquella prenda.

—Bien, Ruiz.

—Después temió si querrían asesinarle, pero se convenció de que era una sospecha vana cuando le dije que para atravesarle el corazón podía yo hacerlo allí mismo, pues el lugar era solitario.

—¿Y al fin?...

—Me prometió a fe de caballero que a las doce en punto estaría pegado al postigo, aunque tomaría la precaución de dejar a un escudero cerca por lo que pudiera suceder, en lo cual le dije que no había inconveniente con tal que a nadie comunicase el secreto.

—Te has portado bien.

—Después de todo esto me despedí cortésmente, pero me detuvo; volvió a examinar el diamante, que brillaba como un lucero, y...

—¿Qué más?

—Mirad—repuso el escudero; enseñando tres monedas de plata.

—¿Y has tomado?...

—Me resistí, pero tanto me rogó y juró que no lo sabría mi señora...

—Eres un tunante consumado.

—Con esto puedo comprar el vino que me habéis dado permiso para beber.

Manrique despidió a su escudero, no con la intención de acostarse y descansar, como necesitaba, sino para entregarse más libremente a sus meditaciones. Se preparaba un acontecimiento que iba a decidir más que de su vida, porque Leonor y su amor eran para él más que su existencia. Si ningún suceso extraordinario lo estorbaba, al día siguiente debía ver el mancebo cumplida su felicidad, porque Leonor iba a misa cuando quería sin que nadie se lo estorbaba, y al salir de la iglesia fácilmente podía huir con su amante seguida de su fiel Aldonza, que seguramente no se opondría, y estar muy lejos de Zaragoza cuando se la echase de menos.

Manrique, como todos los enamorados, y además como poeta, acariciaba las más lisonjeras ilusiones, y ya se le figuraba estar camino de Calatayud llevando en el arzón a su dama y seguido de su escudero, que a su vez iría cargado con Aldonza, hasta llegar a un punto donde habían quedado preparadas dos cabalgaduras más.

Así pasó la noche, y al despuntar la aurora, y cuando el sueño intentaba cerrar sus ojos, se acordó de que tenía que estar en la iglesia para la primera misa, y volvió a dejar la cama donde acababa de acostarse.

Empero se nos olvidaba que habíamos dejado pendiente la aventura de don Guillén, y para saber el resultado que dió la burla mandaremos que la aurora vuelva a esconder sus resplandores y nos situaremos junto al postigo de palacio.

## CAPITULO XVI

De cómo don Guillén llegó al postigo y de lo que después sucedió.

Escasamente serían las doce cuando don Guillén llegó al postigo; después ordenó a un escudero que le seguía que le esperase a pocos pasos de distancia, preparado para cualquier lance que pudiera ocurrir.

No tuvo que esperar mucho, porque el postigo se abrió cuidadosamente y asomó una mano blanca, tersa y bonita que a cualquiera otro menos sorprendido y preocupado que don Guillén le hubiese dado mil tentaciones de poner en ella, antes que el anillo, el sello de una atrevida galantería. Pero no sucedió así al aturdido caballero que por primera vez en su vida sentía halagada su vanidad en cuanto a ser favorecido por el amor, sino que abandonando lo positivo del presente pensó no más que en el ilusorio futuro, y sacando el anillo lo depositó en aquella mano que por lo suave, fina y ardiente daba muestras de pertenecer a un cuerpo que no contase arriba de dieciocho años, o veinte a lo más, y que por lo bien modelada debía corresponder a no menos perfectas formas que era lástima se ocultasen entre el polvo y las telas de araña del postigo.

Volvió a esconderse la blanca mano, y sospechamos que con extrañeza de su dueña por no haber recibido más que el anillo, y transcurrieron algunos segundos.

Abrióse luego el postigo.

La mano asió una de las de don Guillén, y éste se dejó llevar por un pasillo que a la derecha volvía.

Profunda era la oscuridad y absoluto el silencio, porque no hacemos mención del leve ruido que alguna otra vez hacia el ropaje de la fingida dueña al rozar contra la pared; los pasos no sonaban porque el suelo estaba húmedo y andaban con mucho cuidado, y en cuanto a la respiración, procuraban contenerla, ella por prudencia y él por miedo, porque se habían frocado los papeles, lo cual no hubiera sucedido a ser otro el galán.

Así fueron algunos minutos, siempre silenciosos, atento el oído, encorvado el cuerpo, y con el brazo que a cada cual les quedaba libre, extendido hacia adelante y palpando la pared a guisa de ciego sin lazarillo, aunque don Guillén llevaba uno que ni por el de Formes podía cambiarse a pesar de ser éste el hijo de un ilustre varón.

Con violencia palpitaba el corazón de don Guillén, pero otros corazones palpitaban con más violencia, y si el afán del caballero por ver a la supuesta dama era mucho, más era el de don Fernando y don Lope por ver al Trovador encadenado.

Largo era el pasillo, pero más largo de lo que era le pareció a don Guillén, en quien la curiosidad y el miedo se mezclaban para jugar al tira y afloja con su corazón.

Al fin llegaron a un sitio donde la dama se detuvo como para tomar aliento, y cuando el galán se enderezaba porque le dolía la cintura, ella tosió, y el desdichado sintió repentinamente sobre sus hombros, sus brazos y sus piernas muchas manos que, por lo duras, le parecieron de hierro.

Aturdido, espantado, poseído de terror, no pudo el caballero hacer otra cosa más que exhalar un grito que bien revelaba lo que sentía; pero los que le rodeaban, con voz ronca y acento amenazador, dijeron:

—¡Quieto, por Satanás!

—¡Miserables, asesinos!—exclamó entonces don Guillén algo repuesto.

Pero no pudo echar mano a la espada porque le tenían sujeto los brazos, y ya comenzaban a atárselos fuertemente.

Entonces pensó gritar pidiendo ayuda, pero al abrir la boca abrióse una puertecilla y apareció el infante seguido de don Lope y de algunos criados que llevaban antorchas, cuya luz se derramó sobre un grupo de ocho o diez soldados que rodeaban al caballero y levantaban sus puñales.

—¡Sujetadle bien!—gritó don Fernando.

Y se acercó a los soldados con el ceño torvo y convulso de ira.

Empero al mirar al que suponía ser el Trovador y encontrarse con don Guillén dejó escapar un rugido y exclamó con acento de desprecio:

—¡Se han burlado de mí!

Y sus ojos centelleantes se volvieron hacia el hidalgo, que inmóvil y poseído de terror no acertaba a pronunciar una palabra.

Don Guillén, que no pudo comprender la burla y que pensó que había sido víctima de alguna intriga, cayendo en desgracia del infante, dijo con voz ahogada y tono humilde:

—Señor, la traición está cerca de vuestra alteza; yo soy su vasallo más leal, y se me acusa por envidia.

—¿Qué significa esto?—dijo el infante a don Lope, asíéndole de un brazo y sacudiéndole rudamente.—¿Qué significa esto?... Responded, ¡vive el cielo!, respondió.

—Señor...—balbuceó el hidalgo—, señor...

—Hablad.

—Vuestra alteza lo ignora... y yo también... ¡Ese miserable Trovador se ha burlado de mí!...

—Me habéis respondido con vuestra cabeza...

—Pero, señor, he sido villanamente engañado... El Trovador fingió crearme y aun agradecer mi ofrecimiento de proporcionarle...

—¡Oh!... ¡Y nada valgo para ese hombre!...

—Don Guillén podrá explicarnos...

—¡Yo!—dijo el caballero, que empezaba a comprender y a tranquilizarse.

—¿Cómo os encontráis aquí?—preguntó don Fernando.

—Señor... al salir esta noche se llegó a mí un hombre con trazas de escudero y... me dijo que una dama me esperaba... y me dió un anillo...

—¡El mío!—murmuró don Lope, exhalando un suspiro doloroso, porque tuvo ya por perdido su diamante.

—Os han engañado—dijo el infante.

—Ya lo veo, señor... pero mandad que me suelten...

—Idos—dijo don Fernando a los soldados. Y luego repuso:

—Esto no puede quedar sin castigo, don Lope; y aunque vuestra intención no ha sido la de burlaros de mí, pero habéis sido la causa...

—¡Señor!...

—Ved cómo hacéis para que el Trovador caiga en mi poder; pero lo quiero vivo para castigarlo como merece.

—Os traeré su cabeza...

—No, porque para eso os basta con asesinarle en las muchas ocasiones que para ello tenéis, y no me satisface el castigo de una puñalada certera que ni aún le dé tiempo a pensar en que muere.

—¡Dios mío!...

—Tres meses tenéis de término, y en tan largo plazo mucho puede hacerse.

—Pero, señor, ¿no pensáis que después de este desdichado suceso no podré volver al lado de don Jaime, porque me ahorrará por traidor?

—¿Cómo han de saber lo que ha ocurrido?

—Cuando tantos lo han presenciado...

—Callarán si estiman la vida—replicó el infante.

Pero no contaba con que la doncella de la mano bonita era muy curiosa, y al dejar a don Guillén en poder de los soldados se ocul-

tó a la vuelta del pasillo, se enteró del caso, y corrió a referirlo a sus compañeras, y éstas a los pajes, cundiendo la noticia en pocos momentos.

—Antes que salgamos de aquí—dijo el hidalgo—no habrá quien ignore lo sucedido.

—Pero no lo sabrá el Trovador, y debéis quejaros cuando le veáis, diciéndole que os ha comprometido, y más a doña Leonor, poniéndola frente a frente con su hermano... En fin, lo que habéis de hacer, a vos os toca; venga a mi poder el Trovador, y los medios para conseguirlo no me importan.

—Ha sido más astuto que yo... y es más valiente... ¡Vive el cielo!...

—Y guardaos, don Lope, de que también se conviertan en humo las demás esperanzas que me habéis hecho concebir.

—Señor...

—Don Guillén—interrumpió el infante—, acompañadme. Y vos, don Lope, hasta mañana, si algunas nuevas tenéis que darme.

Don Fernando se alejó seguido de don Guillén y de los criados que llevaban las luces.

—¿Cómo reclamo mi anillo?—murmuró el hidalgo. Lo perdí... y lo peor es que no tengo la cabeza muy segura sobre los hombros.

## CAPITULO XVII

### Burla por burla.

Dijimos que cuando empezaba a despuntar la aurora y a entorpecer el sueño los sentidos del Trovador, acordóse de la misa y saltó de la cama.

Cerca de su amo dormía Ruiz, que sin ilusiones ni esperanzas que lo desvelasen, y con otro jarro de vino que había mezclado a la cena, roncaba descuidadamente. Pero tenía ligero el sueño, y a la primera voz de Manrique, despertó; y pasado de la posición horizontal a la vertical, y sin necesidad de vestirse porque no se había desnudado, acudió al llamamiento con prontitud.

—¿Dormías?—le preguntó el mancebo.

—Donosa pregunta—contestó el escudero mientras se pasaba las manos por los ojos.—¡Voto a Mahoma!... ¿Pues qué había de hacer? Dicen que los locos no duermen, y como yo estoy en mi juicio cabal, gracias a Dios o al diablo, que no sé cuál de estos dos se cuida de mí, duermo y dormiré mientras no esté despierto...

—Ensilla los caballos.

—¿Querréis decir el potro y la yegua...?

—Comienza la charla?

—Me disteis anoche permiso para hablar.

—Bien, ensilla.

—Al momento, señor.

—Luego vas a esperarme fuera de la ciudad.

—¿Tenemos aventura?

—Ya sabes lo que espero.

—¡Voto al diablo mayor!... Estáis pálido, ojoso...

—Ruiz...

—Lleváis una vida de condenado y no podréis resistir mucho tiempo sin dormir ni segar un instante.

—Pues por lo mismo nada me importa morir.

—Dios nos saque con bien: vuestro atrevimiento y los ojos de doña Leonor...

—Ruiz, no pierdas tiempo.

—Lo tengo de sobra, pues habré de esperar solo y sin tener con quién hablar...

—Ensilla y vete.

—Si puedes esperarme donde no te descubran los que pasen por el camino, será más prudente, porque así no llamarás la atención.

—En el olivar grande, detrás de las zarzas...

—Sí, sí; es buen sitio...

—¿Almorzaréis antes de salir?

—No.

—Recordad que tampoco cenasteis anoche.

—No importa.

—Pero, señor...

—Obedece.

—Ya obedezco, señor—contestó Ruiz.

Y se encaminó a la cuadra, triste y pensativo, porque temía por la vida de su amo.

El Trovador, bien embozado para evitar que lo conocieran, salió de la posada y se dirigió al templo.

Se acercaba el momento decisivo: iba a ver a Leonor, a llevarla en sus brazos lejos de los que intentaban sacrificar su corazón, a ser feliz, porque su amor era toda su felicidad, o a perecer en la demanda, porque estaba dispuesto a disputar hasta morir la posesión de la mujer a quien amaba tanto. Pero nada temía el mancebo, ningún peligro le arredraba, porque al acordarse de Leonor se sentía con fuerzas para luchar con todo el mundo.

—Cuando la lleve conmigo—murmuraba el mancebo—, ¿quién sería bastante para estor-

barme el paso? ¡Oh!... ¿Qué no destruiría mi acero?... Leonor, serás mía o moriré, porque sin ti la vida es una carga insoportable.

De esta manera, hablando consigo mismo, llegó a la iglesia; entró, y siempre procurando recatar el semblante, se colocó cerca de la puerta en un rincón oscuro desde donde podía ver a cuantos entrasen sin ser visto fácilmente.

La concurrencia era escasa por no ser día festivo: sólo alguna madrugadora beata o tal cual trabajador devoto llegaron después de Manrique y se situaron en distintos sitios del espacioso templo.

Media hora pasó y ya se había dicho una misa.

La frente del Trovador se contrajo porque empezó a temer que Leonor no hubiese podido salir.

—¿Y habré de irme sin ella?—dijo para sí. Iba a comenzar otra misa, y el mancebo se disponía a postrarse de hinojos, cuando se oyó un leve roce hacia el lado de la puerta, y mirando afanosamente, vió a una dama vestida de negro, cobijada con un ancho manto de seda que casi le ocultaba todo el rostro, y seguida de una dueña no menos recatada.

El corazón del mancebo palpitó con violencia y le costó trabajo reprimir un grito de alegría. Había visto por la abertura del manto dos ojos negros de lánguida mirada que no podían confundirse con ningunos otros.

La dama miró con disimulo a todos lados, vió a Manrique inmóvil, pareció vacilar un segundo, pero luego, dando algunos pasos más, se arrodilló.

La dueña, sin dejar traslucir ni turbación ni duda, fué a situarse muy cerca y delante del mancebo, de modo que con un paso que avanzó, y arrodillándose también, quedó colocado en disposición de hablarle sin que nadie se apercibiese.

Los ecos del címbalo se repitieron en las altas bóvedas, y pareció herir los nervios de los dos amantes, porque a la vez se estremecieron convulsivamente y con mano trémula hicieron la señal de la cruz.

El sacerdote pronunció el *Confiteor* con acento grave y solemne, y ya no se oyó más que el murmullo igual de su voz, interrumpida de vez en cuando por la clara y sonora del monaguillo y por el ruido sordo de algún golpe de pecho.

¡Qué expansión tan dulce, tan grata, alivió de sus dolores al corazón de Leonor! Sus grandes ojos negros, velados por sus largas pestañas, dejaron escapar dos gruesas lágrimas de inmensa ternura y sintió que su espíritu, ardiendo en la llama santa de la fe, se elevaba hasta el Eterno. Instantes solemnes aquellos para la infeliz, que iba a entregarse en brazos del hombre a quien tanto amaba. Entonces dudó si le era lícito dejarse arrastrar por su pasión hasta el punto de faltar a su recato; y aunque sus intenciones eran puras y en realidad su falta no consistía más que en desobedecer a su hermano y en no respetar los deberes que el mundo impone a la mujer, y aunque estaba decidida a no empañar su pureza y su primer cuidado sería el de que la bendición de un sacerdote autorizase su amor, sin embargo, su conciencia le gritaba mandándole arrepentirse y sufrir y morir antes que faltar, no solamente a Dios, pero ni siquiera al mundo. Empero como las pasiones producen el trastorno de la razón, cuando ésta falta por la violencia de aquéllas, se olvidan los deberes y corremos tras una fantasma brillante que se convierte en horrible esqueleto cuando logramos alcanzarle. Así la violencia del amor de la dama, ofuscando su entendimiento y dominando su voluntad, acalló los remordimientos, y las preces que salieron de sus labios no demandaron fuerzas para resistir la tentación, sino ayuda para consumar la falta, para ofrecer al mismo Dios a quien pedía. La desdichada luchó, es verdad; pero su pasión, superior a todo, había llegado a tal grado de exaltación, que no era dueña de su juicio ni de su voluntad. ¡Cuánto sufrió en aquellos momentos! ¡Cómo, su corazón dolorido, palpitó con mortificadora violencia! Por sus mejillas pálidas corrió el llanto en copioso raudal arrancando al alma que el más angustioso tormento. ¡Infeliz!

Manrique, entre tanto, no se acordaba más que de Leonor y de que había llegado el instante de ser feliz, y pues la fortuna se le mostraba propicia, no quiso desaprovechar la ocasión, y bajando la cabeza dijo al oído de Aldonza:

—Está decidida?

La dueña rezaba, pero oyó la pregunta y contestó:

—Sí.

—¿Nada tiene que esperar?

—Nada.

—Mi escudero aguarda con los caballos fuera de la ciudad—contestó Manrique.

—¿Camino de...?

—Castilla.

—Seguidnos de lejos, muy de lejos.

—Bien.

—Nos reuniremos a vuestro escudero.

—Está oculto.

—¿Dónde?

—En un olivar...

—¿Sé cuál es, a la derecha...

—Hay unas zarzas...

—No me perderé.

—Y una vez allí...

—Fuera del camino os reuniréis con nosotros.

—Entonces...

—Pero antes sed prudente y por nada del mundo os acerquéis, porque nos perderemos todos.

—Bien.

—¿Prometéis hacerlo así?

—Os lo juro.

—No olvidéis que habéis de seguirnos desde muy lejos.

—¿Nadie más que vos acompaña a doña Leonor?

—¡Callad... Aquella beata nos mira...

—¿Pero y si en el camino hubiese algún importuno?...

—No faltará quien nos defienda.

—¿Es decir, que no vais solas?

—¡Callad...

Manrique guardó silencio, y poniéndose de pie, dió un paso atrás.

Los instantes le parecían horas.

Concluyó la misa.

Leonor permaneció todavía de hinojos algunos momentos. Luego enjugó disimuladamente sus lágrimas, se levantó, y con pasos trémulos salió de la iglesia seguida de Aldonza, que no había perdido la serenidad.

Ambas se alejaron sin pronunciar una palabra y sin advertir que un hombre que estaba oculto tras una esquina las siguió cuando hubieron dado unos treinta pasos.

No podía verse el rostro de aquél, en apariencia espía. La escasa parte que se descubría de su vestido era modesto: envolviase en una ancha capa de paño gris, y con el embozo se tapaba todo el semblante sin dejar ver más que parte de un ojo verde y brillante, pues ni aun las cejas podían descubrirse por llevarlas ocultas bajo una gorra de lana azul.

Manrique salió de la iglesia; vió a lo lejos a las dos mujeres, luego al hombre que las seguía, y aunque éste llamó su atención, sin embargo, creyó que sería algún criado de confianza que por precaución llevaba la doncella, y tanto más se afirmó en este pensamiento, cuanto que Aldonza le había dicho que no les faltaría quien las defendiese en caso de necesidad.

El miedo de que Leonor iba poseída, excusamos decirlo; el afán del Trovador por verse fuera de la ciudad, excusamos pintarlo.

Una vez se atrevió la dueña a volver la cabeza atrás; pero muy rápidamente, y al ver al espía, sin tiempo para examinarlo, creyó que era el amante de su señora y se dió el parabién.

Dejaron atrás muchas calles, diciendo Aldonza de vez en cuando:

—A la derecha..., a la izquierda.

Y obediendo maquinalmente Leonor.

Al fin llegaron a una de las puertas de la ciudad y salieron al campo, ellas delante, y detrás uno en pos de otro, el embozado y Manrique.

—¿Ya es mía!—exclamó éste.

Y sus ojos brillaron con muestras de loca alegría.

Pero tras de la cruz está el diablo, y tras de la dicha la desgracia, y no contaba el mancebo que entre él y Leonor había otra persona.

A la derecha del camino se extendía un olivar cercado de zarzas que en algunos puntos dejaban anchos portillos.

Allí debía estar Ruiz contando los instantes y temiéndolo que a su querido señor le hubiese sucedido alguna desgracia.

Se oyó el relincho de un caballo.

—¡Mi potrero!—dijo Manrique—; mi potrero, que sacudirá con orgullo su negra crin cuando lleve a Leonor sobre sus lomos, y en su veloz carrera se burlará del viento.

Las dos mujeres apretaron el paso, se internaron en el olivar y tras ellas el embozado y después el Trovador.

Ruiz esperaba, y al llegar junto a él Leonor se detuvo, volvióse, miró con ardientes ojos al hombre que la seguía, y viendo que no era su amante, palideció.

En esto llegó Manrique, y cuando loco de amor iba a estrechar entre sus brazos a la doncella, se detuvo también al reparar en el embozado, que estaba inmóvil como una estatua.

—¿Quién es este hombre?—preguntó el mancebo a la dama.

—No lo sé—, contestó ésta temblando.

—Yo lo tomé por un escudero tuyo y es un espía... ¡Oh!... ¡No podrás contar lo que has visto, miserable!—exclamó Manrique fuera de sí.

Y se llegó al hombre, que no contestó ni dió muestras de intentar defenderse, ni se movió siquiera, y le arrancó el embozo.

Leonor exhaló un agudo grito, retrocedió espantada y sintió que le faltaban las fuerzas.

El Trovador retrocedió también, dejando escapar un rugido de cólera rabiosa, mientras que Ruiz, después de una blasfemia, dijo:

—¡Matadle, vive Dios!

Era don Guillén, que había tenido la inspiración de seguir a su hermana, a quien vió casualmente salir de palacio cuando apenas había salido el sol.

Su rostro estaba pálido y desfigurado.

Relucían sus pupilas como dos ascuas.

Su mirada de tigre se clavaba alternativamente en su hermana y en el mancebo, y después de algunos segundos se abrió su boca y vagó en sus delgados y blanquecinos labios una sonrisa amarga, irónica, que encendió la sangre de Manrique.

¿Cuál podía ser el resultado de aquella crítica situación? Ninguno bueno, pues dos no más se presentaban y a cual peor: o dejar Manrique a su dama, o matar a don Guillén, y ambas cosas tenían graves dificultades.

## CAPITULO XVIII

### Donde se prosigue al anterior.

Hubo algunos instantes de silencio espantoso.

No había semblante que no estuviese horriblemente descompuesto, y por el miedo o por la ira, no había cuerpo que no temblase.

—Venis—dijo al fin Manrique—a turbar mi dicha... ¡Oh!... Será por un instante, no más que por un instante, porque si atrás no volvéis, quedará aquí vuestro cuerpo sin vida. ¿Queréis llevaros a vuestra hermana!... No, don Guillén, es imposible, porque antes habréis de pasar sobre mi cadáver, y sois muy débil y muy cobarde para conseguirlo.

—Sí—contestó don Guillén—, vengo por mi hermana y me la llevaré, porque si con vos ha de ir habrá de pasar sobre mi cuerpo frío por la muerte y ella no puede consentir que me asesinen. ¡Oh!... Ya os figurabais libre y entregado a las delicias de vuestro amor, dueño de una dama de ilustre nombre cuando ninguno tenéis; os gozábais con haberos burlado de mí porque soy débil... Sí, Trovador sin nombre, altanero villano, pobre orgulloso, soy más débil que vos y por eso no os mato, y si habéis salido libre de la ciudad es porque temeroso de perder a mi hermana, no volví atrás la cabeza y estaba ajeno de que veniais tras de mí, pero de otro modo...

—¡Tened la lengua, miserable! Os mataré porque no sois hermano de Leonor, sois su verdugo. ¡Cobarde, que habéis intentado sacrificar a una mujer débil, indefensa!...

—A una mujer sin experiencia, alucinada por vos...

—¡Paso, don Guillén!—gritó Manrique fuera de sí—. Paso, que Leonor es mía, y antes de arrebátarmela tendréis que arrancarme el corazón.

Y poniendo mano a la espada:

—¡Paso!—volvió a gritar mientras que sus pupilas de color de cielo, de miradas tan dulces y expresivas, despedían centellas.

—¡Matadme!—replicó don Guillén.

—¡Defendeos!—exclamó el Trovador.

Y desenvainó el acero.

Pero entonces Leonor, como si despertase de un sueño, se agitó repentinamente, dejó escapar un grito, y poniéndose entre su hermano y su amante, exclamó:

—Manrique, detente!... ¡Es mi hermano!...

—Leonor!...

—Su sangre es la mía...

—Quiere sacrificar tu corazón, quiere separarnos para siempre...

—¡Es mi hermano, el hijo de mi madre!...

—¡Oh!—exclamó Manrique con acento ahogado por la ira—. ¡Es su hermano!... ¡Matadme, don Guillén, matadme!... Prefiero la muerte...

—No—replicó la doncella—, porque antes habría de atravesarme el pecho.

—¡Me abandonas, Leonor!

—No, no te abandono; me separa de ti el destino, la fatalidad... ¡Bien dijo la gitana!

—¡Siempre ella!—murmuró Manrique con repentino desaliento.

—Que la nube roja no sea la sangre de mi hermano ni la tuya...

—Basta—interrumpió don Guillén—. Venid, doña Leonor.

—No, no os la llevaré!...

—Mal que os pese.

—No podréis arrancarla de mis brazos...

—Ni vos defenderos y os mataré.

—¡Asegúname, doña Leonor!

—Seguidme, doña Leonor.

Don Guillén asió de un brazo a su hermana y la arrastró tras él.

—¡Adiós, Manrique!—gritó la desdichada con acento desgarrador y sintiéndose desfallecer.

El mancebo, loco por el dolor y por la ira, intentó lanzarse sobre el caballero; pero Ruiz, espectador hasta entonces de aquella escena, lo detuvo diciendo:

—¿A dónde vais, sino habéis de matarlo?

—Es verdad—dijo Manrique—, no puedo matarlo... ¿De qué me sirve este acero?

Y sus manos convulsivas rompieron en dos pedazos la espada, arrojándolos lejos de sí.

—A caballo, señor; si pasa gente estamos perdidos, porque ese miserable nos delatará... ¡Voto al infierno!

—¡Volveré a buscarle!—gritó Manrique, mirando por última vez a Leonor, que no tenía fuerzas para seguir a su hermano.

Y saltó sobre su fogoso potro, clavándole con tal fuerza los acicates, que el animal, tan desesperado como su señor, saltó por encima de las zarzas y escapó como una flecha despedida por el arco.

—¡Burla por burla!—dijo don Guillén.

—¡Adiós, Manrique!—murmuró Leonor.

Y al dirigir una afanosa mirada a la nube de polvo que envolvía a los jinetes, cayó sin sentido en los brazos de su dueña.

Aquella escena no podía durar mucho tiempo, y así sucedió; tampoco podía tener otro resultado que el que hemos visto.

Los jinetes corrían, y lo mismo Manrique que su escudero, blasfemaban, juraban y maldecían sin cesar.

Cara había pagado el mancebo la burla a don Guillén.

¿Qué iba ser de la infeliz Leonor? Sin duda, su hermano apresuraría la entrada de ella en el convento, a pesar de la esposa del infante y de cuantos inconvenientes pudiera encontrar.

## CAPÍTULO XIX

### De la entrevista que tuvieron Manrique y su señor el conde de Haro.

Cien veces lanzó Manrique su caballo a través de los bosques, le obligó a saltar del uno al otro lado sobre horribles precipicios, a bajar en velocísima carrera escarpadas pendientes y a trepar cumbres erizadas de peñascos, como si buscara la muerte, o de aquel modo quisiese desahogar la rabiosa ira que encendía su pecho y trastornaba su cabeza; pero ni la muerte respondió a las locuras del enamorado mancebo, ni su ira menguó con tales arrebatos, y entró en Calatayud sin el más leve rasguño, y tan exaltado por el coraje, como al dejar a Leonor en poder de don Guillén.

El escudero Ruiz había comprendido la situación en que su amo se encontraba, y como además iba también el ciego de cólera, siguió a Manrique, y sin miedo a que reventase su querida yegua, corrió y saltó, mientras consigo mismo hablaba, porque le era imposible permanecer en silencio.

Así entraron en Calatayud a las doce del día, cubiertos de polvo y de sudor, ensangrentados los ijares de sus fatigados corceles, atropellando a cuantos encontraban, nobles y plebeyos, y que no se apartaban con ligereza para dejarles el paso libre; pero sin que nadie se ofendiese por ser atropellado, lo cual sintieron Manrique y Ruiz como una desgracia, porque no tuvieron ocasión de armar pendencia.

No se detuvieron hasta llegar a la posada del conde de Haro, y mientras el escudero entraba en la cuadra con los corceles, blancos de espuma, el Trovador subió a un aposento donde el conde estaba solo y esperando que le avisasen para comer.

—Vive Dios, mi buen alférez!—exclamó el de Haro sin dar tiempo a Manrique para hablar—. No me admira ni el polvo que os cubre, ni el sudor que baña vuestras mejillas, ni lo fatigado que aparentáis estar; pero tengo por mal presagio lo ceñudo de vuestro rostro, la ira, la desesperación tal vez que revela. ¿Qué sucede? ¿Sois mensajero de algún descalabro, de alguna traición?

—Traigo, señor conde—contestó Manrique con voz reconcentrada—, el alma de Satanás en mi cuerpo, envenenado el corazón, trastornado el juicio y... ¡oh!..., no os equivocáis, estoy desesperado.

—Explicaos, Manrique—, interrumpió afanosamente el de Haro.

—Tranquilizaos; no soy mensajero de ningún descalabro que hayamos sufrido, pero sí que puede haber; de ninguna traición que pueda probarse, pero sí que tengo para mí por cierta y que castigaré en su día, porque necesito ver en mis manos el corazón de algún

enemigo, matar o que me maten para sosegar la sed de mi coraje rabioso.

—¿Pero...?

—Nada temáis; son mis desgracias las que así me tienen... Pero esto a nadie importa sino a mí... Hablemos, señor conde, si os place de lo que interesa a la causa que defendemos.

—Sois injusto—replicó el de Haro, con tono de amistosa reconversión—; sabéis que me interesan mucho vuestras desgracias...

—Pero es antes nuestro deber.

—Sí, el deber es antes que todo; pero quiero saber lo que os sucede...

—Ya os lo diré.

—¿Habéis estado en Zaragoza?

—Sí, señor.

—¿Habéis visto a doña Leonor?

—Sí, por mi desdicha.

—¿Por vuestra desdicha!

—¿Os admira?... ¿Cuándo la fortuna ha sonreído junto a mi amor? Leonor es la sola estrella que ha brillado en el horizonte negro de mi triste vida; pero, ¿cuándo ha dejado de anublar su rutilante luz la nube de mi fatal destino? Todas mis dichas han sido siempre fantasmas de humo que se han desvanecido al tocar las promesas de mi deseo, ilusiones de mis ensueños que se han convertido en tristes realidades... ¡Miserable existencia, y cuán pesada es, cuán lentamente pasan sus horas, y cómo a mis voces se muestra sorda la muerte!...

—¿Fero qué os ha sucedido? ¿Qué para tal desesperación?

—Perdonad, señor conde—repuso el mancebo dejándose caer en un sillón y limpiando su frente—. Perdonad si mis dolores me hacen olvidaros por un momento de mis deberes...

—Sabéis que mi amistad...

—Lo sé, porque sobradamente me habéis probado vuestro cariño; pero no por eso he de abusar...

—Decidme lo que os ha sucedido...

—Antes, señor conde, os hablaré de lo que a todo el reino interesa, porque sospecho que será inevitable nuestra ruina si no obramos con mucha prudencia.

—¿Y vacila don Jaime?

—Al contrario, está decidido quizá más de lo que debiera.

—Lo mismo puede perjudicarnos el arrojo que el miedo.

—Ha resuelto venir sobre Zaragoza.

—¿Sobre Zaragoza!—repitió sorprendido el conde.

—Cayendo repentinamente: él por un lado, vos por otro, y sin dar tiempo a nuestros enemigos para que se defiendan.

—Es una locura.

—Cuenta con que se amotine la ciudad el día que nos acerquemos a ella, y de este modo, ocupados los castellanos en sujetar a los enemigos de casa, no podrá acudir a los de fuera.

—¿Pero tan fácil es amotinar la población?

—No es muy difícil, y creo que se conseguirá; pero tengo razones para temer que se nos tiende un lazo.

—Hay muchos traidores entre nosotros; el oro de Castilla produce su efecto, y como don Fernando lo tiene en abundancia, puede hacernos mucho mal.

—Don Jaime ha depositado su confianza en un hidalgo astuto, de mucho ingenio y mayor travesura, que en todas partes se introduce, y que le ha hecho, hay que confesarlo, algunos servicios de importancia; pero yo, que no sé por qué he sentido cierta repugnancia hacia ese hombre, le he observado cuidadosamente y creo que es un traidor.

—Proseguid—dijo el conde acercándose a Manrique.

—El tal hidalgo ha prometido sublevar a los de Zaragoza y allí se encuentra, esperando el aviso de nuestra llegada para que estalle el motín al mismo tiempo que acometemos.

—El plan no podría ser mejor si ese hombre obrase de buena fe.

—Pero aconseja también al conde que sus gentes y las vuestras, sin sacar un solo soldado, caigan a la vez sobre la ciudad, sin tomar precauciones para proteger nuestra retirada en caso de que fuésemos derrotados por no estar desprevenidos los de Castilla o por cualquier otra causa.

—Es una imprudencia.

—Si el hidalgo es un traidor, tendrán nuestros enemigos el plan de acometernos por la espalda a la vez que nos atacan los de Zaragoza, estrechándonos y quitándonos todo medio de salvación.

—Creo que habéis acertado.

—La conducta de ese hombre es muy rara, ya que no digamos sospechosa; los partidarios de don Fernando lo tienen por suyo y creen que finge ser amigo del conde para espiarle y venderle, y el conde a su vez piensa que es un falso partidario de los de Castilla y vende a don Fernando. Una de estas dos cosas será verdad, pero es difícil saber a quién de los dos engaña, o si es a los dos, esperando

decidirse cuando vea quién vence a quién; pues si don Jaime se lleva la corona, puede decirse que ha sido suyo y expuesto por él su vida, lo mismo que al de Antequera si al fin ocupa el trono, pues ambos lo tienen por amigo leal, decidido y muy útil a su causa.

—Astuto debe ser.

—Mucho.

—¿Decís que es amigo de don Fernando?

—Sí.

—¿Lo sabéis con certeza?

—Yo le he visto salir de la Aljafería y me ha ofrecido su protección en mis amores.

—Debisteis aceptarla.

—Así lo hice y me prometió proporcionarme entrada a medianoche en el aposento de Leonor, valiéndose de otra dama de la reina.

—¿Cumplió su promesa?

—Temí que me tendiesen un lazo y me valí de una intriga para hacer que don Guillén de Sesé acudiese a la cita en mi lugar; pero ignoro el resultado.

No hubiese dicho esto Manrique si, como su escudero, hubiese oído a don Guillén decir: "Burla por burla", cuando se alejaba con Leonor; pero trastornado y ciego por su desesperante ira, nada oyó el mancebo ni vio más que el espacio para lanzarse como una centella a través de la campiña.

—¡Lástima que no lo supieseis!—dijo el conde.

—No he podido detenerme un instante más en Zaragoza, porque... ¡vive el cielo!... Perdonad, vuelvo a mis desgracias.

—Hablaos de ellas.

—Prosigamos ahora nuestro asunto.

—No puede ser más importante.

—Decidido el de Urgel a seguir el plan del hidalgo, me ha mandado venir para decirnos que reunáis vuestra gente y os pongáis en marcha para encontrarlo, seguir juntos y separarse luego para caer por distintos lados sobre Zaragoza.

—¿Y qué pensáis que debo hacer?

—Creo que lo más acertado será avistarnos con don Jaime, dejarlo marchar diciéndole que iremos tras él, y separarnos, ocupando el sitio más a propósito para proteger su retirada, o mejor dicho, encerrando entre dos ejércitos a los que ataquen al conde por la espalda.

—Eso es lo mismo que ejecutar el plan que tienen nuestros enemigos, según sospecháis.

—Precisamente.

—¿Y si no mediase la traición de ese hidalgo?

—Para sorprender la ciudad basta la gente que lleva el de Urgel, que es mucha y buena, y ninguna falta hacemos si efectivamente cogen desprevenido a don Fernando.

El conde se levantó, dió por el aposento algunos paseos y después de meditar dijo:

—Seguiré vuestro consejo; no puede ser más acertado.

—Mucho sentiré equivocarme...

—Nos equivocaremos los dos.

—No olvidéis, señor conde, que solamente sospechas tengo de la traición del hidalgo.

—Si tuvieseis pruebas, nada había que hablar.

—Entonces disponed de mí.

—Debéis estar muy fatigado; descansad, y mañana saldéis, no lejos, pero con prisa para ir a ver a don Martín, que está en su castillo y espera mi última resolución.

—¿Por qué aguardar a mañana?

—Porque estáis muy fatigado, y porque después de pensar con sosiego, puede ocurrirme emplearos en otra cosa.

En aquel momento avisaron al conde que le esperaba la comida.

—¿Me acompañaréis?

—No, porque ya he comido y prefiero descansar.

No había tomado alimento alguno Manrique en todo aquel día, pero prefirió estar solo para entregarse a sus tristísimos recuerdos y meditar sobre lo más conveniente con respecto a Leonor. Retiróse a su aposento y Ruiz acudió a desarmarlo; hecho lo cual volvió a quedar solo, dando orden de que nadie entrase a verle como no fuese por mandato del conde.

Angustiosa era su situación; la sola idea de lo que habría podido suceder a su amada después de la intentada fuga era bastante para atormentar al mancebo. Y era lo peor que nada podía en aquellos momentos hacer ni para favorecer sus deseos ni aliviar la suerte de la doncella.

Ruiz, entre tanto, devoraba una liebre y apuraba jarro tras jarro de vino, pero no con la alegría que le caracterizaba, sino taciturno y con aire de enojo, sin que, ¡extraña cosa!, sus compañeros y mejores amigos pudieran hacerle hablar tanto como de costumbre, ni menos reír, pues si abría la boca era para maldecir y jurar como un condenado.

## CAPITULO XX

## Cómo iba el hidalgo enredando el asunto.

Cuatro días después, y a las nueve de la mañana, el traidor hidalgo entraba en la cámara del infante con muestras de alegría, pues era más marcada que de costumbre su sonrisa, y advertíase en su semblante cierta expresión de triunfo que fué buen anuncio para don Fernando.

—El cielo guarde a vuestra alteza—dijo al entrar—y le conceda todas las prosperidades que se merece.

—Noticias de importancia debéis traer—contestó el presunto monarca—. Hoy es día muy afortunado para mí; lo primero que he sabido al despertar ha sido que el de Luna estaba mucho mejor, completamente fuera de peligro, y que no tardará en salir de su castillo.

—En verdad que la noticia no puede ser mejor; don Nuño es el caballero más cumplido de Aragón, vuestro más fiel vasallo, y su vida es preciosa para vuestra justa causa.

—Veremos si completáis mi alegría.

—Creo que sí, señor.

—Os perdonaré entonces el pesado chasco de don Guillén.

—Y os dignaréis...—contestó el hidalgo.

Pero se detuvo sin acabar de decir: "mandar que se me entregue mi anillo", porque no se atrevió, y repuso:

—Os dignaréis... volverme la confianza...

—No la he perdido, sino vos el crédito de astuto que es el que debéis recobrar.

—Ved, señor, si esto es bastante—replicó don Lope, sacando un pergamino y entregándolo al infante.

Este lo tomó, fijó en él su mirada, dejó escapar una exclamación de alegría y leyó afortunadamente.

—¡Tan cerca!—dijo luego.

—Tan cerca tenéis a vuestro competidor. Acabo de recibir ese aviso y voy a salir inmediatamente para llevar la contestación.

—No había necesidad de que fueseis vos mismo.

—Tengo que inspirar confianza.

—Podéis excusaros con que hacéis falta aquí para que estalle la rebelión.

—Volveré antes de la noche; pero lo que tengo pensado, si lo aprobáis, nadie más que yo puede hacerlo.

—¡Supongo que le diréis al conde que puede venir con toda confianza?

—Al contrario, le diré que habéis tenido noticia de su llegada.

—Don Lope!

—Que le amenaza un golpe terrible porque le acometerán por la espalda antes que llegue aquí.

—Pero...

—Esto producirá confusión y desaliento, y mientras se decide el conde a venir a toda prisa para que no le alcancen los que le siguen, o a volver sobre ellos para retirarse o volver a avanzar sin dejar atrás enemigos, nuestros valientes castellanos se echarán sobre ellos mientras se les distrae por este lado con toda la gente de que se pueda disponer.

—Atrevido es el plan.

—Pero se acabará de una vez con esos traidores.

—¿Y por qué no hemos de sorprenderlos?

—El resultado lo sabe Dios solo, y si los favorece la fortuna nos servirá de mucho el que no se descubra que os sirvo.

—Pero con vuestro aviso se prepararán, y será más difícil el derrotarlos.

—Con mi aviso se desalentarán y desordenarán, porque cada cual será de distinta opinión, y queriendo los unos volver y los otros seguir, Dios sabe si obedecerán tampoco al conde.

Quedó pensativo el infante, y después de algunos momentos dijo:

—Bien, ejecutad vuestro plan, pero os hago responsable de lo que suceda.

—No, señor, porque yo os obedeceré y nada más. Ese aviso he recibido... espero las órdenes de vuestra alteza.

—¿Teméis?...?

—Equivocarme porque soy hombre.

—¿No estáis seguro?...?

—De lo que estoy casi convencido es de que ese miserable Trovador habrá hecho de manera que el conde modifique, aunque sea poco, su plan, y por eso quiero obrar con prudencia.

—Mucho miedo tenéis a Manrique.

—No lo conocéis, señor.

—Id, pues, a ver al conde.

—¿Qué le diré?

—Lo mismo que habíais pensado.

—Pero...

—Yo os lo mando, descuidad.

—Entonces me voy tranquilo.

—No perdáis un momento.

—Antes de dos horas estará alarmado el ejército del conde.

—Ya sabéis lo que ha de valer el triunfo.

—Un condado...

—O una horca.

—O una puñalada de Manrique, a quien tengo más miedo que al verdugo.

—Guárdeos Dios, don Lope.

—No tardaré en volver.

Salió el hidalgo, y diez minutos después se alejaba de Zaragoza sobre un caballo, envidia del viento por su ligereza.

El conde de Urgel se había detenido con su ejército a dos o tres leguas de Zaragoza en un lugar montañoso y separado del camino. Allí esperaba la contestación del hidalgo para seguir o retroceder.

Derramaba el sol sus abrasadores rayos de estío, y la guerrera gente se había internado en la espesura de un frondoso bosque para buscar la fresca sombra y descansar de su precipitada marcha.

Ni el más leve soplo de viento se dejaba sentir.

Acudían sedientos los pájaros a los cristalinos arroyos, o se escondían en la enramada para decirse sus amores con dulces trinos o lánguidos arrullos, y el perro fiel que guardaba el rebaño, tendido descuidadamente sobre la hierba a la sombra de una carrasca o de un peñón, dormía mientras que su amo, junto a los bordes de un torrente y recostado sobre una alfombra de flores incultas, entonaba algún sencillo y monótono cantar que armonizaba con el son de la esquila.

El relincho de los corceles resonaba entre los peñascos, y del bosque se escapaban los reflejos de las armaduras y el ruido que producían al chocar con las armas, mezclado al de mil voces distintas que formaban un murmullo sordo y continuado, parecido al de las olas del mar cuando se rizan suavemente en el transcurso de la noche para enamorar a la luna, que las convierte en plata con sus reflejos.

Desde cualquier cumbre se descubría un magnífico panorama; ¿pero quién se hubiera atrevido a contemplarlo por espacio de un cuarto de hora? El calor era sofocante, y sólo trepar un montecillo era bastante para sentirse medio ahogado. El bosque, solamente el bosque, convidaba con su sombra y sus arroyos.

Por eso el de Urgel, con algunos de los principales caballeros que le acompañaban, se había internado donde la espesura apenas dejaba penetrar alguna claridad, y un cristalino arroyuelo jugueteaba con la hierba y lamía los nudosos troncos de los árboles.

Fácilmente se comprende la ansiedad con que don Jaime esperaba la respuesta o la llegada del hidalgo, pues era cuestión de vida o muerte la del atrevido plan que había puesto en ejecución.

De ella trataba con los que cerca tenía, pues no de otra cosa podían ocuparse en aquellos momentos, cuando llegó un soldado con muestras de gran fatiga.

—¿Le habéis visto?—le preguntó el conde sin darle tiempo para hablar.

—Sí, señor—contestó el recién llegado mientras se limpiaba el abundante sudor que bañaba su rostro.

—¿Os ha dado respuesta?

—Sólo me ha dicho que iba a la Aljafería, y que poco rato después que yo estaría también él aquí, o un mensajero de su parte.

—¿Nada más?

—Darme prisa para que me vuelva sin descansar un momento.

—¿Pero no haceros ninguna indicación!...

—Ni una palabra más.

—Debia comprender que mi afán es mucho.

—Corred aunque el diablo os lleve, fué lo único que me dijo; de manera que he reventado el potro alazán, dejándolo en la garganta que conduce aquí.

—¿Y no adivinasteis por su rostro?...?

—Nada; ya sabéis que siempre está sonriendo, ya se encuentre apurado, ya el gozo no le quepa en el alma, y que es, por consiguiente, imposible conocer lo que pasa en su interior, pues a juzgar por su semblante se le tendría por un alma cándida sin pena ni gloria.

—Es verdad.

—Pero como me aseguré que vendría detrás de mí, poco tardaréis en saber cuanto pasa.

—Bien, retiraos y descansad por si tenemos que emprender nuevamente la marcha antes que concluya el día.

—No será lo más agradable, pues se puede asar una polla sin más que ponerla al sol.

Como en apoyo de estas palabras oyóse entonces decir tras una corpulenta encina:

—Esto es la gloria... ¡Uf!... ¿Y hay poetas que canten al sol?

Y limpiándose el sudor y aspirando con avidez la atmósfera consoladora de aquel lugar, apareció el hidalgo.

—¿Con cuánta impaciencia os esperaba!—exclamó al verlo don Jaime.

—Pues aquí me tenéis—contestó don Lope—, más pronto de lo que yo hubiera querido, pues las nuevas que traigo son las que me han hecho correr.

—¿Qué sucede?—preguntó el conde, cuya frente se contrajo.

—¿Qué ocurre?—dijeron a la vez los caballeros que allí estaban, mirando todos al hidalgo con ardientes ojos.

—¡Vive el cielo!—repuso el conde—. Explicaos sin tardanza...

—El infante ha sabido que os acercáis a Zaragoza.

Se oyó una exclamación unánime de coraje y de sorpresa.

—Y os prepara una emboscada.

—Don Lope!

—Grave es la situación—prosiguió el hidalgo—, y habréis de resolver con mucha prudencia.

—¿Nos han vendido!—exclamó el conde, cuyos ojos dejaron escapar dos centellas.

—Bien puede la casualidad haber descubierto el secreto.

—Con razón me dijo Manrique: "Algún traidor os cerca; antes de dar un paso mirad dónde vais a poner el pie."

El hidalgo se estremeció ligeramente.

—No pensáis—dijo—que algún partidario del infante puede haberos observado fácilmente desde lejos, y esto es bastante.

—¿Pero conoce don Fernando nuestro plan?

—Sólo sabe que os dirigís a Zaragoza, ni necesita saber más tampoco. Ignora que el de Haro vaya con vos, y yo sospecha que se prepara un motín en la ciudad.

—Decís que piensa sorprendernos...

—Sí.

—¿Dios de Dios!...

—Habéis dejado atrás a los enemigos.

—¿Y qué hemos de hacer, teniéndonos cortada la retirada?

—No tenéis que elegir más que entre dos cosas, pero la elección es delicada.

—Elegir!... Luchar es lo que nos queda, y morir como buenos aragoneses.

—O marchad sobre la ciudad sin dar tiempo a que os alcancen los que os persiguen, o volver contra éstos para abrir paso hacia Valencia.

—El ir a Zaragoza en medio del día es una locura, pues sólo una sorpresa de noche, y mientras dentro están ocupados en sofocar el motín, puede darnos la victoria.

—Entonces...

—¿Sabéis si son muchas las fuerzas que vienen contra nosotros?

—Lo ignoro, pero se cree que exceden a las vuestras.

—¿Vive el cielo!

—No puedo asegurarlo...

—Y si saliesen de la ciudad pocos o muchos para acometernos a la vez...

—No es probable.

—Nuestra derrota sería cierta.

—Ya os he dicho que la situación es peligrosa.

—Don Lope, en esta ocasión no habéis podido ser más torpe.

—Señor conde, todos nos equivocamos.

—Vuestra presencia en Zaragoza...

—¿Y la del Trovador, que es por todos conocido partidario vuestro?

—¿Lo habéis visto?

—Llegamos a la ciudad casi al mismo tiempo.

—¿Imposible!

—Hablamos largo rato.

—No cumplió mis órdenes!...

—Rondaba cerca de la Aljafería, buscando ocasión para hablar a su dama.

—¿Vive Dios!...

—No es extraño, está enamorado...

—¿Qué importa?

—No os lo digo sino para probaros que mi presencia en Zaragoza no es la que más sospechas puede haber infundido.

—Si han llegado a verle...

—Nadie más que don Guillén de Sesé, que le sorprendió en los momentos en que tendía los brazos a doña Leonor para llevarsela.

—¿Por quien soy!—exclamó don Jaime—, ¿en tales devaneos pierde el tiempo más precioso? ¿Así, por satisfacer sus caprichos, nos expone a todos a perdernos?...

—Tiene pocos años...

—¿Vive Dios! Que si estuviera a mi servicio, había de pagar bien cara su locura.

—No sé si contaría con la licencia del de Haro.

—Imposible.

—¿Lo habéis visto?

—Sí.

—¿Se reunirá con vos?

—Ha seguido hacia Zaragoza.

—¿Estáis seguro de ello?

—¿Lo dudáis?

—Es que el conde no tiene más opinión que

la de don Manrique, y éste puede haber cometido la imprudencia de que varíe de plan...  
—En estas circunstancias no hubiera valido más su consejo que el vuestro.

El hidalgo palideció.

—Sea como quiera—repuso el "Desdichado"—, no es tiempo más que de obrar.

—Espero vuestras órdenes.

—Volveos a Zaragoza, y que esta noche estalle el motín.

—¿Qué pensáis vos hacer?

—Todavía no estoy decidido a seguir ni a retroceder.

—Me convendría saberlo para obrar según...

—En cualquiera de los dos casos será bien que se alborote la ciudad.

—Sin duda.

—Por consiguiente, aprovechad el tiempo; volveos y entre tanto resolveré.

—¿Y si tengo que enviaros algún aviso?

—En el camino me encontrarán, bien en el que hemos andado ya, si retrocedemos, bien desde aquí a Zaragoza.

—Contad, pues, con el motín.

—Quiera el cielo que no os equivoquéis.

—Si con dar mi vida pudiera hacer triunfar vuestra justísima causa...

—Es poco, don Lope.

—Señor conde, lo sé, pero como muy poco valgo...

—Que el tiempo vuelá...

—Dios os inspire.

El hidalgo se alejó, y montando a caballo volvió a partir con la misma prisa.

Un cuarto de hora después no había en el campamento quien ignorase la desgracia que amenazaba, y si no el desaliento, al menos la confusión empezó a reinar.

Don Jaime el "Desdichado", más ciego por la ira que aturrido por el miedo, no acertó a resolver en largo rato, hasta que después de una conferencia con los caballeros que le acompañaban, y siguiendo la opinión general, decidió a salir al encuentro de los que le perseguían, pues esto era mejor a juicio de todos que el ser sorprendidos.

En menos de una hora se comunicaron las órdenes que el caso requería, y a pesar del excesivo calor que aumentaba por minutos, el ejército se puso en marcha por el mismo camino que había llevado la noche anterior.

Procuraban los jefes infundir aliento a los soldados, pero éstos, aunque por ser valientes estaban dispuestos a morir, no confiaban en la victoria, lo cual era el peor de los enemigos, pues en tales casos la duda siquiera de triunfar es el mayor de los males.

Don Lope cumplió su promesa, entrando nuevamente en palacio antes de las dos horas.

—Señor—dijo al infante—, no hay que perder un momento en avisar a vuestros soldados.

—¿Desiste el conde de venir a Zaragoza?

—Probablemente.

—¿No lo sabéis?

—Lo sospecho. Cuando le dejé estaba indeciso, pero casi puede asegurarse que retrocederán.

—¿Y si no sucede así?

—Poco nos importa; lo que sí puede tener por cierto vuestra alteza es que con la noticia de que los persiguen se han desconcertado, y la confusión los derrotará.

—Si no hay ningún contratiempo...

—Creo que lograréis acabar con el de Urgel, y que acabará de llamarse con razón "el Desdichado"; pero como nada cuesta vivir prevenidos, por si no se decide la cuestión con el triunfo que esperamos, porque hay muchos traidores y pueden seguir desasosegando la tierra, conviene que yo no pierda el concepto de amigo de don Jaime en que éste me tiene, y para ello, con vuestro permiso, habrá esta noche motín en la ciudad.

—No importa; así conoceré a los descontentos...

—Es una segunda ventaja.

—El verdugo está ocioso y se morirá de hambre si no le damos que hacer.

—Entonces voy a prepararle algunas cabezas.

—Y yo a enviar aviso a mis valientes castellanos.

Terminó la conferencia, y mientras don Lope andaba de un lado para otro comprando voluntades y engañando a descontentos, uno tras otro salieron de la ciudad hasta diez jinetes que a todo correr se alejaron por dos o tres caminos.

## CAPITULO XXI

### Del encuentro que tuvieron los del conde con los del infante.

Quando el conde de Urgel se puso en marcha, mandó salir tres o cuatro jinetes en busca del de Haro, para que le participasen lo que sucedía y volvieran con cuanto prisa les fuese posible; pero a la una del día no había recibido contestación, ni podía calcular dónde se

encontraría su amigo y aliado, porque al separarse éste dijo que tomaría por la derecha para dirigirse a Zaragoza sin detenerse.

Desesperábase don Jaime porque nada sabía del conde, y llegó a temer que hubiese encontrado a los del infante y hubiese sufrido un descalabro, porque llevaba poca gente y no iban prevenidos.

Una hora pasó además de las que de angustioso cuidado llevaba el conde, y sus soldados, rendidos de fatiga y medio ahogados por el calor, marchaban en ordenados escuadrones, porque no sabiendo cuándo encontrarían al enemigo, querían evitar que les sorprendiesen desordenados.

Extendiéndose delante de ellos una llanura, en cuyo término se levantaba una cordillera de montecillos áridos y pedregosos que debían trepar; pero las descubiertas, que ya habían llegado a la cumbre, volvieron precipitadamente para decir que los castellanos, en crecido número, atravesaban una cañada y muy pronto saldrían a la llanura.

Cundió la noticia con rapidez y se extendió por todo el campo un rumor de voces que hubiera podido confundirse por un momento con el rugido del huracán que se acerca.

Cruzáronse de un lado para otro muchos jinetes, corrieron a sus puestos los que un instante se habían separado en busca de algún arroyo en que apagar la devoradora sed y se vieron relumbrar las armas y los brufidos arneses como si de la tierra se escapasen fugitivos relámpagos que sólo brillasen un segundo.

No quedaba tiempo para coronar las alturas y estorbar el paso a los enemigos, y se determinó esperarlos en buen orden.

Parecía imposible que el cansancio y el calor hubiesen dejado fuerzas a los soldados de don Jaime, pero como el sol calentaba para todos, suponían éstos que los castellanos se encontrarían lo mismo, aunque se equivocaban, porque desde la noche anterior descansaban a la otra parte de la cordillera y no hacía dos horas que habían recibido la orden de marchar ni una que caminaban después de haber comido y refrescado.

El hidalgo no había mentido: los soldados del infante eran muy superiores en número a los de don Jaime, pero éste hizo cundir la voz de que el de Haro había mandado a decir que iba con su gente. Esto inspiró alguna confianza, y más decididos que antes se ordenaron a toda prisa. El Desdichado se encontraba en todas partes, hablaba con todos y daba multiplicadas órdenes con la energía y laconismo propios de su carácter; esperaba una derrota, pero como no era tiempo de retroceder, aparentaba tener por segura la victoria.

El sonido de los clarines, el ruido de las armas, el relincho de los corceles, que parecían presentir el combate, el de las voces y el movimiento incesante de jinetes y peones se repitió en el llano y en las montañas con ecos atronadores.

La sed había jurar y maldecir a los unos, mientras que otros levantaban las viseras, prefiriendo respirar más libremente a defenderse de un golpe mortal.

Cuál se mostraba impaciente por venir a las manos y matar o morir, y cuál otro, taciturno y frío en apariencia, clavaba su mirada torva y ardiente en el sitio por donde debían aparecer los enemigos.

Al fin, por una garganta de la vecina cordillera desembocó un escuadrón de lanzas de Castilla, y los reflejos del ardiente sol al romper sus rayos en las brufidas armaduras fueron a herir los ojos de los aragoneses.

Estos dejaron escapar como un rujido amenazador y hubieron acometido a no estorbarlo con sabia prudencia los capitanes.

Tras el lucido escuadrón fué saliendo a la llanura todo el ejército y extendiéndose a la vez que avanzaba con paso regular.

El momento había llegado.

Dieron los clarines la señal de combate, y sus agudos sonos fueron ahogados por un grito que lanzaron a la vez castellanos y aragoneses.

Una inmensa nube de polvo los envolvió, y pocos instantes después se pobló el espacio con el ruido espantable producido por el choque del hierro contra el hierro.

La sangre corrió, formando charcos espumosos donde resbalaban los pies de los combatientes y hundían sus patas los caballos, salpicando el rostro de los moribundos que yacían en tierra y dejaban escapar angustiosos lamentos.

Obstinada era la pelea, grande la mortandad, pero ninguno retrocedía, sino que todos avanzaban con creciente ardor, más ansiosos de herir que de evitar los enemigos golpes; tan sedientos entonces de sangre como antes de agua; ciegos, locos, sin pensar más que en destruir, sin miedo a las amenazas, insensibles a los ayes de agonía, maldiciendo al expirar al vencedor, sin compasión para el vencido; gozoso el que abría un pecho con su hacha, el que aplastaba un cráneo con su

maza, el que ponía sus ensangrentados pies sobre la garganta de un moribundo; desesperado, rabioso, maldiciente, blasfemo el que era herido al intentar herir, no porque moría, sino porque ya no podía matar.

El conde iba delante de todos; había comprendido que en aquella ocasión un descalabro era irreparable, que una derrota era peor que la muerte y que no había más que vencer o quedar allí. Su causa estaba completamente perdida si un supremo esfuerzo no los salvaba.

Pero eran muchos los castellanos y podían atacar por todos lados a sus enemigos, sin que la bravura de éstos les sirviese más que para morir.

Pasaron dos horas o poco menos.

La victoria, indecisa hasta entonces, empezó a declararse en favor de los del infante, no porque desmayasen los otros, sino porque eran menos y no podían acudir a defenderse en todas partes.

Los castellanos cobraron nuevo aliento.

Muy pronto debían sucumbir desde el conde hasta el último de sus soldados o buscar la salvación en la huida.

Empero con la impetuosidad de la corriente que, comprimida, logra desbordarse, salieron por donde mismo antes los castellanos multitud de jinetes y muchos más peones que súbitamente habían coronado las alturas, y de la cordillera se precipitaron a la llanura, gritando:

—¡Viva Aragón!

Y con impetuoso brío, sin dar tiempo a que los castellanos saliesen de su sorpresa, les acometieron por la opuesta parte que los del conde, haciendo gran mortandad y siempre gritando:

—¡Viva Aragón! ¡Victoria, victoria!

Intentaron revolverse contra ellos los de don Fernando, pero no hicieron más que desordenarse, abrir sus filas, estorbarse a sí propios, y sin saber lo que les sucedía, víéronse muy pronto rodeados, envueltos, arrollados y sin encontrar ni aun camino para la huida. Tras de la sorpresa vino la confusión, después el miedo, y el espanto puso fin a la sangrienta lucha.

En lo más recio de la pelea, blandiendo un hacha, sembrando el terror y la muerte, estaba Manrique. Un tajo le había dejado sin visera; un bote de lanza, sin casco; pero no había sido herido. Flotaba su rubia cabellera como una madeja de oro; estaba su rostro pálido y contraído su frente con expresión terrible; sus azules ojos, envidia del azul del cielo, que tan dulcemente miraban, parecían entonces iluminados por dos luces fosfóricas y como si de ellos fuesen a brotar dos abrasadoras centellas. Su cuerpo, en apariencia débil, era un cuerpo de hierro. Solía rechinar sus blancos dientes al descargar los terribles golpes que daban a los ferrados cascos de su fogoso potro cráneos que aplastar, pero rara vez hablaba, y si abría la boca, no era para amenazar, sino para gritar:

—¡Paso, cobardes!... ¡Paso a las armas de Aragón!... ¡Paso, menguados!

Ruiz lo seguía muy de cerca, y bien acreditaba que era digno de servir a tal valiente, porque con él competía en pujanza y arrojo.

Los castellanos, en fuga precipitada, cada cual por su lado, procuraron salvar la vida los que con ella quedaban.

El campo estaba cubierto de cadáveres.

Pasó una hora.

Sucedió el silencio al ruido; a la agitación, la calma.

Pero un silencio y una calma horribles, quizá más amedrentadores que el estruendo y la agitación del combate.

—Os debo más que la vida—dijo don Jaime al de Haro.

Este señaló a Manrique y contestó:

—A los consejos que me ha dado lo debéis todo: No se equivocó: la traición os sigue muy de cerca.

—Pero ¿no habéis recibido mis avisos?

—No.

—¿Entonces...?

—Es que no marchamos a Zaragoza, porque esperábamos lo que ha sucedido.

—¿Y decís que Manrique...?

—Así me lo aconsejó.

—¿Y en qué se fundaba?

—Fué a Zaragoza y creyó convencerse de que os vende un hombre... cierto hidalgo...

—¿Don Lope?

—Ignoro su nombre.

—A no ser por el aviso que me ha dado, nos hubieran sorprendido; de manera que mal puede tenerse por traidor.

—No importa.

—Manrique fué en busca de su dama...

—Todo lo sé.

—Es valiente y leal, pero sus amores...

—Lo perderán, pero no le harán cometer una traición ni abandonarnos.

—¿Y qué opináis que debemos hacer?  
—Tomar la vuelta de Murviédro, porque no podremos resistir un segundo ataque.  
—En Zaragoza estallará esta noche un motín...  
—Y mañana rodarán las cabezas de algunos infelices alucinados.  
—Es verdad.

—Dejemos que descanse nuestra gente, y mientras en la ciudad se alborota para engañarnos, alejémonos para evitar otra sorpresa.  
Don Jaime encontró acertado el consejo y dió las órdenes convenientes para reunir a los suyos y que se descansase hasta la noche.

## CAPITULO XXII

Donde volveremos a hablar de Leonor, de don Nuño y de don Guillén.

Con la rapidez con que cunden las malas nuevas llegó a Zaragoza la del descalabro de la gente del infante, no encontrando éste, en el primer arrebatado de su ira, mejor desanogo que el de ahorcar a don Lope, ya para castigar su traición, si es que lo había engañado, o su torpeza. Y no hubiera tardado en poner en ejecución su deseo si el hidalgo, a vuelta de ruegos, súplicas y lágrimas, no hubiese tenido acierto para dar tales razones que no dejaban duda de su lealtad, probando que la sagacidad de Manrique había sido causa de todo, lo mismo que de la burla que don Guillén había sufrido.

No era ya tiempo de impedir que estallase la rebelión, con doble motivo cuando ya era sabida la victoria del de Urgel, que dió más alientos y confianza a los descontentos, y como, por otra parte, don Fernando deseaba el motín para tener un pretexto de imponer castigos y apagar su coraje, don Lope, con más empeño que nunca, aprovechó las horas que faltaban hasta la convenida para levantar el grito de: "¡Mueran los castellanos!", y volvió a recorrer la ciudad recordando sus promesas a los ya decididos y decidiendo a otros muchos de los que habían dudado hasta entonces.

A pesar del cuidado que pusieron los revoltosos en ocultar su plan, se susurraba por todas partes que aquella noche habría gritos y cuchilladas, y aunque nadie tenía más pruebas que aquello de "Se dice...", los vecinos pacíficos se encerraron en sus casas apenas comenzó a oscurecer, y las calles quedaron desiertas, silenciosas y totalmente oscuras, porque la luna no quería presenciar el desorden. Pero no faltarian, cuando llegase el momento, antorchas de rojiza y humeante luz que espaciesen sus resplandores sobre la sangrienta escena que se preparaba.

Aunque el motín debía ser de los que más víctimas contasen, porque el infante estaba preparado y los alborotadores debían ser sorprendidos y acuchillados sin compasión, no sabíamos mucho de él, ya porque no podemos referir todos los sucesos de esta clase a que dió lugar la lucha entre los pretendientes al trono aragonés, ya porque tenemos que presenciar otras escenas que hacen más al caso para seguir el hilo de esta historia.

No habían dado aún las nueve de la noche y, como ya hemos dicho, las calles estaban oscuras, solitarias y silenciosas, porque hasta las diez no debía estallar la rebelión.

En el interior de palacio no sucedía lo mismo, pues se advertía más movimiento que de costumbre, producido por los que iban y venían a comunicar las órdenes dadas por el infante.

Leonor se encontraba en su aposento, recostada con abatimiento en un sitial, con el rostro pálido y húmedo aún por las lágrimas que habían salido en abundancia de sus negros ojos. Había tenido noticia, como todo el mundo, del sangriento combate, y la atormentaba la más dolorosa angustia porque ignoraba la suerte que había cabido a Manrique. En vano intentaba consolarla su dueña, porque no había para ella otro consuelo que el saber que su amante vivía. Sin embargo, Aldonza recurría a cuantos razonamientos son imaginables, pero la doncella los contestaba pidiendo pruebas, siquiera noticias de que el Trovador no había muerto.

—Afigurarse decía la dueña—, atormentarse como vos lo hacéis por un mal que sólo se sospecha, que puede suceder, pero que no se sabe si ha sucedido, es una locura. Si por eso os entregáis de tal modo al dolor, siempre debíais estar lo mismo, porque a todas horas y en todas partes amenaza la muerte a don Manrique. ¿Cuánto más riesgo no corría trepando las tapias del jardín, andando por las calles de la ciudad, donde no hay quien no lo conozca a tiro de ballesta? Confesad que vuestros temores son, por lo menos, exagerados, y pensad que si os abandonáis a tales ex-

tremos de pesar acabaréis presto con vuestra vida.

—Ya sabes lo que se dice—contestó la dama con lánguida voz—: el campo ha quedado cubierto de cadáveres de ambos bandos, y aunque el de Urgel ha conseguido la victoria, ha sido con pérdida muy considerable, a costa de tanta gente, que bien puede tener el triunfo por un descalabro.

—Ciertamente, pero sabéis también que la mortandad de la gente de don Jaime fué antes de que en su socorro llegase el de Haro, con quien iría don Manrique, como es natural, por ser su alférez y su favorito.

—¿Acaso no han muerto lo mismo de los unos que de los otros?

—Sí, señora; mas poquísimos de los del conde de Haro, pues con su repentina llegada, los castellanos, espantados, aturridos y confusos, no acertaron siquiera a defenderse, cuanto más a herir a sus acometedores. Los mismos castellanos lo dicen: aquello fué un abrir y cerrar de ojos, no pensaron más que en huir, y el que pudo escapar con vida se tuvo por afortunado.

—Pero algunos murieron, y de esos pocos, ¿quién me asegura que él no ha sido uno?

—Que puede haber sucedido, nadie lo duda; pero mientras esto no se sepa es, como os he dicho, una locura el atormentarse.

—Sabes, Aldonza, que es fama que Manrique, en tales casos, se pone donde mayor es el peligro...

—¡Por Dios, señora, dejaos de hacer tales reflexiones!

—Queréis engañarte a ti misma—replicó la dama—: bien conoces que mi dolor es justo, que no hay consuelo posible para mí, y aunque procuras dar muestras de una tranquilidad que no tienes, tu cuidado es mucho. Te esfuerzas en vano; es imposible que mi angustia cese mientras no sepa que Manrique vive.

—Creo—dijo Aldonza, intentando hacer cambiar las ideas de la joven—que más que de una desgracia imaginaria debíais ocuparos en pensar en las sucedidas, en los peligros que os rodean, para evitar otros mayores.

—¿Qué he de hacer? Sufro y me resigno y espero el día en que quieran sacrificarme. No cuento con más apoyo que el de la reina, pero de nada me servirá contra la tiranía de mi hermano, que tiene al rey de su parte.

—La conducta de vuestro hermano es sospechosa; no haberos dirigido la más ligera reconvencción, no haberos dicho siquiera una palabra después del suceso del otro día, ni haberme separado de vuestro servicio, cuando no podía dudar de mi culpa...

—Algún plan medita, algún nuevo golpe me prepara.

—Sin duda alguna, porque ¿cómo creer que haya desistido de su intento?

—Imposible.

—Llegamos aquí sin que abriese su boca, nos dejó y ni ha vuelto a veros ni a preguntar siquiera cómo os encontráis. ¿Qué significa esta reserva?

—Su silencio me hace temblar.

—Ya sabéis que esta tarde llegó don Nuño completamente curado de su herida.

—Sí.

—Pues he averiguado que don Guillén ha tenido con él una conferencia que ha durado más de una hora.

—No tardaremos en ver sus resultados; quizá mi hermano esperaba el restablecimiento del conde para obrar de acuerdo con él.

—Cuando dejó a don Nuño vino a palacio y habló largamente con su alteza, pero nada he podido averiguar porque en seguida llegó la nueva del combate y empezaron a correr voces de que íbamos a tener alboroto en la ciudad, y nadie se ocupaba de otra cosa.

—Bien venga todo, Aldonza, con tal que Manrique viva.

—Bien venga lo bueno, señora mía, pero no la obstinación de don Guillén ni el malhadado amor de don Nuño, que no sé cómo se empeña en ser vuestro esposo, convencido como está de que no le amáis, de que le miráis con horror, de que seriais, en fin, en vez de una compañera, un enemigo.

—Piensa que con el tiempo podrá conquistar mi corazón... ¡Necia vanidad!

—Y quién sabe si ha desistido de su empeño loco, y por eso vuestro hermano...

—No, Aldonza; su ceguedad es mucha.

—Mucho su amor.

—Y si otro fuera su proceder, me doliera de su desgracia; porque amar y verse despreciado es muy horrible; pero ser su esposa, olvidar a Manrique... ¡Oh, jamás!

Iba a replicar la dueña, pero suspendió sus palabras al oír dos golpecitos dados en la puerta.

Leonor, sin saber por qué, se estremeció convulsivamente, y hubiera palidecido a no estar ya su rostro como el de un cadáver.

—Abre, Aldonza—dijo.

La dueña obedeció, y el rostro enjuto de don

Guillén asomó a la puerta, fijando su mirada de gavilán en la joven.

—Esta se cubrió el rostro con las manos y exhaló un grito.

—¿Nos dais vuestra licencia?—dijo don Guillén con voz tranquila y como si no se hubiese apercebido de la demostración de espanto de su hermana.

—Entrad—contestó la doncella después de algunos instantes y procurando dominar su emoción.

El cortesano acabó de abrir la puerta de par en par, se detuvo respetuosamente en el dintel y dejó el paso libre al conde de Luna, que, pálido y enflaquecido por la enfermedad, entró con lentitud.

No esperaba Leonor semejante visita, y su sorpresa fué tal, que no pudo responder al atento saludo del conde.

Don Guillén hizo una expresiva señal a Aldonza y ésta salió muy turbada del aposento.

Transcurrieron algunos momentos de silencio embarazoso y atormentador, especialmente para la doncella y don Nuño, que no se atrevieron a mirarse, y sintieron latir con violencia sus corazones, aunque por distintas causas.

—Doña Leonor—dijo al fin don Guillén—, no habréis olvidado las circunstancias de nuestra última entrevista, y bien habréis comprendido que después de aquel suceso estaré más dispuesto que nunca a usar de mis derechos. Entre nosotros no hay arreglo posible fuera de los límites que os he marcado, y así, resolveos, pero de una vez, sin que luego os haga llorar un arrepentimiento tardío, porque de lo que esta noche se decida, ni vos ni yo podremos volver atrás. Con vos queda el conde; escuchadlo, que por mi parte nada tengo que añadir a lo que muchas veces os he dicho, y si, como a los consejos de la razón y a los mandatos de mi autoridad, os mostráis rebelde también a las súplicas del amor, mañana dejaréis este aposento y una celda os dará abrigo hasta que Dios ponga fin a vuestros días o, terminando los míos, podáis obrar libremente. Es mi última resolución.

Dichas estas palabras, don Guillén se dirigió a la puerta, pero antes de que saliese, Leonor, cuyos miembros se agitaban convulsivamente, extendió los brazos y dijo:

—Deteneos, don Guillén.

—Señora—contestó éste—, tengo prisa; el rey me aguarda, y...

—No perderéis mucho tiempo, un solo instante...

—Perdonad...

—Ya sabéis mi resolución; no he variado, no variaré, y podéis decirselo a don Nuño, excusándole el enojo de oírlo de mis labios.

—Con vos queda...

—Es en vano.

—Su alteza me aguarda y no puedo detenerme; hablad con el conde, y si aún insistís en vuestra locura, despedios esta noche de la reina.

—Don Nuño—replicó Leonor, que empezaba a recobrar su energía—, podéis ir os también.

—Señor conde, quedaos—repuso don Guillén.

Y salió sin detenerse.

Leonor y don Nuño quedaron solos y se contemplaron por un instante: ella, con el más profundo y despreciativo desdén, y él, con los ojos encendidos por la pasión.

—¿Al fin os quedáis?—dijo la doncella.

—¿Qué he de hacer? ¿puedo acaso separarme de vos?—contestó el conde con voz agitada.— ¡Pluguiera al cielo, señora, que, más fuerte mi voluntad, fuese dueña de mi corazón!... ¡Ah!... Mi honor y mi reposo me mandar alejarme, pero una fuerza superior a todo me detiene, y es en vano que luche, porque sólo consigo atormentarme.

—Señor conde—replicó Leonor—, el egoísmo puede en vos más que ningún sentimiento, y a trueque de conseguir lo que deseáis, nada os importa labrar mi desdicha. ¿Es así como me amáis?... El que ama no quiere el mal para la persona amada...

—Doña Leonor!

—Si Manrique me despreciase por otra, yo huiría de él, huiría muy lejos para no verlo en brazos de mi rival y acabaría mi existencia llorando en silencio; pero no lo buscaría, no intentaría obligarlo a que fingiese amarme... ¡Oh, antes yo misma me daría la muerte, y eso que soy una débil mujer!... ¿No tenéis más valor que yo, señor conde? Si sois tan cobarde, tal débil que os falte el aliento para luchar con vos mismo...

—Señora—interrumpió el conde, que se mordió los labios con despecho—, ¿tanto me aborrecéis?...

—Nunca aborrecí a nadie, ni penséis que os odia a vos; yo no puedo sino amar o despreciar...

—Y a mí me despreciáis...

—Porque habéis abusado de vuestras fuerzas para atormentar a una mujer que sólo con sus lágrimas puede defenderse.

—¿Llamáis abuso a mi amor?

—A vuestra loca insistencia.

—Doña Leonor, vos amáis, y excusado es que yo os diga lo que puede hacer una pasión. Sé que me despreciáis, que jamás llegaré a ser dueño de vuestro corazón, y mil veces he intentado olvidaros o, por lo menos, aparentarlo así; pero mi propósito ha sido vano, porque sólo he conseguido con la lucha acrecentar la llama que me abrasa el pecho. Ya os lo he dicho: mi voluntad lo quiere, pero se resiste mi corazón: loco estoy quizá, pero ¿cómo he de curar mi locura? Sólo la muerte puede acabar con mi pasión y mi tormento, y si no hubiese temido a Dios, momentos ha habido en que sin vacilar yo mismo me hubiera atravesado el pecho. ¿Qué de vos?... ¡Imposible, porque si no os ven mis ojos os recuerdo mi memoria, y cerca o lejos, despierto o dormido, siempre estáis delante de mí! Escuchadme, doña Leonor, escuchadme siquiera por algunos momentos.

—No intentéis convencerme, don Nuño, porque nada conseguiréis.

—¿Queréis un corazón que os adore? Yo os ofrezco el mío, que será vuestro esclavo. ¿Ambicionáis una corona? La que yo pondré en vuestras sienes es digna de un monarca...

—Corona, riquezas!... Sólo quiero a Manrique—interrumpió Leonor—. ¿Lo entendéis, señor conde? Sólo a Manrique, y moriré amándole; jamás seré vuestra.

—¿No os inspiró siquiera compasión?

—Compasión para quien me atormenta!...

—Vuestra unión con Manrique es un sueño, no puede realizarse, y tarde o temprano tendréis que renunciar a esa esperanza loca... Cuando esto suceda...

—Lloraré sobre su tumba y moriré también para buscarlo en el cielo. Nada, don Nuño, nada es bastante para extinguir la llama de mi amor.

—Bien—replicó con exaltación el conde—, amad al Trovador, pero que yo lo ignore; amadlo, pero sed mía.

Leonor clavó una mirada de profundo desprecio en el señor de Artal.

—Que os lo ruego—prosiguió éste, inclinándose hacia la doncella como para postrarse de hinojos—, os lo suplico, y me veréis de rodillas... ¡Oh, pensad cuán ardiente será mi pasión cuando me humillo!... ¡Doña Leonor!—prosiguió, mientras que su pecho se agitaba cada vez más y sus pupilas relucientes clavaban en la joven miradas afanosas, ardientes y penetrantes—. ¡Doña Leonor, pensad que sois mi vida, que el amor que os tengo me enloquece, y que si me despreciáis, no sé lo que en mi desesperación haré!

Y verdaderamente loco en aquellos momentos, intentó coger una mano a la dama, pero ella se levantó rápidamente de su asiento y clavó en el conde una mirada severa a la vez que exclamó:

—¡Idos!

Luego señaló a la puerta con tan imperioso ademán, con tal energía, que, turbado por algunos instantes don Nuño, no pudo articular una palabra y quedó inmóvil, con la cabeza inclinada y la mirada fija en el suelo.

—Idos—añadió la doncella—, o yo me iré.

—Señora...

—Y mi hermano, el guardador de mi honra, os ha traído y dejado a solas conmigo para que abuséis como un mal caballero!...

—Doña Leonor!—interrumpió el conde, que empezaba a sentirse arrebatado por su altanero orgullo,

—¿Quién sois?—replicó la joven—. ¿Qué significa vuestro nombre ilustre junto a la ruindad de vuestro proceder?

—Mi nombre, señora...

—Nada vale para mí, y, como a vos, lo desprecio.

—¡Oh!—exclamó el conde, cuyas mejillas enrojecieron.

—Ya lo sabéis: no os amo ni os amaré jamás: mi corazón es de Manrique, ante quien tembláis: de Manrique, que tiene un alma noble y grande...

—Señora—interrumpió don Nuño, ciego ya de coraje—, seréis mía, mal que os pese, y ese miserable hidalgo, si acaso lo es, apagará con su sangre mi sed de venganza. Me despreciáis... En buen hora; nada tengo ya que esperar de vos, ningún miramiento podéis pedirme.

—¿Intentaréis acaso...?

—Os juro que habéis de ser mía...

—Si acaso, mi cadáver—repuso friamente Leonor.

—Pronto sabréis quién es el conde de Luna...

—Un miserable...

—Señora!...

—Un cobarde a quien no temo yo, pobre mujer débil y desvalida.

—Pues bien, ya que mi poder desafiáis...

—Sí, señor de Artal, yo desafío vuestro poder, que será bastante a quitarme la vida, pero no para arrancar de mi pecho el amor que ten-

go a Manrique; no para borrar su imagen, que está grabada en mi corazón.

—Por última vez, señora...

—Mañana iré a un convento.

—Pensad que habéis de arrepentiros..

—¡Jamás!

—Al convento iré...

—Dios me defenderá, y el recuerdo de Manrique me dará fuerzas...

—El cielo os guarde—dijo el conde.

Y sin esperar contestación salió del aposento con los ojos chispeantes de rabia, ardiente la cabeza y agitado el pecho.

—¡Aldonza!—gritó la joven, que apenas podía sostenerse.

La dueña entró y se arrojó llorando en brazos de su señora.

—Corre al cuarto de la reina—repuso Leonor—y que le pregunten si puedo hablarle.

—¿Qué vais a hacer?

—Enjuaga el llanto, que no ha de remediar mis males, sino quitarme el valor. Quiero ver a la reina.

Aldonza secó sus ojos y salió, volviendo a los pocos momentos y antes que la doncella hubiese podido calmar su agitación.

—¿Qué ha dicho?

—Os espera.

—Acompáñame.

—Esperad a sosegaos...

—No quiero perder un momento... Sígueme.

—Pero mirad cómo estáis...

—Easta, Aldonza.

—Dios mío!—exclamó la pobre dueña, temblando.

Y siguió a su señora, que salió del aposento y tomó a lo largo de un estrecho pasillo que conducía a las habitaciones de doña Leonor de Alburquerque, llamada la *rica hembra de Castilla*, esposa del infante don Fernando el de Antequera.

## CAPITULO XXIII

### Sorpresa tras sorpresa.

El silencio de las calles de Zaragoza comenzó al fin a interrumpirse por algunos grupos de hombres que iban reuniéndose, hablaban misteriosamente y cruzaban en todas direcciones.

Poco a poco algunos sitios, particularmente los cercanos a la Aljafería, fueron llenándose hasta el punto de que era difícil transitar por ellos, y ya nadie dudaba que habría motín. Sin embargo, ninguna medida parecía haberse tomado para evitarlo, pues a nadie se molestaba y no se veía un solo soldado del infante.

Cuando se acercó el momento convenido, se oyeron algunas voces bastante sospechosas; pero no fueron contestadas hasta que se dió la señal convenida.

Entonces, como si desbordado un río de impetuosa corriente hubiera invadido la ciudad, fué extendiéndose un ruido sordo, creciente por instantes, y que a poco llegó a ser espantable gritería mezclada al crujido de los aceros que blandían amenazantes los amotinados.

La oscuridad cesó también: muchos hombres corrieron de un lado para otro con hachones encendidos, cuyas humosas y vacilantes llamaradas, esparciendo resplandores rojos, iluminaron mil rostros siniestros y cuerpos tan haraposos que sólo con verlos causaban espanto.

Se abrieron muchas ventanas, pero cautelosamente y sin que un solo rayo de luz se escapase de la parte de adentro, precaución que habían tomado los mujeres porque tenían miedo de servir de blanco a algún enemigo, y los hombres de que les hiciesen salir a tomar parte en la lucha, como era obligación de todos los aragoneses, según decían los amotinados.

Estos recorrieron las calles y plazas por espacio de una hora sin que nadie les saliese al encuentro, de modo que sólo con gritos se desahogaron entonces; pero cansados al fin, y convencidos de que nada adelantaban con solo amenazar, decidieron ir al palacio para buscar a sus enemigos, ya que éstos aparentaban despreciarlos.

Cundió la voz en breve tiempo de haber decidido apoderarse del infante, y el mayor número de rebeldes corrió a la Aljafería con nuevo entusiasmo, y tan impetuosamente, que hubiera sido imposible, no sólo desbaratarlos, pero siquiera contenerlos en la primera arremetida.

Empero las puertas de la morada real estaban bien cerradas, y el romperlas no era prudente sin tomar algunas precauciones, porque los de adentro estarían prevenidos; así que los amotinados se detuvieron para conferenciar, sin que por esto dejasen de resonar entre tanto los gritos de la muchedumbre, que aullaba como lobos hambrientos y blandía enfurecidamente las espadas, picas, hachas y ballestas de que iba armada.

El infante había tomado a broma el motín y esperaba a que el mayor número de los alborotadores estuviese reunido cerca del pala-

cio para mandar salir a su gente, y que a la vez, por distintos lados, acometiesen los soldados que estaban ocultos en algunas casas de las calles vecinas. De esta manera, envolviendo y cortando la retirada a los enemigos, podrían apoderarse de muchos de ellos para ahórcarlos al otro día. Pero cuando le dijeron que iba tomando proporciones la rebelión, y que muchos vecinos honrados que al principio habían permanecido indiferentes, iban saliendo de sus casas bien armados y muy animados, entonces el buen infante, pensando con prudencia, no quiso tentar la fortuna que pocas horas antes le había vuelto la espalda, y determinó acabar de una vez.

Encontrábase en la cámara de don Fernando, además de muchos caballeros, el hidalgo traidor y don Guillén, y en pocos minutos se pusieron todos en movimiento para obedecer las órdenes que fueron recibiendo.

—Vos, don Juan—decía el infante—, con mis lanzas castellanas.

Y al momento desaparecía uno de los cortesanos.

—A vos os dejo los ballesteros aragoneses, que deben quedar de reserva.

Y otro salía.

—Vos con los peones que han de salir por el jardín, y vos, conde, en la escalera, mientras que don Alonso, en unión con las lanzas, se pone a la cabeza de los ballesteros castellanos.

Y otros dos, tres o cuatro caballeros, desaparecían para cumplir estas órdenes.

—A vos os dejo el cuidado de estar en el jardín con cuarenta peones, y vos, don Alvaro, os encargaréis de acudir a todas partes, con la gente que os parezca, para ayudar a los que estén más apurados.

De esta manera dió el infante una, a continuación de otras, muchas disposiciones, y como ya todos estaban prevenidos de antemano, no tuvieron dificultad ni dudas para obedecer al instante.

Don Guillén y el hidalgo esperaban también que se les diese alguna comisión, pues solamente ellos quedaban en la cámara; pero el infante permaneció silencioso algunos momentos y luego dijo:

—¿Y el de Luna?

—Ya dije a vuestra alteza—contestó don Guillén—que estaba en el aposento de doña Leonor, y allí debe permanecer cuando no ha venido.

—Está muy débil aún para sacar la espada, pero puede servirme mucho de otra manera.

—Iré a buscarlo...

—No, quiero yo ir; acompañadme, don Guillén.

—¿Voy también con vuestra alteza?—preguntó el hidalgo.

—Quedaos aquí hasta que yo vuelva, sin que por ningún motivo os alejéis.

—Bien, señor.

El infante y don Guillén salieron, dirigiéndose apresuradamente por una galería.

Desde allí oyeron con más claridad los desaforados gritos del pueblo, que se agitaba en oleadas inmensas a los alrededores de la Aljafería, pidiendo que se quemasen las puertas sin más consideraciones.

—Arrecia la tempestad, don Guillén—dijo el infante estremeciéndose a su pesar.

—Ya la conjurarán los valientes castellanos.

—Sin embargo, ahora comprendo que ha sido una imprudencia provocar el alboroto.

—Conoceremos a los traidores.

—Puede costarnos muy caro.

—Ya veréis, señor, como antes de media hora esa canalla, que ruge y desafía locamente vuestro poder, huye desfavorada y dobla la frente para implorar vuestro perdón.

—Los aragoneses son altivos, indomables; y antes morirán que retroceder un paso.

—Lo mismo importa, con tal que desaparezca la mala semilla.

—¿Y si nos sucede lo que esta mañana?

—Veo, señor, que vuestra alteza desconfía...

—Pensé que sólo un puñado de descontentos gritarían esta noche; pero ya sabéis lo que pasa, el número de rebeldes acrecienta y la mitad del pueblo ha tomado ya parte en el motín. Esto no era lo que yo esperaba, y creo que lo que hemos hecho ha sido prender fuego a una hoguera que no hubiera ardido sin nuestro loco intento.

—Pero como están tomadas todas las precauciones por si este caso llegaba, no debe temerse cuidado.

—No lo tengo sino porque cueste más sangre a mis buenos castellanos.

La gritería sonó más lejana por algunos momentos, pero luego volvió a oírse muy de cerca con más furia que antes.

—¡Vive el cielo!—exclamó el infante a tiempo que atravesaban un solitario pasillo—. Mañana sabrán lo que pesa mi justicia.

—Mucho tardan en salir contra esa canalla. El infante se detuvo repentinamente, pareció meditar, y luego dijo:

—Don Guillén, buscad a don Alvaro y decidle que vuelva a mi cámara.

—¿Os quedáis solo?

—No es aquella puerta la del aposento de vuestra hermana?

—Sí, señor.

—Puesto que allí está don Nuño, él me acompañará. No perdáis tiempo.

—¿De manera que yo...?

—Me esperáis también con don Alvaro.

—Bien, señor.

—Corred, don Guillén.

El cortesano se alejó precipitadamente y don Fernando siguió hasta llegar al aposento de Leonor, entrando sin cuidarse de pedir permiso.

—No hay nadie—dijo después de mirar a todos lados—. Y no he encontrado al conde... ¿Habrá ido por la otra galería?... No es probable, porque hubiera tenido que rodear... Sea como quiera, no está y me hace falta... ¡Vive el cielo!... Hace algunos días que me persiguen las torpezas de los que me son más leales.

Don Fernando volvió a mirar por toda la habitación, y convencido de que allí no había más que perder tiempo, se dirigió hacia la puerta, pero no bien anduvo tres pasos, cuando se detuvo y fijó una mirada de sorpresa y desconfianza en un embozado que estaba en el umbral, inmóvil como una estatua de piedra.

Sintió el infante algún miedo, porque pensó que aquel hombre no podía ser de su servidumbre, ni ningún vasallo fiel, cuando daba tan pocas muestras de respeto.

Hubo algunos instantes de silencio profundo, interrumpido solamente por el eco que hasta allí llegaba de la incesante gritería de los amotinados, y cuando el infante, resuelto a salir de dudas, pensó interpelar al aparecido, éste, sin pronunciar una palabra, avanzó con pasos lentos, volvió a pararse, bajó el embozo de su ancha capa y clavó en don Fernando una mirada penetrante y fascinadora.

—¡El... Trovador!...—murmuró el infante con voz ahogada.

Y antes que pudiese salir de su estupor, lo asió Manrique por el cuello y levantó su puñal a la vez que decía:

—Silencio si queréis vivir, ni un grito, ni una palabra, porque os atravesaré el corazón.

Esta amenaza fue pronunciada con tal acento, que no dudó el infante de que se cumpliría; por lo cual, y pensando que aunque pidiese socorro no podría recibirlo sino después de muerto, permaneció inmóvil y mudo, pero no sin que de sus ojos se escapasen dos centellas que demostraron su rabiosa desesperación.

—Buscaba a doña Leonor—repuso el manco—; pero ya que os encuentro a vos, sois mío.

—¡Traidor!—se atrevió a murmurar don Fernando.

—Mañana os probaré que no lo soy. Ahora, ambicioso usurpador, no olvidéis que la menor demostración para defenderos, que el más leve grito será vuestra sentencia de muerte; todos vuestros miserables servidores están a la otra parte del palacio, y ni pueden oír ni llegar aquí tan pronto como sería menester para que os salvaran: bajar mi brazo y hundiros en el pecho mi puñal es obra de un instante, y no podrán estorbarlo ni aun estando a la puerta.

—Lo sé—contestó el infante, que se sentía medio ahogado, más que por el miedo, por la ira.

—Voy a evitaros una tentación que podría costaros la vida—y despojó al infante de sus armas.

—¿Qué intentáis?

—Sois mi prisionero...

—¡Miserable!...

—¡Silencio!

—Matadme, villano...

—Os mataré si tal preferís a seguirme.

—Habéis perdido la razón...

—Ya os convenceréis de lo contrario.

—¡Seguiréis el dey de Aragón!...

—¿Y por qué no?—replicó tranquilamente Manrique—. Ya os he dicho que sois mi prisionero, y esto no deshonra a un rey.

—Pero si a vos, porque habéis entrado aquí como un asesino, como un ladrón...

—De vos lo aprendí, don Fernando; como un ladrón y como un asesino entrasteis vos en Aragón.

—¡Eso más, vive el cielo!—exclamó el infante.

Y rechinaron sus dientes a impulso de la rabia que en su pecho hervía.

—Sí, eso más, y más aún que os arrojaré al rostro para vuestra mengua.

—Y lo sufro!...

—No podéis hacer otra cosa, y hartos os pesa.

—Puedo morir antes que verme humillado...

—Don Fernando—interrumpió Manrique—, los instantes son preciosos para mí.

—¡No os seguiré!—exclamó el infante, cuyos dientes rechinaron—. Matadme, asesino, matadme...

—Sin duda no me conocéis—replicó el manco a la vez que desplegaba una sonrisa que hizo temblar a don Fernando más que el puñal que veía sobre su pecho.

—Me habéis sorprendido; sois un cobarde...

—Mañana, cuando, lejos de este palacio, no me cerquen millares de enemigos, sin más testigos que Dios, sin más jueces que nuestra conciencia, os daré una espada, sacaré la mía y sabréis si soy cobarde.

—Un duelo con vos!...

—Un duelo conmigo, porque yo puedo ser el adversario de un rey... Bien que mañana no tendréis vasallos, no ceñiréis la corona que habéis usurpado...

—¡Oh!

—Escuchad, don Fernando; escuchad, y oiréis ese rugido terrible parecido al del león cuando despierta herido, semejante al de las olas del mar cuando se levantan hasta el cielo y hacen estremecer a las rocas donde se estrellan; escuchadlo... Es el pueblo, que pide reparación, justicia, venganza; el pueblo, que va a reconquistar su independencia y que dentro de pocas horas habrá sacudido el yugo de un extranjero ambicioso, habrá arrojado de su tierra a esa bandada de vampiros que os siguen y agotan su sangre para volver a Castilla hartos y con los despojos de su rapiña; el pueblo aragonés, grande y noble, que antes de obedecer a sus reyes les obliga a doblar la rodilla ante él y jurarle fidelidad; ese pueblo es el que grita...

—¡Ah!...

—¿Os espanta el eco de sus gritos?... Pues antes de una hora entrará aquí, y para escarmiento de ambiciosos y tiranos colgará vuestra cabeza a la puerta de este palacio o la enviará a Castilla.

Don Fernando, pálido de coraje, aturrido y espantado, no acertaba a pronunciar una sílaba; la herida de su orgullo al verse a merced de un hombre oscuro como el Trovador le hacía sufrir más que si éste le hubiese herido el corazón con su puñal. Empero como su situación era en extremo apurada, porque estaba convencido de que Manrique cumpliría su propósito de llevárselo o de matarlo, se decidió a seguirle antes que dejarse morir, esperando que antes de salir de palacio le favoreciera alguna casualidad, pues no era tampoco empresa fácil el sacarlo sin que nadie lo viese.

—Don Fernando—repuso el Trovador—, no espero más; decidíos.

Y tocó con la punta de su puñal en la túnica de terciopelo azul del infante.

—¿Congue he de entregarme a vos?...

—¡Decidíos, vive el cielo!

—Juradme que respetaréis mi vida.

—Os juro que la respetaré si no intentáis escaparos o gritar.

—No os olvidéis de esta noche...

—No la olvidaré.

—Vamos.

Manrique asió un brazo al infante, y siempre con el puñal levantado dió un paso hacia la puerta, pero se detuvo repentinamente al ver aparecer a un hombre.

Eran don Guillén.

—¡Silencio, o lo mato!—dijo el Trovador al hermano de su dama.

—Bien, don Manrique—replicó el cortesano, que pareció no alterarse—. Hace pocos días nos vimos en igual situación, sin más diferencia que la de ser entonces doña Leonor la que intentabais llevaros, y hoy el rey.

—Pero no será igual el resultado—dijo Manrique—, porque entonces tenía yo que respetar la vida de vuestra hermana, y hoy mataré al que llamáis rey de Aragón.

—Entonces, como ahora, fué mi vida lo que respetasteis, porque doña Leonor es mi hermana, y por eso no mataréis al rey, pues tendríais que matarme también, ni os lo llevaréis, porque para ello tendríais que pasar sobre mi cadáver.

Don Fernando respiró con más libertad; la aparición de don Guillén le dió esperanza de salvarse y aun de vengar la ofensa recibida, pues conocía la astucia del cortesano.

—Probad—dijo Manrique—a pedir socorro. No, porque asesinaríais a su alteza. Por esta vez tendré también que dejaros ir, pero solo, como el otro día.

—¡Paso, don Guillén!

Este sacó la espada.

—Pasad, si podéis—contestó.

—¿Os creéis bastante fuerte para impedirme la salida?

—Creo que si nuestros aceros se cruzan, me mataréis; pero esto es precisamente lo que debe salvar a su alteza.

—Si pensáis que siempre he de respetar vuestra vida, os equivocáis; tal vez delante de vuestra hermana me faltaría el valor para de-

ramar vuestra sangre, pero no estando ella presente...

—También...

—¡Oh!... ¡Mi paciencia se apura!...

—Más que para mí—interrumpió don Guillén tranquilamente—, es para vos urgente el salir de palacio.

—¿Me amenazáis?

—Os recuerdo que vuestra vida está pendiente de una casualidad.

—Nada temo.

—Verdad es, y lo tenéis bien probado: soy justo hasta con mis enemigos.

—¿Creéis que, si fuese necesario, no os mataría para salvarme?

—Sí, me mataríais, y por eso no grito; prefiero que esto se arregle sin sacrificar mi vida, porque quiero gozar viendo cómo se castigan vuestros crímenes.

—¡Cobarde!—replicó desdeñosamente Manrique—. ¡Cómo abusáis de vuestra misma debilidad!...

—Cada cual lucha con las armas que tiene, y esto es muy justo.

—En fin, don Guillén...

—Acabemos, don Manrique. Dejad al rey para que yo os deje salir y esperad otra ocasión de hacerlo prisionero, como yo la esperaré para acabar con vos. Esto es lo que a todos nos conviene.

—¡Dejarlo!...

—Es lo mejor, pensadlo con calma. Si permanecéis aquí estáis perdido; si matáis a su alteza y luego a mí, porque os será forzoso, renunciad a doña Leonor y a vivir, porque ni ella podrá ser vuestra si derramáis mi sangre ni yo dejaré de gritar, pidiendo ayuda, una vez que no me detenga el peligro que amenaza en este momento al rey. Ya veis, pues, que nada adelantaráis. Idos, os repito; pero apenas salgáis, corred, porque entonces gritaré cuanto pueda para que os echen mano.

—Semejante traición...

—Es lo más natural.

Manrique pensó que le era ya imposible llevarse al infante, y perder más tiempo era arriesgar la vida sin provecho alguno. Matar a don Guillén no podía sin renunciar a Leonor, de manera que el mejor partido que podía tomar era el irse; pero esto debía hacerlo con ciertas precauciones.

—¿Os habéis decidido?—le preguntó don Guillén después de algunos momentos.

—Sí—contestó el Trovador.

—¿Os vais?

—Sí, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Pondréis por la parte de fuera la llave de esa puerta y os encerraré; pero os advierto que si mientras salgo hacéis demostración de acometerme o gritáis... ¡vive Dios!... antes que lleguen en vuestra ayuda estaréis a mis pies sin vida.

—¿Y quién nos abrirá luego?

—Ya acudirán a vuestras voces, pero entre tanto saldré.

Don Guillén sacó de la cerradura la llave que estaba por la parte de dentro y la puso en el otro lado.

—¿Qué más?—dijo.

—Separaos de la puerta.

—Antes vos del rey, porque si no, teniendo el paso libre, podéis matarlo y huir, dejándolo encerrado.

—¿Qué ruinmente pensáis!

—Mi ruindad ha salvado a su alteza.

Manrique se apartó del infante, que seguía contemplando aquella escena inmóvil y silencioso, aunque medio ahogado por la rabia.

Don Guillén dejó libre la puerta.

—Ya podéis salir—dijo—. Los vuestros os esperan en la calle pidiendo la cabeza de su rey, pero serán muchas de las suyas las que mañana corte el verdugo, y quizá la vuestra si os detenéis con ellos.

—Y no olvidéis, traidor miserable—dijo entonces don Fernando—que antes perdonaría yo al de Urgel, que me disputa la corona, que a vos.

—Sé que por mi cabeza daríais la mitad del reino que tanto ambicionáis.

—No os habéis equivocado.

—Gracias, don Fernando—replicó Manrique—. Gracias, porque tanto valgo para vos, pues si por pequeño y miserable me tuviérais, me despreciaríais.

—¿Os aborrezco!...

—Espadá tenéis...

—¿Os ciega el orgullo!

—Dentro de media hora, cuando a fuerza de gritos y golpes consigáis que os abran esta puerta, pensad si valéis más que yo.

—¡Oh!... ¡Salid!...

—Os dejo, don Fernando, para que mandéis acuchillar a esos infelices que, sin saber lo que hacen y alucinados por un vil traidor, traidor que a vos os vende y al conde también, gritan sin sospechar que les han tendido un lazo infame. ¡Oh!... Va a derramarse una sangre inocente, la sangre de un pueblo honrado

y noble..., pero caerá sobre vuestra cabeza y Dios os maldecirá.

—¡Villano!—exclamó el infante, que, arrebatado por la ira y sin poder contenerse, dió un paso hacia el Trovador.

—¡Paso!—dijo éste, clavando una mirada irresistible en don Fernando—. ¡Paso, infante de Castilla, a un hijo del pueblo aragonés!

Y salió del aposento, cerrando tras sí la puerta.

—¡Se va!—exclamó don Fernando apretando los puños.

Y lanzándose sobre la puerta comenzó a descargar furiosos golpes, mientras que don Guillén se asomaba a la ventana y gritaba con todas las fuerzas de sus pulmones diciendo que el Trovador estaba dentro del palacio.

Empero ni golpes ni gritos le valieron más que para que acudiesen a abriles; pues nadie pudo dar con el mancebo, que había desaparecido como un fantasma.

Media hora después, dos hombres a caballo se alejaban de la ciudad.

—¡Vive Dios, señor!—exclamaba el uno—. Siempre las mismas contemplaciones, que habrán de ser vuestra perdición. ¡No lo habéis matado!...

—¡Calla, Ruiz!—le contestó el otro—. ¡Por el infierno, calla, que no sé si estoy loco!... ¡Calla y corre!

—¡Siempre callar, siempre correr!

—¡Ruiz!...

—No pensáis que mi pobre yegua no puede más y que me quedará a pie.

—Va a costarte cara esas compasión.

—¡Voto al infierno!

—¿No conoces que estoy desesperado?

Ruiz espoleó a su yegua sin volver a decir una palabra, y ambos siguieron con la velocidad de una centella.

Entre tanto corría en abundancia la sangre por las calles de la ciudad; los amotinados se habían visto repentinamente envueltos por numerosos jinetes y peones y separados en grupos en distintas calles, sin poder socorrerse ni comunicarse, iban sucumbiendo, aunque no sin vender muy caras sus vidas.

A la media noche reinaba en la población un silencio pavoroso, y a la claridad de la luna se veían por todas partes charcos de sangre, cuerpos horriblemente mutilados y armas rotas.

Muchos infelices gemían en oscuros calabozos y esperaban la muerte con el nuevo día, que fué de llanto y luto para los honrados habitantes de Zaragoza.

## CAPITULO XXIV

### La Trova.

Quince días habían pasado desde la noche en que tuvo lugar la escena que acabamos de referir.

Leonor había sido encerrada en el convento de religiosas de Belén, y perdiendo más cada día la esperanza de ver realizados sus sueños de amor, pasaba los días y las noches derramando lágrimas y orando hasta que llegase el último de su vida, que debía ser el de su descanso. Ni lágrimas ni ruegos habían podido ablandar el insensible corazón de don Guillén, ni la protección de la esposa del infante había bastado para aliviar siquiera la suerte de la desdichada joven.

El desprecio, la rivalidad y todos los obstáculos que había encontrado el conde, fueron un incentivo a su pasión, que creció más y más desde que la doncella entró en el convento, y si bien disimuló, aparentando aquellos días renunciar a sus amorosas pretensiones, no dejó de abrigar esperanzas, fundadas en conseguir por medios violentos lo que no había podido alcanzar de otro modo.

Entre tanto Manrique, mientras seguía defendiendo la causa del de Urgel, imaginaba trazas para sacar del convento a Leonor; pero era mucho su atrevimiento y no menos su valor, la empresa más difícil aún, y para llevarla a cabo se necesitaban tiempo y ocasiones que ayudasen. Cada día era más peligrosa la entrada del mancebo en la ciudad; pero si no hubiese tenido otro inconveniente que vencer, no se hubiera detenido su temerario atrevimiento. Las horas le parecían años, y siglos los días; y era tal su tristeza y su desesperación, que sólo hablaba cuando le era absolutamente preciso, y continuamente buscaba la soledad como si el trato con sus amigos le enojase.

Los asuntos públicos seguían en el mismo estado, y tanto el de Urgel como el infante iban aumentando sus fuerzas para destruirse, sin perjuicio de que los amigos de la paz trabajaban entre tanto para que la cuestión se arreglase sin más sacrificios, nombrando un tribunal que examinase los fundamentos del derecho que alegaba a la corona cada uno de los pretendientes y fallase sin apelación.

Habían dado las doce de la noche, y lo mis-

mo que en toda la ciudad, reinaba el silencio más profundo en el convento de Belén.

Dormían las religiosas, y solamente dos luces ardían en el interior del vasto edificio; la de una lámpara de plata que pendía del techo de la iglesia, y otra que esparcía sus resplandores vacilantes en una espaciosa celda cuya ancha ventana, abierta de par en par, daba a la huerta del convento.

Allí vamos a trasladarnos.

Pocas palabras diremos del mueblaje, porque sólo consistía en una mesa de roble con pies torneados, un reclinatorio de nogal tallado con almohadón de terciopelo negro, dos sillones de encina, una modesta cama, una pillilla de agua bendita y un lienzo donde el pintor había representado hábilmente a la Santa Virgen cuando recibió en sus brazos a su Hijo, muerto por el hombre y por salvar al hombre.

Junto a la ventana, y sentada en uno de los sillones, estaba Leonor vestida con el hábito religioso, que nada robaba a su arrebatadora belleza, sino que parecía hacerla más interesante, sin duda porque era mayor el misterio de sus hechizos.

Pálido en extremo estaba el rostro de la infeliz, y aun si decimos que más enflaquecido, no mentiremos.

La dulce, lánguida y trístisima mirada de sus negros ojos se fijaba en el cielo, que como nunca estaba aquella noche puro, transparente y salpicado de estrellas.

Brillaba la luna como un espejo de plata y sus blancuecinos resplandores se esparcían por toda la extensión de la huerta, haciendo que los árboles proyectasen grandes sombras y que las fuentes y los arroyos relumbrasen como si fuesen de líquido cristal.

El calor había sido aquel día sofocante; pero el céfiro leve, muy leve, que corría, era fresco y acariciaba las flores, llevándose su aroma, para ir luego a rozar, con sus alas invisibles ya perfumadas, la frente pálida y ardorosa de Leonor.

En medio del silencio de aquella tranquila noche se oía desde la celda el monótono murmullo de las fuentes, que parecían hablar un misterioso lenguaje; y de vez en cuando, de entre lo más frondoso de la copa de un nogal, se escapaban los trinos alegres del enamorado ruiseñor, que pedía a la noche silencio para sus cantares y a las flores hojas para su nido, y publicaba su amor y contaba sus celos a la luna.

Los juguetones arroyos lamían la menuda arena de sus orillas y el tronco de las acacias y rosales, mientras que el enamorado y triste lirio refrescaba en las trenzas de su corriente los ardores de su pasión, y sobre sus cristales se inclinaba lánguidamente la azucena para contemplar su blancura y extender sus hojas llenas de vanidad.

Todo parecía escucharlo atentamente Leonor.

Su boca entreabierta aspiraba el ambiente puro y consolador de aquella noche.

Contemplaba extasiada el cielo con tanto afán como si a través del azulado horizonte viese a su tierna madre, por sus desdicha perdida, y le pidiese fuerzas y consuelo.

Aquel silencio, aquella quietud habían arrancado momentos antes una lágrima a los ojos de la doncella, le habían hecho sentir una triste languidez, pero la intensidad de sus agudos dolores se había calmado, y pensando en Dios y en Manrique y recordando las caricias de su madre sintió algún consuelo, aunque leve. Las almas doloridas suelen encontrar alivio a sus penas con el recuerdo de sus mismos dolores.

Si el canto del ruiseñor recordaba a Leonor sus amores y se teñían sus mejillas de púrpura, refrescaba el soplo del céfiro su abrasada frente; latía otra vez con lentitud su corazón, agitado algunos instantes, y luego, el no interrumpido murmullo de las aguas le hacía languidecer, se entristecía, y sus ojos húmedos por una gota del rocío del corazón, miraban al cielo con la expresión más dulce y conmovedora.

¡Cuántas emociones opuestas sintió su espíritu! ¡Cuántos recuerdos distintos se agolparon a su mente!

Por eso, unas veces se dilataba su boca para sonreír, otras se contraía en tersa y blanca frente, y ya se agitaba su pecho, su cuerpo se estremecía convulsivamente, encendíanse sus pupilas o en sus largas y negras pestañas oscilaba una cristalina perla que iba a caer en el blanco sayal.

Manrique, su madre, el conde, don Guillén se sucedían alternativamente en su memoria con todos sus recuerdos de amor, de dicha, de dolor, de sangre, ya como fantasmas horribles, ya como ángeles de pura faz, consoladora y risueña.

¡Cuántas noches como aquella, y mientras que la joven contemplaba el cielo y se derramaban sobre su cabellera los resplandores de la luna y el embalsamado céfiro acariciaba su rostro, había llegado a sus oídos el amoroso

canto de Manrique, haciéndole sentir la más dulce, la más grata de las sensaciones!

Empero habían pasado aquellos días, quizá para no volver, y la noche no tenía para la infeliz más encantos que el de su quietud y su silencio.

Sus brazos se habían abierto muchas veces para estrechar contra su pecho, palpitante de amor, a Manrique, y sin más testigos que Dios, la luna y las flores, jurarse amor eterno y embriagarse con el amor que llevaban sus miradas y su aliento.

Entonces no fatigaban las vigiliass, era un goce el insomnio y un incentivo los temores, pero después eran las lentas horas un tormento, como tormentos eran la falta de reposo y los temores de un porvenir horrible.

Ya no había trovas ni cadenciosos sonos, nada grato como no fuesen los trinos del ruiseñor, y aun éstos eran muchas veces contestados por el lúgubre y fatídico canto de la lechuza.

Porque las noches de estío, silenciosas y de ambiente perfumado, tienen también sus ruidos amedrentadores, y sus ecos lúgubres, que infunden pavorosa superstición, tienen sus estrellas que sonríen, pero también los fantasmas de sus sombras que espantan.

Sin embargo, aquella noche no había cantado la lechuza en los altos chapiteles, ni junto a la ventana había querido aletear ningún murciélago.

Después de largo rato de inmovilidad, Leonor exhaló un suspiro tierno, amoroso y lánguido, y con leve acento murmuró:

—¡Manrique!

Volvió a quedar silenciosa; otro suspiro dejó escapar su pecho, y añadió:

—Manrique, en esta soledad, en medio de este silencio precursor del de la tumba, van pasando las tristes horas de mi amarga existencia, sin más consuelo que el de tu memoria. Pronto acabará mi vida, presiento la muerte que se acerca y levanta su helada mano para ponerla sobre mi corazón, pero el último de mis alientos llevará todo el fuego de mi amor, y al agitarse en la agonía mis labios, pronunciarán tu nombre, Manrique, tu nombre querido, porque la tiranía de los hombres no es bastante para estorbármelo. Empero, ¡oh!..., que yo te vea una vez antes de morir; que una sola vez siquiera escuche tu voz y conmueva mi alma dolorida antes que abandone mi cuerpo y vuele a los pies de Dios. ¡Cuánto te amo, Manrique!

La desdichada se pasó las manos por la frente, que se le abrasaba en aquellos momentos.

Oyóse un trino del ruiseñor, y luego, suave, armonioso, grato como el de un arpa celestial, resonó un preludio que pareció herir las más delicadas fibras del corazón de la joven según palpité con violencia extremada.

—¡Oh!—exclamó, sin poder articular una sílaba más.

Y oprimiéndose el pecho, dejó su descuidada postura y se inclinó hacia adelante para oír mejor.

Sus mejillas, antes pálidas, enrojecieron.

Sus ojos, antes apagados y de mirada triste, brillaron más que las estrellas.

¡Eran aquellos sonos de la cítara de Manrique?

Sin duda, porque de otro modo no hubiesen conmovido a Leonor, no hubiesen respondido a su llamamiento.

Los arroyos y las fuentes interrumpieron su curso y su ruido manso como para escuchar también los sonos del armonioso instrumento, y si el ruiseñor suspendió su canto fué sin duda por vergüenza o por envidia.

Los ecos vibradores de la cítara fueron remontándose en el espacio, esparciéndose, perdiéndose, para ser sustituidos por otros y luego ir en alas del céfiro hasta Leonor, que, como impulsada por un oculto resorte, iba levantándose lentamente, con las manos sobre el pecho, húmedas y encendidas las pupilas y entreabiertos los labios.

¡Cómo palpité su corazón!

¡Qué sensaciones tan dulces le hicieron sentir los sonos acordados de la cítara!

¡Cuántos recuerdos de amor conmovieron su alma sensible!

Moviéronse los labios de la doncella, exhaló un suspiro y con acento, por lo grato y dulcísimo, rival de los armoniosos acordes, dijo:

—¡Tranquilas noches de más felices días que va pasaron!... Volved, volved con vuestro misterio, con vuestro amor, con vuestras canciones... ¡Manrique!...

Y quedó otra vez silenciosa porque no podía expresar con palabras lo que sentía.

Entonces, como para responder a Leonor, a los sonidos de las vibradoras cuerdas, mezclóse el de la voz de Manrique, que con acento lánguido, conmovedor, entonó el romance

más tierno y amoroso que ha escuchado nunca hermosa doncella.

—¡Es él!—exclamó Leonor con una alegría que no podemos describir—. ¡Es él!... ¡No me engaño mi corazón!... ¡Es él!... ¡Manrique!...

Y se oprimió más y más el pecho porque se le abrasaba.

Y palpité su corazón con tal violencia, que parecía que iba a romperse en mil pedazos.

Y por sus venas circuló fuego. Y se entreabrieron más sus labios, temblorosos; ardientes y como si fuesen a dar o a recibir un beso de los ecos armoniosos que tanto la conmovían.

El delirio de la pasión había trastornado su cabeza.

Sus pupilas, húmedas y relucientes, se revolían con lentitud, sin acertar a fijar sus lánguidas miradas.

—¡Manrique mío!—exclamó con voz ahogada.

Se contrajeron sus miembros, se dilataron después con febril energía y se pasó las manos por la frente y los ojos como si quisiese ver con más claridad alguna celeste aparición. Cesó el canto y la música.

Los últimos ecos fueron alejándose.

Apenas se percibieron...

Silencio, otra vez el silencio más profundo.

Repentinamente, impulsada por un estremecimiento nervioso, Leonor se lanzó a la puerta de la celda y salió, perdiéndose entre las tinieblas amedrentadoras de una galería en cuya bóveda se repitió el eco de sus precipitados pasos.

Como si hubiese llevado luz, caminó con ligereza, dejando atrás aposentos, escaleras y patios, y llegó a la huerta, segura de encontrar al Trovador, porque éste había dicho en la última estrofa de su canción:

"No ha roto la dura ausencia,  
de amor nuestros dulces lazos;  
ven, que te esperan mis brazos,  
te llama mi corazón."

No podía haber duda a la doncella de que el atrevido mancebo había escalado la tapia, y como la ocasión de huir no podía ser más oportuna, porque las monjas dormían profundamente, creyó llegada la hora de su felicidad.

El ruiseñor había vuelto a entonar su canto y los arroyos y las fuentes a susurrar.

La luna seguía derramando sus reflejos. ¡Qué hermosa le pareció aquella noche a Leonor, qué consoladora su frescura, qué agradable el céfiro!...

Aspiró con avidez el ambiente, con tanta avidez como se aspira el aire de la libertad.

Apenas sus pasos leves dejaban huella en la mullida hierba.

—¡Manrique!—murmuraba—. ¡Voy a verme entre tus brazos, lejos de los que han querido sacrificar mi corazón!

En aquellos momentos calló el ruiseñor, y luego hendió los aires el eco lúgubre del canto de la lechuza.

Leonor se estremeció, y muy trabajosamente pudo contener un grito de espanto; pero, recobrada en seguida, dijo:

—¡Supersticiones vanas!... ¡Qué debo temer? Todo me sonríe, las flores, los arroyos, el cielo, la luna...

Pero se detuvo al fijar la mirada en el astro de la noche, porque vió junto a su nacarado disco una nubecilla negra.

—¡Oh!—murmuró—. Es la misma que me enseñó la gitana... Pero allí está Manrique—añadió extendiendo un brazo—; allí está y nada me arredra.

Entonces, con más velocidad que antes, siguió por una calle de copudos manzanos y rosales frondosos, cuya espesura apenas dejaba penetrar algún otro destello de la luna.

Cuando llegó al final se detuvo como para pensar cuál seguiría de otras dos calles que se le presentaron.

—Por aquella parte—dijo, señalando a la derecha—se oía la música, y tal vez por el mismo sitio haya entrado.

Tomó en la dirección indicada y luego volvió a pararse y a escuchar.

—No me engaño—murmuró—; es él... sus pasos...

Y fijando la mirada en un cercano grupo de adelfas, le pareció ver una sombra que se había movido.

—Allí está... Algunos pasos más y sentiré latir su corazón sobre el mío... ¡Manrique!

La desdichada se había olvidado de la lechuza y de la nube, y se lanzó presurosa hacia las adelfas.

Un bulto se destacó de entre los floridos arbustos.

Leonor abrió los brazos para recibir a su amante, pero de pronto exhaló un grito agudo, retrocedió algunos pasos poseída del espanto más horrible, y quedó inmóvil, muda y sin aliento, con los ojos tan abiertos como si fue-

sen a salirse de sus órbitas, y con la mirada fija.

Había reconocido a la abadesa.

Esta contempló friamente a la joven por algunos instantes, y luego, con voz tranquila y acento pausado, dijo:

—Hermana, se acerca la hora de maitines. Leonor se oprimió el pecho, y sus crispadas manos desgarraron el sayal con fuerza y además convulsivo.

—¡Huye, Manrique!—gritó.

Y sin poder articular una sílaba más, vaciló su cuerpo y cayó pesadamente sobre la hierba, antes que pudiera acudir en su ayuda la superiora.

—¡Infeliz!—murmuró ésta mientras levantaba en sus brazos a Leonor—. ¡Cuánto padece!... ¡Ah!...

Y aunque con gran trabajo, sin llamar a nadie, se llevó a la doncella.

Entre tanto, Manrique, que efectivamente había escalado la tapia, se dirigía también hacia el grupo de adelfas, y aunque oyó el grito de Leonor, comprendiendo que había sido sorprendida, no huyó, sino que, por el contrario, ciego de cólera y desesperado, avanzó con más rapidez para socorrer a su amada, sin pensar que nada podría hacer sino arriesgar la vida. Pero estaba loco en aquellos momentos, y en vano se hubiera intentado hacerle reflexionar.

—¡Vive Dios!—decía el mancebo, mientras asia convulsivamente el mango de su puñal y de sus ojos se escapaban centellas—. ¡Vive Dios, que he de quedar aquí muerto o salir con ella!

Empero, de nada le sirvió su arrojío.

En pocos momentos recorrió toda la huerta sin encontrar a Leonor, que ya estaba en su lecho y rodeada de algunas religiosas que le prestaban toda clase de auxilios.

—¡Negro destino!—exclamó el doncel—.

—¡Maldecida estrella la mía!... ¡Y no tengo un enemigo con quien luchar, no me persiguen ni me buscan!... ¡Aquí estoy!—gritó—. ¡Aquí está el Trovador a quien odiáis; venid, cobardes, menguados; venid, si corazones de hombres alientan vuestros pechos!... ¡Don Guillén, don Nuño, don Fernando!

El eco de su voz, enronquecida por el coraje, se perdió entre la arboleda, y sólo contestó el ruiseñor con un trino y los arroyos con su murmullo.

—¡Nadie responde! ¡Nadie!—exclamó el desesperado mancebo—. ¡Nadie acude!... ¡Oh!... Quizá no me escuchen más que débiles y tímidas mujeres... ¡Tengo que irme sin Leonor!

Sonó entonces un silbido en la calle.

—¡Ruiz me llama—repuso el Trovador.

Y como ya no tenía esperanza de ver a la doncella, corrió a la tapia, trepóla con el auxilio de la escala que le había servido para entrar, y saltó ligeramente al lado de su escudero.

—¿Por qué me llamas?

—¿Veis aquellos dos bultos?—respondió el sirviente, señalando al extremo de la calle.

—Sí.

—Pues son dos hombres que hace buen rato pasan y repasan; me miran y observan con disimulo.

—¿Y tenías miedo?

—¡Voto a Satanás!... Lo que he tenido ha sido más paciencia de la que acostumbro; pero armar un escándalo mientras estábais dentro, hubiera sido comprometer vuestra vida y la honra de doña Leonor.

—¿Entonces por qué me has llamado?

—Creei que como tardábais era porque no habríais conseguido ver a vuestra dama, y en tal caso, para no hacer nada, valía más que nos fuésemos.

—¿Y no hemos de quitar de en medio esos estorbos?

—Poco trabajo nos costará; sacad la espada y vamos a ellos.

—Sí; necesito desahogar mi coraje.

—Pero tened en cuenta que puede ser el uno don Guillén; esto no me importa, porque tengo ganas de aplastarlo; pero como vos queréis respetar su vida por razones que yo no estimo en nada...

—Basta, Ruiz.

—¡Vive Dios!

—Vámonos por el lado opuesto...

—Vamos, señor.

—Si nos siguen...

—Entonces no hay que tener miramientos sino dar buenas cuchilladas aunque sea don Guillén.

—Si es él, no se atreverá a acercarse como no tenga escondida más gente que le ayude; pero si es el conde, no nos dejará ir sin acometernos.

—Le habrán quedado ganas de probar su brazo con el vuestro?

—Es valiente.

—Pues Dios o el diablo me lo pongan delante.

—No será tanta mi fortuna.

—Y hablando de otra cosa, señor... Pero advierto que perdemos tiempo...

# Revista literaria

## NOVELAS Y CUENTOS

PUBLICACION SEMANAL

Año XXI.—Núm. 928.—Domingo, 20 febrero 1949

## El barataka calculador

(Apólogo indio.)

Un maestro que vele por su prosperidad no debe admitir ningún discípulo tonto. Porque éste se burlará de él y le engañará, conforme ocurrió con el comedor de pasteles.

En el pueblo de Kateraka vivía un barataka llamado Luntaka, el cual tenía un discípulo llamado Kutaka, que era tan tonto como tragón. Un día Kutaka, con ocasión de una fiesta, había recibido como limosna treinta y dos pasteles. Mientras volvía a casa, le acometió por el camino el hambre, y pensó: "De estos pasteles, mi maestro me dará la mitad, que me corresponde. Por tanto, puedo comerme, desde luego, mi mitad." Y se comió dieciséis pasteles. Luego siguió razonando de esta suerte: "Ahora me dará la mitad de los que restan. Voy a comerme al punto mi mitad, que son ocho pasteles." Se comió los ocho pasteles, y así continuó hasta que no le quedó más que medio pastel, que entregó a su maestro. El maestro le dijo: "Pero ¿qué es esto? ¿Nuestro hijo espiritual no te ha dado más que medio pastel, o es que te has comido tú el trozo que falta?" El discípulo respondió: "Tu hijo espiritual te es afecto, y por eso me ha dado treinta y dos pasteles; pero yo me los he comido." El maestro preguntó: "¿Cómo has hecho eso?" Entonces el discípulo, en presencia del mismo maestro, se tragó la última mitad, y dijo: "¡Así es como lo he hecho!" En cuanto al maestro, no pudo saciar su hambre. Al saber esto, las gentes se asombraron.

## Rosas del Perú

CONCHA ESPINA

Rosas trajeron las naves  
una mañana de albur,  
para izarlas en el suelo  
debajo de un cielo azul.

No fueron de Alejandría  
ni fueron de Jericó;  
eran aroma y delicia  
de mi jardín español.

Preguntad a la leyenda  
quién trajo al Perú la rosa,  
quién alumbró sus colores  
en vilo sobre las olas.

No el valiente capitán,  
ni el soldado ni el marqués;  
quizá la mano graciosa  
y fina de una mujer...

## Notas literarias

A Langston Hughes, novelista norteamericano de color, autor del libro *Grandes profundidades*, pertenece la siguiente definición:

"El deber no es lo que nos gusta hacer, sino lo que nos gusta haber hecho."

El famoso inglés Clarke vivió muchos años en la mayor pobreza, con una pasión exagerada por los libros, pero sin dinero para comprarlos y sin amigos que se los prestasen.

Cierta día, habiendo enviado a pedir un libro a un amigo suyo, éste le contestó:

—El libro que me pedis no sale de mi domicilio; pero si queréis leerlo, podéis venir a él, seguro de que seréis bien recibido.

Poco tiempo después, estando los dos amigos en el campo, envió el amigo del libro a decir a Clarke que le prestase el fuelle de su cocina, porque se había extraviado el suyo y no podía encender la chimenea.

Clarke contestó:

—El fuelle que me pedís no sale de mi casa; pero podréis estar soplando en ella, si queréis venir, todo el día, seguro de que seréis bien recibido.

\*\*\*

Cuando la revista *Ziegfeld Folies* estaba en pleno apogeo, Florenz Ziegfeld encontró en la calle a un viejo amigo, comerciante de pueblo, que acababa de llegar a Nueva York. En honor a su amigo le llevó a un ensayo, desfilando ante sus ojos todas las muchachas del espectáculo. El paleta las miraba atentamente y exclamaba:

—¡Bah!

Ziegfeld, bastante molesto ante la despectiva actitud de su amigo, acabó por exclamar:

—Realmente, no te comprendo. Estás contemplando a las mujeres más bonitas de América, vestidas con trajes en extremo ligeros, y todo lo que se te ocurre decir es: "¡Bah!" ¿Acaso no te gustan?

—Al lanzar esa exclamación no pienso en tus chicas —replicó tristemente el comerciante—. ¡Es que me acuerdo de mi mujer!

## Ibamos diciendo...

No hay dos especies de animales que tengan los ojos de la misma manera. El órgano de la visión se adapta en todos los casos a las necesidades propias de cada uno. Los ojos de los animales carnívoros están más cerca uno del otro que los de aquellos que se alimentan de vegetales. Esto se debe, probablemente, al hábito que tienen aquéllos de concentrar la mirada antes de arrojarla sobre la presa. Los ojos en la especie humana están más unidos que en cualquier otro animal de los que se alimentan de carne.

\*\*\*

En el observatorio magnético del Servicio norteamericano de Vigilancia de Costas y Geodesia, en Alaska, la temperatura del aire está controlada de tal forma, que nunca varía más de tres grados Fahrenheit, aunque la temperatura exterior varíe noventa y dos grados.

\*\*\*

Un soldado americano, que visitaba por primera vez Inglaterra, fué interrogado acerca de su opinión sobre el clima de su nueva residencia.

—¡Inglaterra goza durante todo el verano del más delicioso clima de invierno que pueda desearse!

## Pensamientos

"No hay cosa que más presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas que la misma vanidad puesta en lenguas de la adulación."—*Cervantes*.

\*\*\*

"Cuando leo por vez primera un buen libro, tengo el mismo placer que si contrajese una nueva amistad; cuando le vuelvo a leer, es un antiguo amigo que voy a visitar."—*Voltaire*.

\*\*\*

"Un tonto tiene siempre bastante talento para ser malvado."—*Franklin*.

\*\*\*

"Las lecciones de los libros muchas veces hacen más cierta experiencia de las cosas, que no la tienen los mismos que las han visto, a causa que el que lee con atención repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella no repara en nada; y con esto, excede la lección a la vista."—*Cervantes*.

\*\*\*

"Las heridas de la calumnia se cierran, pero siempre queda la cicatriz."—*Reugesen*.

—Es verdad, vamos.

Manrique y su escudero se alejaron por la derecha, mientras que los dos bultos permanecieron inmóviles por algunos instantes, y luego se acercaron a la tapia.

—¿Estás seguro de que eran dos?—preguntó uno de los emboscados.

—Señor—contestó el otro—, tan seguro como de que vos sois el señor de Artal.

—Yo también; pero antes no había más que uno.

—Parece que la tierra ha vomitado al otro, porque no se le ha visto entrar en la calle.

—La verdad debe ser, Jimeno, que haya salido de la huerta sin que nosotros lo veamos por la sombra que esos nogales hacen por la parte de adentro y la tapia por aquí.

—Tal creo.

—Ya oistes aquel silbo...

—Era una señal, porque en seguida apareció el otro como un fantasma.

—¿Vive el cielo!... Hemos dejado pasar una buena ocasión.

—Señor, me parece que hubiera sido una temeridad acometerles.

—¿En tan poco me tienes?

—Dios me libre de pensamiento tan ruin: pero debéis pensar que ellos vendrían prevenidos con buenas cotas y armas, como lo prueba el bonete de acero que tenía el que estaba aquí parado, y que vos, sin más defensa que vuestro jubón de terciopelo y vuestra gorra, hubierais sido víctima de vuestro arrojo: si acertábais una cuchillada a vuestro contrario, ningún daño le hacíais, mientras que una suya os hubiese herido mortalmente. Y esto, señor, sin contar con que de poco sirve el deseo y el valor sin la fuerzas, y vos estáis aún débil.

—Tienes razón, Jimeno.

—Sirvaos de gobierno lo que hemos visto, y para otra vez...

—No dejaré de venir una sola noche.

—Don Guillén puede ayudarnos...

—Al contrario, es preciso evitar que sepa lo que sucede, porque de otro modo haría que guardasen mejor a su hermana y desbarataría mis proyectos.

—Muy difícil es lo que intentáis, señor.

—¿Qué no haré por conseguir mi deseo? Tengo gentes que me sirven, y oro, y soy el conde de Luna...

—¿Y todo por una mujer!...

—Todo por ella, Jimeno, todo por Leonor... ¡Ah!... Cada día es más ardiente mi pasión...

—Pero, señor, hay tantas damas hermosas en la corte, que no merece la pena...

—Siempre lo mismo.

—Y nadie me convencerá de lo contrario: las mujeres son nuestra perdición.

Mientras esto hablaban el de Luna y su escudero, Manrique y Ruiz se alejaban diciendo:

—Ruiz, eres muy hablador.

—Ya lo sé; pero eso no quiere decir nada en contra de mis razones.

—¿Qué crees que debe hacerse?

—Por de pronto, que no volváis a cantar junto a la tapia, porque no se consigue más que llamar la atención, y alguna noche nos va a costar muy cara la música.

—¿Y cómo avisar a Leonor?

—Se buscan otros medios.

—¿Cuáles?

—Os he rogado que dejéis a mi cuidado este asunto.

—Mucho presumes de ladino.

—Yo no corro peligro viniendo a Zaragoza, porque nadie me conoce, y mucha desgracia será que no encuentre medios para introducirme en el convento o hacer llegar a doña Leonor un aviso, recibiendo su contestación y quedando acordados cómo y de qué manera os habéis de ver.

—Bien está eso, Ruiz; pero quisiera yo antes saber cuál es tu plan, no sea que de buena fe cometáis una torpeza que nos ponga en peor situación de la que estamos.

—Peor no puede ser: ella, encerrada; vos, perseguido... ¿Qué más ha de suceder?

—Pero tu plan...

—No lo tengo, señor.

—¿Entonces...?

—He pensado solamente que a fuerza de acechar encontraré ocasión.

—¿Y si encuentras la muerte?

—Se aleja mucho de nosotros a ninguna hora?

—Mañana me iré solo—dijo el Trovador después de meditar algunos instantes.

—Perdonadme, señor; pero quiero acompañaros y volveré cuando estéis con los nuestros.

—Te vas acostumbrando a disponer.

—Sabéis que puede peligrar vuestra vida, y aunque poco valgo...

—Vendrás.

—¿Dejaros solo entre enemigos!... ¡Vive Dios!

—¿Cuánto diera por encontrarlos esta noche!

Amo y criado quedaron silenciosos y siguie-

ron su camino sin que se oyese otra cosa que el ruido sordo de sus pasos y el de la respiración agitada de Manrique, cuya desesperación no se calmaba.

## CAPITULO XXV

### Buenas trazas de Ruiz.

El escudero de Manrique volvió a Zaragoza después de dejar a su amo cerca de Murviello, y lo primero que hizo fue dirigirse al convento, contar puertas y ventanas, entrar en la iglesia y examinar hasta el último rincón; pero nada vió que le diese alguna idea para cumplir su empeño, y arrojándose, fingió que rezaba fervorosamente, aunque se ocupó en meditar sobre los medios de que podría valerse en aquel lance.

Cerca de media hora pasó de aquel modo, sin conseguir más que calentarse la cabeza, y convencido de que si no almorzaba bien y se bebía una botella, de nada le serviría cavilar, salió del templo, mientras decía para sí:

—Está visto: sin remojar el tragadero y fortalecer el estómago soy hombre perdido, y no comprendo cómo mi señor es más astuto cuanto menos come. En fin, a cada cual le ha hecho Dios de su manera: don Manrique piensa para beber y yo bebo para pensar, es decir, que somos enteramente distintos, y por eso será el no haber yo podido salir de mí triste y pobre condición de escudero de un más triste y pobre hidalgo, mientras que él lleva camino de ser un señor, tal vez conde y rico, si es que los tales amores no son causa de que pierda el pellejo.

Tan embetido iba el buen escudero en sus reflexiones, que no vió a una mujer cubierta con un largo y negro manto que se le puso delante, y que al estorcarle el paso, le dijo:

—¿Cuánto me alegro encontraros!

—¡Calla!—exclamó el escudero, al reconocer a la antigua dueña de Leonor—. Por los cuernos de Satanás!... ¿Qué es de vuestra vida, señora Aldonza?

—¿Acaso ignoráis lo que sucede?

—Sé que doña Leonor está en el convento, y supongo que don Guillén os despediría.

—¿Y don Manrique?

—Loco de amor, como siempre; desesperado y sin saber cómo sacar de su encierro a vuestra señora.

—Es casi imposible.

—Pero es preciso, porque de otro modo se morirá de tristeza o de rabia.

—La vigilan mucho.

—Es consiguiente.

—Y el sacarla...

—Es muy peligroso, ¡vive Dios!; pero ya sabéis que a don Manrique nada le arredra. Hace pocas noches tuvo el atrevimiento de ponerse a cantar al pie de la tapia de la huerta.

—¿Dios mío!

—Y luego entrar ni más ni menos que lo hacía en palacio.

—Oh!—exclamó, temblando, Aldonza.

—Y faltó muy poco...

—¿Para que le sorprendiesen?

—Sí.

—Fué una locura.

—Pero la sorprendida fué doña Leonor, que al oír la música bajó a la huerta, y don Manrique tuvo que volverse sin adelantar nada.

—Sin pensar que las monjas debían oírle...

—¿Qué queréis: es una manía; cuando está alegre, canta para alegrarse más, lo cual se comprende, y cuando está triste, también, porque, según dice, desahoga la pena.

—¿Y está en Zaragoza todavía?

—Nos fuimos, y yo he vuelto para ver si soy más afortunado callando que él cantando.

—¿Qué pensáis hacer?

—¿Puedo contar con vuestra ayuda?

—No debierais preguntármelo; ya sabéis cuánto amo a mi señora, y si es preciso daré la vida por ella.

—Lo creo, porque tenéis bien probada vuestra lealtad.

—Disponed de mí.

—Lo primero ha de ser que hablemos despacio, porque el asunto es serio.

—Comenzad.

—Este sitio no me parece el mejor...

—Venid a mi casa.

—¿No servís a nadie?

—No; la generosidad de mi señora me permite vivir independientemente, aunque con estrechez, y quiero acabar mi vida tranquilamente.

—Me alegro, porque así estáis más libre para obrar.

—Vivo con una parienta viuda, pero no me estorba para nada su compañía.

—Pues deo para más tarde la comida y os sigo.

—Poco tenemos que andar.

—Id delante: no hay para qué nos vean juntos.

Delante Aldonza y detrás Ruiz, anduvieron dos o tres calles, entrando luego en una casa de pobre apariencia.

—Estáis bien alojada, señora Aldonza—dijo el escudero, sentándose en uno de los taburetes que había en la modesta habitación—. Si yo no tuviera las obligaciones que tengo con don Manrique y se acabara la guerra, os ofrecería mi mano; y aun así lo haré si nuestros amos llegan a casarse, porque vos volveréis con doña Leonor. Y tened presente que almorzoco con toda mi alma a las dueñas; pero como vos no tenéis de tal más que el nombre...

—Dejad los requiebros para otra ocasión y ocupémonos de lo que importa.

—Bien; como os plazca, que tiempo queda de que yo os demuestre lo que os estimo.

—¿Y qué os ha mandado hacer don Manrique?

—Nada; por esta vez me ha dejado en completa libertad de obrar a mi antojo.

—Pero ¿qué desea por de pronto?

—Ponerse en comunicación con vuestra señora para combinar mejor su fuga, pues sin que ella esté prevenida no será posible.

—Yo he intentado verla y no me lo han permitido.

—No parece sino que está presa.

—Mucho peor: he podido averiguar algo, y sé que la vigilan día y noche, porque creen que don Manrique puede llevarse la por arte del diablo.

—¿Vive Dios!... ¿Y no habrá medio de que llegue a sus manos una carta?

—Lo dudo.

—Pues ello es preciso, y para el caso me la dió don Manrique, pues yo no sé escribir.

—No sé cómo ha de hacerse.

—¿Voto a Satanás! —exclamó Ruiz—. ¿Creeréis que soy tan duro de mollera que en dos días que hace que no pienso en otra cosa, no se me ha ocurrido una idea que valga un camino?

—Si llevamos la carta la recibirán; pero antes de entregarla a doña Leonor la leerá la abadesa, según es costumbre en los conventos, y aunque mi señora no es monja, como está tan vigilada...

—Y mucho más desde la otra noche.

—Dejadme meditar algunos momentos—repuso la dueña.

—Decidme antes una cosa.

—¿Qué?

—¿Va don Guillén a ver a su hermana?

—Ni una sola vez la ha visitado desde que está en el convento.

—¿Le escribe?

—Tampoco.

—¿Pero?...

—Si doña Leonor necesita algo lo manda pedir a don Guillén o le escribe.

—Me llama la atención que sepáis tanto.

—He podido averiguar...—repuso Aldonza, poniéndose colorada.

—Amiga mía—replicó el escudero—, me parece que me estáis engañando, y ya veis que cuando se trata de la felicidad, de la vida de doña Leonor y don Manrique...

—¿Que os engaño!

—Sí, señora Aldonza. Decís que habéis podido averiguar, y esto significa que conocéis a alguna persona que puede favorecerme.

—Conozco...; es verdad—balbuceó la dueña—; pero...

—Pero es menester que habléis con claridad—interrumpió Ruiz—. ¿Voto a cien mil legiones de demonios! ¿Me habré equivocado, señora Aldonza? ¿Será posible que yo me haya equivocado y de tenerez por una mujer agradecida y de buen corazón y no por una dueña?

—Poco a poco; amigo Ruiz...

—¿Con que tenéis amistad con quien entra en el convento y no habéis hecho otra cosa más que satisfacer vuestra curiosidad preguntando lo que sucede a doña Leonor?...

—¿Por los bigotes de San Pedro y las barbas de Satanás!

—¿Qué estáis diciendo? ¿Os habéis vuelto loco?

—Explicad, si no...

—Cuando me dejéis hablar—repuso Aldonza, algo picado—. Pero antes os advierto que de nada tengo que acusarme, y si os doy satisfacción, no es porque me importe el concepto bueno o malo que de mí podáis formar, sino por lo que interesa a mi señora.

—Perdonad, que no he querido ofenderos...

—Medid bien vuestras palabras...

—Vamos al grano.

—Es lo más conveniente.

—Ya os escucho.

—Si nada he hecho por doña Leonor ha sido porque nada tenía que hacer; me interesa su salud y saber cómo la tratan, y he averiguado. Yo no podía sacarla del convento ni tenía

ninguna noticia que darle de don Manrique, y, por consiguiente, no he debido ir más lejos de lo que os he dicho.

—Pero habéis tenido medio de averiguar mucho.

—Eso prueba, o que tengo habilidad...

—O que contáis con alguna persona...

—Exactamente.

—¿Y por qué me habéis dicho que no tenéis medio de hacer llegar la carta a doña Leonor?

—Os dije que me dejáseis meditar, porque me inclino a creer que esa persona no quería servirme hasta tal punto, temiendo comprometerse.

—¿Y vos tampoco os atrevéis a proponérselo?

—Sí.

—De manera que hay una persona en el convento...

—O fuera de él, que esto no os importa.

—Mucho, porque tendré que dar noticia a mi señor, a menos que le diga que habéis sido reservada hasta el extremo de...

—Reservada con don Manrique!

—Pues no sé qué otra cosa significa el callar el nombre de quien ha de favorecer nuestros planes.

—Señor escudero, bien dice vuestro amo que sois muy hablador...

—Es ya un vicio que tiene el decirlo así; pero esto nada importa; ocupémonos de doña Leonor.

—Vuestra impaciencia y falta de respeto han conseguido aturdirme.

—Vuelvo a pedir os perdón...

—La persona de quien hablo es un escudero de don Guillén...

—Entiendo—dijo maliciosamente Ruiz—. Estoy seguro de que nada os negará... No soy celoso.

—Pero sí muy impertinente.

—Gracias.

—El escudero de que os hablo es el encargado de ir al convento para ver a doña Leonor y preguntarle si algo le ocurre.

—¿Qué más podemos desear? ¿Ira del diablo!... El llevará la carta, y otras muchas, y traerá la contestación.

—Lo dudo.

—Amenazadle.

—¿Que le amenace!...

—Sí; con no volver a mirarle, con casaros conmigo...

—Dejaos de chanzas...

—Y ese mozo favorecido por la fortuna, que se ha enamorado como yo, de vuestros ahorros...

—Que sois muy hablador.

—Pero digo cada verdad como un templo.

—Os he dicho que no es el caso para chanzas...

—Pues dejándolas a un lado, os entregaré la carta y de la noche volveré por la respuesta.

—Os de prisas camináis.

—¿Os parece demasiado pronto?

—Demasiado tarde para mi deseo; pero tal vez, aunque él quiera no pueda hoy mismo...

Sin embargo, volved a la noche, que nada perderéis.

—No tengo otra cosa de qué ocuparme.

Ruiz sacó un pergamino cuidadosamente doblado y lo entregó a la dueña.

—Esa es la carta—dijo.

—Pues que el cielo os guarde.

—¿Me despedís?

—Tengo que ver al escudero y vos que almorzar.

—Si vuestros ahorros no son para mí, servirán para don Manrique, porque serán la causa de...

—Que el tiempo vuela—interrumpió Aldonza.

El escudero salió de la casa, frotándose las manos de contento y murmurando algunos juramentos y maldiciones que eran también en él muestras de alegría.

No había transcurrido media hora, cuando llamaron a la puerta y entró un nuevo personaje, que era el escudero de don Guillén.

Recibióle Aldonza con cierta frialdad, y sin decirle otras palabras que las precisas para contestarle a los buenos días.

—¿Qué tenéis?—preguntó el recién llegado después de algunos momentos.

—Nada—contestó la dueña.

—Pues cualquiera diría que estáis triste o de mal humor...

—Tal vez.

—Supongo que no seré yo la causa.

—¿Y en qué os fundáis para hacer esa suposición?

—En que ayer os dejé contenta, y después en nada os he faltado—repuso el escudero con tono humilde.

—Tenéis muy ancha la conciencia.

—Si no os explicáis...

—Fácilmente podéis comprenderlo.

—Os juro...

—No añadáis otra falta mintiendo.

—Pero ¿en qué he podido ofenderos, mi querida Aldonza?

—Muy querida; ya se conoce. Bien me decía... En fin, creo que ganaremos ambos en tranquilidad no volviendo a vernos.

—Por Dios os suplico que os expliquéis, porque...

—Si es empeño vuestro, os complaceré; pero no me gusta decir lo que ya se sabe.

—Sin duda me he vuelto loco.

—Yo lo estaba cuando no conocí a su tiempo lo que era vuestro cariño.

—No de obra, ni de palabra, ni aun siquiera de pensamiento os he ofendido.

—¿No tenéis por ofensa el contrariarme en todo?

—Ahora os comprendo menos—replicó el escudero, que estaba verdaderamente aturrido.

—Os dije anoche que viniéseis hoy más temprano que otros días, y no solamente no lo habéis hecho así, sino que habéis venido una hora después de costumbre.

—Válgame Dios, mi querida Aldonza! ¿Habéis olvidado que no soy dueño de mis acciones?

—Señor Ortiz, cuando hay buena voluntad todo se hace.

—Pero cuando se tiene un amo que manda, no hay más que obedecer.

—No ignoro las costumbres de vuestro amo, porque lo ha sido mío, y como vos, sé que sale muy temprano para ir a ver a su alteza, y ya no vuelve hasta la hora de comer.

—Pues hoy no ha sucedido así, porque me mandó acompañarle a palacio, volvímos a casa, fuimos por segunda vez a la Aljafería, y este es el momento en que me ha dejado libre, y eso, encargándome que vaya a buscarle dentro de una hora, porque quiere que lleve a doña Leonor no sé qué recado.

—Si todo eso fuese verdad, está muy bien; pero no lo creo.

—Os juro por Dios!...

—Basta, señor Ortiz; hace algún tiempo que estáis desconocido, y lo mejor será que acabemos de una vez para evitarnos disgustos. Raro es el día que no tenemos una cuestión...

—Pero ¿tenéis trastornado el juicio?

—Sólo falta que me llaméis loca.

—Hace lo menos un año que no tenemos la más leve cuestión, y decís...

—Pero debiéramos haberla tenido, porque habéis dado motivo para ello, y si hemos estado en paz, ha sido por mi prudencia; pero el caso es que yo he sufrido, y ya estoy cansada. No somos niños, y más que otra cosa debemos procurar por nuestra tranquilidad.

—Bien, Aldonza, bien—replicó Ortiz, cruzando los brazos con aire de resignación—; dejaré que se os pase el mal humor...

—Tarde será.

—¿Es decir?...

—Que hemos concluido.

—¿Aldonza!

—Me he convencido de que no sois capaz de hacer el menor sacrificio por mí, porque no me amáis.

—¿Que no os amo! ¿Que no soy capaz de hacer por vos ningún sacrificio!

—¿Os acordáis de alguno?

—¿Me lo habéis pedido?

—¿Y para qué, si habíais de excusaros?

—Una sola cosa me exigisteis, que para vos no tendrá importancia, pero que es de mucha para mí, porque he tenido que ser infiel a mi señor.

—No sé...

—Ciertas noticias referentes a doña Leonor...

—¿Gran cosa!... ¡Oh!... ¡Habéis hecho un sacrificio enorme, que causaría la admiración del mundo si se supiese!—replicó Aldonza con tono de burla.

—¿Así lo agradecéis?

—Os estaré eternamente reconocida. ¡Lo que puede el amor!

—¿Sabéis las órdenes y prohibiciones severísimas de don Guillén?

—Como que si llegase a su noticia...

—Aldonza, esa burla es demasiado cruel.

—¿No sois capaz de hacer por mí más que eso?

—Pedirme la vida...

—Gracias.

—¿Hacerme faltar a mis deberes, desobedecer, engañar al que me da su pan!...

—Tenéis una conciencia muy escrupulosa.

—Soy leal...

—¿Es decir, que si en vez de pedir os noticias de doña Leonor, os hubiese dicho que le lleváseis una carta...?

—¿Oh!...

—¿Os hubiése negado?

—¿Aldonza!...

—Es una suposición.

—Pero suponéis tales cosas...

—Para probaros que no sois capaz de hacer por mí nada que valga la pena.

—No tenéis derecho de decir semejante cosa, puesto que no ha llegado el caso, y no sabéis...

—Vos mismo vais a pronunciar vuestra sen-

tencia, y después me diréis si tengo razón para dudar de vuestro cariño.

—¿Y cómo?  
—Es preciso suponer.  
—Bien.  
—Como ya os he dicho, si en vez de pedir noticias de doña Leonor, cosa que a nadie ofende, os hubiese dado una carta...

—¿Qué pensáis que yo habría hecho?  
—Negaros a complacerme, lo cual quiere decir que vuestro cariño...

—Pues os habéis equivocado.  
—¿Señor Ortiz!...  
—Os hablaré con toda franqueza.  
—Veamos.

—Primero me hubierais visto negarme, esta es la verdad; pero si al fin me ponáis en la alternativa de llevar la carta o renunciar a vuestro amor... antes que todo, vos.

—Tened cuenta con lo que habláis.  
—Os he dicho la verdad.  
—No os creo.  
—Por estas cruces de Dios y por el día de mi muerte, os lo juro—replicó el escudero, cruzando las manos y besándolas—. Que no me salve si he mentado.

—Pues bien—replicó la dueña—; mi amor o la carta.  
Y sacó el pergamino, presentándolo al escudero.

Este quedó sorprendido, con la boca y los ojos extremadamente abiertos y sin poder pronunciar una palabra.

—Tomad o salid—repuso Aldonza.  
—Pero... ese pergamino...—murmuró, al fin, Ortiz con turbación—es quizá...

—Una carta.  
—¡Oh!... Me habéis engañado...  
—Decidíos.  
—Pero decidme de quién es...

—¿Qué os importa?  
—¡Aldonza!  
—Llebadlo a doña Leonor hoy mismo, y traedme su respuesta.

—Me comprometéis...  
—Idos—replicó severamente la dueña.  
Y volvió a guardar el pergamino, volviendo la espalda al escudero.

—Sois muy cruel—dijo éste.  
—¿Aún estáis ahí?  
—Dadme esa maldita carta... Seréis la causa de mi perdición...

—No os la doy.  
—¡Por Dios, Aldonza!  
—Idos; no faltará quien la lleve.  
—¿Es decir, que además de hacer el sacrificio tendré que picaros?

—Será en balde.  
—Vamos; dadme el pergamino; lo llevaré hoy, os traeré la contestación, y... Dios me protegerá... Dádmelo.

—No.  
—Me estáis atormentando.  
—Debierais agradecerme que os he proporcionado una ocasión en que me probéis vuestro cariño...

—Y os la agradezco; pero no hablemos más del asunto, os lo suplico, mi querida Aldonza.  
—¿No pensáis que vuestra negativa me ha ofendido?

—¿Acaso me he negado? Solamente he dicho que me comprometía, y es la verdad; bien conocéis a don Guillén y se os alcanza que si descubre mi traición puede costarme hasta la vida. No me cabe duda de que esa carta es del Trovador...

—Os he dicho que no os importa, y mucho menos cuando no habéis de llevarla.  
—Si en aquel momento no se hubiese acordado Ortiz de los ahorros de la dueña, seguramente volviera la espalda, renegando de sus amos y de todas las mujeres; pero la codicia pudo en él más que todo y le dió paciencia.

—No érais antes tan rencorosa ni tan cruel, mi querida Aldonza—dijo el escudero con tono de resignación.  
—Bueno es que me hayáis conocido a tiempo.

—Me vengo a todo y no estáis contenta...  
—Habéis querido dar mucha importancia a lo que ninguna tiene.

—Pero ¿qué supone todo lo que yo pueda haber dicho en un momento de turbación? Lo que os interesa es que yo os obedezca, y estoy pronto a ello.

—La de siempre: después que hacéis el mal venís con palabritas suaves...  
—Vamos, Aldonza; sabéis que os amo de veras, que soy algo torpe...

—Y que abusáis de la influencia que tenéis sobre mí para hacérmelo olvidar todo y para conseguir cuanto os da la gana.

—Y en esta ocasión no os negaréis a dejarme complacido—dijo el escudero, a la vez que se acercaba a la dueña y le cogía las manos cariñosamente.

—Dejadme—replicó Aldonza, fingiendo que intentaba separarse.  
—¡Aldonza de mi corazón!

—No me obliguéis a ser débil.

—Dadme la carta—repuso Ortiz, tomando el pergamino.

—No os la llevéis.  
—Ya la tengo, y no creo que llevaréis vuestro rigor hasta el punto de quitármela.

—Bien lo merecéis.  
—Lo que si os daré será un abrazo.  
—Cuando me entreguéis la contestación.  
—Tendré paciencia.

—Veremos cómo os portáis.  
—Ahora mismo voy en busca de don Guillén y luego al convento.  
—Os espero a la tarde.

—Después de comer me tendréis aquí.  
Algunas palabras más de cariño se dijeron, y Ortiz salió murmurando:

—¡Voto al demonio!... ¿Quién creería que he tenido que rogarle para que me permita comprometerme y arriesgar la vida? ¡Una carta de don Manrique!... Si yo supiera leer... ¡Bah! Dirá cuatro tenezas. ¡Pero si lo averiguase don Guillén!... Vamos, vamos; es preciso soltar esta endiablada carta cuanto antes; parece que es de plomo, según lo que pesa... y... me quema los dedos... ¡Una carta del Trovador!... Tal vez don Guillén me daría por ella el doble de los ahorros de Aldonza... No sería mal negocio; pero... es tan mezquino... ¡Fuera malas tentaciones! Más vale pájaro en la mano... Veremos; tantearé la voluntad de mi señor... ¡Ay! Aldonza, has pensado engañarme, y tal vez seas tú la engañada.

Ruiz no se había equivocado al pensar que el escudero de don Guillén codiciaba los ahorros de Aldonza.

La carta de Manrique corría peligro, y de seguro caería en poder del hermano de Leonor, si Ortiz creía poder sacar de este modo más provecho que cumpliendo lo ofrecido.

Entre dudas y temores llegó el escudero a la Aljafería sin acabar de decidirse, entrando con paso lento, cabizbajo y diciendo para sí:

—Preciso es que me resuelva. Los ahorros de Aldonza los tengo seguros si entrego la carta a doña Leonor; pero tal vez mi amo... ¡Voto a tal!... Es mezquino y... ¡Calla!—exclamó, dándose una palmada en la frente—.

¿No me pagaría mejor el de Luna?... La cuestión se enreda; elegir entre tres es volverse loco... ¿Y qué le importa al conde la carta? Demasiado bien sabe que el Trovador es su rival, y para que no se le olvide, tiene una cicatriz en el costado... Meditemos con calma, que lo mismo tiene un cuarto de hora antes que después para buscar a mi señor.

El escudero se detuvo en una solitaria galería, y cruzando los brazos y dejando caer la cabeza sobre el pecho, se entregó a meditaciones tan profundas como se lo permitía su imaginación que, a decir verdad, no era de las más fecundas en ideas que pudiesen sacarle del apuro.

Allí debía permanecer largo rato, y como tenemos que ocuparnos de otros asuntos, lo dejaremos, que más adelante sabrán nuestros lectores lo que decidió el escudero, de quien podía decirse con el refrán: "A tal amo, tal criado": pues la avaricia era su pasión dominante.

## CAPITULO XXVI

Donde se sabrá, por conjeturas, si el escudero de don Guillén fué traidor a la dueña o a su señor.

Las discordias civiles iban tomando de día en día mayores proporciones. Cada uno de los pretendientes a la corona aumentaba su ejército, preparándose para una batalla decisiva, sin que entre tanto hubiese más que algún encuentro parcial de poca importancia. Ni se atrevía el infante a atacar en Murviedro al conde ni éste al infante en Zaragoza, y ambos esperaban a disponer de un numeroso ejército para no dar el golpe en balde.

Por más que trabajaban los partidarios de la paz, la cuestión no podía resolverse sino por la fuerza de las armas, pues cualquiera de los pretendientes a quien se negase el derecho al trono por el Tribunal se que estaba formando, apelaría a la guerra, sin someterse al fallo, sino después de vencido o muerto.

El pueblo estaba ya cansado de la guerra, porque veía los campos talados, la industria paralizada, y la peste y el hambre comenzaban a hacer estragos.

Como a don Jaime le convenía más la guerra, porque el Tribunal estaba compuesto, en su mayoría, de parciales de don Fernando, y porque como aragonés contaba con el apoyo de la opinión pública, se apresuraba a reunir gente y a proveerse de todo lo necesario para marchar sobre su enemigo, y por esta razón Manrique no había tenido tiempo de volver a Zaragoza. Pero, en cambio, Ruiz había hecho frecuentes viajes, llevando y trayendo cartas, lo cual había dado algún consuelo al enamorado Trovador y le hacía esperar, sino tranquilamente, al menos sin desesperarse, el día

en que Leonor le dijese que era ocasión de salir del convento.

Entre tanto, don Nuño no dejaba una noche de rondar cerca de las tapias de la huerta, y a fuerza de oro y de paciencia había logrado adquirir algunas noticias sobre la vida que hacía Leonor, en qué parte del edificio tenía su celda y las horas en que las religiosas dormían.

Poco le faltaba ya, saber para atreverse a ejecutar su plan, y se lisonjeara de que no tardaría muchos días en conseguir por la fuerza y la traición lo que con súplicas no había podido alcanzar.

Pasaron quince días, veinte, y un mes, mes de angustioso afán para Manrique, de trabajosamente contenida impaciencia para el de Luna.

A la sofocante calma de julio y agosto habían sucedido las frescas brisas de septiembre.

Otros quince días pasaron.  
Y cuando ya el otoño comenzaba, y de verdes se tornaban amarillas las hojas de los árboles, y alguna rosa tardía dejaba caer sus hojas roídas por la escarcha, y quedaba el ambiente sin aromas y la pradera sin verdor, y el bosque sin los trinos del jilguero, y solitario el monte, y se enturbiaban los arroyos y bullían las fuentes al amanecer bajo una capa de hielo, entonces y a las siete de la mañana, maldiciendo y jurando, entraba en Murviedro Ruiz, caballero en su obediente y briosa yegua, que en extremo fatigada abría sus anchas narices, dejando escapar torrentes de aliento que parecían bocanadas de humo.

El noble bruto llevaba ensangrentados los ijares, y aunque se conocía que andaba con trabajo, no dejó de seguir, ya al trote, ya al galope, según era llano o pendiente el camino, hasta llegar a la fortaleza que domina la población.

Allí se apeó Ruiz, y deparándole la casualidad a uno de sus íntimos camaradas, rogóle con mucho encarecimiento que llevase a la cuadra la yegua, la abrigase con una manta y le pusiera un buen pienso con cebada abundante, y que luego le esperase en su habitación para almorzar juntos y vaciar un par de botellas.

Fuése a cumplir el encargo el camarada de Ruiz, y éste subió para buscar a Manrique, a quien encontró solo, triste y pensativo, como de costumbre.

Los azules ojos del doncel brillaron al ver a su escudero, y como sacudido por un resorte, se levantó de su asiento, a la vez que decía:

—¿Traes?...  
Pero le interrumpió con un juramento, y enseñándole un pergamino:

—¡Aquí está!—dijo el escudero—. ¡Voto a las uñas de Satanás!

Manrique arrebató el pergamino, desdoblólo con mano trémula y leyó con avidez lo siguiente:

"El lunes habrá una escalera de mano debajo de la ventana, y a la una de la noche podrás estrecharme en tus brazos."

El mancebo dejó escapar un grito de júbilo, besó repetidas veces el pergamino, y luego exclamó:

—¡Dios mío!... ¡Cuánta felicidad!... ¡Oh!... Ahora será mía... El lunes...  
Al pronunciar esta palabra se detuvo, meditó algunos instantes, y después repuso:

—El lunes... Para llegar a tiempo tendré que partir hoy, ahora mismo... y puede suceder, como se espera... Sin embargo, para ir y volver, no perdiendo ningún día... Ruiz—añadió, dirigiéndose a su escudero—, el lunes por la noche...

—Es muy pronto, señor.  
—Tal deseo.  
—No habéis menester jurarlo para que yo os crea. ¡Vive Dios!

—Estarás muy cansado...  
—Mi pobre yegua...  
—Te quedarás.  
—Todo será ventarilla...  
—Necesito que te quedes.

—¿Os iréis solo?  
—Sí.  
—¿Señor!...

—Es preciso—dijo resueltamente Manrique.  
—Bien.  
—Voy a ver don Jaime mientras descansas y ensillas mi potrero.

—¿Y luego?  
—Te daré algunas instrucciones y partiré.  
—¿Nada más?  
—Nada.

Ruiz salió para ir a reunirse con su camarada y el Trovador para ver al conde de Urgel.

Este no dejó de advertir al primer golpe de vista la agitación y mudanza del semblante

te del mancebo, por lo cual apenas le vió le dijo:

—¿Qué sucede, buen Manrique  
—Tal deseo saber, señor conde—contestó el doncel.

—Nada hay de nuevo: ¿acaso os han dicho que tuvimos noticias, y por eso venís con tales muestras de afán?

—No, señor; pero necesito hablaros y que me otorguéis una merced.

—Decid lo que os plazca, y contad, desde luego, conmigo, pues bien sabéis que a vos nada puedo ni debo negaros.

—Gracias, señor.  
—Pero sentaos y me sentaré, que aunque me tengo por rey, para vos no soy más que un caballero y vuestro mejor amigo. Nada de particular me dijisteis de la escaramuza de ayer, y a no ser por casualidad, no hubiera sabido que corrísteis gran riesgo de morir o, por lo menos, de caer en manos de nuestros enemigos, que es igual o peor.

—Un momento de apuro, y... nada más; pero ya pasó...

—¿Vive el cielo!... ¿Con que fueron diez jinetes?

—Diez hierros de lanza que amenazaban mi pecho, mi espalda y mis costados; pero yo tenía mi hacha, y como mi potro no estaba herido ni fatigado...

—Fué una desgracia que no tuviésteis cerca ni aun a vuestro fiel escudero, que en esos lances no se separa de vos un minuto. ¿Le habían herido?

—No estaba con nosotros, porque yo le había enviado a Zaragoza, de donde no ha vuelto hasta hoy.

—Comprendo—repuso el conde.  
—Y a consecuencia de las noticias que me trae, vengo a hablaros y a pedir os el favor...

—¿Verdad...; os he interrumpido...; ya os escucho.

—Señor—dijo Manrique—, en la situación en que nos encontramos es posible que de un momento a otro se reciba algún aviso que nos obligue a tomar las armas y salir al encuentro de los castellanos.

—Ciertamente: las noticias de ayer eran en extremo alarmantes, y pienso que no pasarán muchos días sin que de una vez termine la contienda: pero con defensores como vos...

—Cumpliré con mi deber cuando llegue el caso: mi vida es de la causa que defiendo, que es la causa de la patria y de la justicia: pero, señor conde, mi corazón es de una mujer, y como el amor me impone también deberes, quisiera cumplir con uno y con otro.

—Así lo habéis hecho hasta hoy, sin que os arredre ningún peligro y estando en dos partes a la vez.

—Pero como las circunstancias son otras, no puedo separarme de vos sin exponerme a que durante mi ausencia tenga lugar un encuentro decisivo con los castellanos; y si tal sucediese y la fortuna se os mostrase adversa, el triunfo de mi amor con todas sus delicias, con toda su felicidad, no sería bastante para acallar mis remordimientos por no haber derramado mi sangre en defensa de mi patria, por haberme dejado dominar por la pasión, hasta el punto de olvidar mis deberes. No quiero abandonar a Leonor, porque la amo más que a mi vida; pero antes que mi amor esté mi deber, y para cumplirlo sabría mi mano arrancar mi corazón.

—¿Bien, don Manrique!—exclamó el conde.—Ya sé que nadie os iguala.

—Los deberes antes que las aficiones; la patria antes que el amor, que la vida, que todo... Por eso, señor, no quiero faltar el día en que mi brazo, por débil que sea, pueda emplearse en defensa de mi patria.

—Y eso lo decís...

—Para hacerlos comprender que no quiero abandonar a los míos en los momentos supremos, sino aprovechar estas horas de tregua, en que ya no podemos hacer más que esperar para acudir adonde me llama el amor.

—¿Queréis partir?

—Sí, señor conde.

—¿Necesitáis, acaso, mi licencia?

—Cuando vengo a pedirlos...

—Muy preciosos son los instantes, pero...

—Os diré lo que he pensado.

—Sepamos.

—Me iré solo.

—¿Y vuestro escudero?

—Se quedará para no separarse de vos mientras no le mandéis que vaya a buscarme.

—¿De manera...?

—Que si recibís algún aviso de que se acerca el grueso de los castellanos, le decís a Ruiz que parta, y antes que lleguen nuestros enemigos me tendréis aquí.

—Eso bien puede hacerse, porque tendríais tiempo de volver por muy pronto que viniesen los del infante.

—Tal creo.

—Una sola cosa puede estorbarlo.

—¿Cuál?

—Vuestra dama.

—¿Mi dama!

—Suponed que recibís mi aviso en los momentos en que os espere doña Leonor para salir de su convento, porque tal es el fin que supongo os lleva a Zaragoza.

—No os equivocáis, y bien puede suceder que me encuentre en tal situación.

—¿Entonces...?

—Volveré también.

—¿Y dejaréis...?

—Lo dejaré todo: ya os he dicho que tengo valor para que mis manos, si es preciso, arranquen mi corazón.

—Lo sé; pero ver cerca de vuestros brazos a la mujer a quien tanto amáis, y dejarla...

—Horrible sería la lucha...

—Que yo tal vez podría evitaros, negándoos la licencia que me pedís.

—El lunes, a la media noche, me espera Leonor...

—Partid, don Manrique—interrumpió el conde, que comprendía la angustiosa situación del mancebo.

—Y apenas recibáis noticias...

—Ruiz irá a buscaros; pero siento que os vayáis solo.

—Dios me protegerá.

—Mi buen Manrique—repuso cariñosamente don Jaime—, acordaos de que puede llegar un momento en que vuestro valor y vuestra prudencia decidan de mi suerte.

—La desdicha os persigue como a mí—replicó el Trovador—; pero yo os juro que sacrificaré mi vida en defensa de vuestra causa, y que por vos todo, hasta mi amor, sabré también sacrificarlo. Si de vuestra parte llega Ruiz en los momentos en que Leonor me tienda los brazos y me suplique que la saque de su encierro, que la liberte de sus verdugos, que responda a su amor y a sus sacrificios, le daré el último adiós, le rogaré que no me maldiga, que no deje de amarme, porque la abandono, y sin estampar ni un solo beso en su frente, me alejaré.

Por toda contestación, don Jaime estrechó entre las suyas las ardientes manos del mancebo, que cinco minutos después cabalgaba en su negro potro y salía del castillo sin más compañía que la de sus recuerdos, su amor y sus esperanzas.

La mañana estaba fría y el cielo nublado, como si amenazase una de esas continuadas y espesas lluvias de otoño; pero Manrique no sintió el frío ni pensó en la lluvia, sino que entregado a sus amorosos pensamientos, picó instintivamente los ijares de su cabalgadura y se fué alejando de la población y por los campos, que muy en breve debían ser teatro de la más sangrienta lucha a que dieron lugar las discordias de los pretendientes al trono.

Una hora después sintió el enamorado mancebo que caían algunas gotas de agua en su rostro; pero tampoco hizo más que embozarse bien en su ancha capa y seguir con más prisa, mientras decía:

—Hoy es jueves...; lo menos necesito cinco días para llegar... No puedo perder ni una hora... La vuelta será más penosa, aunque bien pensado, sería más conveniente dejarla en Calatayud con el de Haro o tal vez en Daroca, donde estaría bien guardada... Sí; la dejaré en Daroca y enviaré a Ruiz para que la sirva... ¿Pobre Ruiz!... ¿Y mi madre? ¿Dos meses sin verla!... ¿Desdichada!... Soy un ingrato...; también la veré, después que deje a Leonor... ¿Cuánto habrá sufrido la pobre anciana, sola, en los fantasmas espantables de su locura, sin verme!...

Los ojos de Manrique se humedecieron. Oscuració más, porque espesaron las nubes. Comenzó a espesar la lluvia y a reblandecerse la tierra.

—¿Por Satanás!—exclamó Manrique, sacudiendo repentinamente su languidez—. Hasta los elementos se conjuran contra mí...; pero no me defenderán, ¡vive el cielo!

Quedó silencioso.

No se oyó más entonces que las pisadas del fogoso corcel, el ruido de la lluvia al caer sobre las hojas de los árboles que aún no habían perdido todas las que les dió la primavera y las voces lejanas de algún pastor que conducía presurosamente su rebaño a la cabana.

Manrique se perdió tras una montañuela gredosa que había trepado trabajosamente el potro, y en todo lo que alcanzaba la mirada desde el castillo de Murviedro, no se descubrió ser viviente.

El tiempo no estaba tormentoso; pero aquel era uno de esos días oscuros, silenciosos, en que no se oye más que el ruido de la lluvia y que llenan de tristeza el alma sin saber por qué.

## Por la ventana y por la puerta.

Cinco días después, es decir, el lunes, entró en Zaragoza Manrique cuando ya el sol, envuelto entre negros nubarrones, tocaba a su ocaso. También por aquella parte estaba el tiempo lluvioso y todo hacía temer una tormenta aquella noche.

El mancebo se alojó en la posada que ya conocen nuestros lectores, y pidió de cenar, más que por satisfacer el apetito, por entretenir el tiempo hasta la hora en que debía ir a buscar a Leonor.

Larguísimo fueron para el joven los instantes, pesados, angustiosos, como que eran a la vez de afán, de esperanza y de temor; pero si el miedo de ser sorprendido y agravar la desdicha de la doncella le hacía estremecer, el deseo de verla en sus brazos era mayor, y a poder, hubiera hecho rasar en seis minutos las seis horas que faltaban.

Una y dos transcurrieron, durante las cuales tomó algún alimento, midió cien veces con sus pasos la habitación y estuvo recostado en la cama. Pero se cansó de esperar, parecióle escaso para respirar el aire del aposento y determinó salir.

—¿Adónde iré?—se preguntó—. Ahora echo de menos a mi fiel Ruiz.

En aquel momento entró por las rendijas de la ventana el fulgor azulado y pasajero de un relámpago y luego se oyó el ruido imponente del trueno.

—¡Gracias!—exclamó Manrique, levantando al cielo la mirada.

Y como animado por el eco de la tormenta, se lanzó fuera del aposento y salió a la calle con acelerados pasos. Cualquiera hubiese creído que estaba loco al verle exponerse con muestras de alegría al viento y a la lluvia, que había comenzado a caer a torrentes.

Pocos momentos después se perdió en las oscuras calles de la ciudad, dirigiéndose hacia el convento de Belén. Sin duda, pensó que el tiempo se le haría más corto metido en el hueco de una puerta y contemplando las paredes que aprisionaban a Leonor.

Le dejaremos con sus arrebatos de cólera y su éxtasis de amor, con su desesperación y su esperanza, su afán y sus temores, y mientras llega la hora de entrar en el convento, haremos una visita al conde de Luna, a quien hace tiempo tenemos olvidado.

Eran ya las once y seguía diluviando, y a un trueno se sucedía otro trueno, y las viejas temblaban y rezaban, y las doncellas que tenían amante suspiraban, porque no habían oído entonar bajo sus ventanas, como otras noches, dulces trovas. No había rondador enamorado que se hubiese atrevido a salir de su casa, porque no todos los amantes, como Manrique, sentían una pasión a prueba de tormenta, sobre todo en aquel tiempo en que las calles no estaban alumbradas ni empedradas ni se había inventado, por desdicha de los pobres, el paraguas.

Don Nuño estaba en el mismo aposento de su casa en que le vimos otra vez, y la impaciencia que sentía la demostraba en la expresión de su rostro y en la agitación con que a largos pasos iba y venía sin cesar.

De pie, inmóvil y silencioso se hallaba Jimeno junto a la puerta, y como pasara largo rato y viera que su señor no solamente no le hablaba, sino que parecía ignorar que permaneciese allí, se volvió para salir sin pronunciar una palabra.

Empero, advirtiéndolo don Nuño, a pesar de su distracción, y con acento breve dijo:

—¿Adónde vas?

—Fuera, señor—respondió el escudero.

—¿Qué hora es?

—Ya hace buen rato que dieron las once.

—¿Nada más?

—No ha rasado un cuarto de hora desde que me hicisteis la misma pregunta.

—¿Vive el cielo!—exclamó el conde, a la vez que apretaba los puños.

—Poco falta ya.

—¿Sigue lloviendo?

—Y tronando de manera que parece el fin del mundo.

—Me alegro.

—Oid... ¡Jesús!—exclamó el escudero, santiguándose.

—¿Tienes miedo?

—No, señor; pero es bueno cuando relampaguea invocar a Dios.

—Lo mismo fuera que llamas al diablo.

—Soy cristiano.

—Calla.

—Bien, señor.

El conde volvió a quedar silencioso, con la cabeza inclinada y la frente contraída.

El ruido de sus pasos volvió a armonizar con el de la lluvia.

Después de algunos instantes, el escudero,

que no podía estar callado, murmuró en voz baja, diciendo:

—Buena noche para cazar palomas en sus nidos.

—¿Qué dices?—le preguntó el conde.

—Que si me mandáis algo...

—¿No te has olvidado de la litera?

—Ya os dije que estaba preparada.

—¿Y la llave?

—Os la di; ¿no os acordáis?

—De nada me acuerdo más sino de que me mata la impaciencia. ¡Vive el cielo!... No he conocido una noche tan larga. ¿Estás seguro de no haberte equivocado en la hora?

—Segurísimo, señor.

—Con tal que no queden mis esperanzas burladas...

—O que nos sientan las montañas y se arme un escándalo que no os perdonar a su alteza...

—¿No te ha dicho ese viejo codicioso y borracho que a la una duermen todos en el convento?

—Sí, señor, y así lo creo, y también lo prueba que era esa misma hora la noche en que vimos aquel bulto, que después se convirtió en dos. No hay duda que el Trovador entró en la huerta aquella noche y que era el escudero el que fuera la esperaba, y cuando fué a semejante hora, sería porque ninguna era mejor.

—Pues esta noche me toca a mí.

—Y no tendremos importunos curiosos que nos observen.

—Sin embargo, ese maldito Trovador...

—No es a él a quien más temo hoy, sino a los gritos que pueda dar doña Leonor.

—Si acaso no será más que uno.

—Señor, la lengua es el arma más temible de las mujeres.

—Por lo que pueda suceder, bueno ha sido que esté preparada alguna gente.

—Y que son cuatro hombres decididos y locales, sin contar con que los dos de la litera pueden ayudar en caso de que haya apuro.

—Y no son más que las once!

—Desde que dieron ha pasado cerca de una hora; pero esta noche ni sentís llover ni tronar...

—Tú no puedes comprender lo que me pasa; no puedes imaginar mi tormento... ¡Oh!... Esa mujer será mi condenación...

—Lo creo, y os lo he dicho, pero no habéis querido escucharme. ¿Habéis pensado bien lo que intentáis?

—He pensado en Leonor, en que la amo...

—Pero la entrada en el convento no es otra cosa que una profanación, casi un sacrilegio...

—¿Te remuerde la conciencia?

—Algo, señor; pero os obedezco.

—Jimeno, sin esa mujer me es odiosa la vida.

—Habiendo tantas y tan hermosas!... No lo entiendo, señor.

—Tú no has amado y no puedes comprenderme.

—Ya soy viejo; pero allá en mis mocedades, cuando vivía vuestro noble padre y mi señor don Lope, que gloria halla, tuve mis devaneos; pero os juro que nunca me sentí con valor para dar la vida por una mujer. Y cuidado que las había como rosas en el castillo cuando sucedió la desgracia de vuestro hermano...

—¿Ya comienzas la historia de siempre?

—No puedo olvidarla.

—Bien; acuérdate de ella, pero calla.

—¿Me voy?

—No.

Don Nuño, sin duda fatigado de tanto pasar, se sentó, dejando caer la cabeza entre las manos.

Jimeno permaneció inmóvil y mudo hasta que dieron las doce.

—Señor—dijo.

—¿Qué quieréis?

—¿Sabéis la hora?

—No.

—Acaban de dar las doce.

—¿Llueve?

—Más que nunca, y... ¡Jesús! ¡Qué trueno!

—Que lleven la litera y se vayan los otros.

—Bien, señor.

—¿Están bien enterados de lo que han de hacer?—volvió a decir el conde.

—Perfectamente.

Salió Jimeno para cumplir las órdenes de don Nuño, volviendo pocos minutos después.

—Mi capa—dijo el conde.

El escudero le llevó la capa, la espada y una gorra de fieltro gris sin plumas ni adornos. Como ya estaba armado con una fina cota de mallas de acero, tardó poco en disponerse a salir, y lo mismo Jimeno, que estaba también preparado.

Embozados hasta los ojos y con las espadas desnudas, abandonaron la casa y se dirigieron hacia el convento, no sin tropezar a cada paso y meterse en los charcos y arroyos que había formado la lluvia.

—Noche de Satanás!—exclamaba el escudero de vez en cuando—. ¡Vive Dios!... No entiendo cómo puede haber un amor que no

se enfrie con este diluvio, que a caer en el infierno apagaría las hogueras de Lucifer.

—Noche feliz!—murmuraba el conde—.

—Noche inolvidable; yo bendigo tu lluvia y tus relámpagos!... ¡Bendita seas, noche en que una sola estrella verán mis ojos!... ¡Ah!... ¡Mi corazón se abrasa!

Tales eran sus pensamientos, tan ardiente su pasión.

Según habíamos sospechado, Manrique esperaba en el hueco de una puerta, frente a la tapia, y desde allí contemplaba el edificio y se dejaba halagar por esperanzas risueñas.

Sonó al fin la hora tan deseada; el Trovador se estremeció, y saliendo de su escondite miró a derecha e izquierda todo lo largo de la calle; pero la oscuridad no permitía distinguir ningún objeto a dos pasos de distancia.

—No debo temer que me observen—murmuró—, pues aunque alguien me espíe de cerca, no podrán verme como yo no los veo.

Entonces sacó la escala de que iba prevenido y la afianzó a la tapia.

—Farecen que sueñan pasos—repuso, contentiendo la respiración—. Por allí...

—Efectivamente; se oyó el ruido de pisadas, pero a nadie se vió.

—Antes que lleguen—dijo—, estaré en tus brazos, Leonor.

Y con su natural agilidad trepó el mancebo por la escala, colocóla por la parte de adentro y bajó a la huerta.

Imposible le hubiera sido saber hacia qué lado dirigirse: si por la ventana de la celda de Leonor no se escapasen algunos rayos vacilantes y débiles de luz. Sin embargo, tenía que atravesar toda la huerta, y muchas veces tropezó con un árbol o se vió obligado a retroceder, porque se hundían sus pies en terreno muy reblandecido.

Con los brazos extendidos para evitar recibir golpes, y muy lentamente, fué atravesando, siempre en dirección de los movidos resplandores que le servían de guía.

Su pecho estaba en extremo agitado, no por el miedo, sino por la impaciencia, que arrancaba a sus labios una exclamación de coraje cada vez que algún obstáculo le hacia dejar la línea recta y perder algunos instantes.

Aquella noche no se oía el murmurio de las fuentes ni los trinos del ruiseñor: el canto lúgubre de la lechuza, el tableteo del trueno y el bramido del huracán eran los únicos ruidos que se oían. Otro menos enamorado y menos valiente que Manrique hubiese temblado en aquella soledad, en medio de aquella oscuridad tan profunda, y disipada solamente algún instante por el fulgor siniestro de la centella que rasgaba las nubes y cruzaba el espacio; pero el mancebo no podía temblar, su animoso corazón no podía sentir el miedo.

Su vista no se apartaba de los resplandores que por la ventana salían, mirándolos con el mismo afán que el caminante extraviado contempla la luz de hospitalaria choza, mientras siente de cerca los aullidos del hambriento lobo.

Seguían esparciendo los relámpagos sus pasajeros fulgores, dejando ver por un segundo los chapiteles y los árboles como fantasmas envueltos en túnicas de azulado fuego.

Después de largo rato consiguió el mancebo llegar al pie de la ventana, y tentando encontró la escalera del hortelano que estaba arriada a la pared como si casualmente la hubiesen colocado allí.

—¡Ayudadme, Dios mío!—exclamó.

Y a la luz de un relámpago pudieron verse sus ojos levantados al cielo, su mirada tierna y su rostro pálido.

Trémulo por la emoción que sentía, asieron sus manos los barrotes de la escalera, que crujió bajo el peso del atrevido enamorado.

Un trueno resonó, prolongándose más que el de ninguno sus ecos espantables.

Algunos segundos después saltó Manrique al interior de la celda.

Su corazón palpitaba como si fuese a romperse.

—¿Tu rostro estaba descompuesto.

—¿Con cuánto afán esparció la mirada por la habitación!

Nadie había.

—¿Y Leonor?—dijo con voz ahogada.

Volvió a mirar a todos lados.

Una lámpara ardía sobre la maciza mesa, y junto a la lámpara había un pergamino escrito.

Manrique lo vió, y a la vez que su frente se contrajo y sus azules ojos tomaron una expresión sombría, cogió con mano temblorosa la pulida piel y su mirada leyó con ávido afán lo siguiente:

—“Hace tres días que pelagra la vida de la superiora y esta noche la pasaré en su celda. Mañana te espero.

—Nos persigue la fatalidad.

—¿Cuánto te amo y cuánto sufro, Manrique mío! No dejes de venir a salvar a tu Leonor.”

Las pupilas del Trovador se iluminaron como si envidiosas de las nubes fuesen a despedir dos centellas, y mientras que sus dedos estrujaron el pergamino, levantó los brazos y exclamó con acento de rabiosa desesperación: —¡Estrella maldecida!

Y luego quedó inmóvil y mudo por algunos momentos.

Sufría mucho.

Sus esperanzas se habían desvanecido en un instante: decirle mañana era lo mismo que decirle nunca, porque en un día podían sobrevenir sucesos que estorbasen nuevamente la fuga de Leonor o que le impidiesen a él volver.

—¿Por qué la doncella no se había fingido enferma para excusarse de asistir a la superiora?

Esto pensó Manrique; pero no sabía que de hacerlo así hubiese habido el mismo resultado, porque entonces una religiosa habría pasado la noche en la celda de Leonor.

Al primer arrebatado de desesperada cólera, sucedió la enervación, y el mancebo se sintió entonces dulcemente conmovido.

Sus ojos, rebosando ternura, se volvieron del uno al otro lado con languidez, contemplando todos los objetos que encerraba la celda.

—¿Cuántas lágrimas habrá derramado aquí!—murmuró acercándose al reclinatorio—.

—¿Cuántas veces, transida de dolor el alma, habrá rogado por mi vida al Eterno, postrada aquí de hinojos, y habrá pedido consuelo, siquiera tregua a sus pesares!... ¡Oh!...

Y los labios secos, abrasados y temblorosos del doncel, se posaron en los almohadones del reclinatorio, sellándolos con un beso de inmensa ternura, y dejando en ellos una lágrima que no pudieron guardar sus ojos.

Luego fijó la mirada en el modesto lecho.

Sus azules pupilas brillaron, dilatose su boca y se cubrieron de encendido carmín sus mejillas y su frente.

Detuvo su corazón por un instante sus latidos para dejarlos sentir luego con más fuerza, y se escapó de su boca un aliento abrasador.

—En medio de sus tormentos desgarradores, de su angustiosa pena—dijo el mancebo—, sus labios ¡ay! cuántas veces se habrán entreabierto para sonreír amorosas mientras que la magia del sueño la llevaba a mi lado...

—¡Ah!... Leonor, aquí has reclinado tu cabeza, has depositado tu aliento y tus suspiros, y... ¡Oh!... También muchas veces habrás despertado espantada por ensueños horribles... Pero al venir el día, cuando los resplandores de la aurora hayan penetrado a través de los vidrios de tu ventana, bañando tu rostro de ángel; cuando hallan llegado hasta ti los trinos del jilguero, y el susurro de las fuentes y esos lejanos e incomprensibles rumores que anuncian la salida del sol y despiden a las tinieblas, entonces habrás pensado en mí, habrás pronunciado mi nombre entre el rezo matutino, lo mismo que yo he saludado siempre al día pronunciando el tuyo y he confiado a las tinieblas el secreto de nuestro amor cuando la noche me negaba el reposo del sueño. ¡Leonor!...

Enmudeció el labio de Manrique porque todo su ser lo absorbió el sentimiento sin dejarle la facultad de la palabra, y mientras su pecho, cada vez más encendido por la pasión, se levantaba agitado, inclinó la cabeza sobre la blanquísima almohada del lecho.

Empero se oyó un levisimo ruido. Manrique se estremeció, enderezóse y miró hacia la puerta.

Una ráfaga de viento movió las hojas de la ventana e hizo vacilar la luz.

Luego penetró en la celda el resplandor azulado de un relámpago y resonó el trueno.

El silencio más profundo volvió a reinar.

Manrique escuchó.

—Habrá sido el aire—pensó después de algunos momentos.

Y la lechuza le contestó con su graznido.

Permanecer allí era arriesgar la vida neciamente, porque nada había que esperar, y así lo pensó el mancebo; pero también se le ocurrió que la doncella volvería cuando amaneciese, y que si entonces no podía llevarse la, vería, la hablaría. ¿Pero y luego? ¿Qué haría sin poder salir de allí? Esta nueva dificultad podía vencerse quedando escondido debajo de la cama hasta que llegase la noche.

Esto no era más que un plan descabellado del mancebo, imposible de ejecutarse; pero lo hubiera llevado a cabo, y ya estaba decidido a esperar allí el resto de la noche cuando se abrió cautelosamente la puerta.

Creyó Manrique que sería Leonor o alguna religiosa, lo cual le dió algún cuidado, aunque no mucho, porque todo hubiera sido el escándalo de algunos gritos; pero su rostro palideció, se contrajo su frente, ilumináronse sus ojos con el fuego de la ira y su diestra oprimió convulsivamente la empuñadura de su espada al ver al conde de Luna.

Este reprimió muy trabajosamente un grito de sorpresa y espanto, clavó en Manrique una mirada terrible, y aunque también puso mano a su acero, quedó inmóvil en el umbral.

El primer impulso de Manrique fué lanzarse sobre su rival; pero éste, aunque animado por el mismo deseo, pensó que le convenía más hacer prisionero a su enemigo sin arriesgar la vida, y no acordándose de que había una ventana por donde huir, creyó que bastaría para su intento con cerrar la puerta, lo cual hizo sin dar tiempo a que se le acertase Manrique.

Como la llave estaba puesta por la parte de afuera, porque a las monjas no se les permitía cerrar por dentro, pudo el conde ejecutar su plan fácilmente y con tal rapidez, que el Trovador quedó encerrado sin que le hubiese valido el brinco que dió hacia la puerta.

—¡Cobarde!—gritó Manrique con acento de desesparación.

—Estás en mi poder—le contestó el conde desde la galería—; y ya que la desgracia ha querido que no pueda llevarme esta noche a doña Leonor, a vos os llevaré para que sepáis que tarde o temprano la justicia alcanza a los traidores.

Y entre el ruido de la lluvia y de los truenos, se oyeron los pasos del conde, que se alejaba.

No era su intento volver con sus criados, porque sabía que Manrique moriría defendiéndose, y que el ruido de las armas y voces haría que acudiesen las monjas, y aunque así lograría su deseo; pero había el inconveniente de que también a él se le acusaría de haber entrado en el convento, y sabedor don Guillén del caso, procuraría guardar mejor a su hermana. Lo que don Nuño había pensado era reunir su gente, hacer que acudiese más y cercar el edificio, vigilando hasta que fuese de día, para avisar entonces al infante, diciéndole que se registrase el convento porque habían visto saltar la tapia a un hombre que no debía ser sino el Trovador.

Este, dominado el primer arrebatado de su ira, pensó que don Nuño volvería con gente que le ayudase, y aunque no tuvo miedo, comprendió que el resultado de una lucha desigual sería el sucumbir, dejando a la doncella en peor situación de la que estaba y proporcionando a sus enemigos el triunfo que tanto deseaban por más que no fuese nada honroso; y en tal concepto, Manrique se decidió a salvar la vida que era tan preciosa para Leonor y para su patria, convencido de que el huir no podía tenerse entonces por cobardía, así como era loca o necia temeridad el quedarse sabiendo que habían de asesinarlo.

Los momentos eran preciosos; no había que perder uno siquiera, porque podía ser el de la salvación.

—¡Conde!—exclamó Manrique con voz reconcentrada—; ¡Menguado, cobarde!... No será la última vez que nos encontremos... Leonor, hasta mañana, porque volveré aunque sepa que todo el poder de Satanás me espera para aniquilarme... ¡Oh!... ¡Y no tengo un enemigo con quien luchar, tengo que ahogar mi coraje en lo más escondido de mi pecho!... ¡Vive Dios!

Rechinaron los dientes del mancebo, apretó los puños hasta hacer saltar con las uñas la sangre de sus manos, y luego se oprimió el pecho porque la rabia parecía que lo ahogaba.

Nunca se había visto su rostro tan desfigurado, ni aun en medio de los combates, ni sus azules ojos habían despedido jamás tan terribles y furiosas miradas.

Aunque más lejano, seguía retumbando el trueno; pero la lluvia seguía cayendo con el mismo espesor y silbando el huracán con la misma furia.

Manrique pensó que era conveniente hacer comprender a Leonor que él había estado allí y recogido el escrito, para que de esta manera lo esperase al siguiente día; pero ¿cómo hacer esto? No podía escribir porque no tenía pinter, ni, teniendo, hubiera sido acertado porque su aviso caería en la mesa del conde; dejar en un mueble, sobre la mesa, por ejemplo, alguna señal con la punta de su daga, tenía el mismo peligro, así como cualquier prenda de su vestido, pues si estaba donde pudiese verlo la doncella, antes lo vería don Nuño.

Pocos instantes tardó en encontrar un medio; pero un medio que estaba en armonía con su estado de desesperante exaltación, pues llevándose la mano a la cabeza, se arrancó un mechón de sus rubios y finos cabellos sin que se alterase su rostro ni el más leve gesto indicase el agudo dolor que debió sufrir. En otros momentos en que no hubiese estado el doncel tan dominado por la ira, hubiera sacado su daga, que por cierto tenía bien delgados filos, y con la ella hubiese cortado el pelo; pero entonces no se le ocurrió más que arrancárselo, porque sus músculos, contraídos por la exaltación mental, necesitaban ejercitarse en

algo, esforzarse aunque fuera en daño propio. La ira, cuando es impotente por falta de fuerzas físicas que la secunden o por no haber objeto sobre que descargarla, se vuelve contra el que la siente porque necesita un desahogo cualquiera; por eso vemos a los niños hacer con frecuencia lo que Manrique, arrancarse los cabellos, porque su impotencia no les permite volverse contra quien les ha contrariado en un capricho.

El desesperado mancebo tocó el mechón de cabello debajo de la almohada del lecho, apagó la luz y volvió a salir por la ventana.

Nunca podía haberle sido más favorable la oscuridad.

Cuando acabó de bajar, quitó la escalera y la llevó a otro sitio para evitar que nadie sospechase cómo había subido a la celda.

Entonces comenzó a atravesar la huerta, encontrando las mismas dificultades que antes, excitando más su ira cada árbol con que tropezaba, cada charco donde metía los pies.

Al fin consiguió llegar al otro lado de la huerta, y mostrándosele por única vez la fortuna propicia, llevólo al mismo sitio donde había dejado pendiente la escala.

—Adiós, Leonor—volvió a decir entonces sin acordarse de que pudiesen oírlo—. Mañana volveré, y si no te llevo en mis brazos será porque deje aquí la vida.

Subió a la tapia, bajó a la calle, recogió la escala y se perdió entre las tinieblas sin encontrar alma viviente.

El conde, aunque con la ayuda de una linterna que hemos olvidado decir llevaba, tardó más tiempo en llegar a la huerta, porque tuvo que atravesar galerías, habitaciones y patios, de manera que cuando salió del edificio Manrique saltaba la tapia.

Aún no había pensado don Nuño en la ventana de la celda: tanto lo trastornaba su coraje por no haber encontrado a Leonor, tanto lo embriagaba su feroz alegría por creerse ya libre de su rival. Así que no cuidó de nada más que de apretar el paso, y con el auxilio de la linterna llegó bien pronto a la tapia y la salvó como Manrique.

—Jimeno—dijo apenas estuvo en la calle.

Y como si saliese de la tierra, apareció el escudero.

—¿Así os volvéis, señor?

—El Trovador está en el convento...

—¿En el convento!...

—Sí; pero lo tengo encerrado en la celda de doña Leonor...

—¿Y ella...?

—No estaba.

—¿Y lo habéis dejado?...

—¿Había de dar un escándalo para que nos sorprendiesen a los dos?

—Ciertamente; pero no comprendo cómo él os ha dejado venir.

—Lo vi antes de entrar y cerré la puerta, trayéndome la llave.

—Buena la hemos hecho, señor—dijo el escudero estremeciéndose.

—No perdamos tiempo...

—¿Pero no habéis pensado que la puerta de una celda no vale nada para guardar a un hombre como el Trovador, que tiene unos puños de hierro y una fuerza como un Sansón?

—¿Qué me importa que salga de allí mientras se quede en el convento?

—Es que ya habrá salido, ¡vive el cielo! ¡Y no os habéis acordado de la ventana que cae a la huerta!...

—Tienes razón; pero guardaremos la tapia.

—¿Y si tiene quien le abra alguna de las muchas puertas que tiene el edificio?

—Lo cercaremos.

—Somos pocos.

—Pero fácilmente se avisa a mis criados...

—Y mientras se vuela el pájaro, señor.

—Estoy aturrido, Jimeno—replicó el conde que entonces comprendió la torpeza que había cometido.

—Se conoce.

—Llama a los demás, ¡vive Dios! No perdamos un instante... Subiremos todos...

—Es lo acertado, señor. Se defenderá, pero no pedirá socorro porque es demasiado valiente; alguno de nosotros quedará sin vida en el lance, pero al fin sucumbirá porque somos seis.

—¿Y los de la litera?

—Es verdad, también pueden acompañarnos.

—¡Oh!... ¡Morirá!—exclamó don Nuño ciego por el deseo de la venganza—. Date prisa, Jimeno, que cada instante es para mí un siglo. El escudero hizo sonar un silbato y en breve llegaron cuatro hombres con los aceros desnudos y luego otros dos.

—Seguidme—les dijo el conde con voz trémula y ronca—. Seguidme, y desgraciado del que tiemble o retroceda, porque le atravesaré el corazón.

Todos callaron y obedecieron.

Don Nuño trepó ligeramente por la escala, y uno tras otro fueron siguiéndole sus criados. Para evitar a nuestros lectores más paseos por la huerta, diremos que llegaron sin novedad a la puerta de la celda y allí se detuvieron.

—Dentro—dijo el conde en voz baja—hay un hombre: todos a él, y cuanto más pronto se concluya, mejor. Ni un grito, ni una palabra pronunciéis porque nos oirían y estábamos perdidos.

Todos inclinaron la cabeza en señal de que estaban prontos, y sus frentes se contrajeron y relumbraron sus ojos.

El conde temblaba como si tuviese una convulsión, pero no de miedo, sino porque iba a cometer un crimen asesinando cobardemente a un hombre. Alguna vez estuvo para volverse arrepentido y avergonzado; pero los celos le dieron valor para ser cobarde, y como todo criminal busca una disculpa para responder a su conciencia y excusar a sus propios ojos el crimen, se tranquilizaba diciendo:

—Manrique es un traidor a su rey, y todos los vasallos leales estamos obligados a perseguir a los traidores porque es favorecer la justicia. ¿No han ahorcado a muchos por el mismo delito? ¿Pues por qué ha de tener el Trovador un privilegio de que no gozan ni los primeros nobles?

Su temblorosa diestra metió la llave en la cerradura.

—Preparaos—dijo.

Y se vieron relucir siete puñales.

La puerta se abrió, y cuando a una señal del conde iban sus criados a precipitarse en la celda, se detuvieron.

—No hay luz—dijo Jimeno en voz baja.

Don Nuño le dió la linterna para que fuese delante, pero el escudero vaciló con claras muestras de miedo, decidiéndose al fin a una mirada imperiosa de su amo.

Silenciosos como fantasmas fueron entrando en la celda y mirando a todos lados, y cuando después de una escrupuloso registro se convencieron de que no había nadie, respiraron con más libertad.

—¡Se ha ido!—exclamó despechado el conde. Oyóse el canto de la lechuza y Jimeno palideció porque era en extremo supersticioso.

—Mucho canta esa maldita esta noche—dijo—. ¿Tendremos una nueva desgracia?

Una fuerte ráfaga de viento sacudió repentinamente las hojas de la ventana, y el supersticioso escudero dejó escapar un grito de espanto, mientras que la linterna se escapaba también de sus manos y se apagaba.

—¿Qué has hecho?—exclamó don Nuño—.

—Cobarde!...

—Señor...! sorpresa...

—¡Vive Dios!...

—Perdonad...

—Seguidme... van a sorprendernos...

Afortunadamente, como el conde había recorrido tres veces el camino, pudieron llegar a la huerta después de largo rato, y con buena dosis de miedo, lograron encontrar la escala y salir.

—¿Has recogido la linterna?—preguntó don Nuño a Jimeno.

—Aquí está, señor—contestó el escudero, que ya sólo temía el enojo de su amo—. No era tal mi turbación que me olvidase de quitar de allí toda señal que pudiese dar a conocer que habíamos entrado.

—Y que esa linterna...

—Os delataría porque tiene esculpidas vuestras armas: fué la que traje de Córdoba, con otras alhajas también de plata, vuestro padre y mi señor, que en el cielo esté, poco tiempo antes del horrible suceso, de la espantosa desgracia de vuestro hermano don Juan...

—¡Importuno!—interrumpió el conde.

—Señor...

—Registremos la calle.

—Perdonadme, señor—repuso Jimeno—, pero me parece que será trabajo perdido...

—¿No sabes que ese mancebo es demasiado atrevido y loco y quizá esté acechando por estos alrededores?

—Si es atrevido, pero no tan loco que exponga la vida inútilmente.

—Te equivocas.

—Mirad cómo no nos ha esperado.

—Pero fuera ya del convento, donde no puede tener miedo de comprometer a doña Leonor...

—Lo mismo en la calle que en la celda evitará un encuentro.

—No lo creo.

—Sin duda ha venido solo.

—Pero es tal su arrogancia...

—Más su sagacidad.

—¡Vive Dios, Jimeno!

—Señor...

—Te has empeñado en contrariarme esta noche...

—La lluvia no cesa, señor, y lo mismo que nosotros, debéis estar calado hasta los huesos.

—¿Qué me importa?

—Si enfermáis...

—Siempre lo mismo!...

—No es buena la humedad para la herida...

—Quiero registrar.

—Y debíais aprovechar la litera...

—Calla y sigue.

En vano recorrieron toda la calle: a nadie encontraron.

El conde aprovechó la litera que debía haber servido para conducir a Leonor, y seguido de sus sirvientes se dirigió a su casa.

Ya no tronaba y la lluvia comenzaba a cesar.

En los alrededores del convento reinó el silencio más profundo hasta que el eco metálico de un esquileo hendió los aires.

Ahora, si el lector nos lo permitiera, iremos en busca del Trovador, porque es indispensable que digamos lo que había sido de él.

## CAPITULO XXVIII

**De cómo Manrique tuvo motivo para desesperarse más y arrancarse hasta el último de los cabellos.**

Manrique se dirigió a la posada sin encontrar en el camino alma viviente, lo cual fué para él una nueva desgracia porque no tuvo ocasión de desahogar su cólera, armando penitencia con cualquier pretexto y dando algunas cuchilladas. Pero si nuevas sensaciones buscaba para templar la excitación de las anteriores, no tardó mucho en encontrarlas, porque al llegar a la posada le salió al encuentro Ruiz con semblante de mal humor.

—Ruiz!—exclamó sorprendido.

—Señor...

—¿Qué sucede?

—Vive Dios!... Tomad este escrito que para vos me ha dado el señor conde de Urgel.

Y el escudero entregó un pergamino a Manrique.

Este lo tomó con mano trémula, porque sospechó muy fundadamente que no podía encerrar sino alguna mala nueva que contrariase sus proyectos amorosos.

—Oh!—exclamó—. ¿Cuándo se cansará el destino cruel de perseguirme?

Y a la roziza luz de un candil de garabato, leyó lo siguiente:

“Venid sin perder ni un solo instante, porque sino os dáis mucha prisa, antes que lleguéis se habrá decidido la suerte de Aragón.”

Ni una palabra más decía; pero bastante era para desesperar al doncel más de lo que estaba.

Inmóvil como una estatua quedó el infeliz algunos instantes, con los ojos extremadamente abiertos y la mirada fija en el escrito fatal. Luego dejó caer lentamente los brazos, el pergamino se escapó de sus dedos, estremeciéndose convulsivamente, y al mirar con dulzura a su escudero, murmuró:

—Ruiz... ¡Cuánto sufro!

Efectivamente, aquella aparente calma era hija de un sufrimiento horrible, espantoso, y de tal manera se revelaba en su pálido semblante, que el fiel escudero temió por la vida de su querido amo y con acento de rabia exclamó:

—¿Por el infierno!... ¡Que me trague la tierra y!... ¡Voto a Lucifer!... ¡Malditas sean las mujeres!...

—Es mi destino...

—¿Y os quitaréis la vida?... ¡Vive Dios!...

—Vos, el doncel de más bríos que hay en Aragón, os dejáis abatir de esa manera cuando vuestro nombre sólo es motivo de espanto para vuestros enemigos! ¡Ira de Satanás!...

—Mis enemigos!—replicó Manrique mirando a su alrededor—. ¡Oh!... ¿Dónde están, dónde?... ¡Se ocultan los traidores!... ¡Ni uno que se me ponga delante!...

—¿Dios de Dios!—exclamó el escudero apretando los puños—. ¡Hábéis hecho morder a pecos la tierra? ¡Vive el cielo!... Hábéis perdido la cabeza y me la haréis perder.

Manrique salió repentinamente de su estupor, y acercándose a Ruiz, le dijo con acento enérgico:

—Ponme delante un hombre que me dispute el paso y te deberé más que la vida.

El escudero recogió el pergamino, lo mostró a Manrique y le dijo:

—Si queréis enemigos, aquí os dirán probablemente dónde encontraréis doce mil.

—¿Abandonar a Leonor!... ¡Imposible!... Mañana será mía, y entonces...

—Llegaréis tarde.

—¿Pero qué sucede?

—¿No os lo dice el conde?

—No.

—Que tenemos encima a los castellanos en crecido número: unos dicen que son doce mil, y otros aseguran que quince o veinte. Nada podré decir de cierto, porque se obra con mucha reserva; pero... he sabido...

—Acaba—replicó con impaciencia el doncel.

—La verdad, señor, tuvo ocasión de escuchar lo que hablaron el señor conde y aquel hidalgo, traidor...

—¿Ha vuelto don Lope?

—Sí, señor.

—¿Aún no se ha convencido don Jaime de que lo vende?

—Lo recibí como de costumbre, y ha dicho que los castellanos no nos atacarán hasta que llegue el infante, que ha de mandarlos en persona.

—Quiéren que nos descuidemos para sorprendernos.

—Por esa misma razón es muy urgente estar prevenidos.

—¿No me da tiempo a mañana!...

—Ni una hora ni un momento podéis deteneros; así me lo dijo el señor conde...

—¿Pero y Leonor?

—¿No la habéis visto?

—He de volver mañana.

—Pues decidíos.

Estas sencillas palabras del escudero hicieron comprender nuevamente a Manrique lo apurado de su situación; pero en vez de abatirse como antes, brillaron sus pupilas, se contrajeron sus miembros y sus dientes rechinaron con muestras de rabiosa desesperación.

—¿Vive el cielo!—exclamó—. ¡He de abandonarla!

—¿Señor, cumpliremos con nuestro deber en Murviedro, y después...

—¿El deber!—replicó con amargura Manrique—. ¡Siempre el deber!... ¿Y mi corazón?... ¿Qué derecho tienen los hombres a pedirme nada cuando nada me han dado? ¡Oh! No me iré hasta que haya sacado del convento a Leonor, porque éste es mi deber y no otro: ella lo ha sacrificado todo por mí, mientras que los hombres han intentado hasta despreciarme, y si me respetan es porque me temen.

—Es verdad, señor—dijo tristemente el escudero—; pero de veros en este aprieto, tenéis vos la culpa. Según me ha dicho el señor conde, le jurasteis...

—Fui un necio.

—Pero jurasteis...

—Lo sé, Ruiz, lo sé; pero también he jurado a Leonor...

—Amarla siempre.

—¿Desdichada estrella!... ¡Ah!... ¿Por qué la fatalidad, que así me persigue, no ha puesto de una vez fin a mi existencia?... ¡Lucha horrible!... Bien me dijo el conde, pero yo le prometí desgarrarme el corazón si era preciso... ¡Ruiz!—prosiguió el mancebo en el mayor grado de exaltación.

—Señor...

—Ensilla mi potro...

—¿Estáis resuelto a partir?

—No lo sé... no me lo preguntes. Llévame a Murviedro aunque yo me resista, porque si consultas mi voluntad no iré; llévame porque tengo que cumplir un juramento, y si me faltan las fuerzas para dominar los impulsos de mi corazón, me arrepentiría después, me avergonzaría de mi debilidad...

—¿Vive Dios!—interrumpió el escudero—. ¡Vos cobardel!... Imposible, señor. Hábéis jurado al conde acudir a su llamamiento, y aunque tengáis, como decís, que desgarraros el corazón, acudiréis sin que nadie os obligue. ¿Cuándo habéis temblado? ¿Cuándo habéis sido débil?

—¿Estoy desesperado, loco!

—Así daréis cuchilladas de mejor gana.

—¿No puedo decidirme!

La lucha era cruel en extremo: dejar a Leonor que lo esperaba, sin saber cuándo volvería a tener otra ocasión igual, era muy duro para el mancebo, cuyo amor no tenía límites, y faltar a lo prometido tan solemnemente a don Jaime, lo consideraba el desdichado Manrique una acción ruin y cobarde, una mancha a su honra.

Ruiz, que como saben nuestros lectores, no tenía un pelo de tonto, comprendió lo apurado de la situación y lo mucho que debía sufrir con semejante lucha el mancebo, y celoso del buen nombre de éste, no quería que nadie pudiera echarle en cara el haber dejado de cumplir un juramento. Así, pues, el buen escudero puso en juego toda su habilidad para decidir a su amo a salir de Zaragoza.

—Señor—dijo—, eso de que no podéis decidiros me parece mentira, y perdonad que os hable así. ¿Cómo es posible que un hidalgo como vos dude cumplir lo prometido, y que la duda sea por debilidad?

—¿Por qué no has ensillado mi potro?

—Porque no me lo habéis mandado.

—Ahora mismo...

—¿Es decir que estáis resuelto?

—Sí—contestó Manrique con acento breve y haciendo un esfuerzo sobrenatural.

—Entonces acostaos, descansad, y apenas amanezca...

—Ha de ser ahora—replicó Manrique.

—¿Cómo habéis de salir de noche y a caballo de la ciudad?—contestó el escudero.

—Tienes razón...

—Es preciso aguardar...

—¿Cómo has entrado?

—A pie, como vos otras muchas veces, dejando mi pobre yegua en poder de Antón.

—Pero el conde me da tal prisa...

—No falta mucho para el día; vos no sentís pasar el tiempo.

—Bien, déjame...; pero no, quédate, porque me será imposible dormir.

—Al menos desnudaos y secaré vuestra ropa. ¿No advertís que estáis calado hasta los huesos?

—¿Qué importa?

—Me habéis autorizado a mandar esta noche...

—Haz lo que quieras—replicó Manrique, que empezó a sentir el natural cansancio del cuerpo y del espíritu.

Y dejó que su escudero lo desnudase.

Pocos momentos después se durmió profundamente, pues la noche anterior no había cerrado los ojos, y por muy dura que fuese su naturaleza, había de rendirse después de tan penosas fatigas y tan rudas emociones.

Trabajosamente despertó cuando empezaba a amanecer, y apenas el sol había salido y se levantaba en un horizonte despejado y sonriente, amo y escudero abandonaron la ciudad, éste hablando mucho para no dar lugar a que aquél se entregase a tristes meditaciones.

Empero el doncel parecía dominado por un estupor que le hacía insensible a todo, dejándose llevar de su cabalgadura sin refrenarla ni darle prisa.

## CAPITULO XXIX

**Donde se prosiguen los sucesos relativos al de Urgel.**

A los cinco días entró Manrique en Murviedro, fatigado en extremo, desesperado y maldecido su estrella como al salir de Zaragoza.

Era también la hora en que el sol empezaba a ocultarse.

En la población y sus cercanías se notaba un movimiento inusitado, y el número de soldados había aumentado mucho desde que se había ido Manrique, pues de todas partes habían acudido a don Jaime porque se esperaba un ataque serio de los castellanos. Sin cesar corrieron de boca en boca noticias sobre el número de los enemigos y el lugar que ocupaban, y aunque había diversas opiniones sobre lo que debía determinarse, todos estaban conformes en que el encuentro que se preparaba decidiría la cuestión por haberse reunido de uno y otro bando todas las fuerzas de que podían disponer.

El conde esperaba con impaciencia a Manrique, y al verlo entrar, escapóse de su boca una exclamación de alegría; tendióle afectuosamente la diestra y le dijo:

—¿Y doña Leonor?

—En el convento—respondió tristemente el doncel.

—¿No habéis podido...?

—No he tenido tiempo.

Don Jaime comprendió el sacrificio que había tenido que hacer Manrique, y repuso:

—Corazón grande y noble!...

—Corazón desgarrado!—replicó el doncel, oprimiéndose el pecho.

—Lo que habéis hecho por mí...

—No hablemos de eso; he cumplido con mi deber, señor.

—Manrique...

—Os juré dejar a Leonor aun en los momentos en que fuera a recibirla en mis brazos y he cumplido mi juramento... Aquí me tenéis; lo que ahora importa es la patria. ¿He llegado a tiempo?

—Sí.

—Ya estoy tranquilo.

—Nuestra causa va a fallarse...

—Pronto sea.

—Un ejército numeroso nos amenaza, y según las noticias que tengo y los preparativos que se hacen en su campo, no tardarán muchos días en venir sobre nosotros, porque sólo esperan la llegada del infante.

—Cuidado, señor conde, con los traidores...

—De todos recelo y no nos cogerán desprevenidos.

—Bien.

—Ahora lo que falta resolver es si hemos de defendernos dentro de la población o salir para dar la batalla, y como tengo en mucho vuestro consejo, quiero que me lo deis cuando llegue el caso.

—No quisiera yo la responsabilidad de un resultado malo si se tomaba en cuenta mi parecer.

—¿Acaso no daréis vuestra opinión con lealtad y creyendo que es lo más conveniente para nuestra causa?

—Sí, pero...

—Vuestra conciencia no podrá acusaros.

—Pero me atormentará mi torpeza.

—En vano os excusáis; además, como alférez del de Haro tendréis que asistir al consejo.

—Obedeceré.

—Esto no es más que advertiros; por lo de-

más, no es ocasión la presente para que hablemos, porque estaréis muy fatigado y es justo que descanséis. Idos, pues, y hasta mañana.

Manrique se fué, más que a descansar, a entregarse a sus amorosos pensamientos, a exhalar su dolor, ya en quejas, suspiros o imprecaciones que dejaba escapar en momentos de desesperación.

A la mañana siguiente reunió el de Urgel a sus capitanes para tratar de lo que convenía hacer.

Opinaron los más que, reunidas todas las fuerzas, se saliese al encuentro del enemigo, mientras que otros, siguiendo el parecer del Trovador, creían que lo más acertado sería que se retirase hacia Valencia el ejército, sin dejar en la plaza más que la gente precisa para sostener algunos días de sitio y que luego volviese de repente, cayendo sobre los sitiadores.

Como era consiguiente, triunfó la mayoría, y aunque don Jaime se inclinaba al parecer de Manrique, tuvo que desecharlo para contentar a los más, cuyo apoyo le importaba tanto.

Tres días pasaron de impaciencia y de afán, y al fin se tuvieron noticias de que el ejército del infante, en número de quince mil hombres, se acercaba a Murviedro.

Confirmlése la opinión de salirle al encuentro, y se dieron las órdenes necesarias para abandonar la población al despuntar el siguiente día.

Apenas asomaba el sol, cuando resonaron los clarines de guerra, y fueron esparciéndose por la llanura millares de jinetes y peones, que marchaban, presurosa y alegremente, ardiendo en deseos de encontrar al enemigo y saciar su sed de venganza y de sangre.

El día estaba sereno y el sol brillaba en un horizonte puro; pero no dejaba de sentirse el frío natural de la estación, si bien esto daba mayores bríos a la guerrera gente para caminar con menos fatiga.

La jornada fué corta, y cuando el sol tocaba a su ocaso, acampó el ejército en una llanura, que debía ser teatro de una de las escenas más sangrientas que ha registrado en sus páginas la gloriosa historia de Aragón.

El enemigo estaba a corta distancia, y según los cálculos más probables, pasada la noche tendría lugar el encuentro que debía decidir la suerte de los aspirantes al trono.

Fueron acomodándose los escuadrones para descansar y dormir.

Comenzó a suceder la calma al movimiento, el silencio al ruido, y al fin, en medio de las tinieblas se vieron oscilar de trecho en trecho las llamas de algunas hogueras, cuyas espirales de humo formaban ligeras nubes que se disipaban en breve, sin robar al horizonte nada de su pureza, sin ocultar un lucero ni empañar la faz nacarada de la luna.

Tras el sonido de los guerreros instrumentos, el relincho de algún caballo y el alerta de los centinelas fué lo único que se oyó.

¡Silencio imponente y triste!  
¡Cuántos de aquellos valientes que dormían con tan descuidada tranquilidad, no debían abrir los ojos sino para despedirse del mundo y sacrificar su vida a la ambición y ajenos recovecos!

Ni una montañuela ni un árbol se levantaba en toda la llanura, y desde cualquier punto podía distinguirse todo el campamento, iluminado por los resplandores de las hogueras y de la luna. Las blancas tiendas se destacaban de entre sus mismas sombras, y por todas partes veíanse reducir los bruñidos arneses, como si el suelo estuviera sembrado de plata.

En medio de aquel silencio, de aquella quietud, y cuando parecía que a la par de los humanos seres dormía la Naturaleza toda, esparcióse, dulce, lánguido, el armonioso preludio de las vibradoras cuerdas de una cítara, y sus blandos y expresivos acentos fueron a perderse en el infinito del horizonte.

Luego, con voz suavísima y conmovedora, con acento triste, se oyó entonar una cantiga llena de amor y de ternura; pero que antes que una sonrisa a los labios arrancaba a los ojos lágrimas, porque al escuchar sus quejas y sus ruegos, el corazón se oprimía y el espíritu se sentía dominado por un sentimiento de amarga pena, que no daba lugar más que al llanto.

¡Ah! El Trovador que así daba a sus penas desahogo, debía llorar también. La música de su trova podía decirse que era un suspiro armonioso y continuado, precursor de una agonía lenta, tranquila, como el principio de un sueño.

Ningún eco respondió a aquellos ecos; perdieronse en el espacio como los suspiros, desaparecieron como las auras, se desvanecieron como las ilusiones. Empero, los sustituyeron

otros más dulces, más lánguidos, más conmovedores.

La canción era cada vez más triste por sus palabras y por su música; se asemejaba a una queja, pero a una queja que llegaba a lo más profundo del alma, y la voz del Trovador, sin perder nada de su sonoro timbre, parecía más ahogada y como si saliese del corazón.

Entre tanto, ya deslizándose por entre los zarzales, ya rastreando por entre las sombras que proyectaban las tiendas, con la agilidad de un tigre, con el silencio de un fantasma, iba atravesando el campamento un bulto parecido a un ser humano, pero que no podía decirse si era un hombre o una mujer. Como si la música le llevase tras de sus armoniosos sonos, dirigíase hacia donde el trovador entonaba su cantiga, mientras que sus ojos relucían como dos carbunclos, y en el interior de su pecho resonaba un ronquido sordo, producido, sin duda, por el cansancio y el esfuerzo para contener la respiración.

Antes de llegar a la tienda de donde partía la música, tenía que atravesar un espacio iluminado por la luna, y entonces se detuvo, miró recelosamente a todos lados, y con la seguridad de que nadie la observaba, se adelantó, murmurando con voz ronca y ahogada:

—¡Es él!  
Llegó a la tienda y volvió a detenerse.

—¿Estará solo?—dijo.  
Los resplandores de una pequeña hoguera, ya casi moribunda, que ardía delante de la tienda, penetraban en el interior de ésta, y con su ayuda pudo la persona que se había arrastrado hasta allí, ver que el enamorado trovador estaba solo.

Entonces se distinguió más fácilmente aquel bulto: era una mujer envuelta en extraño ropaje y que por todo abrigo llevaba, al parecer, una especie de albornoz negro. Su cabeza estaba desnuda, y sus cabellos se esparcían en desorden, dándole un aspecto salvaje y feroz.

Tendida en el suelo, inmóvil y conteniendo la respiración, permaneció largo rato como suspensa de los armoniosos acordes y acento dulce del enamorado Trovador.

Este pronunció las últimas palabras de su romance, exhaló un profundo suspiro, dejó de tañer y arrojó la cítara.

Se perdieron los últimos ecos, y el alerta de los centinelas se oyó nuevamente, como para recordar que no era aquello una mansión celestial.

Otro bulto se acercaba cautelosamente; pero la mujer no le vió, porque se levantaba en aquel instante, y fijando su mirada ardiente en el Trovador, se lanzó al interior de la tienda, exclamando:

—¡Manrique!  
Este dejó escapar un grito de sorpresa, y luego dijo:

—¡Madre mía!  
—¡Manrique!—repitió la gitana con acento ahogado—. ¡Hijo mío!

Y estrechó entre sus brazos al mancebo.  
—¿Qué habéis hecho, madre mía? ¿Qué habéis hecho?—dijo Manrique.

—¡Qué he hecho!... He venido a verte, porque hace mucho tiempo que me abandonaste, y... ¡quizá te habrías olvidado de mí!—repuso Azucena con acento de tan amargo pesar, que el mancebo se sintió conmovido.

—Pero habéis expuesto vuestra vida; sin duda ignoráis el peligro que corréis.

—He atravesado por entre un ejército, lo sé; por entre muchos hombres, que me hubieran matado sin que me hubiese valido decir que yo era tu madre, porque no me hubieran creído... ¡Ah!... ¡La pobre gitana!...

—Madre mía...  
—¿Qué dulce es ese nombre!—interrumpió Azucena, clavando en Manrique una ardiente mirada.

Pero luego se contrajo su frente, tomó su rostro un aspecto sombrío, y repuso con sorda voz:

—Madre... ¡Oh!... Hijo... Tú no te acuerdas, Manrique... Aún arde la hoguera...  
—¡Dios mío!—exclamó el doncel con triste acento al ver que Azucena empezaba a delirar.

—La madre—prosiguió la gitana—debía matar al hijo; el hermano debía matar al hermano... ¡Era el castigo de mi debilidad!... ¡Sangre!... ¡Por todas partes fuego y sangre, sin que se haya vertido una gota de la que pidió su venganza!... ¡Oh!...  
—Madre mía!...  
—¿Tu madre!... Yo no soy tu madre...  
—¿Qué decís?...  
—¡Insensato!—exclamó Azucena con amargura y dejando escapar una estridente carcajada—. ¡Insensato!... El orgullo y la ambición te ciegan; no quisieras ser mi hijo, el hijo de una gitana... ¡Si supieras cuánto me debes! ¡Si supieras cuán duro, cuán horrible sacrificio me cuestas!... ¡Ingrato!... Pero no temas que yo descubra la humilde condición de tu nacimiento; nadie sabrá que una gita-

na es tu madre, porque te despreciarían, no encontrarías una sola persona que te amase, ni aun la hermosa dama de los ojos negros, tan buena, tan compasiva...

—¡Oh!—exclamó Manrique—. ¿Qué decís? Por Dios, madre mía, sosegaos.

—Mira—repuso Azucena, arrastrando al mancebo hasta la puerta de la tienda y señalando al cielo—. Mira, ¿no ves aquella nube?

El Trovador miró maquinalmente, pero sólo vió el humo de las hogueras.

—Tenéis muy cerca a vuestros enemigos—prosiguió la gitana—, y esa nube anuncia vuestra derrota.

—Es el humo...

—¡Siempre el humo!... Todo es humo, Manrique; todo, desde tu ambición y tu orgullo hasta las ilusiones de tu amor desdichado; humo hasta mi venganza... Esa misma nube apareció cuando ibas a verter la sangre de don Nuño...

—¡Oh, no le nombréis!...

—Por un momento no pude salvarte, y... ¡No sabes lo que has hecho con matar a tu rival!...

—Sosegaos, madre mía...

—Pero mi madre se sonrió...

—El conde vive...

—No, Manrique; no intentes engañarme; el conde no puede vivir, porque estaba escrito que la sangre de Artal vengaría a mi madre... ¿Ves esa hoguera?

El Trovador se encontraba en el mayor apuro; la presencia de la gitana era un grave compromiso por muchos conceptos; pero ¿cómo dejarla? ¿Adónde había de ir la infeliz a aquellas horas y estando tan lejos del lugar que le servía de albergue? Muchos días de penoso camino debía haberle costado llegar hasta allí, y sólo la fuerza de su misma locura pudo haberla sostenido. ¿Qué hacer?

—¡Oh!—exclamó el mancebo—. No sabéis lo que habéis hecho, madre mía...

—¿Por qué me habías abandonado? ¿Por qué olvidabas a tu pobre madre? He corrido muchos días, muchos, hasta encontrarte. Mira mis pies, están llenos de heridas, apenas he comido... ¡Y todo por verte, por apartarte del peligro que te amenaza!

—Entrad y descansaréis—replicó Manrique, que no sabía qué hacer—. Si os descubriesen...

—No te llamarán hidalgo... Pero yo no diré que soy tu madre...

—¡Por Dios!...

—Ven, Manrique; huyamos; mañana no quedará vivo uno solo de los partidarios del conde...

—¡Huir!...

—Te amenaza la muerte...

—Antes es mi deber, mis juramentos...

—Mira la nube...

—¡Madre mía!

—Pues bien; yo me quedaré; moriremos juntos... Nadie sabrá que soy tu madre; di que me has recogido por compasión...

—Descansad; sosegaos...

—Si me sigues iremos a buscar a la dama del corazón noble y los ojos negros...

—Entrad—replicó Manrique, llevando a su madre al interior de la tienda—. Sentaos; tomaréis algún alimento y dormiréis.

—Dormir!... No, Manrique; no quiero dormir, porque me abandonarías, y al despertar me encontraría sola otra vez, y cuando fuese a buscarte sólo hallaría tu cadáver entre otros muchos...

—Os juro...

—Quiero verte, hablarte, llamarte hijo mío y que tú me digas madre. Nadie nos oye ahora; puedes estrecharme entre tus brazos, sin avergonzarte de mis harapos; decíme: ¡madre mía!, sin que...

Azucena se detuvo y exhaló un grito de espanto, escendiéndose tras el Trovador.

Este quedó inmóvil, mudo, y con el rostro pálido y la cabeza inclinada como por la vergüenza, permaneció algunos instantes.

En la puerta de la tienda habían aparecido cuatro hombres: don Jaime *El Desdichado*, don Lope y dos caballeros más.

—Os hemos interrumpido—dijo el traidor hidalgo—; pero como hace poco cantábais, el señor creyó que estabais solo y quiso venir para hablaros.

—Entrad, señores—balbuceó Manrique.

El de Urgel y don Lope se adelantaron.

—No sabía yo—dijo éste—que teníais madre.

Estas palabras hicieron recobrar toda su energía a Manrique que, levantando con altivez la cabeza y clavando en el hidalgo una penetrante mirada, dijo resueltamente:

—Si; tengo madre; miradla...; es una pobre; está loca... ¡Es una gitana!

Y luego miró severamente a los cuatro caballeros como preguntándoles si había alguno que se atreviese a echarle en cara la humildad de su cuna.

—Esta es mi madre—repuso con más altivez—. ¿Lo entendéis? Mi madre, pobre, loca, que huye de las gentes; mi madre, que es una gitana... Yo soy su hijo; pero tan grande,

tan noble, tan caballero como todos vosotros. ¿Hay quien me dispute mi nobleza, quien la niegue o la dude?

El conde de Urgel se acercó al mancebo, y alargándole la mano derecha dijo:

—Sois don Manrique, el primer caballero de Aragón, el primer valiente, el más leal de mis servidores... Sois mi amigo, mi hijo... ¿Os falta un nombre? Tenéis el mío. El que dude de vuestra nobleza habrá de recoger mi guante.

La gitana miró entonces alternativamente a los caballeros, sus pupilas se iluminaron, se contrajo su frente y dijo:

—Tiene nombre; mi hijo tiene nombre; se llama... ¡Oh!... ¡No puedo decirlo! ¡Mató a don Nuño, al hijo del asesino de mi madre. ¡Ah!... ¡No puedo decirlo!...

Y exhalando un grito, y sin dar tiempo a que pudiesen detenerla, se lanzó fuera de la tienda y desapareció, repitiendo:

—¡No puedo decirlo!... ¡Mató al conde!... ¡No puedo decirlo!

—¿Adónde vais desdichada?—gritó Manrique, intentando seguir a su madre.

Pero le fué imposible verla ya, y sólo pudo llamar a algunos soldados para que la buscasen y evitar una desgracia.

—¡Infeliz!—murmuró—. La maltratarán si la encuentran.

Ninguno de los que presenciaron aquella escena acertó a pronunciar una palabra. El de Urgel estaba conmovido, porque sabía que, a pesar de lo que había hecho y por más que en adelante guardase las más honrosas consideraciones a Manrique, debía serle muy perjudicial el que se supiese que era hijo de una gitana. Los otros dos caballeros no podían volver en sí de su sorpresa, porque, como todo el mundo, creían que el Trovador era, por lo menos, un hidalgo pobre que había querido, como otros en aquella época, ocultar su nombre hasta el día en que alcanzara gloria y riqueza con su brazo; y cómo había de sospecharse otra cosa? ¿Cómo pensar que aquel mancebo de aspecto noble, de ideas tan elevadas, de tan raro ingenio fuese el hijo de una gitana, que en aquellos tiempos era lo mismo que decir de una bruja, de un ser entre racional e irracional?

El hidalgo don Lope estaba que no cabía en sí de gozo: aquella desgracia de Manrique era obra suya: había observado la llegada de Azucena y escuchado el principio de la conversación de ésta con su hijo, y sin detenerse, poniendo en juego toda su astucia, hizo de manera que don Jaime quisiese hablar a su favorito y que fuesen los otros dos caballeros para que después no se pudiese averiguar quién había divulgado la noticia.

Aunque sin adivinar cómo había podido hacerse, bien comprendió Manrique que aquella había sido una intriga del hidalgo; pero no podía mostrarse enfadado, sin dar a entender que quería ocultar su nacimiento y negar a su madre, y sólo pudo añadir en su memoria el recuerdo de aquella ofensa para hacerlas pagar todas juntas al intrigante traidor.

La situación era embarazosa, y ninguno sabía cómo salir de ella; pero, afortunadamente, se oyó el galope de un caballo, que luego se detuvo a la puerta de la tienda.

—¿Ruiz?—dijo Manrique afanosamente.

—Aquí estoy, señor—contestó el escudero, apeándose y entrando.

—¿No has llegado?

—A la mitad del camino... Ya os lo explicaré: ahora voy a dar un pienso a mi pobre yegua, que no sé cómo tiene vida.

Con pretexto de dejarle en libertad de hablar con su criado, el de Urgel se despidió de Manrique, y con don Lope y los otros dos caballeros salió.

Una hora después se sabía en todo el campamento que el Trovador era hijo de una gitana.

La noche pasó sin otra novedad que la de llegar muchos avisos de las avanzadas.

Manrique hizo que buscasen por todas partes a Azucena; pero fué en vano; nadie la había visto.

A la madrugada corrió la nueva de que el enemigo se había puesto en movimiento.

### CAPITULO XXX

#### De la batalla que se dió en los campos de Murviedro.

A través de la bruma de la mañana se distinguieron los escuadrones del infante que, en número crecido, marchaban a encontrar a los del conde.

Resonaron los instrumentos de guerra y el ejército aragonés se puso en movimiento para ordenarse y esperar al enemigo.

Las voces, las risas, el ruido de las armas y el relincho de los corceles se confundieron con el de los clarines, atronando el espacio.

Los rayos del sol disiparon los vapores de la niebla.

No entonaron las aves sus cantos matutinos, porque hubieron espantadas; pero el cielo parecía sonreír, según estaba de puro y transparente.

Mañana de regocijo debía ser aquella tan apacible, y sin embargo, fué el principio de un día de sangre y destrucción.

Como si el calor del sol hubiese reanimado los espíritus, sintiéronse los soldados del conde impacientes por encontrar a sus enemigos, de manera que fueron ejecutadas con tal prontitud todas las órdenes, que antes de media hora estuvo el ejército en disposición de comenzar la sangrienta pelea.

Unos y otros fueron acercándose con muestras de gran entusiasmo, y cubrían la extensa llanura, sin que pudiese fijarse la mirada en un sitio donde no se viesen relucir armas y armaduras y tremolar los estandartes de los distintos señores partidarios de la independencia de Aragón.

Ocupando el centro, y seguido de numerosas lanzas, lo más florido de su gente, iba don Jaime *El Desdichado*, y entre los caballeros que le rodeaban veíase a Manrique en su negro potro, con el estandarte de la Casa de Haro y su hacha destructora, que debía, como nunca, llenarse de sangre hasta el mango.

Llevaba el mancebo, como casi siempre, casco sin visera, y se veía su rostro contraído y pálido y su mirada sombría, lo cual no era frecuente en él en los momentos del combate, pues acostumbraba a estar risueño y alegre; como nunca cuando se acercaba el peligro; pero lo sucedido la noche anterior había envenenado su alma, sin contar los demás motivos que tenía para estar desesperado.

Pensaba que no se había obrado con acierto, abandonando la población para arriesgarlo todo de una vez, y esta idea, Leonor y su madre ocupaban su imaginación.

Deseara el momento de la pelea para desahogar su ira, sin temor a la muerte, que tan cerca iba a tener, porque en aquellos momentos nada le importaba la vida.

El hidalgo traidor, que iba también allí, se ocupaba en examinar atentamente el orden en que se desplegaban los de uno y otro bando, y como sabía mejor que nadie el número de combatientes con que contaba el de Castilla, regocijábbase con que no se pondría el sol sin que don Jaime contase una desdicha más en el número de las que le habían dado el sobrenombre de *El Desdichado*.

Llegaron al fin a corta distancia los unos de los otros, y se dió la señal de acometida.

Como dos montañas de acero, chocáronse ambos ejércitos al encontrarse.

Una nube de polvo los envolvió.

Resonó un espantable estruendo de clarines, voces y armas, y bien pronto la sangre empezó a correr.

Viéronse muchos caballos sin jinetes.

Oyéronse amenazas horribles, contestadas por lamentos de agonía.

Crujieron huesos, rodaron cabezas, saltaron hechas mil pedazos armas y armaduras.

Perdía la vida el que acababa de quitarla.

Era aplastado por un caballo el que antes había pisoteado a un moribundo.

No podía fijarse en lugar alguno la planta sin que se tiñese en sangre.

Y tanto horror no espantaba a los combatientes.

Cuanto más vertían, más ardiente era su sed de sangre.

Cuanto más destruían, más se aumentaba su deseo de venganza.

Morian, antes que retroceder un solo paso.

No había cabeza que no estuviese trastornada por la embriaguez de la más rabiosa ira.

Manrique, con un lucido escuadrón, se había adelantado y peleaba con la ceguedad de su desesperación. Contaba las víctimas por los golpes de su hacha.

Tremolaba el estandarte mientras hendía pechos y cabezas, y gritaba con su sonora voz:

—¡Adelante, adelante! ¡Viva Aragón! ¡Todos a mí, cobardes, menguados! ¡Todos a mí, castellanos miserables! ¿Por qué huís? ¡Adelante, aragoneses! ¡La patria nos mira, nuestra independencia nos pide la sangre, la justicia nos llama! ¡Adelante!

Y seguía matando sin cesar.

Y avanzaba sin miedo a quedar solo y que le cercasen los enemigos.

Más de una vez debió la vida al arrojo y serenidad de su fiel escudero.

Su fogoso potro tenía las patas teñidas en sangre de los cadáveres que aplastaba, y parecía participar del coraje de su dueño, pues mordía furiosamente siempre que tenía ocasión y parecía complacerse en hacer crujir, bajo sus ferrados cascos, los cráneos de los moribundos.

Más de dos horas pasaron sin ventaja de una ni otra parte.

Empero, el ejército del infante desplegó entonces su ala izquierda, avanzando para envolver por el flanco derecho a los del conde.

Este conoció el peligro, y tuvo por segura su derrota si no tomaba ninguna disposición, y entonces, aprovechando la ocasión de que Manrique se encontraba sin enemigos cerca, le mandó llamar y le hizo observar el movimiento de los contrarios.

—Estamos perdidos si no se acude pronto—dijo el mancebo después de breves instantes.

—¿Qué os parece que debemos hacer?

—Que nuestra retaguardia se corra a la derecha y espere el momento en que los enemigos nos ataquen por el flanco, y entonces que caigan sobre ellos rápidamente, y así quedarán envueltos. Mientras cargaremos, nosotros por nuestra izquierda para inspirarles confianza.

—Es lo único que puede hacerse—dijo el conde.

—La victoria ha de decidirse muy pronto, porque la mortandad es grande.

—Seguid, pues, adelante por la izquierda, y que Dios nos ayude.

—A mí los de Haro!—gritó Manrique.

Y se lanzó otra vez en lo más recio del combate.

El conde se volvió para ordenar el movimiento convenido, y la primera persona a quien vió fué al hidalgo.

—¿Os habéis enterado?—le preguntó—de lo que se ha determinado?

—Sí—contestó don Lope—, que nuestra retaguardia se desplegue por la derecha para caer sobre el ala izquierda del enemigo cuando nos acometa por el flanco.

—Pues ya que sois el más desocupado, corred y decidlo a don Juan, encargándole que no pierda un momento.

El hidalgo partió como una centella, mientras que se pintaba en su rostro la más viva alegría.

—¡Voy a darte una corona, infante!—exclamó, mientras corría—. Ni uno solo de los del conde quedará con vida.

Se acercaba el momento decisivo. Como había dicho Manrique, no podía durar mucho el combate, porque como peleaban con tan ciega obstinación, era mucha la gente que había muerto.

Mientras los del conde fingían descuidar su flanco derecho, los castellanos avanzaban por este lado, ganando terreno a toda prisa.

Muy confiado el conde en que sus órdenes se cumplirían sin dilación, dirigióse también hacia donde estaba Manrique con ánimos de tomar parte en la lucha, si fuese necesario, para alentar a los suyos.

Empero, aún no había transcurrido un cuarto de hora, cuando llegaron algunos jinetes para decirles que los enemigos tacaban el costado derecho con gran furia, y que faltaba poco para que se introdujese la confusión en las filas de los aragoneses.

—¿Qué hace don Juan?—exclamó el conde, revolviendo su caballo tordo para mirar a los de su retaguardia.

Pero ésta, en vez de desplegarse sobre la derecha, según se había dispuesto, marchaba hacia la izquierda.

—¡Vive Dios!—gritó el conde con acento de rabia—. Manrique, Manrique!... ¡Por Satanás!... Mirad... Mirad...

—¿Qué hacen?... ¡Oh!...—exclamó el Trovador—. ¡Estamos perdidos!... ¿Quién los ha mandado?...

—Nadie.

—Pero...

—He dado la orden...

—¿Quién la llevó?

—Don Lope.

—¡Traidor!—gritó el mancebo.

Y sus dientes rechimaron y sus pupilas brotaron fuego.

—¡Nos ha vendido!—prosiguió—. ¡Ha trocado vuestra orden!... ¡Miserable!...

—¿Qué hacemos?

—Morir como valientes.

—Pero...

—Mirad, don Jaime, mirad... Los nuestros retroceden... se desordenan... y por allí... estamos cercados... ¡Dios de Dios!... ¡A mí, mis valientes! ¡Seguidme, señor conde, y que al menos se salve vuestra vida, que es la última esperanza de nuestra independencia!

—¡Huir!... ¡Hemos; de huir!—exclamó don Jaime, que estaba pálido y agitado al ver que los empezaban a desordenar y que por todos lados los cercaba el enemigo.

—¡Seguidme, vive el cielo!... ¡Nos han vendido!... ¡Mis valientes, los de Haro, a mí!

Manrique volvió a blandir su hacha y se lanzó hacia la izquierda, mientras que las lanzas del de Haro, en unión de las del conde, rodearon a éste y siguieron al mancebo, abriéndose camino trabajosamente.

Pero don Jaime, ciego de cólera, empuñó su espada, y sin que fuese posible contenerle, se puso al lado del Trovador, quedando entre éste y Ruiz.

El miedo y el desorden cunden con tanta

rapidez en tales casos, que la derrota es obra de un momento.

Todos los esfuerzos del conde fueron inútiles: su ejército estaba envuelto, en completo desorden, en declarada derrota.

Ya era preciso huir; era un deber salvar la vida a los que fuese posible.

Los del infante gritaban victoria y hacían una carnicería horrible.

Ya no se oyeron lamentos, sino maldiciones, blasfemias, juramentos vomitados por la desesperación.

Al fin, después de una hora de esfuerzos sobrehumanos, don Jaime pudo escapar, seguido de una muy pequeña parte de su ejército.

La traición de don Lope había dado su resultado.

Antes que el sol se pusiera, no se veían ya en el campo de batalla más que vencedores, cadáveres y armas rotas.

Los historiadores de más crédito aseguran que en aquella sangrienta jornada murieron seis mil partidarios del conde de Urgel.

Con la noche vino la calma, pero una calma pavorosa.

La luna reflejó en espumosos charcos de sangre.

Aún se oyó algún lamento desgarrador, alguna voz pidiendo la muerte que pudiese término a los dolores de una penosa y lenta agonía.

## CAPITULO XXXI

### Consecuencias de la batalla.

La derrota del ejército aragonés había sido completa. No solamente perecieron seis mil hombres en el campo de batalla, sino que muy trabajosamente pudieron escapar los que quedaron vivos, porque estaban rodeados de enemigos por todas partes, de tal manera, que el de Urgel no pudo volver a Murviedro, viéndose obligado a encaminarse a Balaguer, único punto donde podía resistir nuevos ataques, mientras lograba reanimar el abatido espíritu de sus partidarios y organizar nuevamente su ejército.

La noticia llegó con rapidez a Zaragoza, asegurándose que el Trovador había sido uno de los que habían perdido la vida. Esta circunstancia no quiso dejarla en duda el infante, porque, como ya sabemos, su odio hacia Manrique era el más profundo, sin contar con que el valiente mancebo era un enemigo de mucha importancia, y mandó hacer todas las averiguaciones posibles para quedar convencido. Empero, solamente pudo encontrarse el casco del Trovador, y a corta distancia su potro muerto y su hacha rota, como si se hubiera defendido a pie hasta perder la vida. No estaba su cadáver; pero como allí había cinco o seis tan desfigurados que no era posible reconocerlos, se sospechó que fuese uno de ellos, cuya armadura era igual o parecida a la que decían llevaba Manrique, y con más razón en vista de los cabellos rubios como el oro que conservaba su cabeza aplastada, sin duda por los caballos. No faltó quien asegurase haberle visto cuando cayó su potro, y que no se había levantado.

Efectivamente; el casco era el suyo, lo mismo que el hacha y el potro; y todo esto hacía presumir fundadamente que el infeliz mancebo había sido víctima de su arrojo.

Como era en Zaragoza muy conocido y su nombre y sus hazañas muy populares, hablábase de él siempre que se trataba de la rota de Murviedro, y en la soledad de su aposento, y en medio de la noche, derramó alguna lágrima más de una doncella.

No fué el conde de Luna el que menos se regocijó de la muerte de Manrique ni Leonor la última que supo la desgracia.

La infeliz, en el primer arrebató de su incomparable dolor, estuvo muy cerca de perder también la vida; pero le reservaba su destino pruebas más duras, y aunque muy quebrantada su salud, plugo a Dios conservar la existencia para hacerle sufrir mayores tormentos.

¡Triste existencia!

¿Qué le quedaba a la infeliz que pudiese inspirarle amor a la vida? Su hermano, no más que su hermano, el verdugo de su corazón, el que la había sacrificado a sus ambiciosas miras. Huérfana desde su niñez, sólo había encontrado en el camino de su triste y solitaria vida una flor que le brindase su aroma, una estrella que dispase las tinieblas de su amargura, su amor: Manrique... ¡Pero Manrique ya no existía!

Lo penoso de su situación se comprende fácilmente: no había una mano que enjugase sus lágrimas, no había una voz que la consolase y buscó en la religión el consuelo que no podía encontrar en el mundo.

Entregada a su dolor, llorando día y noche, rezaba y pedía al Omnipotente fuerzas para soportar sus pesares; fe para no vacilar en el camino de la eterna salvación. Empero, la llama de su pasión no se apagaba, y en medio de sus oraciones acudían a su memoria los recuerdos de días más felices, palpitando su corazón a impulsos de un sentimiento mundanal. ¡Ah! El amor de la infeliz doncella era de los que no se extinguían sino con la vida, y es vana empresa el querer arrancarlo del pecho sin arrancar el corazón.

Don Guillén había tenido la prudencia de no ir a ver a su hermana en aquellos primeros días de dolor; pero cuando por las noticias que recibió del convento creyó que la calma iba recobrando su imperio en el espíritu de Leonor, decidió visitarla, no sin avistarse antes con el conde de Luna, que no había desistido de sus amorosas pretensiones, y cuyas esperanzas locas renacieron con la muerte de su rival y con el descubrimiento de que éste era hijo de una miserable gitana y bruja.

Dos semanas habían transcurrido desde la rota de Murviedro.

El mes de enero tocaba a su fin.

Eran las nueve de la mañana, y Leonor acababa de salir del coro y entrar en su celda y de sentarse con abatimiento en un sillal, cuando le anunciaron que don Guillén quería verla.

Las pálidas mejillas de la joven enrojecieron por un instante, se estremeció, y después de hacer un esfuerzo para aparecer más bien severa que tranquila, dijo que entrase su hermano.

—Viene a atormentarme, a escarnecer mis desgracias y mi dolor!—murmuró la infeliz.

Y pocos instantes después asomó a la puerta el rostro enjuto de don Guillén y se vieron relucir sus ojos de recelosa mirada.

—El cielo os guarde, doña Leonor, mi buena hermana—dijo con voz meliflua, que hubiera engañado al mejor observador.

—Y a vos también—contestó la doncella, que palideció más de lo que estaba, y que no pudo dominar un estremecimiento.

Don Guillén cerró la puerta, sentóse y repuso:

—Aunque para ciertos pesares no hay remedio más eficaz que el tiempo, que todo lo borra, que todo lo destruye, como supongo que ya estaréis reconciliada conmigo, porque el tiempo también ha venido a demostraros...

—Don Guillén—interrumpió Leonor, que pareció haber recobrado en un instante toda su energía, según su rostro se coloreó y enderezó su esbelto talle—, si habéis venido a renovar la llaga de mis amargos dolores...

—Perdonad—dijo el cortesano, interrumpiendo, a su vez, pero tranquilamente, a su hermana—, los desengaños son siempre dolores amarguísimos, lo sé; pero al mismo tiempo son lecciones provechosas, porque nos demuestran verdades, cuyo conocimiento nos es muy útil. Estas razones son las que me han hecho creer que, si bien el desengaño recibido debe haber traspasado vuestra alma de dolor, os habría hecho conocer que vuestro hermano no fué nunca para vos un tirano que os sacrificaba, sino un amigo, un padre que os tendió la mano de la experiencia para conducirlos por el camino de la verdadera felicidad y abrir vuestros ojos a la luz del mundo.

Sin embargo, todo es perdonable a vuestra edad; tenéis pocos años y ninguna experiencia, y a la primera impresión que recibisteis os dejasteis dominar por la pasión, alucinada por quimeras propias de los ensueños de la juventud. Posada de una ciega fe en el hombre, que tan hábilmente supo enmascarar su ambición desmedida y loca con la hipocresía de un amor mentido, le entregasteis vuestro corazón, sin sospechar que abusaban de vuestra inexperta confianza y que corríais a vuestra perdición, sin pensar que vuestras sonrisas se trocarían en llanto, vuestras soñadas delicias en tormentos horribles y vuestras ilusiones en realidades horribles, cuya sola idea espanta. Cuántas veces os dije que el que ponía tanto cuidado en ocultar su nombre no podía ser sino un miserable de tal condición...

—Oh!—exclamó la doncella, que sufría horriblemente—. Si no tenéis compasión de mí, si nada os importan mis dolores, si queréis abreviar mi triste existencia, sed al menos temeroso de Dios, respetad siquiera la memoria de los que han dado cuenta de sus acciones al Eterno y no pueden salir del sepulcro para defenderse. ¡Ah!... ¡Siquiera no seáis tan cobarde que calumniéis con ruines injurias a los muertos!

—Veo que aún estáis demasiado impresionada...

—Compadecedme!

—Me acusáis de injurioso, de cobarde...

—Sí, porque es una cobardía el acusar a los que no pueden defenderse, porque es una injuria llamar miserable a quien tenía un corazón más noble y más grande que el vuestro.

—A los hombres se les juzga después de

muertos sin cometer una cobardía, y todo el mundo llama miserable y bajo al que es más que de humilde cuna, de cuna deshonrosa, más que plebeyo, de clase que ni aun a la plebe puede llegar, y que, sin embargo, intenta invadir la sociedad de que no forma parte y reclama derechos que sería un crimen concederle: al hombre que es así se le llama miserable, y como tal era Manrique...

—¡Callad!—interrumpió vivamente Leonor—. ¡Callad, cobarde y cien veces cobarde!...

—¡Señora!...

—¿Con qué derecho suponéis que Manrique era de cuna deshonrosa?

—Creo—replicó don Guillén con altanería— que no necesito hacer suposiciones cuando me basta solamente decir que el hombre de quien hablo era... ¡Oh!... ¡Se manchan mis labios!...

—Don Guillén!

—El hijo de una gitana!...

—¿Qué decís?—preguntó Leonor afanosamente y mientras que sus negros ojos, extremadamente abiertos, casi desenchajados de sus órbitas, fijaban en don Guillén una mirada de indescriptible sorpresa—. ¿Qué decís?

—Soy muy torpe—repuso con calma el cortesano—. Ahora comprendo... Sí, sí; soy muy torpe... ¿Con que no sabíais?...

—¡Oh!... ¡Explicaos, don Guillén! ¡Explicaos!

—¡Ignorabais que habíais sido víctima de un engaño infame!...

—Pero...

—Como es cosa que todo el mundo sabe y se habla más de ella que de la victoria de nuestras armas, pensé que os lo habrían dicho.

—Pero sacadme de dudas... ¡Ah!... ¿Quién era Manrique, quién era?...

—Ya os lo he dicho: el hijo de una gitana bruja, en extremo miserable, medio loca...

—¡Oh!—exclamó la doncella, pasándose las manos por la frente como para aclarar sus recuerdos—. Sin duda, es la misma...

—¿Venís ya en conocimiento?...

—Proseguid, don Guillén; dadme las señas de esa gitana.

—No puedo deciros con seguridad su nombre... Pero sosegaos, porque...

—¡Ah!... ¡Proseguid!...

—Según se deduce de la conversación que tuvieron la madre y el hijo, ella es la misma que robó y quemó al hermano de don Nuño de Artal.

—¡Dios mío!...

—Hablabas mucho del conde, le llamó hijo del verdugo de su madre...

—¡Es la misma!... Decid!...

—Ahora se comprende el motivo de la aparición de la gitana en los momentos en que don Nuño fué herido por el Trovador. ¡Es natural! Con la ayuda diabólica de su madre, bien pudo vencer al conde, y ya no es extraño que se introdujese en la Aljafería por las ventanas y aun por las paredes, y que apareciese y desapareciese como un fantasma.

—¡Su hijo!... Imposible. ¡Manrique hijo de aquella mujer, Manrique tan noble de corazón, tan valiente! Imposible, imposible.

—¿Sospecháis que pueda yo haber inventado...?

—No, don Guillén; no os creo tan infame que llevéis vuestro rencor hasta el sagrado de la tumba...

—Os lo juro por mi nombre...

—Pero pueden haberse equivocado...

—El conde de Urgel y tres caballeros más que entraron en la tienda del Trovador cuando estaba allí la gitana, no se equivocan. Hay más: se refiere el suceso con todos sus detalles, y se dice que Manrique, creyendo que le echaban en cara su nacimiento, exclamó con altivez: "¡Si; esta es mi madre: una gitana pobre, miserable y loca; yo soy su hijo; pero tan noble, tan grande como vosotros y cualquier caballero, lo cual probaré con mi espada." Tal dijo con orgullo insensato y sin avergonzarse de su cuna.

—¡Alma noble! ¿Por qué había de desgarrar el corazón de su pobre madre, negándole el título que le pertenece? Si el nacimiento no le dio nobleza, ha sabido ganarla a costa de su sangre. ¡Mostró a su madre con orgullo! "¡Esta es mi madre!" exclamó. ¿Quién no diría lo mismo al lado de la suya? ¡Bien pudo envanecerse con su grandeza de corazón!... Os creo, don Guillén—prosiguió arrebatadamente la joven—. Os creo; el que de tal manera se portó, el que así habló no pudo ser otro hombre que Manrique.

A su vez se sorprendió el cortesano, y hasta tal punto, que en algunos momentos no pudo articular una sílaba. Su orgullo de raza y de época no le dejó comprender cómo podía su hermana interesarse por el hijo de una gitana, y a pesar de que no era supersticioso don Guillén, pensó por un instante si la doncella sentiría y obraría bajo la influencia de algún filtro diabólico que la tuviese hechizada; pero bien pronto tuvo ocasión de convenirse de que el filtro era, como ya hemos di-

cho, un amor de esos que sólo con la vida acaban.

—¡Y aún escarnecéis la memoria de Manrique! — repuso Leonor. — ¡Aún le acusáis!... Don Guillén, no tenéis corazón.

—Os estoy oyendo—replicó el cortesano—, y todavía sospecho si me son traidores los oídos, si los ojos me engañan, si conservo mi razón... ¡Oh!... ¡Estoy soñando?

—Estáis matándome...

—¡Vos, que os llamáis Sesé!...

—¿Qué vale un nombre vano cuando el cuerpo abriga un alma ruin? ¿Pensáis que vuestro linaje es suficiente para que se os tenga en mucho si sois mezquino en vuestros proceder?

—¿Es decir?...

—Que el oropel del nombre y de la cuna no vale para mí: la verdadera joya del hombre es el corazón, y yo quiero corazón, sentimientos...

—¡Doña Leonor!

—Excusemos palabras enojosas, don Guillén. Me estáis atormentando... ¡No amarguéis la lenta agonía que acaba con mi existencia!

—Decís bien, señora; es en balde atormentarnos. Manrique ha muerto...

—¡Ha muerto!—murmuró Leonor con un acento tan triste y angustiado que parecía haberse llevado tras sí el alma.

—Y como todo concluye con la muerte...

—Menos mi amor.

—¿Tenéis esperanza de que resucite vuestro amante?

—Espero reunirme con él en el cielo.

—¿Amor insensato!

—Don Guillén—replicó Leonor—, otra vez os lo digo: me estáis desgarrando el alma.

—Señora—dijo gravemente el cortesano—, es preciso que hablemos para determinar lo que ha de hacerse...

—¿Lo que ha de hacerse!...

—Vuestra situación ha cambiado; los motivos que teníais para no aceptar la mano del de Luna, han cesado ya, y puesto que...

—No prosigáis—interrumpió la doncella—; si habéis venido para hablarme de don Nuño, pudisteis excusar vuestra visita.

—En verdad que hoy no acierto a comprenderos.

—Si me conociérais no os sucedería así.

—Antes; el amor de Manrique era un inconveniente para que correspondiérais a don Nuño; pero cuando ya nada tenéis que esperar de vuestro amante, cuando la muerte ha roto promesas y juramentos...

—Queda—interrumpió Leonor—mi aborrecimiento al conde, que es la causa de todos mis dolores.

—Ya supongo que no le amáis, pero...

—Basta, os repito; jamás seré esposa del conde, ¿lo entendéis? ¡Jamás!—exclamó la doncella con tan firme resolución que don Guillén se mordió los labios con despecho.

—¿Señora!

—¡Jamás!—volvió a decir Leonor.

—Bien, señora, bien; no le amáis, no seáis su esposa, que yo no os obligaré a ello.

—En vano lo intentaréis.

—Dejemos entonces este asunto, puesto que nada hemos de adelantar, y tratemos solamente de vos.

—Para mí, don Guillén, no queda ya más que la tumba de esta celda, donde pasará los pocos días que restan a mi amarga vida.

—A esta celda vinisteis para estar mejor guardada del que intenté haceros instrumento de su ambición loca; pero como ya estáis libre de sus engaños, no hay necesidad de que sigáis viviendo en este retiro, donde se marchitarían vuestra juventud y vuestra belleza, que deben brillar en otra parte. Ayer hablé a la reina, y volveréis a su lado.

—Gracias por vuestros cuidados—dijo Leonor, sonriendo amargamente—. Me trajisteis a esta celda para sacrificar mi corazón, y ya no es tiempo de retroceder, es preciso que el sacrificio se consuma.

—Doña Leonor...

—Me encerrasteis aquí para evitar que viese a Manrique, y aquí permaneceré para llorarle.

—Aquí no permaneceréis...

—Sí; mal que os pese.

—Pensad...

—Quiero ser monja...

—Doña Leonor! — exclamó, turbado, don Guillén.

—Es irrevocable mi resolución.

—Su alteza manda...

—En la casa de Dios no manda el rey.

—Pero yo puedo disponer de vos...

—Pues venid a sacarme de esta celda; venid y veréis lo que aquí significa vuestra autoridad—replicó Leonor resueltamente—.

—¿Oh!... ¿Quién tendría bastante poder para arrancarme del altar? Nadie, don Guillén; ni vos con ser mi hermano, ni el rey...

—Pensad bien lo que hacéis—replicó el caballero, cuyo rostro palideció de ira—. Pen-

sad lo que hacéis, porque si os arrepentís, será tarde por pronto que sea.

—¡Arrepentirme!... No lo temáis. ¿Qué espero del mundo? "Manrique, o la muerte", fué mi juramento, y lo cumpliré. Si a Dios plugo conservarme la vida, yo me encierro en esta tumba: viviré para llorar, viviré para mis dolores, pero moriré para el mundo, y tendréis que respetar mi sepulcro, aun cuando sepáis que respiro dentro de él. Decidlo así al rey y al conde, y vos no lo olvidéis. Don Guillén, ya no soy vuestra hermana, soy una pobre novicia, y dentro de pocos días habré borrado mi nombre del mundo para tomar el del claustro.

—¡Oh!—exclamó el caballero, que apenas podía contener su enojo—. ¡Pensad lo que hacéis!...

—¡Basta!—replicó Leonor, oprimiéndose el pecho con ambas manos—. Bastante me habéis atormentado...

—¿Me echáis?...

—Tengo que orar...

—Doña Leonor!

—Dejadme, don Guillén.

—Saldré cuando me plazca...

—Os dejaré solo.

—No os iréis...

—Llamaré a la abadesa, que aquí representa a Dios, y obedeceréis su autoridad.

—¿Señora!...

—Dios os guarde—replicó Leonor, mientras extendía un brazo y señalaba a la puerta con una tranquilidad que infundía espanto.

El rostro de la infeliz estaba tan desfigurado en aquel momento, que casi hubiera sido imposible reconocerla.

Don Guillén, medio ahogado por la ira, no pudo resistir al mandato de su hermana ni al contemplarla pudo dominar un estremecimiento de terror.

—¿Lo queréis así?—dijo, levantándose.

—Sí.

—¿Decididamente?...

—Sí.

—Seréis monja.

—Supongo que el conde no se atreverá a rivalizar con el esposo que hoy elijo.

—No es tan desalmado que intente siquiera pensar en vos, sabiendo vuestro nuevo y sagrado estado.

—Os advierto, don Guillén, ya que por tan buen cristiano tenéis al conde, que sabe el camino de esta celda tan bien, que ni en medio de la noche se equivoca.

—¿Qué decis?—preguntó don Guillén, poniéndose colorado como una amapola.

—Que no ha sido sólo Manrique quien a favor de las tinieblas ha saltado las tapias del convento y profanado este lugar...

—¿Se habrá atrevido?

—Es solamente una advertencia... Nada más, don Guillén; el cielo os guarde.

—Seréis monja, seréis monja—replicó el cortesano.

Y, apretando los puños y rechinando los dientes, salió de la celda, mientras decía:

—¡Oh!... ¡El conde ha intentado manchar el nombre ilustre de mis abuelos! ¡Vive Dios!... Eso es lo mismo que despreñarme o tenerme en poco; ¡no sabe que un Sesé vale tanto como un Artal?... ¡Oh!... Será monja, sí, monja... Basta de luchas... Manrique ha muerto... Sí; monja, y don Nuño tendrá que respetarla... y yo... yo debo heredarla.

Esta última idea hizo sonreír a don Guillén en medio de su arrebatado.

Entre tanto, Leonor, sintiéndose ya sin fuerza y abatido el espíritu como el cuerpo, se dejó caer de rodillas ante el reclinatorio, y al par que lágrimas de sus ojos, salieron de su boca palabras de súplica, la más tierna y conmovedora.

Empero, después de algunos momentos pronunció el nombre de Manrique, y sacando de su seno palpitante el mechón de rubios cabellos, que ya conocen nuestros lectores, lo besó repetidas veces, volviendo a guardarlo y a exclamar:

—¡Perdón, Dios mío!

Su corazón palpitó con violencia, se oprimió el pecho, se pasó las manos por su abrasada frente, y dejando caer la cabeza sobre el reclinatorio, murmuró, porque sentía correr el llanto por sus mejillas:

—¡Gracias, Dios bueno, Dios consolador!

Luego quedó inmóvil y como aletargada, hasta que el metálico y vibrador sonido del esquilon del convento la estremeció convulsivamente.

¡Infeliz!

## CAPITULO XXXII

De cómo llevó Leonor a cabo su resolución.

Como ya dijimos, don Jaime *El Desdichado* se encerró en Balaguer con los restos de su ejército, y allí pensaba defenderse de sus enemigos, que de cerca le seguían, mientras que sus partidarios le enviaban nuevos socorros, pues con la gente que le quedaba era impo-

sible resistir mucho tiempo. Cuando el conde quedó al abrigo de las murallas que debían ser testigos de su última y mayor desdicha, Manrique, seguido de un puñado de valientes decididos a todo, se puso en camino con ánimo de recorrer las villas y castillos, donde más partidarios de don Jaime había, para que acudiesen a Balaguer con soldados y vituallas antes que un estrecho cerco hiciese imposible toda comunicación con la plaza. También proyectaba el atrevido mancebo introducirse con los suyos en Zaragoza cuando esta ciudad, por acudir los de don Fernando a Balaguer, quedase con poca guarda de gente de guerra, y provocar una rebelión, que si no daba buen resultado, por lo menos obligase al infante a fijar su atención en dos puntos a la vez.

El proyecto era atrevido, loco si se quiere; porque entre los partidarios de don Jaime había cundido el desaliento, habían perdido la fe en el triunfo de su causa, y esto era bastante para que los venciesen los que tenían la fuerza moral de la victoria y el convencimiento del triunfo.

Sabía Manrique que corría como cierta la noticia de su muerte, lo cual era una ventaja, porque nadie se ocuparía en buscarle, aunque le hacía temer que Leonor, creyendo que nada tenía que esperar, determinase tomar el velo. El Trovador conocía muy bien a la doncella y sospechaba con fundamento, pues ya hemos visto que ella había determinado ser monja para romper todos los lazos que la unían al mundo, ya que la muerte había roto los de su amor.

Tal era, pues, el estado de Manrique, que milagrosamente escapó con vida de los campos de Murviedro, gracias al arrojado de Ruiz, que logró salvarle cuando después de muerto su potro, rota su hacha, y sin casco, se defendía de cuatro enemigos, sin más armas que su espada y su puñal.

Entre tanto, el infante, con casi toda la gente de que podía disponer, y con el aparejo necesario de máquinas de guerra, se dirigía a Balaguer para ponerle sitio, dejando al de Luna encargado de la guarda de Zaragoza.

Lo que tenía que hacer Manrique requería bastante tiempo; el de Urgel se encontraba en el mayor apuro, y el socorrerle era urgente, y esclavo él mancebo de sus deberes y de la gratitud, antes que satisfacer los deseos de su corazón, yendo a Zaragoza, se ocupó de cumplir con su deber.

Días y días habían pasado, sin que dejase de correr el llanto por las mejillas de Leonor.

Una y otra noche habían armonizado sus sollozos con los silbidos del viento y con el lúgubre canto de la lechuza.

Y sus mejillas se marchitaban, como se marchitan las blancas hojas de la azucena.

Y en sus tristes suspiros se evaporaba su existencia, como se evapora el perfume del lirio cuando se agosta lentamente abrasado por los celos al ver que la rosa extiende sus pétalos cuando el céfiro la besa.

Empero, el fuego de su amor no se apagaba; cada día, cada hora parecía encenderse más su corazón.

El rezo tranquilizaba su espíritu, pero no borraba sus recuerdos.

El llanto desahogaba sus pesares, pero no debilitaba su pasión.

Los suspiros aliviaban su pecho, pero no se llevaban ni un átomo de la llama que en él ardía.

Su amor era eterno como su espíritu y debía sobrevivir al cuerpo.

En la creencia de que Manrique había muerto, no vigilaban ya a Leonor como antes y le permitían la misma libertad que a cualquiera otra novicia, lo cual proporcionaba a la infeliz el consuelo de ver a su antigua dueña Aldonza y hablar con ella de sus pesares, llorando juntas.

El día de la profesión llegó al fin.

Leonor iba a consumir un sacrificio, cuyo valor no comprendía: sus labios iban a pronunciar un juramento que el corazón desmentía.

Eran las cuatro de la tarde, y la comunidad se preparaba para la ceremonia, mientras Leonor, acompañada de Aldonza, lloraba y se despedía para siempre de todos sus recuerdos.

El cielo estaba encapotado y el aire era frío y húmedo.

Suspiros, suspiros que tras sí se llevaban la existencia, exhalaba la infeliz joven, en tanto que su cariñosa dueña lloraba, participando de los dolores de su señora.

—Nada tengo en el mundo, Aldonza—decía Leonor con voz trémula y debilitada—; nada que pueda serme grato, que al menos haga llevadera la vida: los recuerdos del pasado son tristes, el presente atormentado y horrible lo por venir. Nada me queda, ni parientes ni amigos, y sin embargo, mis labios se resisten a pronunciar el voto que ha de separarme de ese mundo que tantas lágrimas me

ha hecho derramar. Yo quisiera la soledad, una soledad completa para entregarme a mis recuerdos y morir pronunciando el nombre de Manrique, pero que ningún juramento me vedase en mi agonía el consuelo de esos recuerdos.

—A tiempo estáis, señora mía—contestó la dueña—; no profeséis, porque es un gran pecado hacer votos que no salen del corazón. Vuestra desdicha es muy grande, y mayor será si os veís obligada a cumplir deberes que no están en armonía con vuestras inclinaciones: bien podéis ser buena cristiana y morir en gracia de Dios sin ser monja. Imposible es que oréis con devoción si sentís arder en el pecho vuestro desdichado amor, si no os deja el recuerdo de don Manrique. Mirad lo que hacéis, señora mía.

—¿Adónde iré que no me persiga don Nuño? ¿Adónde que mi hermano no aumente mi martirio? ¡Ah! Pero Dios tendrá piedad de mí, rezaré día y noche y lograré olvidar a Manrique, o por lo menos, que sólo un recuerdo dulce me quede de él, pero sin que avive la llama que devora mi corazón. Si, Aldonza; sabré cumplir mis deberes, aunque tenga que desgarrarme el alma; sabré cumplirlos... Por fortuna, mi vida será corta, muy corta... ¡Ay! Se cumplió la predicción de la gitana, de la infeliz madre de Manrique.

Corrió en más abundancia el llanto de la dueña, que no pudo contestar.

—Sólo un encargo me queda que hacerte—repuso Leonor, después de algunos momentos.

Y luego sacó del pecho un relicario de oro, que encerraba el mechón de pelo que le había dejado Manrique.

—No debo ir al altar con esto; no debo siquiera conservarlo, porque ofendería a Dios... ¡Único recuerdo del hombre a quien tanto amé, voy a separarme de ti!... ¡Ah!... Pero antes, el último beso... el último...

Y la joven oprimió contra sus labios el pelo, mientras que su frente se teñía de púrpura para tornarse luego pálida y brotar frío y copioso sudor. Sus manos temblaron convulsivamente, palpitaron su corazón con violencia y quiso exhalar un suspiro, pero no pudo.

—¡Me ahogo!—murmuró.

Y cien veces volvió a besar el recuerdo querido.

Sintió ardérsele los labios.

Por sus venas circuló una corriente de fuego.

Se dilataron y humedecieron sus pupilas, que brillaron con el fuego de su pasión...

—Manrique!—murmuró con lánguido acento... Manrique mío, yo quiero morir para reunirme contigo!... ¡Imposible!... ¡Me desgarraré el corazón, moriré, pero no dejaré de amarle!... Manrique mío!

Su semblante había cambiado... Estaba en un momento de locura; de completa locura.

Aldonza se le acercó para quitarle el relicario; pero la joven, estrechándole entre sus manos convulsas, exclamó con febril acento:

—Aparta!... ¿Con qué derecho quieres arrebatarme lo único que me queda para no odiar la vida? ¡Hasta los recuerdos!... ¡Ah! ¡Hasta los recuerdos quiere el mundo quitarme!... No, no se separará de mí, le llevaré sobre mi pecho, donde está grabado el nombre de Manrique, irá conmigo al sepulcro y será más tranquilo el sueño eterno de la muerte... Aparta, déjame que goce al morir, ya que mientras he vivido han sido mis horas de horribles sufrimientos. Murmurará el mundo... ¿Qué me importa? Nada le debe. El egoísmo me ha robado la felicidad...

—¿Por Dios, señora!—interrumpió la dueña.

—¿Por Dios!—replicó la joven con el mismo acento delirante.—Dios me perdonará, porque soy una víctima de los hombres; Dios no condenará mi amor, porque ha emanado de él; condenará a mis verdugos... No puedo... No quiero... Sobre mi pecho irá y sobre mi pecho helado por la muerte bajará al sepulcro... ¡Es mi último y mi solo recuerdo!... ¡Ah!...

Y con el ardor de la fiebre, con el afán de su amoroso vértigo, volvió a besar el dorado mechón arrancado en hora desdichada.

—¡Ah!—repuso.—¿Dejadme soñar, dejadme soñar con las ilusiones de aquellos felices días!...

—¿Que os ofendís a Dios!

—¿Tú también, Aldonza! ¿Tú también me recuerdas mis desdichas, me atormentas!... ¿No voy a morir para el mundo? Pues déjame que me despida de lo único que en él me queda...

—Váis a pronunciar un juramento sagrado...

—Un juramento!—murmuró Leonor.

Y sintiéndose sin fuerzas, dejó caer lánguidamente los brazos.

—También pronuncié otro juramento... "Manrique, o la muerte!" Y lo cumpliré...

Dentro de algunas horas habré muerto para el mundo, y en breves días para el mundo y para Dios...

En aquel momento se oyó el toque de una campana.

Leonor se estremeció convulsivamente y exhaló un agudo grito, y con falsa energía, con fuerzas que no debían durarle muchas horas, volvió a estampar con frenético ardor sus labios en los cabellos, pronunció el nombre de Manrique, y haciendo un esfuerzo sobrenatural, entregó el relicario a la dueña.

—Vamos—dijo con voz seca y levantándose con el movimiento de un cadáver galvanizado.—Vamos, me espera el altar, el último sacrificio.

Enjugó el llanto y se contrajeron sus facciones.

Engañándose a sí misma se dirigió resueltamente y con paso firme a la puerta de la celda, pero tuvo que detenerse y apoyarse en el brazo de Aldonza.

Algunos minutos después, la comunidad, formando una doble hilera y con cirios amarillos, atravesaba las galerías del convento. Leonor y la abadesa cerraban la marcha.

La palidez de las mejillas de la joven competía con la blancura del largo velo que caía sobre su espalda y con la mate de la guirnalda de rosas que orlaba su frente virginal.

El silencio de aquel recinto sagrado era interrumpido solamente por el cántico monótono de las religiosas que se repetía con prolongados ecos de las altas bóvedas, mientras que las amarillas antorchas despedían sus fulgores rojizos entré espirales de humo, dando a la procesión un aspecto lúgubre y a la vez imponente como el de un cortejo fúnebre.

Cuando pisaron el umbral de la iglesia, el órgano esparció torrentes de armoniosos sonidos que estremecieron los arcos y bóvedas, y con los ecos metálicos y vibradores del címbalo fueron a espirar en la elevada cúpula, por donde a través de los vidrios de colores se deslizaban los últimos reflejos del vespertino crepúsculo.

Leonor se estremeció como si rudamente la hubiesen despertado en medio del sueño más profundo, levantó la cabeza y miró a todos lados como si aún abrigase un ravo de esperanza de ver a Manrique; pero sólo encontró los rostros fríos y macilentos de las monjas y el imponente y grave del sacerdote que la esperaba al pie del altar.

¡Y Manrique no llegaba!

Un instante, un solo instante, y todo se perdería; el juramento de amor quedaría roto por otro juramento.

Leonor iba a morir para el mundo, a morir para Manrique.

Si una voz hubiese dicho a la desdichada: "Tu Manrique vive, tu Manrique está muy cerca de ti y corre para abrazarte", ¡cómo hubiese arrancado su velo y su corona! Cómo hubiese gritado: "¡Abridme las puertas de este sepulcro donde iba a encerrar mi amor y mis recuerdos!"

Empero ninguna voz llegó a sus oídos mas que las del religioso coro; ningún eco más que la armonía del órgano, los sonidos chillones del címbalo y los como lamentos del esquilón que aún tañía.

### CAPITULO XXXIII

Donde el lector sabrá si Manrique llegó a tiempo.

Y entre tanto Manrique y su escudero, sobre sus corceles cubiertos de blanca espuma y que corrían como centellas, entraban en la ciudad.

¿Legarían a tiempo?

Nada los detuvo en su veloz carrera: ni el peligro de atropellar a los transeúntes ni el de llamar la atención.

En pocos instantes se encontraron a la puerta de la posada, conocida ya de nuestros lectores; pero no hicieron más que entregar sus cabalgaduras al posadero, y sin descansar ni quitarse el polvo que los cubría, tomaron calle abajo, siempre con el rostro cubierto por la celada.

Entonces Ruiz dejó escapar un profundo suspiro y exclamó:

—¡Voto a Satanás!

—¿Será tarde!—murmuró Manrique con voz ahogada, más que por la fatiga por la desesperación.

—¡Vive el cielo! ¡Dios de Dios!—replicó Ruiz.—¿Y por qué ha de ser tarde? No tenéis noticias, ni buenas ni malas, y el creer que habrá determinado ser monja no pasa de una presunción.

—Hay presentimientos que no engañan.

—Y aun cuando así haya sucedido, ¿por qué ha de ser hoy el día de su profesión?

—Presentimientos, Ruiz, presentimientos...

—¿Ira del diablo!

—Esta tarde he tenido ganas de llorar sin

saber por qué, y luego me dieron tentaciones de quitarme la vida. ¡Oh!...

—Locuras de los enamorados...

—Más de prisa, Ruiz, más de prisa...

—Pues si parece que vamos huyendo...

—¿Crees que nuestra gente habrá sido puntual?

—Ya sabéis que todos son de confianza, y no dudo que a estas horas nos esperan.

—¡Oh!... Es preciso que se mate, que se incendie, que se destruya...

—Dentro de algunas horas no habrá tanto silencio.

—Parece que transita menos gente que de costumbre...

—Correrán voces de que se prepara alboroto.

—Mejor, porque estará prevenido el conde y la lucha será más sangrienta.

—No espero buen resultado.

—Con tal que yo logre sacar del convento a Leonor...

—Si, lo conseguiréis, porque esta noche podremos hacer uso de la fuerza sin miedo al escándalo.

—¿Nos queda mucho que andar?

—Poco, señor...; dos calles...

—Pronto anochecerá...

—¿Si encontrásemos en la broma a don Lope! ¡Vive Dios!...

—¿Miserable!

—La causa de nuestra perdición.

—El conde, el conde es el que debe ponerse delante.

—Tal vez, señor...

—Más de prisa, Ruiz.

—¡Voto al diablo!...

—Parece que no hemos de llegar nunca.

Pocos minutos después se detuvieron a la puerta de la casa de Aldonza; pero como presumían nuestros lectores, no la encontraron.

Habían perdido un tiempo precioso.

Manrique se desesperó más de lo que estaba, y apretando los puños, rechinando los dientes y dejando escapar centellas de los ojos, se encaminó al convento.

El sol acababa de esconderse, y en las calles se iban formando numerosos grupos que hablaban con misterio.

No se veía una mujer.

¿Qué iba a hacer Manrique? No lo sabía.

—¿A dónde vamos?—preguntó Ruiz.

—Al convento.

—¿No sería muy acertado preparar antes nuestra gente?

—No.

—Porque así podríamos desde luego dar el golpe sin esperar.

—Un solo instante es suficiente para que todo se pierda.

—Lo malo o lo bueno ya habrá sucedido.

—O estará sucediendo.

—Adelante, señor.

—Si estuviésemos ahora al pie del altar...

—En el último apuro haremos una locura: ya sabéis que llevo el hacha.

Pocos minutos tardaron en llegar al convento, porque como ya tenemos dicho, estaba muy cerca de la casa de Aldonza.

—¡Oh!—exclamó Manrique que apenas podía respirar.

—Calma, señor, calma. ¡Vive el cielo!

—Esta es la portería.

—¿Y qué haremos ahora?

—Ahora...

—¿Saco el hacha?

—Espera... Es más prudente llamar con cualquier pretexto... Antes que todo es saber si ha profesado.

—¿Y qué pretexto?

—No sé... con tal que abran, que contesten... Allá veremos.

Manrique se dispuso a llamar; pero en aquel instante las campanas del convento sonaron con el toque de difuntos.

—¡Ah!—exclamó el mancebo, quedando inmóvil.

Y sintió correr por su frente un sudor copioso y frío.

—¿Qué os pasa?—preguntó Ruiz, viendo que su señor se apoyaba en la puerta como si se sintiese desfallecer.

—¡Dios mío!—murmuró Manrique.

—Pero, señor...

—¿Oyes esas campanas?

—Sí; tocan a muerto...

—¿Leonor!...

—¿Voto a Satanás!... ¿Habéis perdido el juicio?... ¿Ahora sospecháis que vuestra dama?...

—Ha profesado...

—Será que ha muerto alguna monja ochenta... ¿Por el infierno!

—¿Negro destino!...

—Salgamos de dudas, ¡vive Dios!—exclamó Ruiz.—Llamad o echo abajo la puerta...

—Es preciso apurar hasta la última gota de hiel—dijo Manrique, que iba recobrando su energía.—Ha de cumplirse nuestro destino... No más dudas... ¿Que Dios o el infierno me ayuden!

—Bien, señor. ¡Voto a mil condenados!...

—¡Dios de Dios!—exclamó el mancebo.

Y se dispuso otra vez a llamar.

Pero otra vez fué también interrumpido por el ruido de la llave y cerrojos de la puerta que rechinaron.

—Abren...

—Entremos dé rondón...

—Aguarda...

La puerta se abrió, apareciendo una mujer en cuyo rostro daba de lleno la luz que llevaba la persona que la despedía.

—¡Aldonza!—exclamó Manrique al verla.

Y levantó la celada de su casco.

La dueña lo contempló un segundo con sorpresa mezclada de espanto, se restregó los ojos que abrió luego desmesuradamente, y exhaló un grito que lo mismo hubiera podido significar un terror supersticioso que una excesiva alegría o la más inesperada sorpresa.

—¡Don Manrique!—murmuró con sorda voz.

—Sí, mi muerte era mentira... ¿Qué es de Leonor? ¡Oh!... Hablad, explicaos...

Aldonza dejó escapar un segundo grito y retrocedió mientras repetía:

—¡Y ha profesado!... ¡Ha profesado!...

Y a estas palabras acompañó el ruido de la puerta, que cerró violentamente, y asustada la monja que llevaba la luz, aunque no había comprendido lo que significaba aquello.

Manrique intentó entrar, pero por ligero que anduvo en acercarse no llegó a tiempo.

—¡Maldición!—gritó con acento de rabia tan desesperada que el mismo Ruiz retrocedió un paso con miedo, aunque era hombre que de nada es asustaba.

Las campanas repitieron su lúgubre clamor. Si no hubiese sido tan profunda la oscuridad de la calle, sin duda hubiera podido verse que el rostro del Trovador estaba horriblemente desfigurado por la contracción de sus facciones, por la lividez de sus mejillas y por el fuego que iluminaba sus ojos.

—¡Monja!—exclamó.

—¡Entremos!—dijo al fin Ruiz—. ¡Entremos, por Satanás!... Aquí tengo el hacha...

—¡Sangre, Ruiz, sangre y destrucción; guerra a los hombres y al infierno mismo si sus legiones nos estorban el paso; guerra también al destino que lucha con mi amor!

—¿Qué hay que hacer?

—Corramos a donde esperan los nuestros, y antes de dos horas, o Leonor estará en mis brazos o no quedará una sola piedra del convento.

—¡Voto a Satanás!

—Sígueme... ¡Dios, infierno o destino, lucharemos, lucharemos, no retrocederé!

Y el infeliz mancebo, embriagado por la ira, loco por la desesperación, se perdió en un laberinto de estrechas calles seguido de su escudero.

Las campanas volvieron a tañer.

Los grupos de hombres se aumentaban en las plazas y calles principales y más en las cercanas a la Aljafería.

Empezaba a cundir un murmullo sordo.

Todas las puertas estaban cerradas y silencioso el interior de los edificios.

No brillaba una luz ni aun a través de las rendijas de las ventanas.

Entre tanto el conde de Luna recorría el palacio real, haciendo reforzar las guardias y dando las órdenes convenientes para combatir la rebelión, que ya no cabía duda debía estallar antes de una hora.

Iba el conde a salir de una cámara cuando entró su escudero favorito con muestras de grande agitación.

—¿Qué sucede?—preguntó don Nuño.

—¡Nos habían engañado!—exclamó Jimeno.

—¡Engañado!—repitió con sorpresa el conde.

—Sí; nos han...

—Explicate.

—Doña Leonor...

—¿Qué sabes de ella?—interrumpió el conde, cuyas mejillas palidecieron.

—Ha profesado.

—¡Ah!—exclamó don Nuño.

—Esta tarde...

—Te equivocas..., es imposible...; ya sabes que esperaba la vuelta de su hermano...

—Desgraciadamente es verdad, señor.

—Pero...

—No tengáis duda, vengo del convento... Hemos trabajado inútilmente...

—¡Inútilmente!—replicó el conde cuyos ojos se iluminaron—. No, Jimeno; doña Leonor será mía, me abraza el fuego de mi pasión.

—¡Un sacrilegio!

—¡Nada es bastante a detenerme!

—Pero...

—Esta misma noche, antes de dos horas, estará en mis brazos o yo habré dejado de existir. ¡Siempre un rival! Antes el Trovador, y ahora... ¡ahora Dios!...

—Ahora el uno y el otro—replicó Jimeno.

—¿Qué dices?

—Aún no he acabado de daros malas nuevas—dijo el escudero mientras se limpiaba el sudor que corría por su frente.

—Explicate, Jimeno...

—El Trovador no ha muerto...

—¿Que no ha muerto!

—Y está en Zaragoza.

—Sueñas, Jimeno.

—Lo he visto.

—¿Te burlas de mí?

—Os juro que lo he visto.

—¿Pero cómo?...

—Cuando me dirigía al convento, encontré a dos hombres que hablaban acaloradamente, y por lo que pudiera suceder me oculté en el hueco de una puerta para dejarlos pasar. Como la noche está muy oscura no pudieron verme.

—Entonces, ¿como los conociste?

—Porque dijo el uno con acento desesperado: "¡Monja!", y el otro le contestó: "Preciso es acabar de una vez, don Manrique; os creían muertos y habéis de probar que estáis más vivo que nunca." Temblé de pies a cabeza, porque, la verdad, señor, el hijo de la bruja, que también debe ser brujo, me infunde miedo.

—¡El infierno se conjura contra mí!—exclamó don Nuño en el colmo de su desesperación rabiosa.

—De manera que el Trovador ha llevado el mismo chasco, encontrándose con que doña Leonor es ya monja; pero según se ve, como vos también, quiere sacarla del convento, lo cual no debe extrañarse en él, porque al fin es un hijo de Satanás; pero vos, que sois cristiano...

—¡Calla, necio!

—Señor...

—¡Y los dejaste pasar!...

—¿Qué había de hacer?

—¡Cobarde!...

—Pensad, señor conde...

—¿De qué te sirve ese puñal?

—De nada contra quien está protegido por el diablo.

—Villano al fin.

—Lo soy, señor; pero os suplico que desechéis esa mala idea de ir al convento... ¡Una profanación!... ¡Un sacrilegio!...

—La ocasión no puede ser más oportuna: nada tiene de extraño que en una noche de motín se invada un convento y desaparezca una monja... ¡Oh!... Pero ese miserable Trovador... Es preciso ir al convento antes que él: se la llevará el que primero llegue.

—¿Vais a luchar con un condenado?...

—Con el mismo infierno. El voto que ha pronunciado Leonor al pie del altar lo olvidará en brazos de Manrique, y puesto que así ha de suceder, puesto que ha de ser perjurá y sacrilega, que sea mía.

—Señor...

—Reúne a los míos y vamos...

—El pueblo comienza a dar muestras de alborotarse...

—Eso es lo que deseo.

—Bien, señor.

—Esta será la noche de mi muerte o de mi triunfo... ¡Que Dios o el infierno me protejan!—exclamó don Nuño lo mismo que momentos antes Manrique.

Y lo mismo que éste en la encrucijada de estrechas calles, aquí se perdió en el laberinto de galerías del palacio, siguiéndole de muy mala gana su escudero.

#### CAPITULO XXXIV

De cómo el conde facilitó a Manrique la entrada en el convento.

Dos horas después tocaban a rebato las campanas de todas las parroquias, y con su metálico clamoreo armonizaba la atronadora gritería del pueblo que recorría las calles con antorchas y pedía la cabeza de don Fernando en nombre de la independencia y de la patria.

La Aljafería se hallaba rodeada por un inmenso gentío que pensaba echar abajo las puertas y entrar a sangre y fuego en la morada real, pues aunque el infante se hallaba ausente, querían saciar sus iras en los partidarios de la causa de Castilla.

Aún no había pasado de voces, amenazas y estruendo el motín; pero ya los del infante se preparaban a luchar, y en breve debía correr la sangre en abundancia.

Por momentos aumentaba el número de los rebeldes, crecía la confusión y el desorden, y en pocos minutos, a la luz vacilante y rojiza de centenares de antorchas, víéronse agitadas oleadas del pueblo, que en compactas masas se movía en todas direcciones repitiendo sus gritos y blandiendo sus armas.

Los alrededores del convento de Belén eran hasta entonces los sitios menos invadidos por la muchedumbre, pues solamente en una de sus calles más cercanas se veía un grupo como de veinte hombres, pero que ni llevaban luces ni gritaban, sino que silenciosamente iban tras otros dos que debían ser los jefes o guías.

Cuando llegaron junto a la tapia de la huer-

ta se detuvieron, y uno de los que iban delante dijo al otro:

—Nosotros dos saltaremos la tapia y por dentro te será fácil abrir la puerta; pero que esperen fuera los demás, y con ellos tú, para guardar la salida y para auxiliarme si hubiese necesidad de ello.

—¿No sería mejor que todos entrásemos desde luego?

—¿Para qué provocar un alboroto sin necesidad?

—Es que...

—Obedece, Ruiz.

—No me gusta dejaros solo...

—Nada temas; el conde estará ocupado en combatir la rebelión y todo lo más me saldrá al encuentro alguna monja...

—De cualquier modo, si os sorprenden, haced la señal en seguida, porque las mujeres suelen hacer más con sus gritos que los hombres con sus armas.

—Bien... Vamos pronto, que cada momento que pasa es un siglo de agonía para mí.

El escudero dijo algunas palabras a uno de los hombres del grupo y siguió a su señor.

Pronto escalaron la tapia.

—Permitidme, señor—dijo Ruiz—, que no os deje hasta que hayamos encontrado esa escalera que decis os servirá para subir a la ventana de la celda.

—No pierdas tiempo—contestó Manrique.

—Para levantar la cerradura me sobra con algunos momentos, y no quedará tranquilo si no os veo trepar por la escalera sin obstáculo ninguno.

Manrique no se opuso al deseo de su escudero, y ambos empezaron a dar vuelta a la huerta sin separarse de la pared.

—Observo—dijo Ruiz en voz muy baja—que no sale un rayo de luz por ninguna de las ventanas.

—No equivocaré la de su celda.

—Pero si está cerrada...

—¡Llamaré.

—¡Voto al infierno!... Todo son inconvenientes esta noche...

—Nada me hará retroceder.

—No encontramos la escalera—volvió a decir Ruiz después de un rato.

—Pero... ¡Ah!—exclamó Manrique, deteniéndose—. Aquí hay una puerta...

—Y está abierta...

—¡Feliz casualidad!

—Pero muy extraña—repuso el escudero—.

Nunca se os ha presentado, ni debe ser tampoco muy sencilla, cuando doña Leonor ha recurrido al medio de que entréis por la ventana.

—Sea como quiera...

—Es sospechoso—replicó el astuto escudero, que no se alegraba como su señor de la casualidad.

—Dame la linterna y vete—dijo Manrique con impaciencia.

Ruiz sacó de debajo de la capa una linterna sorda; pero antes de entregarla a su señor, dió un paso en el interior de la galería a donde daba entrada la puerta.

—¿Qué haces?

—Nada... ¡Por Satanás!—exclamó el escudero—. ¡Dios de Dios!... ¡Se han adelantado!...

—¿Qué dices?—preguntó el Trovador, palideciendo.

—Señor, mirad: hay puesta una llave...

—¿Y qué extraño es?...

—Está por el lado de la huerta, y no es por consiguiente un descuido de las monjas.

—¡Oh!...

—No me cabe duda...

—Corre, abre la puerta, y que nuestra gente se prepare...

—El conde está ya dentro o...

Un juramento horrible que dejó escapar el mancebo interrumpió a Ruiz; la sola suposición de que el conde hubiese salido ya con Leonor, excitó la rabia más desesperante en el infeliz Manrique.

Con movimiento convulsivo arrebató la linterna a su escudero, y sin pensar en el peligro a que se exponía de caer en una emboscada, se internó en la galería con los ojos chispeantes de furor y trastornada la cabeza.

Aquella galería terminaba en otra y Manrique dudó un instante sobre la dirección que debería seguir; pero convencido de que no podía adivinar cuál era el camino de la celda, se encomendó a la casualidad y tomó resueltamente a la derecha.

Como ni se cuidaba de recatarse ni de andar despacio, resonaba en las altas bóvedas el eco de sus pasos y el del choque de sus armas contra su armadura.

—¡No se le ve el fin!—murmuró con acento de impaciencia y mientras intentaba descubrir con su afanosa mirada el término de la galería.

Pero de pronto se detuvo, ocultó la linterna, se colocó detrás de uno de los gruesos pilares

que sostenían los arcos y llevó la diestra a la empuñadura de la espada.

Había visto una luz que caminaba lentamente hacia donde él estaba, y pocos instantes después se distinguió un bulto blanco.

Sin duda, era alguna monja que iba o volvía del coro; pero en aquella soledad, a tales horas y con tanto silencio como avanzaba, parecía un fantasma, y Jimeno así lo hubiera creído.

Manrique no era supersticioso ni cobarde; primero, sospechó que sería don Nuño; pero luego comprendió la verdad, que debía ser una religiosa.

Prudente era retroceder para no ser descubierto; mas ¿cómo perder algunos minutos?

La aparición caminaba con mucha lentitud, y Manrique, mientras esperaba, pensó en su situación y en lo que hacía.

Estaba en un lugar sagrado, iba a cometer un sacrilegio.

Se estremeció y algunas gotas de sudor frío corrieron por su frente.

—¡Oh!—murmuró—. Si la mano omnipotente de Dios me petrificase dejándome aquí para ejemplo de su justicia...

Volvió a estremecerse y tuvo miedo por primera vez en su vida; tuvo más miedo a la inofensiva monja que se acercaba que a don Nuño.

No llegaban allí los ecos del popular alboroto.

El silencio era profundo.

Los pasos del fantasma no se percibían, y Manrique oyó las palpitaciones desiguales de su corazón agitado.

—Voy a cometer—repuso—un doble sacrilegio: violando el sagrado carácter de Leonor y arrastrándola al perjurio...

Sus manos temblaron, el sudor corrió en abundancia por su frente y una nube oscureció por un momento sus ojos.

—Pero el diablo sopló a la memoria del mancebo el recuerdo del conde.

—¡Oh!—¡Quizá esté en sus brazos!—exclamó—. ¿Y he podido vacilar?... No.

Y recobrando toda su energía, loco otra vez por la pasión y por los celos, volvió a mirar a la monja, que sólo distaba algunos pasos.

Faltóle al mancebo la respiración, se iluminaron sus azules pupilas, enrojeció su rostro y por sus venas pareció circular una corriente de fuego.

La monja llevaba descubierto el rostro, y a la claridad de la bujía con que se alumbraba, pudieron verse sus ojos negros y grandes rodeados de largas pestañas, sus labios secos y blanquecinos y sus mejillas pálidas, donde el llanto había dejado huellas inequívocas.

—¡Leonor!—exclamó Manrique con voz ahogada y corriendo hacia la doncella.

Esta miró con ojos espantados al mancebo, exhaló un agudo grito y la vela se le escapó de la mano.

—¡Leonor!—volvió a decir Manrique con apasionado acento.

Y estrechó a la dama entre sus brazos.

—¡Manrique!... Aparta... Huye de aquí... ¡No puedo ser tuya!—balbuceó Leonor, recurriendo a todas sus fuerzas.

—¡Que huya, que me aparte!—exclamó el Trovador, en cuyas pupilas brillaba el fuego de su pasión—. ¡Separarme de ti cuando al fin logro tenerte en mis brazos, cuando había creído perderte para siempre!... ¡Imposible!

—No puedo ser tuya...

—¿Quién ha de estorbarlo? ¿Quién, Leonor, sería bastante para ponerse entre nuestros corazones cuando palpitan juntos como ahora?

—Yo no pertenezco al mundo...

—Dios no puede haber aceptado tu juramento, porque era un perjurio, porque le has dicho al pie del altar: "Señor, os ofrezco un corazón que no me pertenecía, pero que ya es mío porque ha muerto Manrique." No, Leonor; Dios no puede haber aceptado tu corazón; tu juramento es nulo, porque lo hiciste condicionalmente y ha faltado la condición, en la creencia de que yo había muerto, y vivo; es nulo porque no puede hacerse un juramento para quebrantar otro, y tú me juraste eterno amor...

—¡Por compasión, Manrique!—interrumpió Leonor, que intentaba luchar con su pasión para vencerla—. ¡Ten lástima de mí!... Ya sabes cuánto he sufrido...

—Pero ya puedes ser feliz...

—No aumentes mis tormentos... He pronunciado un voto que nos separa... Huye, Manrique...

—Ese voto, Leonor...

—¡Oh!—interrumpió la doncella—. No turbes mi razón, no intentes arrastrarme al abismo donde te precipita la locura de la pasión... Vete, Manrique, no profanes este santo lugar...

—¡Leonor!...

—Vete, sí; vete y no interrumpas el reposo de este sepulcro donde yace mi corazón.

—¡Leonor!—volvió a decir el mancebo con el acento de su extravío.

—Leonor no vive para el mundo, ha cerrado sus ojos con el sueño de la muerte y es en vano que intentes abrirlos...

—Te tengo en mis brazos...

—¡Por compasión!—exclamó la infeliz doncella, cruzando las manos en ademán suplicante.

La lucha que sostenía era horrible: su pasión, aquella pasión que sólo la muerte podía extinguir y que era bastante para quitarle la vida y su amor a Dios, la religión con toda la incalculable fuerza de la fe de aquella época. ¿Cuál de los dos sentimientos vencería? ¿Alcanzarían las fuerzas de aquel espíritu enérgico para sostener la lucha sin sucumbir? Tanto había sufrido ya la desdichada, que dudamos le quedase el aliento suficiente para resistir.

—Eres mía, me jurastes amor eterno—dijo Manrique.

—Déjame acabar en paz los pocos días que restan a mi amarga vida, respeta mi dolor ya que a Dios no temas...

—¿Acaso—replicó el mancebo—la falsa noticia de mi muerte ha extinguido tu amor, o es que nunca me has amado? Responde, Leonor, responde; y si me amas, ven a olvidar en mis brazos tus pasados dolores; ven, que nos espera una dicha celestial... Probemos al mundo que nuestra tierna pasión tiene más poder que la fatalidad, que nada es el destino cuando se unen dos corazones como los nuestros... ¿Callas?—añadió el mancebo mirando a Leonor con todo el afán de su locura—. ¿Vacilas?... ¡Oh!... Responde, la duda es horrible... ¿Me amas, Leonor?

La doncella hizo un esfuerzo sobrenatural, y sin levantar los ojos, para evitar la influencia de la mirada de Manrique, contestó con breve acento:

—Mi corazón... ya no puede amar...

—¿Que no me amas!...

—No—repuso la infeliz mientras se oprimía el pecho con tal fuerza que desgarraba el sayal de su hábito.

—¡Oh!—exclamó Manrique retrocediendo un paso y clavando en Leonor una mirada tan desdeñosa como amarga, tan terrible como dolorosa—. ¿Cuando pensé encontrarte más enamorada y tierna que nunca!... ¿Cuando creí que embriagada de amor en mis brazos te olvidaras de todo, del mundo entero!... ¡Ingrata!...

—¡Por piedad!—interrumpió la doncella con acento desgarrador.

—¡Ingrata!... ¡Así pagas mis sacrificios!

—¡Ten compasión!...

—¡Perjura!—repuso el mancebo en el colmo de su extravío—. No intentes encubrir tu perfidia con los votos que te separarán del mundo; no excuses tus engaños con una fingida virtud. ¿Que temes ser perjura!... ¿Acaso no lo fuistes conmigo antes que con Dios? Acuérdate, sí; acuérdate de aquella noche...

—¡Por compasión, Manrique!—exclamó la desdichada, que se sentía sin fuerzas para oír las crueles e injustas acusaciones del mancebo.

—Yo no la he olvidado... Era una noche tranquila, serena, y la luna, entre las innumerables estrellas que salpicaban el horizonte puro y transparente, mostraba su argentada faz y derramaba sus resplandores suaves sobre tu frente hermosa; el céfiro blando recogía nuestros suspiros tiernos con el aroma de las flores, y nuestras palabras de amor se perdían en la enramada con los leves ecos del murmullo de los arroyos y de algún suave trino del ruiseñor. "¡Tu amor o la muerte!" dijeron tus ardorosos y trémulos labios al sellar los míos. "¡Tu amor o la muerte, y a Dios que nos oye y nos mira pongo por testigo de mi juramento!..." ¡Oh!... ¡Quién diría—que la que tanto amor así juraba, juramento y amor olvidaría!

—¡Fuerzas, Dios Dios!—exclamó Leonor levantando al cielo sus ojos—. No puedo más...

—¡Perjura, ingrata!...

—¡Manrique!...

—Aparta—replicó el mancebo, clavando en la infeliz doncella una mirada de amargo, de venenoso desdén.

—¡No puedo más!—volvió a decir Leonor, que apenas podía respirar—. Sí, Manrique; te amo como siempre, más que nunca, y en vano he luchado para extinguir, para amenguar siquiera la llama que me abraza el pecho; ni el tiempo, ni la soledad, ni la oración han podido borrar tu recuerdo, y cuando al pie del altar mis labios fríos pronunciaban el sagrado voto, mi corazón, palpitando, ardiendo en amor por ti, desmentía mis palabras... ¡Ah!... No sabes cuánto he sufrido, no puedes comprender cuánto sufro... ¡Compadéceme!... Ya que tanto me amas, no aumentes mis tormentos, no desgarras mi pecho dolorido... Teme a Dios y no me hagas olvidar su justicia; déjame siquiera la esperanza de salvar mi alma ya que he tenido que sacrificar el corazón... ¡Huye, Manrique! ¡Ten lástima de mí!... ¡Por compasión!... ¡Huye!...

—¡Que huya!—replicó el mancebo, volvien-

do a estrechar entre sus brazos a Leonor—; ¡que me vaya sin ti cuando sé que me amas!... ¡Imposible!

—¡No provoques la ira de Dios!

—¡Leonor mía!...

—No luchemos contra el destino...

—Es más poderoso nuestro amor y triunfará.

—¡Oh!—exclamó la doncella mirando con espanto a su alrededor—. ¡Escucha...! suenan pasos...

Al extremo opuesto del en que antes había aparecido Leonor, se vio una luz, y los amantes oyeron el ruido de los pasos de dos hombres que se acercaban aceleradamente.

—¡El conde!—exclamó el Trovador, poniendo mano a la espada.

—¡Huye, Manrique!...

—¡Huir del conde!...

—¡Estamos perdidos!...

—Nada temas; están fuera los míos y acudirán si necesario fuese... Sosiégate y si gueme...

—¡No!... ¡no!—dijo la doncella poseída del mayor terror—. Vete...

—¡Sin ti!...

—Ya se acercan... nos han visto... brillan sus espadas... ¡Ah!...

—¡Sígueme o no me moveré de aquí!...

—¡Me arrastras al infierno!...

—¡Pues que el infierno me proteja si Dios me niega su ayuda!—exclamó el loco mancebo mientras arrastraba a Leonor hacia la inmediata galería.

La desdichada dejó escapar un grito, y trastornada y sin fuerzas, ni acertó a darse cuenta de lo que sucedía ni pudo oponer resistencia.

—¡Espera, cobarde, traidor!—gritó entonces don Nuño, lanzándose furiosa y velozmente hacia Manrique—. ¡Espera, cobarde! ¡Aguarda y dispútamele frente a frente!

Pero Manrique siguió por la galería que conducía al jardín, no porque tuviese miedo, sino por evitar el riesgo que corría Leonor.

—¡Huyes!—repuso el conde con sarcástico tono—. ¿No me buscabas?... ¡Cobarde!

Trabajosamente dominó el Trovador su ira y dejó que le llamase cobarde el rival a quien tanto odiaba.

—Nos veremos, conde—replicó—. Nos veremos muy pronto, y entonces repetiréis esas palabras que yo haré expirar en vuestros labios con el último aliento de vuestra vida.

Ya estaba Manrique cerca de la puerta del jardín, y aunque don Nuño, por ir más desembarazado lograría alcanzarles, comprendió que fuera le sería más difícil lograr su intento y dijo:

—Huyes como quien eres, ruin villano, y esperas otra ocasión en que te ayude la bruja que te dió el ser.

Esta injuria exaltó de tal manera a Manrique que no pudiendo ya contenerse se detuvo, y escudando con su cuerpo a Leonor, replicó:

—¡Ven, miserable, ya que con tanto empeño buscas la muerte! ¡Ven y verás cómo el hijo de una gitana tiene más corazón que tú!

—¡Manrique!—exclamó la doncella poseída del mayor espanto y queriendo llevar a su amante hacia el jardín.

Empero ya era imposible evitar el encuentro.

Don Nuño y su escudero se acercaron.

Oyóse un rugido de rabiosa ira.

Las tres espadas chocaron.

—¿Dos para mí?—dijo Manrique—. Mejor, porque así os proberé lo poco que valéis.

Leonor dejó escapar un grito y tuvo que apoyarse contra la pared, porque sintió que la abandonaban las fuerzas.

## CAPITULO XXXV

Donde veremos a quién favoreció la fortuna.

Don Nuño, en vez de atacar a su enemigo, no hizo más que defenderse mientras se corría sobre su derecha, acercándose hacia la puerta del jardín.

Creyó Manrique que esto lo hacía para dejarlo entre él y su escudero y atacarle por ambos costados; pero se equivocó, porque apenas el conde vió el momento propicio para su plan, separóse repentinamente del lugar del combate y se lanzó fuera de la galería diciendo:

—¡No lo dejes salir!... ¡Mátalo si puedes!...

—¡Traidor!—gritó Manrique—. ¡Cobarde!...

¡Paso, miserable; déjame el paso si no quieres morir!

No agradó a Jimeno quedar solo y frente a frente con quien tenía por brujo; pero su deber y su honor le mandaban sobreponerse a todo, y haciendo un esfuerzo, y llamando en su ayuda los bríos de su juventud, exclamó:

—¡Vive el cielo!... Aunque seas el mismo Satanás; vuestra abuela también era bruja, se introducía por las paredes, y mataba con solo mirar, y no se escapó de mis uñas.

—¿Tú fuistes el miserable?...

—Yo quien la quemé.  
—¡Cobarde, vas a expiar tu crimen!  
—¡Jesús, María y José!—exclamó Jimeno aturrido por la rapidez con que Manrique le asestó algunos golpes.  
—¡A un lado, miserable!  
—Dios me ayudará—replicó el escudero que seguía defendiéndose con tenacidad, pero sin atreverse a dirigir a su enemigo una estocada.

Muy desigual era la lucha para que durase mucho tiempo; pero menos necesitaba el conde para llamar a su gente, que estaba escondida en el jardín.

—Te obstinas?—dijo Manrique.  
—No pasarás—contestó el escudero haciendo la cruz con la mano izquierda mientras se defendía con la derecha.

—Tú lo quieres—replicó el Trovador.  
Jimeno dejó escapar un grito, vaciló su cuerpo un instante y cayó pesadamente.

—¡Animo!... ¡El último esfuerzo!—exclamó Manrique acercándose a Leonor, que permanecía inmóvil y muda de espanto.

Peró en aquel instante aparecieron en la puerta algunos hombres con los aceros desnudos y gritando:

—¡Todos a él!  
—¡Cobardes, traidores!—exclamó Manrique, cerrándole el paso y defendiéndose de los numerosos golpes que le asestaban.

Leonor intentó gritar, pero no pudo; sus fuerzas se habían agotado y cayó sin sentido al suelo junto al escudero, que exhalaba lastimeros ayes.

Los momentos eran preciosos.  
Manrique, sin abandonar el desigual combate, sacó con la mano izquierda un silbato, lo llevó a la boca y produjo un sonido prolongado y agudo.

No necesitaba haber hecho esto, porque el ruido de las voces y las armas había llamado la atención de Ruiz, que ya llegaba en socorro de su señor con la gente que tenía escondida.

—Es una señal—dijeron los del conde—Nos van a acometer por la espalda.

Peró no tuvieron tiempo para volverse, pues apenas habían pronunciado estas palabras, Ruiz con los suyos cayó sobre ellos con impetu tan furioso que los puso, si no en fuga, en completo desorden.

Para defenderse de tan brusca acometida tuvieron los de don Nuño que abandonar a Manrique, y éste, aprovechando la ocasión, cogió en sus brazos a la doncella y gritó:

—¡Ruiz, a mí!  
—¡Por Satanás!—se oyó decir al fiel escudero—¡Vive Dios! ¡Cien legiones de condenados!... Allá voy, señor; no hay que desanimarse, el campo es nuestro... ¡Por el rabo de Lucifer!... ¡Atrás, canalla, atrás!

Y descargando terribles golpes con su hacha, logró abrirse paso hasta su señor.

—Detrás de mí, don Manrique—dijo—. Id descuidado, yo me encargo de ponerlos a raya... ya he quitado de en medio a cuatro... ¡Rayos del infierno!

La lucha era obstinada, tenaz.  
Don Nuño no estaba ocioso y daba alientos a los suyos, peleando con bravura.

Los plateados rayos de la luna iluminaban aquella sangrienta escena.

La confusión y el ruido eran más espantables porque llegaban hasta allí el clamoreo de las campanas, que seguían tocando a rebato, y los gritos de la enfurecida muchedumbre, que recorría las calles pidiendo la cabeza de don Fernando y aclamando al de Urgel.

Momentos de horrible angustia para Manrique, no porque le espantase la muerte a que estaba tan expuesto, sino por el temor de que Leonor cayese en poder de don Nuño cuando la infeliz no podría oponer ni la más leve resistencia, porque había perdido el conocimiento. ¿Qué sería de la desdichada si su amante sucumbía?

Ya se veían en tierra algunos cadáveres; pero el combate seguía sin ceder un palmo de terreno ninguno de ambos bandos.

Manrique no podía hacer uso de su espada, y resguardándose tras su escudero, intentaba en vano reanimar a Leonor.

—¿Qué hacéis—gritaba don Nuño—, que aún no habéis dado muerte a ese miserable?

—¡Dios de Dios!—exclamó Ruiz—. Venid vos a matarlo, señor conde; venid y veremos si no respetáis mi hacha.

Y siguió descargando tan fieros golpes que ya los enemigos comenzaban a mirarlo con temor.

El Trovador había comprendido que la idea del escudero era contener a los del conde mientras se llevaba a Leonor; pero esto ofrecía sus peligros, porque indudablemente lo perseguirían y era fácil que lo matasen cuando apenas podría defenderse.

¿Qué hacer en aquella apurada situación? No había más que esperar a que la victoria decidiese. Pero si los del conde, que eran mu-

chos, lograban vencerlos, siquiera acabar con Ruiz, todo se había perdido.

—¡Oh!—exclamó el enamorado mancebo con acento de desesperación—. Antes que dejar que la arranquen de mis brazos le mataré...

Y estrechando contra su palpitante pecho a la doncella gritó:

—¡Ruiz, adelante; los momentos son preciosos; mata, mata!...

—Ya lo véis... ¡Por Satanás!—exclamó el escudero a la vez que su hacha dividía el pecho de un enemigo—. ¡Otro, venga otro; todos a mí, cobardes!... ¡Fuego del infierno!

Y una imprecación horrible salió de los labios de otro soldado cuya cabeza había sido hendida por el hacha de Ruiz.

Este, sin embargo, vió que a pesar de sus heroicidades se prolongaba la lucha más de lo que convenia y pensó que era menester abreviarla.

¿Peró cómo?  
La casualidad se encargó de ayudarle.

A pesar del estrépito producido por el choque de las armas, las amenazas, juramentos y ayes, oyóse la gritería de un grupo de amotinados que en aquel momento pasó por la calle aclamando al de Urgel y pidiendo la cabeza de don Fernando.

En los ojos de Ruiz brilló un relámpago de alegría, y mientras de un hachazo hacia caer al suelo con la espada la mitad del brazo derecho de un enemigo, gritó con toda fuerza de sus pulmones:

—¡Viva Aragón!... ¡Aquí, hermanos, al convento!... ¡Mueran los castellanos!... ¡Aragón y don Jaime!

Este grito fué repetido por los defensores del Trovador y oído por los que atravesaban la calle.

—¡Aragón y don Jaime!—contestaron éstos.  
—¡A nosotros, hermanos!—volvió a decir Ruiz y repitieron sus compañeros.

—¡Estamos perdidos!—exclamó involuntariamente el conde.

De repente, un resplandor rojizo inundó la huerta.

Oyóse un atronadora gritería.  
—¡Sálvese quien pueda!—exclamaron los de don Nuño.

Peró al intentar huir sin saber por dónde, se encontraron rodeados por más de cincuenta hombres, que armados con picas, espadas y hachas, les acometieron furiosamente.

La luz de las antorchas que llevaban dió un aspecto más imponente y horrible al cuadro, porque entonces pudieron verse los grandes charcos de sangre espumosa y los cuerpos mutilados que yacían en tierra.

Si Leonor hubiese vuelto en sí entonces, no el conocimiento, sino la vida perdiera al contemplar tantos horrores y al pensar que de ellos era causa su desdichado amor.

—Escondéos en el convento—dijo Ruiz al Trovador.

Y éste, conociendo lo acertado del consejo, volvió a internarse en la galería con Leonor, quedando junto a la puerta.

—¡Gracias, Dios mío!—oyó exclamar cerca de él.

Y volviendo la cabeza se encontró con Aldonza, que pálida y en extremo agitada, estaba de rodillas y levantaba al cielo los brazos.

—¡Acercaos—le dijo Manrique—.

La dueña se arrojó sobre su señora, y convenciéndose de que palpitaba su corazón, exhaló un suspiro y repuso:

—¡Vive!  
—Sí, vive—replicó el mancebo—; pero es preciso socorrerla...

—Venid, llevémosla a su celda...

—¡A la celda!—exclamó Manrique.

—Aquí nada podemos hacer y es preciso evitar que vea ese cadáver—replicó la dueña señalando el cuerpo de Jimeno.

—¿Decís que la vuelva a su encierro?

—¡Pues a dónde habéis de llevarla?

—¡Cónmigo, fuera de aquí!...

—¡Don Manrique!...

—Leonor es mía—dijo el mancebo estrechando fuertemente a la doncella contra su pecho.

—Pensad...

—¡Se habría derramado inútilmente tanta sangre?

—¡Dios mío!... ¡Una profanación, un sacrilegio!...

—Un sueño, y nada más; todo ha sido un sueño; Leonor es mía...

—¡Ah!...

—Escuchad... Ya se alejan los pocos que habrán quedado vivos... Seguidme si queréis...

—¡Desdichado!...

—Silencio.

—Que ofendéis a Dios...

—No hago más que vencer al destino—replicó Manrique que en aquel instante no era dueño de su razón—. Leonor es mía... ¿Quién la arrancaría de mis brazos sin arrancarme antes el corazón?

Ruiz entró en aquel momento con una antorcha. Su aspecto causaba horror; aunque

milagrosamente no había recibido ninguna herida, estaba todo manchado de sangre, había perdido el casco en la pelea y su capa estaba hecha jirones.

—¡Por Satanás!—exclamó—. No hay que perder un instante.

—¡Ruiz!

—Vamos, señor.

—¡Y nuestra gente?

—Cinco han quedado no más; los otros, muertos o heridos, están entre los cadáveres de los soldados del conde...

—¡Y los demás que acudieron?

—Han salido en persecución del de Luna.

—¡Cuanto te debo!...

—¡Dios de Dios!... Vamos, cada instante es un tesoro...; los amotinados volverán...

—¡Deteneos!—exclamó la dueña.

—Si amáis a doña Leonor, seguidnos.

—¡Dios mío!...

—No es ocasión de rezar—replicó Ruiz—. A la calle... ¡Voto al infierno!... ¡Seguidme!

—¡Fatalidad, no me persigas; ya ves cuánto puede nuestro amor!—exclamó Manrique. Y embriagado, loco por su pasión y su triunfo, salió con Ruiz.

La dueña los siguió, reuniéndoseles en la huerta los cinco hombres que les habían quedado.

A sus oídos llegaron los lamentos tristísimos y desgarradores de algunos moribundos que pedían socorro; pero los ayes no fueron contestados más que por los vibradores sonidos de las campanas que seguían tañendo y por la gritería de los amotinados.

Por las calles y plazas corría también la sangre.

Se habían incendiado algunos edificios. La maldición del Omnipotente parecía haber caído sobre la ciudad.

El conde de Luna desahogó su desesperada rabia ordenando matar y destruir sin compasión ni tregua.

Cuando empezaba a despuntar el día, todo había concluido.

Donde quiera que se miraba no se veían más que cadáveres y sangre.

Las armas de don Fernando habían alcanzado la victoria.

Leonor, Manrique, Ruiz y Aldonza, estaban ya lejos de la ciudad.

## CAPITULO XXXVI

## Donde se dará cuenta de lo que trataron don Nuño, don Guillén y don Lope.

Ocho días pasaron sin que tuviese lugar ningún suceso digno de mención.

Don Guillén había vuelto a Zaragoza y la desesperación llegó a su colmo al saber que su hermana, no solamente había huído con el Trovador, sino que no había respetado el voto que la separaba del mundo. En vano quiso el caballero tomar venganza de aquel ultraje: ni aun el paradero de los fugitivos pudo averiguar hasta después de algunos días, y eso gracias a las hábiles pesquisas de don Lope, que sin poder ya ocultar su traición al de Urgel, estaba muy interesado en acabar con Manrique.

Este se había refugiado en Castellar con alguna gente de guerra, que si bien no era mucha, bastaba por lo menos para resistir cualquier ataque de los contrarios, cuyas fuerzas eran también escasas, porque el infante había acudido con todo su ejército sobre Balaguer.

Poco más de las ocho de la mañana serían y en la cámara del conde de Luna conferenciaban con éste don Guillén y don Lope.

Don Nuño estaba pálido como un cadáver y su mirada era como nunca sombría.

El hermano de Leonor parecía haber perdido su sempiterna sonrisa: el último suceso le había hecho tal impresión, que le fué imposible seguir dando a su rostro aquella expresión de fingida dulzura con que tan hábilmente había sabido engañar al mundo.

Su carácter violento, su espíritu rencoroso, sus sentimientos de egoísmo y ambición, todo se había dejado ver, porque en su turbación había perdido el disimulo.

Don Lope era el único que estaba como siempre: nada se habían alterado su frialdad, su calma ni su astucia. Es verdad también que nada había perdido en la jugada, porque los amores de Manrique eran para él una cuestión de orden secundario: si ya no podía seguir engañando al de Urgel, poco le importaba, con tal de haber quedado bien con el infante, cuyo triunfo podía tenerse ya por seguro.

Su mirada tranquila, inocente podemos decir, se fijaba en don Nuño, mientras que con pausado tono decía:

—La impaciencia es mal enemigo, señor

conde, y debéis moderarla si queréis hacer algo de provecho.

—¡Vive Dios!—exclamó el conde con acento de cólera—. ¡Llamáis impaciencia al justo deseo de castigar a ese miserable! ¿Pensáis acaso que sólo me mueve el afán de vengarme de un rival?

—Yo nada pienso, don Nuño, porque ya sabéis que soy enemigo de penetrar en el interior de nadie; pero no negaréis que el que más corre está más expuesto a caer.

—Esa calma—dijo entonces don Guillén—puede tenerla quien como vos nada ha perdido en este lance; pero el que ve mancillada su honra, ¡por el cielo, don Lope!, que no puede sosegar hasta que lava la mancha con la sangre de quien la infamó. ¡Oh! Es preciso acabar pronto y de una vez; los instantes que pasan me roen, me envenenan... ¡Necesito sangre, toda la sangre de los que han ultrajado mi nombre!

—Bien—replicó el hidalgo sin alterarse—; en Castellar tenéis a los que os han ofendido; id a buscarlos.

—Iré a Castellar, aunque me espere allí la muerte, que la honra es antes.

—¡Iremos!—exclamó don Nuño—. Iremos, y el miserable traidor espiará sus crímenes.

—Veo—repuso don Lope—que ya tenéis formado vuestro plan, y por consiguiente, no me resta más que ofrecer os mi ayuda, si de algo os sirve.

—Hoy mismo quedará preparada toda la gente de guerra que hay en Zaragoza, y sin perder momento iremos sobre Castellar.

—El castillo es fuerte.

—¿Qué importa?

—Tendréis que sitiario, porque no se rendirán los que lo defienden.

—¿Qué han de hacer?

—Resistirse hasta morir o salirnos al encuentro y derrotaros—contestó don Lope con calma.

—¡Derrotarnos!—exclamó impetuosamente el conde.

—Sí, don Nuño, porque pelearán con el valor de la desesperación, y tienen un caudillo que vale mucho, por más que sea hijo de una gitana.

—Mucho miedo os infunde el Trovador.

—¿Qué hubiera sucedido en Murviedro a no haberlos engañado? Os olvidáis de que cada uno de los que siguen al Trovador es un héroe.

—¿Os parece que deberíamos dejarlos tranquilos?—replicó don Guillén.

—Me parece, amigo mío, que cuando se trata de cortar las garras al león es prudente aprisionarlo antes, haciéndole caer en un lazo.

—¡Oh!—exclamó don Nuño, cuya frente se contraía y mientras clavaba en don Lope una mirada de terrible enojo—. ¿Llamáis león al que es un tigre?

—Señor conde...

—¿Me tenéis en tan poco?

—Siento haberos enojado—repuso el hidalgo, sin alterarse—. He dicho cuál era mi opinión, pero sin ánimo de ofenderos.

—Don Nuño—dijo don Guillén—, el caso no es para combinar intrigas ni dar treguas: mi honor ofendido pide venganza, y si no me acompañáis, yo sólo iré a Castellar.

—Hoy mismo saldremos de Zaragoza.

—Dios os proteja como yo lo deseo—dijo don Lope.

—¿No vendréis?

—Perdonadme; pero me parece que seré más útil a su alteza en Balaguer.

—¡Don Lope!

—¿En qué puedo servir os?

—Vuestra conducta...

—Es muy natural y en armonía con los sentimientos de un vasallo fiel. Ya sabéis que mi brazo nada vale, y por eso el rey no se ha servido nunca más que de mi cabeza. Vuestra intención es ir a dar cuchilladas, y para eso soy completamente inútil: cada hombre sirve para su cosa.

El conde se levantó, y mientras que con largos pasos recorría el aposento de un extremo a otro, dijo:

—Y si yo os mando que os quedéis?

—Me quedaré, porque su alteza me ordenó obedeceros.

—¡Explicaos de una vez!—replicó con impaciencia el hermano de Leonor—. Vuestra calma es irritante, don Lope.

—Apenas me habéis dejado hablar.

—Conozco los inconvenientes de nuestro plan, y casi estoy seguro de su mal resultado; pero ¿qué puede hacerse? ¿Cómo hemos de tender un lazo a quien es más astuto que nosotros? ¿Os habéis olvidado de aquella burla que me puso en ridículo?

—No es fácil que me olvide, don Guillén, porque me costó un diamante, que no recordaré; pero eso no me desanima, sino por el contrario, me avisa el deseo de pagar en la misma moneda: ya en Murviedro quedé bien

compensado, pero no estoy satisfecho; necesito ver a Manrique, más que muerto, atado de pies y manos, y contemplarle y sonreírme. ¿No me conocéis aún?—añadió el hidalgo, mientras su boca se dilataba con una sonrisa maligna y repugnante.

—Pero hablad, ¡vive Dios! ¡Explicaos de una vez!—replicó don Nuño.

—¿Queréis escucharme?

—Sí.

—Sentaos, pues.

El conde se sentó, cruzó los brazos y dijo:

—Sepamos cuál es vuestro plan.

—Antes prometedme ambos que no perderéis la calma.

—¡Vive el cielo!

—¿Acabareis?

—Mal principio.

—¡Oh!... Decid cuanto os plazca.

—Para la ejecución de un proyecto—repuso don Lope—necesito dos cosas: una depende de vos, señor conde, y la otra de vos, don Guillén.

—¿Cuáles son?

—A todo estoy dispuesto.

—Sabéis que su alteza me tiene prometido el título de conde.

—¿Y qué tiene que ver?...

—Escuchadme con paciencia, según me habéis ofrecido.

—Proseguid.

—Yo os diré de qué modo podéis apoderaros del Trovador; pero no extrañéis que pida una recompensa cumplida.

—¡Ruín ambición!—exclamó don Guillén.

—Nada tenemos que echarnos en cara—repuso don Lope sin alterarse.

—¿Qué queréis?—preguntó don Nuño—. Ya sabéis que ahora soy yo el rey de Aragón.

—Quiero solamente la mitad de los bienes del conde de Haro.

—¡Don Lope!

—Otro lo hubiera pedido todos.

—A tanto no alcanza mi poder...

—Si vos decís al rey que me los habéis prometido en su nombre...

—Los tendréis.

—¿Vuestra palabra?...

—¿Desconfiáis?...

—Dios me libre, pero es costumbre...

—Os lo juro... Vuestro plan; decid vuestro plan.

—Hoy saldremos de Zaragoza don Guillén y yo con cincuenta jinetes; iremos a Castellar; recorreremos sus alrededores, y cuando el Trovador sepa que estamos allí, mandará que salgan los suyos a nuestro encuentro, si es que antes no damos con ellos, lo cual no importa para el caso. Como somos pocos, nos derrotarán a la primera embestida y huiremos llenos de espanto, cometiendo la villanía de dejar solo a don Guillén.

—No acierto adónde vais a parar—dijo el conde.

—¡Oh!—exclamó el hermano de Leonor, cuyas manos temblaron a impulsos de una emoción de alegría.

—Vos me entendáis—le dijo don Lope.

—Explicaos, explicaos...

—Sólo don Guillén, entre un crecido número de enemigos, tendrá que rendirse, lo cual no deshonra al más valiente caballero, y le llevarán prisionero al castillo. Allí hablaréis al Trovador, excitaréis su cólera, echándole en cara su nacimiento, y le diréis que es un cobarde, porque sólo se atreve a concluir con vos cuando no podéis defenderos. Entonces Manrique ordenará que os dejen libre, no lo dudéis, le conozco bien, y aceptará un duelo con vos.

—Todo lo comprendo...

—Don Lope!... ¿Con qué podré pagaros?

—dijo el conde.

—Ya os lo he dicho.

—Sepamos lo que resta.

—¿No lo adivináis?

—Sí; pero quiero oírlo de vuestra boca.

—Manrique saldrá solo del castillo para medir su espada con la de don Guillén, y caerá en una emboscada.

El plan era digno de don Lope y daba una cabal idea de su miserable ruindad; pero ni el conde ni don Guillén mostraron escrúpulos; su sed de venganza daba por bueno todo lo que pudiera satisfacerla; solamente los puso en cuidado el temor de que Manrique no obrase con la noble generosidad que esperaba el hidalgo; pero éste los tranquilizó, y seguramente no se equivocaba.

—Aún—dijo—no le conocéis como yo. Apenas le echéis en cara el abuso de la fuerza o de las ventajas de su posición, olvidará cuantos peligros puedan amenazarle; su afán por aparecer más grande, más noble, más generoso que ningún hombre, raya en locura, le ciega, le trastorna...; es una manía como otra cualquiera; todos los hombres tenemos nuestras debilidades, y Manrique tiene la de querer ennoblecerse por sus obras para compensar la humildad de su cuna.

—¡Sí, sí; tenéis razón!—exclamó don Gui-

llén—. Así lo hará, y sobre todo, nada pierdo con dejarme aprisionar.

—¿Y la vida?

—No la quiero si no he de conseguir vengarme; pero estad seguro de que Manrique no me asesinará.

—¿Estáis decidido?

—Completamente. Hoy mismo saldremos de Zaragoza don Lope y yo con la gente que ha de acompañarnos.

—Si conseguís vuestro intento, no le matéis; traedle vivo, don Guillén; vivo para que yo sea quien en nombre del rey mande castigarle; vivo para que yo le contemple siquiera un instante vencido, humillado, tal vez abatido y suplicante...

—No le conocéis—interrumpió don Lope, desplegando una sonrisa—: le veréis atado, pero arrogante; muerto, pero no abatido.

—Nada de eso importa—replicó don Guillén—con tal que venga la afrenta que he recibido, con tal que yo vea correr su sangre y la de mi hermana... ¡Oh!... No hay que perder un instante, don Lope...

—Nos sobra tiempo—dijo con calma el hidalgo.

—¿Si como yo, tuviérais que vengar una ofensa!...

—Más que a vos me atormenta el deseo de vengarme—replicó don Lope, cuyos ojos relumbraron por un instante—; Manrique es el primer hombre que se ha burlado de mí, el primero que ha sabido engañarme con una astucia que le envidio, el único que ha penetrado mis intenciones y leído en el fondo de mi corazón... ¡Ah!—prosiguió con acento sombrío y desplegando una diabólica sonrisa que hizo estremecer al conde—. Gota a gota ha de caer sobre mí frente la sangre del Trovador para que apague la febril sed de venganza que me devora... Pero es menester obrar con calma, con prudencia, y salvo el parecer del señor conde, pienso que no se vence al león luchando frente a frente, porque su garra es muy poderosa; es preciso que la pantera se oculte y le aceche, que le acometa cuando está dormido.

—Tenéis razón—dijo don Guillén.

—Dios os proteja—replicó don Nuño—. Bien conozco cuán difícil; casi imposible es vencer al Trovador, lo confieso con vergüenza; pero no me siento con valor para prepararle a sangre fría una emboscada.

—Aprehensiones—dijo el hidalgo, encogiéndose de hombros—; tales son todas las cosas del mundo, muy particularmente lo que llaman leyes del honor. ¿Cómo triunfamos en Murviedro? Con un engaño, una traición. ¿Cómo habéis vencido en más de una batalla? Engañando al enemigo, preparándole a sangre fría una emboscada. Y ni el mundo os ha acusado por eso de traidor ni os ha remordido la conciencia. Y, sin embargo, una batalla y un duelo son la misma cosa, sin más diferencia que el número de combatientes.

—Don Guillén, no perdáis tiempo—replicó el conde, haciendo un gesto de disgusto—. Si conseguís aprisionar al Trovador, rodará su cabeza, porque es un enemigo del rey.

—Respetemos las mentiras y la hipocresía del mundo—dijo don Lope—. ¿Os venis, don Guillén?

—Sí—contestó éste—; voy a preparar todo lo necesario para nuestra partida.

El hidalgo había dicho bien: era casi imposible apoderarse del Trovador, sino tendiéndole un lazo infame.

¡Desdichado Manrique!

Aquel mismo día salieron de Zaragoza don Guillén y don Lope, seguidos de cuarenta jinetes castellanos.

La situación de los infelices amantes era más peligrosa que nunca: la traición les seguía muy de cerca, el destino no se había dado por vencido.

## CAPITULO XXXVII

### Cómo se encontraban Leonor y Manrique.

El amor había luchado con el destino, sin que éste hiciese más que oponer resistencia.

El destino iba a tomar la ofensiva y a luchar con todas sus fuerzas para probar al ciego orgullo de los humanos que los triunfos del extravío de las pasiones son muy pasajeros o más que triunfos son el castigo del extravío.

En un momento de vértigo fatal había desafiado Manrique a Dios y al mundo, y en la embriaguez de su imaginario triunfo les había dicho: "Valgo más que vosotros, puedo más que vosotros."

Y no pensó que entonces comenzaba la lucha; entonces, cuando ya sus fuerzas estaban agotadas, cuando su espíritu no había quedado sino para sentir los remordimientos que debían envenenar las delicias de su amor!

Los plateados resplandores de la luna bañaban la frente del Trovador, cuya dorada cabellera se esparcía en desiguales bucles sobre el regazo de Leonor.

Parecía disfrutar del más dulce y tranquilo de los sueños, de un sueño de poeta cuando le arrullan las ilusiones de un porvenir de gloria y no tiene del pasado más que recuerdos de ternura, de un sueño de esperanzas, de promesas celestiales, de tregua para volver a sentir nuevas emociones.

Su boca, entreabierta, parecía sonreír o dejar escapar el último de los acentos dulces, lánguidos y cadenciosos con que momentos antes había dado envidia a las tórtolas y ruiseñores.

Muy pocos instantes hacía que al cerrar el sueño sus ojos se había escapado de sus manos la citara, cayendo sobre el césped y produciendo un sonido ronco, triste, apagado, como un doloroso lamento de despedida.

Empero, también muy pocos momentos antes sus vibradoras cuerdas habían esparcido armoniosos y gratos sonos, llenando el espacio, mientras que la voz de Manrique hacía palpitar el corazón de su amada con una tierna y amorosa cantiga.

¡Horas de delicia incomparable!  
Un ósculo ardiente había hecho enmudecer al mancebo.

Un suspiro lánguido había volado tras los dulces acordes, y Manrique había cerrado sus ojos.

Leonor, con el afanoso cuidado y ternura que un ángel vela el sueño del justo o del inocente, contemplaba al hermoso mancebo, sin atreverse apenas a respirar por miedo de despertarle.

Debía ser feliz en aquellos momentos, y sin embargo, sentía oprimido el pecho, entristecido el ánimo y acercarse a sus negros ojos una lágrima.

¡Ah! Leonor sentía sobre su conciencia el peso de un horrible pecado: la voz acusadora que debía recordarle su sacrilegio, había sido hasta entonces ahogada por la embriaguez de la pasión; empero, ya comenzaba a levantarse, y cuando el cansancio de la materia dejaba libre su imperio al espíritu, se presentaba en toda su desnudez el recuerdo del criminal extravío.

¡Desdichada!  
¡A cuánta costa había comprado los pasajeros goce de su amor!

La noche estaba serena y tranquila. En el puro y transparente horizonte brillaba la nacarada luna entre millares de refulgentes estrellas.

El ambiente estaba embalsamado con el aroma de las flores.

Un airecillo blando y cariñoso refrescaba la ardorosa frente de Leonor, besándola tan amorosamente como a la blanca azucena.

El silencio era profundo y tan absoluta la calma, como si todos los habitantes del castillo estuviesen entregados al sueño o hubiesen abandonado aquella sombría morada.

Ni el mugido de un torrente, ni el murmurio de un arroyo, ni el canto de un ave nocturna, ni el sonido de una campana, ni el rumor de un ser que se moviese, nada, nada, ni el eco más leve ni más lejano se percibía.

Empero, como el silencio de la noche, la soledad y el reposo de la Naturaleza conmueven más que ninguna voz, que ningún espectáculo ni que la agitación del mundo. Leonor sintió, no lo que otras noches tan puras y tranquilas como aquella, sino primero una emoción dulcísima, indefinible; luego una languidez adormecedora y después una tristeza, que se apoderó de su espíritu y arrancó a sus ojos dos lágrimas, que cayeron sobre la frente de Manrique como dos gotas de hirviente plomo.

El mancebo se estremeció y se contrajeron los músculos de su rostro, como si sus ensueños hubiesen cambiado repentinamente de alegres en tristes, de dulces en atormentadores.

La joven exhaló un suspiro, quiso levantar al cielo los ojos; pero se detuvo, como si temiese a la mirada de Dios.

Desde aquel momento fué gradualmente agitando la respiración de Manrique y desapareciendo la expresión tierna de su semblante.

Algunos estremecimientos convulsivos agitaron sus miembros; pero no despertó.

Leonor se cubrió el rostro con las manos y derramó abundantes lágrimas: necesitaba llorar mucho, porque se sentía medio ahogada.

Largo rato pasó.  
El mismo silencio y la misma quietud.  
El sueño de Manrique era cada vez más agitado.

La joven secó sus ojos, exhaló otro suspiro, y haciendo un esfuerzo para aparecer tranquila, quiso despertar a su amante.

Empero, se detuvo, porque llegó a sus oídos un leve roce, y miró hacia un lado como asustada.

El espanto se pintó en su rostro; intentó gritar, pero no pudo.

A un extremo de la plataforma del torreón brillaban como dos luces fosfóricas los ojos de la gitana.

Como en los momentos de exaltación men-

tal, estaban en el mayor desorden los cabellos y ropas de la infeliz y crispados sus miembros.

Con lentos pasos, y mirando a su alrededor, como si temiese que la acechasen, se acercó a la joven.

Esta extendió los brazos, como quien intenta defenderse de un fantasma, y la gitana levantó los suyos y señaló a la luna, mientras que al sonreír amargamente dejaba ver su blanquísima dentadura.

Leonor miró instintivamente hacia donde señalaba la loca y vió una nube negra que se remontaba en el horizonte y pronto debía ocultar al astro nocturno.

Azucena permaneció inmóvil.  
La nube oscureció los resplandores de la luna.

Y siguió remontándose como impelida por una mano invisible.

La joven intentó nuevamente gritar, pero le faltó hasta la respiración.

Su cabeza ardía, su garganta parecía estar oprimida por una mano de hierro y latía penosamente su corazón.

Los argentados resplandores volvieron a inundar el espacio.

Entonces la gitana señaló a una estrella que, junto a la luna, brillaba más que todas.

Empero, bien pronto la estrella se oscureció también y la nube tomó un color rojo.

Azucena se inclinó hasta tocar con sus secos labios el rostro de la joven, y dijo en voz baja, pero amarga, incisiva:

—¡Esa es vuestra estrella, que se apagó para siempre en sangre! ¡Se cumplirá lo escrito, y mi madre quedará vengada!

Y desapareció rápidamente, mientras dejaba escapar una carcajada sardónica al perderse en una oscura galería.

Leonor se oprimió fuertemente el pecho. Rompióse una cuerda de la citara, produciendo un sonido breve, pero agudo.

Manrique despertó sobresaltado, y la joven pudo, al fin, exhalar un grito.

Incorporóse el mancebo como impulsado por un resorte y a la vez que exclamaba:

—¡Ah!...  
—Manrique!—dijo Leonor con cuanta dulzura le fué posible y procurando aparecer tranquila.

—¿Qué tienes, Leonor? ¿Por qué has gritado?

—Tu sueño... Has despertado tan repentinamente...

—Leonor mía!—exclamó el mancebo, estrechando las manos de la joven.—Tiemblias... ¡Perdóname!

—¿Que te perdone!... Tú a mí, porque he interrumpido tu sueño...

—Me has vuelto la calma, la vida...  
—¿Qué soñabas?

—Soñaba... No lo sé—dijo Manrique, pasándose las manos por la frente, que tenía bañada en frío sudor.—He visto un caos... fantasmas horribles... una hoguera...

—Oh!...  
—Te he visto separada de mí por un lago de sangre...

—¡Extravíos del sueño!...  
—¡Pesadilla espantosa!...  
—Producida por el recuerdo de esa triste historia que tu madre te refiere cada día.

—Si, si, es verdad—repuso Manrique, que intentó tranquilizarse.—¡Pobre madre mía!...  
—Olvida ese horrible sueño, estás a mi lado, somos felices...

—¡Felices!...  
—¿Qué más deseas?

—Hace algunos días, Leonor, que me acosan los más tristes presentimientos, y esta noche, no sé por qué, el cielo me parece sombrío, opacos los resplandores de la luna y abrasadora esa brisa tan fresca y pura. Nada me es grato, nada más que tus dulces consueños. Me enoja el bullicio, la soledad me entristece, durante el día deseo la noche, y cuando ésta viene... ¡Oh!—prosiguió Manrique, a la vez que se estremecía.—La noche... ¿por qué no he de confesártelo?... me infunde miedo...

—Temores vanos, hijos de los pasados sufrimientos—replicó Leonor, que hacía los mayores esfuerzos para ocultar el espanto y la tristeza de que estaba dominada.

—Por algunos momentos he disfrutado un sueño dulce, tranquilo, creador de las más risueñas ilusiones; pero repentinamente sentí como si un rayo hubiese herido mi frente y hubiera brotado de ella un volcán...

—Deja esos recuerdos—interrumpió la joven.

—Te atormento, Leonor!  
—Piensa en mí, en que te amo...

—¡En tí!—murmuró Manrique.—¡Desdichada Leonor! Te he arrastrado conmigo al abismo en que me precipitó mi ceguedad... ¡Perdona mi egoísmo!...

—Manrique!  
—Perdónalo, porque ha sido hijo de la locura con que te amo; no me maldigas el día

en que te arrepientas de haber olvidado el juramento que pronunciaste al pie del altar.

—¿Por qué he de acusarte? ¿No fué culpa de mi amor también?

—¡Espantosa noche aquella!—exclamó Manrique con voz sombría.—Yo estaba loco. Satanás se había apoderado de mi espíritu, me había comunicado su infernal valor para arrojarme todo.

—Olvidemos nuestro horrible pasado, cuyo recuerdo turba nuestra felicidad y nos hace ver para lo porvenir un horizonte sombrío. Estamos libres de enemigos, nos amamos... ¡Dios es misericordioso y nos perdonará, Dios que sabe cuán puras han sido nuestras intenciones y que sólo hemos tenido un momento de debilidad!...

—Que merece una eternidad de expiación...  
—Manrique!...

—Mi estrella se oscurece...  
—¡Ah!—exclamó la joven, poseída del mayor espanto, porque se acordó de la gitana.

Y miró afanosamente al cielo.  
La estrella que tanto brillaba seguía oculta por la nube.

—Mi espíritu ha perdido sus fuerzas—repuso el Trovador—: ya no me alienta aquella fe que me hacía emprender todas las luchas sin temor...

—¡Me atormentas horriblemente!—exclamó Leonor, que ya no pudo contener el llanto.

—Perdóname!—murmuró el mancebo, limpiándose el sudor copioso y frío que aún bañaba su frente.

—Si has perdido la fe en tu valor, no la pierdas en el Omnipotente...  
—Leonor!

La desdichada exhaló un grito y se asió fuertemente al cuello de su amante al oír el prolongado y ronco sonido de una trompeta, que pareció rasgar el ambiente para remontarse al cielo.

—¡Ruiz!—exclamó el Trovador, levantándose.—¡Ah!... Le conozco solamente por el sonido de su trompeta... Pero no debía volver hasta mañana...

—Nos amenaza algún peligro...  
—Tranquilízate.

—Manrique!...  
—¿Qué temes?

—A nuestros despiadados enemigos.  
—Si está triste mi alma, aún sobran fuerzas a mi brazo—replicó el mancebo, recordando en un instante toda su energía.

—Dios nos proteja!...  
—Ya debe ser tarde...; retírate a tu aposento, Leonor, y luego que hable con Ruiz iré a verte.

—Por el cielo, Manrique! ¡No intentes ninguna loca empresa, no provoques más a la fortuna que empieza a volvernros la espalda!...  
—No estés con cuidado... Pronto volveré a abrazarte... Adiós, Leonor...

La joven se encerró en su aposento para orar y llorar, y Manrique salió al encuentro de Ruiz, que llegó en extremo fatigado.

—¡Por Satanás!—exclamó el escudero, quitándose el casco y limpiándose el sudor que bañaba su rostro.

—¿Qué sucede?—preguntó afanosamente Manrique.—¿Por qué vuelves ahora?

—Porque no llevaba más que cuatro hombres.

—Explicate...  
—Voto al infierno!... Si en vez de cuatro me hubiesen acompañado siquiera veinte...

—¡Ruiz!—interrumpió Manrique con impaciencia.—¿Te explicarás?

—¿No lo adivinás?... Pues quiero decir, señor, que hemos visto como unos cuarenta jinetes castellanos, que andan por estos alrededores, y aunque de muy mala gana, he venido a daros la noticia sin darles antes a ellos un susto; pero ya véis, son por lo menos cuarenta; nosotros íbamos tres solamente...

—¿Dónde estaban?

—Muy despacio, como si nada tuviesen que hacer más que observar, cruzaron por detrás del bosque y luego tomaron el sendero que conduce a la atalaya. ¡Vive Dios! ¡Veinte hombres he dicho! Con sólo una docena les hubiera acometido, y sin darles tiempo a pensar en lo que les sucedía...

—¿Estás seguro de que son castellanos?

—Eso me preguntáis? La noche está clara como el día, y sin eso, ya sabéis que no más que por el ruido de los pasos los conozco. Los penachos blancos de los que parecían ser los jefes, no daban lugar a dudas.

Manrique meditó algunos instantes, y luego dijo:

—Vete a descansar, Ruiz, y cuando despunte la aurora, sal con cincuenta hombres y busca a los castellanos. Si se les han reunido más, obsérvalos y vuélvete sin provocar un lance que nos costaría algunos hombres que pueden hacernos mucha falta, porque tenemos pocos.

—Y si me obligasen a pelear?...  
—Esquivalo cuanto puedas.

—Pero ¿si me persiguen y se empeñan...?  
—Entonces pórtate como quien eres, pero envíame un aviso para que yo vaya en tu ayuda.

—Bien, señor.  
—Antes de partir vuelve a verme.  
—¿Y si dormís?  
—Despiértame.  
—¡Gracias a Dios que vamos a ocuparnos en algo de provecho!... ¡Voto a Satanás!

El Trovador quedó pensativo.  
Ruiz fué a ver su yegua, dió algunas órdenes, cenó por segunda vez y se durmió profundamente.  
El silencio y la calma volvieron a reinar en el castillo.

## CAPITULO XXVIII

Empieza a dar sus resultados el plan de don Lope.

La aurora dejó ver las sonrisas de sus resplandores.

Extendieron las flores sus hojas para recoger las cristalinas perlas del rocío.

Los pájaros entonaron sus cantares.  
Sintieron esos vagos rumores de las primeras horas de la mañana, y en la fortaleza de Castellar se oyó el ruido de pasos, el choque de las armas y el relincho de los corceles, que sacudían la cabeza y la cola mientras sus amos los ensillaban.

Las órdenes de Manrique se cumplieron con exactitud y presteza, y antes que los primeros rayos del sol coronasen las montañas, Ruiz, con cincuenta jinetes bien armados, salió de la fortaleza, resuelto a no volver sin haber derramado sangre de castellanos o de aragoneses traidores, como él llamaba a los partidarios de don Fernando.

Amaneció el día tan puro, tan sereno como la noche anterior; pero Manrique no había podido desear su tristeza ni Leonor olvidar la estrella, la nube y la predicción de la gitana.

Sin embargo, ambos se esforzaban para aparecer tranquilos e infundirse mutuamente alientos, aunque ambos estaban seguros de que no conseguirían engañarse.

Ruiz caminó a la ventura, sin pensar en otra cosa que en las cuchilladas que iban a dar, y entretenido en alegre conversación con sus camaradas, se pasó muy cerca de una hora sin que a nadie viesen.

—¡Por Satanás!—exclamó el escudero.—¿No se habrán atrevido a esperarnos?

—¿Ya queríais haberlos visto?—replicó uno de los jinetes.

—Más cerca estaban anoche.  
—Y pueden estarlo ahora también, sólo que por otro lado.

—Ciertamente, y por eso pienso que será lo más acertado preparar ese montecillo, y si nada descubrimos a la otra parte, tomar a la izquierda.

—Cuanto más pronto los encontremos...

—Mejor. ¡Voto al demonio!

Ruiz picó a su yegua, y al galope subió delante de todos a la cumbre que antes había designado; pero al extender la mirada por un vallecillo cubierto de hierba, se detuvo, relumbraron sus ojos y gritó:

—¡Allí están!

Efectivamente; había descubierto a los soldados del infante, que descansaban en la llanura.

—Camaradas—volvió a decir el escudero—, nada tengo que deciros... ¡Vive Dios!... Saideis portaros bien... ¡Por el infierno!... ¡Truenos y rayos!... ¡Seguidme!... ¡Aragón y don Jaime!

—¡Viva Aragón!

—¡A ellos!

Y como un torrente, los aragoneses se precipitaron al valle con tal velocidad, que apenas dieron tiempo a sus contrarios para montar y colocarse en buen orden.

El choque fué terrible y bastante para que, sin recibir otros golpes, cayesen en tierra algunos de los acometidos.

—¡Viva Aragón!—volvieron a gritar los de don Jaime.

Y dieron y recibieron algunas cuchilladas, aunque pocas, porque de entre los castellanos salió una voz que dijo:

—Acuden más enemigos... ¡Sálvese quien pueda!

Y a excepción del que los acaudillaba, se dispersaron como poseídos del espanto más profundo.

—Dejadlos—gritó Ruiz, dominando con su voz el ruido de las armas.—¿No os disperséis!... ¡Puede ser una emboscada!... ¡A mí!... ¡Vive Dios!... ¡Que no se escape éste!

El que parecía mandar a los fugitivos se vio

cercado de hierros de lanza, y arrojando al suelo la suya con desesperación, y refrenando su caballo, exclamó con acento colérico:

—¡Cobardes!... ¡Huis!...

—Entregaos—le dijo Ruiz.

—¿Qué resistencia he de oponer?—replicó con amargura el caballero.

—Vuestra espada...

—Tomad.

—Descubrid.

—Eso, no, ¡vive el cielo!; antes dejaré que me quitéis la vida.

—Sois nuestro.

—Pero estoy en mi derecho de no descubrirme sino a vuestro caudillo, que defienda la causa que quiera, será otro caballero como yo.

—Respeto al vencido—repuso el escudero—.

Seguidnos.

—¿Adónde me lleváis?

—¿No lo presumís?

—¿A Castellar?

—Sí.

—¡Oh!...

—¿No os agrada?

—Allí está...

—Don Manrique.

—¡El Trovador!—murmuró el prisionero, que se estremeció convulsivamente.

—¿Vos le llamáis Trovador para rebajarle?

—¡El hijo de una gitana!

—¡Dios de Dios!... El hijo de una gitana; pero si el cielo os da la vida, le habéis de ver forrar la silla de su potro con el pellejo de vuestro infante de Castilla.

El prisionero inclinó la cabeza sobre el pecho, y rodeado de los aragoneses siguió silencioso.

Habían quedado en el campo ocho hombres, seis de los cuales eran castellanos.

En menos de una hora dieron vista a la fortaleza.

—¡Voto al infierno!—exclamó Ruiz, apenas entró en el aposento de Manrique.

—¿Qué habéis hecho?—preguntó éste con afán.

—Mucho y poco.

—Explicate.

—Poco, porque los cobardes huyeron al primer encuentro y no hemos podido matarlos más que seis hombres, y mucho, porque ha caído en nuestro poder su caudillo, que fué el único que no volvió la espalda.

—Te has portado bien—dijo Manrique, sin dar muestras de grande alegría.

—¡Por los higotes de mi abuelo!...

—¿Y es algún caballero conocido el prisionero?

—Lo ignoro, señor, porque no ha querido descubrirse el rostro, diciendo que sólo a vos se dará a conocer.

—Que venga al instante, y mientras hablo con él, ve a tranquilizar a doña Leonor, dándole la feliz nueva de tu victoria.

Pocos momentos después entró el prisionero, no con aire abatido, sino con la cabeza erguida y firme paso.

—Podéis descubrirnos—le dijo Manrique con dulzura.

—¿Me conocéis?—preguntó el caballero, levantando la visera y mirando a su enemigo con altanero desdén.

—¡Ah!—exclamó el Trovador, retrocediendo un paso y palideciendo.—¿Don Guillén!...

—El mismo—replicó el hermano de Leonor, pues no era otro el prisionero.

—¡Don Guillén!—volvió a decir Manrique.

—¿Os infundo miedo?... Nada temáis, estoy desarmado, soy vuestro prisionero...

—¡Oh!...

—Soy vuestro prisionero, y muy pronto será vuestra víctima, porque no respetaréis mi existencia, como tampoco respetasteis a Dios; pero no moriré sin arrojaros al rostro la fealdad de vuestro crimen, sin llamaros vil y cobarde...

—¡Don Guillén!—exclamó con terrible acento Manrique.

—No me amenacéis—replicó el caballero con espantosa calma—; no me amenacéis, porque nada temo, sé que he de morir a vuestras manos.

—Abusáis de mi generosidad.

—¡Vuestra generosidad!...

—¿Dudáis de ella? ¿Pensáis que no soy bastante grande para perdonaros cuanto me habéis hecho sufrir, para respetar los lazos que os unen a Leonor?

—Perdonarme!... Antes la muerte que tal humillación. No, Manrique; no me perdonéis, porque yo no os perdono, y si de aquí me dejáis salir con vida, cien veces os buscaré, hasta que mi venganza quede satisfecha, hasta lavar con vuestra sangre la mancha de mi honra.

—Don Guillén—replicó el Trovador, que volvió a caer en su abatimiento—, olvidemos lo pasado, depongamos nuestro rencor y seamos felices. Me habéis hecho sufrir mucho, tal vez seréis la causa de mi condenación, y

sin embargo, aún me siento capaz de llamaros hermano...

—¡Miserable!...

—¡Oh!—exclamó el mancebo, sintiendo nuevamente el coraje de su orgullo herido.

—Vuestro perdón es más humillante que la ofensa que me habéis hecho...

—¡Sosegaos, os lo suplico!...

—Sois un villano, y como tal obráis...

—¡Don Guillén!

—Un cobarde que insultáis al que no puede pedir reparación.

—Tened la lengua...

—¡Arrancádmela y callaré; pero mis ojos os mirarán con desprecio, os acusarán y seguirán llamándoos cobarde!

Al concluir estas palabras, resonó un agudo grito, y Leonor entró con el rostro pálido y descompuesto, cayendo de rodillas junto a Guillén.

—¡Hermano mío!—exclamó la infeliz.

—¡Aparta, miserable!—replicó el caballero, retrocediendo un paso.

—¡En nombre de nuestra madre!

—¡Aparta, mujer sacrilega, maldita!...

—¡Oh!—exclamó Manrique, yendo, rojo de cólera, hacia don Guillén.—¡Respetadla, vive Dios!

—¡Ella, como vos, sois la execración de la Humanidad, estáis malditos!

—¡Levanta, Leonor!—dijo el mancebo, acercándose a la desdichada joven.

—¡Maldita!—gritó ésta con voz destemplada.

Y extendiendo los brazos cayó sin conocimiento.

—¿Qué habéis hecho?... ¡Oh!...—exclamó Manrique, asiendo de un brazo a don Guillén y sacudiéndole rudamente.

—¡Matadme!... ¡Ya estoy vengado!

—Habéis despertado en su alma los remordimientos... ¡Ya no puedo perdonaros!

—Asesinadme—replicó don Guillén con sarcástico tono.—Asesinadme... ¡Eso cumple al hijo de una gitana!

—¡Ruiz!—gritó Manrique con el acento de un loco.—¡Ruiz!

El escudero se presentó.

—Devuelve a este hombre su espada y su caballo y que salga sin que nadie le ofenda.

—Es inútil—replicó el caballero—, porque volveré a buscaros.

—Yo iré adonde estéis...

—Sí; venid; os espero; venid si tenéis valor para medir vuestra espada con la mía...

—Pronto será.

—Solo estaré junto al bosque...

—Solo iré a buscaros... Obedece, Ruiz, y que ensillen mi potro...

—Señor...

—¡Obedece, vive el cielo!—gritó Manrique con acento tan imperioso, que su escudero no se atrevió más que a decir:

—Bien hizo en ocultar el rostro y callar su nombre, porque si no, ¡por el infierno!, que allí mismo hubiera quedado sin vida.

Don Guillén y Ruiz salieron.

Manrique tomó en sus brazos a la joven y la llevó a su lecho.

—Algunos instantes más—dijo, besando la frente helada de Leonor—, algunos instantes más así, porque si ahora recobrases la vida, intentarías hacerme desistir y yo no tendría valor para dejarte.

Poco después entró Ruiz.

—Ya está libre—dijo.

—¿Y mi potro?

—Ensillado, lo mismo que mi yegua.

—Iré solo.

—Señor...

—¿A quién si no a ti puedo confiar este tesoro?—dijo Manrique, señalando a Leonor.

—Ningún peligro corre ahora...

—Quédate.

—¡Voto al infierno!

El Trovador volvió a besar la frente pálida de la joven, y sintió su pecho oprimido y húmedos sus ojos.

—Adiós!—murmuró con voz ahogada.—¡Ah!... Por primera vez en mi vida me falta el valor... ¡Adiós!

Y se separó de la cama, teniendo que hacer un esfuerzo sobrehumano.

—Don Manrique—dijo el escudero con la timidez de un niño.

—¿Qué quieres, buen Ruiz?

—Dadme... un abrazo...

—¡Un abrazo!

—No tengo en este instante más alientos que una mujer.

—¡Ruiz!

—Perdonadme..., pero... ¡Por Dios, dadme un abrazo!

—¡Amigo mío!—exclamó Manrique, abriendo los brazos y estrechando contra su agitado pecho al escudero fiel.—¡Adiós!

Y salió de la estancia con vacilantes pasos.

Por las mejillas de Ruiz corrieron dos lágrimas, que eran, sin duda, las primeras que había derramado desde su niñez.

## La emboscada.

Manrique aspiró con avidez el aire libre, y soltando la rienda a su fogoso potro, se lanzó como un rayo a través de la campiña.

En aquellos momentos se sentía trastornado por un vértigo abrasador, y sólo anhelaba encontrar a don Guillén para desahogar su rabiosa ira, matando, o descansar de sus tormentos, muriendo.

Sólo en aquel estado se comprende que cometiera la imprudencia de salir del castillo, sin más compañía que su desesperación, y sin pensar que, aunque procediese lealmente su enemigo, podía suceder que encontrase a los soldados del infante que andaban por aquellas cercanías.

Empero, ¿qué había de pensar en su trastorno? ¿Qué cuando acababa de ser herido en las fibras más delicadas de su corazón?

Además, el desdichado mancebo, que empezaba a sentir los remordimientos de su conciencia por la profanación que había cometido, que veía un horizonte más negro y cargado de nubes que nunca, no encontraba otra salvación para resistir a la fatalidad que le perseguía que luchar como un loco, como todo el que está desesperado.

—¡Estrella maldecida!— exclamaba, mientras su potro, abriendo sus anchas narices, corría velozmente.— ¡Destino, destino! ¿Adónde me llevas? ¿No están cansada, no estás satisfecha, horrible fatalidad?... ¡Oh!... Lograrás acabar conmigo, pero no retrocederé, pues ya que delante de Dios no me detuve, no ha de atajarme el infierno. ¡Adelante! ¡Luchemos! ¡Adelante, vive Dios!

Y los arroyos contestaron con su dulce murmurio, y los jilgueros con sus alegres trinos y el céfiro con su leve susurro al cruzar el bosque.

Nunca había brillado el sol en un horizonte tan puro; nunca había presentado más encantos la Naturaleza; todo parecía sonreír: el cielo con su transparencia, las montañas con su diadema de luz, los torrentes con su lluvia de perlas, las fuentes y los arroyos con sus juguetones cristales, las flores con la frescura de sus hojas y sus variados colores y las aves con sus cantares y arrullos.

Manrique volvió atrás la cabeza y contempló las almenas de Castellar, que aún se divisaban.

—¡Leonor!— exclamó—. ¡Leonor mía!... ¿Cuánto has sufrido por mí, cuánto te debo!... ¡Adiós, adiós, quizá para siempre!

Y volvió a picar los ijares de su potro y dió vista al bosque.

—Allí está—dijo—, allí está. Efectivamente; en una pequeña llanura estaba don Guillén a caballo con la lanza terciada sobre el arzón con aire del mayor desuido.

—¡Al fin habéis venido!—exclamó al ver a Manrique.

—¿No me esperabais?

—¡Sí, vive el cielo!... No dudé que acudiríais solo y sin tardanza.

—Gracias, don Guillén; es la única vez que me habéis hecho justicia...

—¿A qué aguardamos?

—Es verdad... ¡Campo, don Guillén; tomad campo y que nuestro brazo y nuestro valor decidan!

—¡Manrique, por si muero quiero llamaros antes otra vez villano!

—¡Don Guillén, Dios nos juzgará; pero os perdono, lo mismo si muero que si os mato!

Los jinetes se alejaron el uno del otro, se colocaron frente a frente, contempláronse por un momento con centelleantes ojos, y enristrando las pesadas lanzas partieron como dos flechas para encontrarse.

Pero en aquel instante resonó un grito espantable, compuesto de muchos, y como por encanto salieron del bosque los soldados de don Guillén, colocándose entre éste y su enemigo.

—¡Traición!—exclamó Manrique.

Y aunque intentó volverse con presteza, con más le rodearon los castellanos.

La rabiosa desesperación del mancebo llegó a su colmo.

Ciego, loco, sin cuidarse de evitar los golpes que le amenazaban, porque sabía que su muerte era cierta, arremetió con tal furia a los que tenía delante, que faltó muy poco para que se abriese paso y pudiera huir. Empero, eran muchos los enemigos, y de nada sirvió que dos o tres cayesen muertos o heridos.

—¡Traidores, cobardes!— gritaba Manrique, que había perdido el instinto de conservación y no sentía más que el deseo de matar—. Venid todos, pero sabréis lo que cuesta matarme... ¡Villanos!... ¡Llamaos caballero, don Guillén!

Y derribando jinetes rompió su lanza.

Pero su espada no era menos temible ni mortífera.

Horrible, repugnante, era aquella lucha desigual y traidora.

Sin embargo, Manrique no había recibido ninguna herida, porque sus enemigos no hacían más que defenderse y decirle que se entregase.

—Vuestro será mi cuerpo sin vida—les contestaba el Trovador.

Y seguía dando cuchilladas, volviéndose a todos lados con ardor incansable.

Era imposible seguir los movimientos de su brazo.

—¡El caballo, matadle el caballo!—gritó uno de los enemigos que junto a don Guillén, y detrás de todos, no hacía más que mirar.

—Antes morirás tú—dijo el Trovador.

Y arremetiendo por aquella parte, como la desbordada corriente que todo lo arroja, se abrió paso y llegó cerca del que había gritado, descargándole una cuchillada terrible, que no alcanzó sino a la cabeza de su caballo.

El bruto cayó sin vida con su dueño, mientras que, lanzándose todos a aquel lado, dieron, por fin, una lanzada al potro de Manrique, y éste se vió en tierra y con la espada rota.

Le quedaba su puñal; pero de nada le sirvió, porque antes de que pudiese sacarlo se encontró sujeto por muchas manos robustas, que no le dejaron mover ni los brazos ni las piernas y que casi le ahogaban.

—¡Matadme, matadme!— exclamó el desdichado.

—¡Atadlo bien, y vámonos!—decía don Guillén—. No es prudente permanecer aquí.

Algunos momentos después se alejaban de aquel sitio, llevándose a Manrique.

—Diez de los nuestros quedan allí—dijo un soldado—, y alguno no estará más que herido.

—No podemos detenernos—contestó don Guillén—, porque los enemigos están muy cerca.

—Don Guillén—dijo el Trovador—, habéis estado en mi poder y os he dejado libre; no os pido otro tanto para mí, pero sí que me déis la muerte.

—Sólo en los momentos de la pelea—contestó friamente el caballero—, me es permitido el matar a los enemigos del rey, pero después a su justicia toca el castigarlos.

—Pero yo soy el enemigo de vuestra honra.

—Mi honra se lavará con la sangre de la que fué mi hermana.

—¡Miserable!... ¿Os atreveríais?...

—A todo.

—Es verdad—murmuró tristemente Manrique.

Y mirando a la derecha divisó en lontananza las torres de Castellar.

—¡Leonor!—exclamó—. ¡Adiós para siempre!

La idea de lo que sucedería a Leonor sola, sin defensa, abandonada de todos y perseguida por sus enemigos, le atormentó horriblemente.

Entonces se acordó de su fiel escudero.

—¡Oh!—exclamó—. Ruiz dará por ella hasta la última gota de su sangre... ¡Pobre Ruiz! No se equivocó al pedirme aquel abrazo de despedida.

El desdichado mancebo inclinó la cabeza y no volvió a pronunciar palabra.

Entre tanto había gran confusión en el castillo.

Leonor había vuelto en sí, preguntando por Manrique y sabido que éste no estaba.

—¡Oh!—exclamó la infeliz, recobrando todas sus fuerzas y su valor—. ¿Adónde ha ido?

—Lo ignoro—le contestó el escudero.

—¿En nombre del cielo, Ruiz!

—Señora...

—¿Y mi hermano?

—Se fué libre.

—¿Con Manrique?

—Solo y media hora antes.

—Habrá ido a buscarle.

—Todo puede suceder—dijo Ruiz que, sintiendo una desgracia, quería ir preparando el ánimo de su señora.

—¡Corre!... ¡Evita que se derrame la sangre de ninguno de ellos!...

—Me mandó esperarle.

—¡Corre!—exclamó Leonor con acento que desgarró el alma de Ruiz.

—Pero ¿cómo alcanzarle?

—¡Oh!... Yo iré...

—¡Señora!

—¡Por Dios!

—Esperemos siquiera media hora más...

—¡Ni un instante!

—Pero...

—¿No piensas que peligra su vida?

—¡Voto al infierno!... ¡Por Satanás!... Lo que pienso es que le habrán tendido un lazo...

—¡No te detengas!...

—¡Sí, vive Dios!—exclamó Ruiz—. Mi yegua está ensillada.

Y salió del aposento precipitadamente, gritando mientras iba a la cuadra:

—¡Seguidme algunos!... ¡Al bosque!... ¡Asesinan a don Manrique!... ¡Ira de Satanás!

Si ciego de cólera y desesperado salió el Trovador, no menos arrebatadamente se lanzó a la campiña el fiel escudero, mientras que al grito de "asesinan a don Manrique", corrían todos a las armas.

No tuvo entonces Ruiz compasión de su yegua: espoleóla con tal furia, que el animal partió como arrebatada por el huracán.

—¡Le habrán asesinado, vive Dios!—decía el escudero, cuyos ojos parecían en aquel instante dos ascuas.— ¡Bien me lo decía mi corazón!... ¡Corre, vuela, compañera mía!—gritó, animando a su fogosa yegua.— ¡Corre, que le matan esos traidores castellanos!

Y como si el noble bruto hubiese comprendido el peligro en que estaba el Trovador, redobló la velocidad de su carrera.

Llegaron al bosque, y una imprecación horrible salió de los labios de Ruiz.

Los diez cadáveres le hicieron comprender lo que había sucedido.

En vano miró, escuchó y registró por todos lados.

Sólo vió sangre, armas rotas, y el negro potro de su señor atravesado de una lanzada.

—¡Le han aprisionado!—exclamó, mientras se arrancaba un mechón de cabellos.— ¡Y no me traga la tierra, vive Dios!

El fiel escudero, ahogado por la pena, loco por la rabia que en su pecho hervía, no pudo articular una palabra más.

Toda la sangre de su cuerpo había afluído a su cabeza, y tuvo que apoyarse en su cabalgadura para no caer al suelo.

Oyóse un lastimero gemido.

—¡Alguno de estos miserables vive todavía—dijo entonces, poniendo mano a su daga.— Acabaré de matarle... ¿Qué he de hacer?... ¡Necesito sangre, mucha sangre!

Y mirando a uno de los que estaban en tierra, vió que se movía, como queriendo sacar las piernas que tenía debajo de su caballo muerto.

—¡Dios de Dios!... ¡No te levantarás!—gritó Ruiz.

Y se lanzó sobre el que intentaba incorporarse.

Este exhaló un grito de espanto, y más que de defenderse, procuró ocultar con las manos el rostro.

—¿Te avergüenzas de mirarme?—dijo Ruiz—. Pues es preciso que veas el puñal que voy a hundir en tu pecho si no quieres contestarme la verdad a lo que te pregunte. Descúbrete...

—A todo contestaré—dijo el otro, pero sin dejar ver el semblante.

—Esa voz... ¡Oh!... ¡Por Satanás!... ¡Descúbrete!—replicó Ruiz.

Y quitó al otro las manos de la cara.

—¡Don Lope!... ¡Ira de Dios!... Era, efectivamente, don Lope, que no había recibido ninguna herida, sino quedado aturdido con el golpe.

—¡Don Lope!—repuso el escudero, cuyas manos temblaban de ira, mientras que sus ojos despedían centellas.— Tú eres la causa de todo, miserable; tú debes ser el autor de esta infernal y cobarde trama... ¿Dónde está don Manrique?

—No sé...

—¿Dónde está?... ¡Vive Dios!...

—No ha muerto...

—¿Se le han llevado a Zaragoza?

—Sí.

—¡Miserable!

—Yo te diré... Espera... No me mates...

—No, no morirás ahora, porque una puñalada es poco castigo para ti y poco goce para mi rabioso deseo de venganza; necesito que acabes de una manera horrible, que veas acercarse la muerte... ¡Camaradas!—gritó el escudero a algunos de los que habían salido a sus voces siguiéndole y que llegaban en aquel instante.— Ayudadme a sujetar a esta víbora.

—No quiero moverte a compasión, pero...

—En vano lo intentarías.

—La vida de don Manrique está en mis manos...

—Después hablaremos.

—Depende de un secreto...

—Bien, en el castillo me lo dirás, si quieres. Atado, camaradas; apretad sin compasión... Vamos.

Media hora después entraban en la fortaleza.

—¿Y Manrique?—preguntó Leonor con angustioso afán.

—Vive—contestó el escudero.

—¿Dónde está?

Ruiz vaciló, pero luego dijo:

—Preso.

La desdichada joven exhaló un grito desgarrador, quedó sin aliento por algunos instantes; pero después, haciendo uno de esos sobrenaturales esfuerzos de las almas grandes en los momentos de supremo apuro, se opri-

mió el pecho con ambas manos, levantó la cabeza y con voz firme dijo:

—¡A Zaragoza, Ruiz!

Entonces resonó una carcajada estridente y horrible.

Era la gitana, de cuya presencia nadie se había apercibido, y que huyó gritando:

—Yo le salvaré, yo le salvaré... No le matará, porque es su hermano.

Empero, nadie puso atención a las voces de la loca, que desapareció del castillo sin saber cómo ni por dónde.

## CAPITULO XL

### Del castigo que dió el escudero a don Lope.

Mientras Leonor, desesperada, loca, iba en busca de su doncella, el escudero decía para sí:

—Antes de partir necesito dejar arregladas las cuentas con ese traidor infame, que es la causa de todo. ¡Vive Dios! Es imposible salvar a don Manrique, y quiero principiar por vengarle desde ahora. Luego buscaré a don Guillén, después al conde, y mi última puñalada será para el infante. Me ahorcarán, porque yo no aguardaré la ocasión de matarle sin que puedan cogermé; pero, ¿qué me importa? Quede vengado don Manrique y suceda lo que quiera. ¡Voto al infierno!... ¿Qué he de hacer solo en el mundo? Ya me tenía echadas mis cuentas de vivir con mi señor y morir cuando él muriese, y si le ahorcan o le cortan la cabeza, no valgo más para querer que me traten mejor. Es verdad que quedaba doña Leonor sin amparo..., pero se volverá al convento a llorar, y para nada me necesita. Estoy resuelto: principie, desde ahora la venganza.

Y dirigiéndose a los que rodeaban al hidalgo, les dijo:

—Camaradas, traed a ese miserable.

Don Lope estaba pálido como un cadáver, apenas podía respirar; el terror se había apoderado de su alma, porque estaba convencido que iba a morir.

Ruiz atravesó un estrecho pasillo, y luego comenzó a subir una empinada escalera de caracol.

Sus compañeros, llevando a don Lope, le siguieron silenciosamente.

Al cabo de diez minutos se encontraron sobre la elevadísima torre, donde la noche anterior vimos a Manrique dormir y a Leonor llorar.

Uno de los castados del torreón daba sobre una cortadura de la montaña, cuya circunstancia le hacía presentar por allí tanta altura desde abajo y tanta profundidad desde arriba que, al asomarse por aquel lado, no se podía contener un estremecimiento de espanto y retroceder instintivamente.

Los soldados formaron un círculo, dejando en medio a don Lope, que fijó su mirada en Ruiz, como si quisiese adivinar lo que éste pensaba hacer.

Hubo algunos instantes de silencio, que fueron de horrible incertidumbre para el hidalgo.

—Camaradas—dijo el escudero—, váis a sentenciar a este hombre. ¿Sabéis quién es?

—No—contestaron algunos.

—Sí—dijeron otros.

—¡Os acordáis—prosiguió Ruiz—de la emboscada en que caímos cuando se intentó el golpe sobre Zaragoza?

—Sí.

—Pues la preparó este miserable.

—¡Vive Dios!—exclamaron los soldados, poniendo mano a los puñales.

—¡Quietos, que eso no vale nada. ¿Sabéis quién trocó la orden del señor conde en la batalla de Murviedro, siendo causa de que perdiesen la vida seis mil valientes aragoneses? También este traidor.

—¡Y no le habéis matado!

—¡Muera, muera!

—¡Por el infierno!—gritó uno, arrojándose sobre don Lope.

Pero el escudero le detuvo, diciendo:

—Aún no he concluido... Quietos.

—No hay paciencia...

—Don Manrique—repuso Ruiz—salí solo para batirme como valiente, honrado y leal, con don Guillén de Sesé, y este miserable le tenía preparada una emboscada, y... ¡Vive Dios!—exclamó el escudero, apretando los puños—. ¡Ha caído en poder de los castellanos que andaban por estos alrededores y se le han llevado a Zaragoza!...

—Acabemos de una vez.

—No más contemplaciones...

—Dejadle que hable y se defienda.

—¿Qué puede decir?

—¡Habla, miserable, habla!—gritó Ruiz, acercándose al hidalgo.

—¡Oh!—murmuró éste con voz ahogada—

Estáis acusándome de cobarde y traidor, y váis a asesinar me cuando no puedo defenderme, cuando hasta las manos tengo atadas.

—¿Qué has hecho con don Manrique? Si era tu enemigo, ¿por qué no le buscaste para medir tu espada con la suya? ¡Infame, cobarde!... Si puedes, desmiente mis acusaciones.

—¿Para qué, si al fin habéis de matarme?

—Ya lo oís, no puede negar sus crímenes—dijo Ruiz a sus compañeros—. Testigos sois de que no le mato por satisfacer un rencor, sino para castigarle.

—Pensad—replicó don Lope—que aún vive don Manrique, y que tal vez yo pueda salvarle, si no me matáis.

—¡Zorro, traidor!... A mí no puedes engañarme, porque soy más astuto que tú y no tengo un corazón tan noble como mi señor, que de todo el mundo se fiaba.

—Que podéis salvar a don Manrique, si yo os ayudo...

—¿Tratas de alucinarme?

—No me soltéis, y si os engaño...

—Bien—replicó el escudero, a la vez que sonreía de un modo que hizo estremecer a don Lope—; no te mataré, no haré más que asegurar tu persona, y si con la ayuda de tus consejos logro salvar a mi señor, te pondré en libertad.

—¿Y crees a este miserable?

—Le descoyuntaremos y hablará.

—Le desollaremos.

—Mejor es quemarle.

—Todo eso es poco—dijo Ruiz—, y requiere un tiempo de que no podemos disponer.

—¿Qué haréis?

—Traed una banqueta, la más estrecha que encontréis, y una cuerda larga y fuerte.

Los soldados se apresuraron a obedecer a Ruiz, y a los pocos minutos le presentaron lo que había pedido.

—Ven, vibora—dijo el escudero a don Lope. Y le obligó a asomarse por el lado del torreón que daba sobre la cortadura.

Estremeciéndose el hidalgo y retrocedió, exhalando un grito.

—No tengas miedo, que no pienso echarte por ahí ni ahorcarte, colgándote de una almena. Morirás, si Dios quiere; pero yo no te mataré.

La tranquilidad de Ruiz era aparente y más temible que un arrebato de cólera. Iba a cometer una espantosa crueldad, a dar a don Lope la muerte de la manera más horrible que se puede morir, no porque el escudero era cruel, sino porque en aquellos momentos su razón estaba trastornada por el dolor, y su desesperación necesitaba un desahogo. Ruiz amaba a Manrique más que a sí mismo, puede decirse que le adoraba, y su lealtad sólo tenía comparación con la del perro que lame la mano que le castiga, que sufre y muere a los pies de su amo y vive para éste más que para sí. Sólo así se comprende que el fiel escudero, que tenía un corazón noble y generoso, no contento con hacer padecer al hidalgo un tormento físico, más o menos doloroso, se decidiese a hacerle sufrir un tormento moral lento, prolongado, y cuya sola idea espanta.

Don Lope lo comprendió, perdió la esperanza, y el más profundo terror se apoderó de su espíritu. Sus miembros se agitaban convulsivamente, su corazón palpitó con violencia y sus facciones se desfiguraron.

La curiosidad se pintó en los rostros de los soldados y todos aguardaron silenciosamente.

—Quitadle la armadura, que podrá incomodarle, y atadle los pies—dijo Ruiz.

Sus compañeros ejecutaron esta orden en pocos instantes.

—Sentadle en el banquillo.

Don Lope no acertó a oponer resistencia ni a pronunciar una palabra.

—Ahora—prosiguió Ruiz—, atad esa cuerda al banco, de modo que pueda quedar suspendido, sin volcarse.

Por la frente del hidalgo corrieron algunas gruesas gotas de sudor glacial.

—¡Ah!—exclamó trabajosamente.

—Bien está—dijo el escudero—; ayudadme a colgarle a la parte de afuera de la torre, atando el cordel a una almena. Le bajaremos poco a poco para que no se caiga.

—¡Por compasión!—dijo don Lope—. ¡Yo salvaré a don Manrique!...

—Ya hablaremos...

—¡Viva Ruiz!—gritaron los soldados con feroz alegría.

—¡Matadme!... ¡Matadme!...

—No estás sujeto al banquillo, y si quieres, puedes echarte de cabeza.

—Es muy cobarde para eso.

—¿Por qué ha de tirarse si nadie le incomodará?

—¿Y hasta cuándo ha de estar ahí?

—Hasta que se muera de miedo.

—¡Morir de miedo!

—Es muerte de mujeres.

—De quien tiene el alma negra.

—Ni negra ni blanca se la ha dado Dios.

—Tiempo tendrá para arrepentirse de sus pecados.

—Silencio... ¡Vamos con él!

Don Lope exhaló un agudo grito, cerró los ojos, y todos sus miembros se contrajeron.

Fácilmente le suspendieron; sacáronle a la parte de afuera del torreón, dejaron descansar el banquillo contra la pared y fueron soltando la cuerda.

Bajo los pies de don Lope había un abismo; sobre su cabeza el cielo; a su espalda el muro liso, y a sus costados la cuerda de que no podía agarrarse, porque tenía las manos atadas. Al más leve movimiento caería para hacerse su cuerpo mil pedazos. Se erizaron los cabellos del infeliz y su rostro se desfiguró horriblemente.

Cuando después de algunos instantes se atrevió a abrir los ojos, exhaló un segundo grito de horror y de espanto, y se contrajeron más sus miembros. Aunque deseaba la muerte, le faltó el valor para arrojarle y acabar de una vez.

Suspendido sobre aquel abismo, y oyendo que sus lamentos y súplicas eran contestadas con feroces risas y chistes repugnantes, debía morir de espanto, como había dicho el escudero.

Ni aun siquiera el consuelo que se busca en la agonía, pensando en Dios, podía tenerlo el hidalgo, porque su turbación no daba lugar a su pensamiento para fijarse en otra cosa que en el abismo que tenía a sus plantas.

Tanta crueldad no era un castigo, sino un crimen horrible, imperdonable. Pero aún le parecía poco a Ruiz para satisfacer su febril deseo de venganza, y hubiera dado la mitad de su vida por acertar con otro tormento mayor.

—No supliques ni llores, miserable, porque será en vano—dijo Ruiz—. Ahí permanecerás hasta que el miedo te mate: entre tanto puedes entretenerte en recordar tus maldades.

—Ruiz—dijo don Lope con voz que parecía salir del fondo de una caverna—, escuchadme; os revelaré un secreto, del cual depende la vida de don Manrique.

—Puedes decirme lo que quieras, y cuando yo esté convencido de que no me engañas, te subiré.

—Si os engaño, siempre estáis a tiempo...

—Habla desde ahí.

—El miedo apenas me deja hablar...

—Tengo prisa y me voy...

—¿Que está en mis manos la vida de don Manrique!

—No me engañas, traidor.

—¡Ah!...

—Que Dios te perdone si es que para tus crímenes hay perdón.

—¡Yo no quiero morir así!

—Nadie te impide tirarte...

—No puedo...

—¡Cobarde!

—¡Por Dios! ¡Por vuestra madre!

Una carcajada respondió al hidalgo.

—Me voy—dijo Ruiz a sus compañeros—y vosotros me respondéis de ese hombre. Cuidado con él, que es muy astuto y no le faltarán medios de engañaros; lo más prudente será que no lo escuchéis. Salid de aquí, cerrad la puerta, y si queréis verlo id a la otra parte del foso.

Don Lope quedó solo.

Sus cabellos se erizaron, y a pesar del excesivo calor de aquel día, sintió un frío glacial que agitó convulsivamente sus miembros.

No pudo volver a articular una palabra.

El espanto había embargado de tal modo su espíritu y su cuerpo que no era dueño ni de moverse ni de pensar. Todos sus esfuerzos se dirigían a no separarse de la pared y a unir las piernas al banquillo.

Sus ojos estaban abiertos como si fuesen a salirse de sus órbitas.

La cuerda crujió como para romperse, y el infeliz hidalgo hizo un esfuerzo desesperado para no separarse de la pared.

La contracción de sus músculos se hizo entonces tan violenta y dolorosa, llegó a tal punto, que le hubiera sido imposible moverse ni aun para arrojarle y acabar de una vez aquel espantoso tormento.

En un instante se desfiguró su rostro de una manera horrible y empezaron a encanecer sus cabellos.

Su respiración era en extremo lenta y trabajosa, como si no tuviese aire que respirar.

La cuerda crujió otra vez, pero el desdichado no hizo el más leve movimiento.

Al cabo de una hora se había empañado el brillo de sus pupilas, dilatadas en extremo, y su cuerpo parecía de mármol.

Su cabeza estaba enteramente blanca.

Hubiera sido imposible decir si estaba vivo o muerto.

¿Habría pensado en Dios? ¿Habría implorado la misericordia divina, puesto que ya no podía abrigar otra esperanza?

Entre tanto, Leonor, Ruiz y Aldonza se alejaban de Castellar.

Ninguno de los tres pronunciaba una pala-

bra: hasta el mismo escudero, siempre tan hablador, espoleada su yegua y callaba, y sólo de vez en cuando apretaba los puños, arrugaba la frente, relumbraban sus pupilas y dejaba escapar una horrible imprección.

Leonor ni lloraba ni se lamentaba como parecía natural en semejante situación. Con el rostro pálido y contraído, y la mirada sombría, iba delante y tan absorta en un solo pensamiento que hasta se había olvidado de que Aldonza y Ruiz la seguían.

## CAPITULO XLI

## De la entrevista de Manrique y don Nuño.

Antes de entrar en Zaragoza, ordenó don Guillén que se adelantasen dos jinetes para avisar al conde la prisión de Manrique.

La noticia cundió con rapidez, pues los portadores de ella la dieron a cuantos hablaron, y como el Trovador era un personaje tan conocido, advirtiéndose repentinamente en la población un movimiento inusitado producido por la curiosidad en unos y por el interés en otros.

Apénas entraron en la primera calle, la escolta que guardaba a Manrique se vio rodeada de un crecido número de personas que fué aumentándose hasta el punto de embarazar el paso a los jinetes.

—¡Qué lástima de mancebo!—decían las mujeres.

—La primera lanza de Aragón—añadían los hombres.

—¡Tan joven, tan hermoso!...

—Y tan valiente, ¡vive el cielo!

—Y un verdadero aragonés.

—Muere por su patria.

—Pero miradlo tranquilo, como si no tuviese la muerte tan cerca.

—Ni siquiera está pálido.

—Yo no lo conocía y nunca quise creer que fuese un mancebo con esos cabellos rubios y esos ojos azules de mirada tan tierna.

—Y con una voz de ángel.

—Muchas veces lo he oído cantar y tañer la citara con tanta dulzura, que parecía no haber nacido más que para enamorar corazones; pero también lo he visto dar cuchilladas con tantos bríos que no había quien se le pudiese delante.

—¿Dónde?

—En la rota de Murviedro.

—¡Dios de Dios!... ¿Estábais con el infante?

—Con quien no os importa.

—¡Vive el cielo!...

—Soy tan buen aragonés como el mismo don Jaime el *Desdichado*.

—Entonces...

—Si tuviérais sangre en las venas no dejaríais que matasen al que muere por vosotros.

—¿Qué hemos de hacer?

—Salvarlo o morir.

—También lo acusan de haber robado a una monja...

—¡Voto a mis barbas!... ¿Qué haríais vos si entrárais en un convento más que llevaros, no digo una, sino una docena de las más bonitas?

Estos o parecidos diálogos se oían por todas partes mientras la comitiva caminaba trabajosamente.

Manrique iba con la cabeza erguida, sereno el rostro, tranquila la mirada, grave; pero no triste, y aunque indiferente, no tan distraído que pudiera creerse que absorbía su atención alguna idea dolorosa.

Nunca había parecido tan hermoso a las mujeres ni tan gallardo a los hombres; nunca habían ondulado con más gracia sus dorados cabellos ni sido tan transparente y puro el azul de sus expresivos ojos.

Más de una lágrima hizo correr por las mejillas de alguna dama, que lo contempló medio oculta tras el tapiz de un balcón.

Después de condolerse de la suerte del prisionero, y de alabar su valor y comentar sus proezas, la multitud fijaba su atención en don Guillén y le llamaba intrigante, traidor y cobarde.

Al fin llegaron a la Aljafería.

Los soldados obligaron a los curiosos a hacerse atrás, y don Guillén y Manrique, seguidos de algunos guardias, se dirigieron al aposento donde esperaba el conde.

Este, sentado en un ancho sillón, había quedado dar a su rostro toda la expresión de grandeza y autoridad de un rey, de fría severidad de un juez; pero sólo se traslucía en su oscurecido semblante el orgullo de raza, la desesperación de los celos y la ponzoña del odio y de la sed de venganza.

Los negros ojos de don Nuño fijaron una mirada altanera en Manrique, que permaneció inmóvil y sin dar muestras de la más leve sensación.

Transcurrieron algunos instantes del silencio más profundo.

Don Guillén, como avergonzado de sí mismo, se retiró a un extremo del aposento.

El rostro del conde fué palideciendo y contrayéndose gradualmente.

—Trovador—dijo al fin con voz reconcentrada.

Manrique miró con expresión de lástima a su rival, su labio inferior se movió levemente y con aire de desdén, y permaneció indiferente y silencioso.

—Os he llamado—volvió a decir el conde con despechado tono.

—Pudisteis excusarlo teniéndome tan cerca—contestó Manrique con voz tranquila y reposado acento.

—¡Oh!—exclamó don Nuño con la irritación de su iracundo carácter—. ¿Así os presentáis delante de quien con una palabra puede hacer rodar vuestra cabeza? ¿Con tan loca arrogancia pensáis alcanzar vuestro perdón?

—¡Mi perdón!—replicó Manrique con desdén.— Sólo pide y espera perdón el que ha delinquido; pero el que ve sobre su pecho el puñal que alevemente va a herirle, arroja al rostro de su asesino toda la fealdad de su cobardía; todo lo más intenta hacerle comprender su crimen, despertar su conciencia; empero demandar perdón, ni siquiera lo imagina el más débil.

—¡Miserable!—exclamó don Nuño.

—¿Quién de nosotros dos debe ser el acusado, quién el juez?—replicó el Trovador con la misma calma,

—Tened la lengua...

—No pedí hablaros. ¿Para qué me habéis traído aquí en vez de encerrarme en un calabozo o mandar a vuestro sayones que acabasen conmigo? Callaba, y os enojó mi silencio; hablo, y os descontentan mis palabras... ¿Qué queréis? En vuestro poder estoy, don Nuño; disponed de mi vida, que ni me resisto ni me quejo.

—Habladme con más respeto.

—¿Quién sois?

—Ahora el rey.

—¡Pobre vanidad!... ¡El rey! Nada, don Nuño, nada sois para mí sino un desdichado digno de compasión, mientras que yo soy para vos mucho: vuestro rival triunfante, sí; triunfante en el convento, en Castellar, aquí también y mañana en el cadalso, porque la muerte no puede borrar lo pasado.

—Vos mi rival!—exclamó el conde cuyas mejillas enrojecieron como si fuese a brotar la sangre.

—Sí, yo.

—¿Vos, un villano!...

—Más noble que vos.

—El hijo de una gitana!

—Que es más grande que don Nuño de Artal.

—¡Trovador!

—La verdad es muy horrible para quien no tiene la conciencia tranquila.

—¡Basta, miserable!

—¿Para qué me habéis traído aquí?

—He tenido lástima de vos y quise saber si algo teníais que decir en vuestra defensa.

—Gracias, conde, por vuestro interés; pero no lo prodiguéis tan generosamente cuando lo necesitáis para vos.

—¡Oh!...

—Defenderme!... ¿De qué?

—¡Habéis olvidado vuestros crímenes?

—Yo soy el que tengo que acusaros.

—Manrique!—gritó don Nuño fuera de sí.—Lo que anhelábais era verme abatido, humillado a vuestros pies... Os equivocasteis, conde de Luna; no puede alcanzar tanto vuestra corona ni vuestra autoridad. El oscuro aventurero sin nombre, el hijo de una gitana, tiene un corazón que no sabe temblar ante la muerte, es más grande que vos, más generoso, más noble y os desprecia... os perdona.

—Desdichado!

—No lo es poco quien no tiene bastante valor para mirar con indiferencia a su enemigo... ¿Os compadezco!—dijo Manrique con amargo desdén.

—Y lo sufro de un traidor villano!...

—¡Un traidor villano!... ¿Qué sois vos?

—¿No lo habéis preguntado a vuestra conciencia? ¿No os lo dice vuestra memoria?...

—¡Ah!... Comparaos conmigo, que soy el último de los hombres, el hijo de una gitana, y lo sabréis.

—¿Con vos!

—Yo os recordaré lo que fuisteis.

—¡Silencio!...

—¿Os remuerde la conciencia?

—Vuestra presencia me ofende...

—¿Aún me tenéis miedo?

—¡Oh!

—Fuisteis como yo, partidario del de Urgel, y por defenderle derramásteis la sangre de un santo prelado...

—¡Ah!—exclamó el conde con ahogado acento y sin atreverse a mirar al Trovador.

—¿Pensásteis que se ignoraba quién fué el asesino del obispo de Zaragoza?... La historia os reserva una página de oprobio y de ignominia.

—Callad...—murmuró don Nuño.

—Luego abandonásteis al de Urgel porque

os pagaba mejor el castellano, faltásteis a vuestro juramento y a vuestra patria y hasta renunciásteis los derechos que creíais tener al trono porque os lo pagaron con oro vil...

—¡Basta ya!—interrumpió don Nuño, volviendo a su colérica actitud.

—Vendisteis vuestro brazo, vuestros derechos, a vuestra patria... Eso hicisteis, don Nuño de Artal, ilustre conde de Luna, descendiente de cien nobles godos; vendisteis vuestra honra con menos vergüenza de la que tiene un pobre villano cuando el hambre le obliga a vender su vestido... ¡Ah!... Comparaos, noble señor, comparaos...

—¡Miserable!...

—Sí, soy un miserable que os hace temblar y enrojecer; un miserable que os humilla...

—¡Trovador!...

—¡Doblad la frente!—exclamó Manrique con acento tan imponente y de tal autoridad que hubiera cuadrado a un gran rey.— ¡Conde de Luna, doblad la frente ante el oscuro Trovador, el villano aventurero, el hijo de una gitana!

—El verdugo hará bajar la vuestra.

—¿Qué me importa la muerte? ¿No me habéis visto provocarla en cien ocasiones? ¿No he venido muchas veces a buscarla en la punta de vuestro acero traidor? La muerte os hace temblar a vos, pero yo sé mirarla sin estremecerme, sonreír delante de ella...

—¡Arrogancia loca!

—¿Por qué no fuisteis a buscarme a Castellar?

—¡Bajarme hasta vos!

—Pero no os desdenásteis de aprovecharos de mis nobles sentimientos para hacerme caer en un lazo infame; os habéis bajado hasta la cobarde y negra traición.

—La justicia persigue a los criminales.

—¡Cobarde!

—¡Oh!...

—Y os valisteis de ese miserable—repuso Manrique, señalando desdenosamente a don Guillén, que en un rincón permanecía pálido y con el semblante descompuesto—; os valisteis de él como instrumento ciego de vuestra cobarde traición, como del puñal con que asesina vuestro brazo alevoso!...

—¡Vive Dios!... ¡Se acabó mi paciencia!...

—No sois dignos ni aun de mi odio...

—¡Arqueros!—gritó el conde levantándose.

—Os compadezco...; harto castigado estáis con vuestra cobardía, con vuestra propia infamia...

—¡Don Guillén, encerradlo!

—Os perdono, don Nuño, porque soy más grande que vos.

—Pero moriréis y echaré vuestro corazón a mis perros—replicó el conde con acento de rabiosa desesperación.

—Miradme, conde de Luna; mirad cuán tranquilo y hasta risueño camino a la muerte.

—¡Llevadlo!

Los soldados se apoderaron de Manrique, que salió de la cámara con paso firme y sereno rostro.

Don Nuño se pasó las manos por la frente, que tenía bañada en copioso sudor, mientras que su corazón palpitaba con tal violencia como si fuese a romper el pecho.

—¡Oh!—exclamó—. ¡Y no he podido verlo humillado!

Luego dió algunos paseos por la cámara.

Creció su agitación, oprimióse el pecho, y con acento débil dijo:

—¡Leonor!... ¡Ah!... ¡Y, la amo todavía!... ¡No puedo olvidarla, a pesar de que ese miserable ha manchado su pureza!

No pudo decir más y se dejó caer abatido en un sillón.

Tan digno de compasión era el conde como Manrique: dominados ambos por una pasión que rayaba en locura, se dejaron arrastrar a un abismo insondable sin que nada fuese bastante a detenerlos en su caída. Lo mismo el uno que el otro debían pagar sus extravíos, ya con la muerte, ya con remordimientos.

Pasaron las horas para el conde lentas, atormentadoras, luchando con su deseo de venganza, su pasión, espantado por sus recuerdos y más aún por el negro porvenir que le prometía su situación.

## CAPITULO XLII

## Tras la última esperanza, el último suspiro.

Al día siguiente, como el anterior, no se hablaba en la ciudad de otra cosa que de la prisión de Manrique, viéndose a muchos curiosos que iban a contemplar un tablado que se había levantado en la plaza, y cuyo destino no era dudoso, porque bien lo indicaba su forma y el ensangrentado tajo que se había colocado en él.

El sol se había levantado en un horizonte puro como nunca.

La Naturaleza parecía haber querido desplegar todos sus encantos como si se engalanase para dar más brillo a una fiesta.

Empero se veían más rostros taciturnos que alegres, y en toda la población se advertía un no sé qué de inexplicable tristeza que angustia como cuando en los días más risueños siembra sus horrores una epidemia.

Eran las siete de la mañana y ya las comadres habladoras llevaban largo rato de hacerse mil preguntas y comentar el suceso que se preparaba.

Dejáramos a los unos murmurar, a los otros discutir por las calles, y a muy pocos mostrarse indiferentes, y nos trasladaremos a la casita de Aldonza, conocida ya de nuestros lectores.

Cerca de una mesa, inmóvil y muda estaba Leonor, y a poca distancia su dueña, silenciosa también, y que hacía vanos esfuerzos por contener el llanto que en abundancia corría por sus mejillas.

La desdichada joven tenía el rostro cadavéricamente pálido, marchita la frente y los labios secos y blanquecinos. Un brillo extraño y siniestro animaba sus pupilas, que unas veces se movían con impaciente inquietud y otras quedaban fijas y sin expresión, como las de unos ojos de cristal. El desorden de sus cabellos y su vestido hacía más sombrío su aspecto triste, y su inmovilidad y su silencio le daban un no sé qué de lúgubre y aterrador que nadie hubiera acertado a explicarse. Ni una lágrima vertía, ni un suspiro que indicase su dolor, y se la hubiera creído inanimada si de vez en cuando no se agitaban ligeramente sus miembros a impulsos de un estremecimiento nervioso.

Largo rato pasó con el silencio más profundo, sin que Leonor diese señales de vida, ni a dirigirse la palabra se atreviese su dueña.

Al fin, la desdichada joven esparció a su alrededor una mirada y con breve acento dijo a Aldonza:

—¿Por qué lloras?

La dueña miró sorprendida a su señora, vaciló algunos instantes, y contestó con voz ahogada:

—Es verdad... Os adijo en vez de consolaros...

—Déjame—replicó Leonor.

—No quiero que estéis sola...

—Déjame—repitió la joven con imperioso tono.

Aldonza salió sin poder aún contener el llanto.

—Mucho tarda—dijo entonces Leonor—. ¡Con cuánta lentitud pasa el tiempo! ¡Ah!... ¡Qué largas han sido para mí siempre las horas!... Largas cuando anhelaba la dicha de mi amoroso deseo; largas cuando espero la muerte que ha de poner fin a mis dolores o la vida en que tal vez me están reservados mayores tormentos. ¡Esperar la muerte!... ¡Oh!... ¡Negra esperanza!... Y sin embargo, es mi única felicidad y la miro sin horror, hasta con placer. ¿Qué es esta vida miserable? ¿Qué es más que un tormento horrible? Siempre el afán roedor de una dicha que no existe, el afán engañado por la esperanza que se burla de nosotros y hasta el día de la muerte no nos enseña la realidad en el fondo de un sepulcro... ¡Necios humanos!... ¡Ridícula credulidad la nuestra!... Placeres, completa felicidad nos promete el mundo, la vemos en todas partes, corremos tras ella sin alcanzarla, el tiempo vuela silenciosamente, y cuando ya fatigados queremos preguntar lo que es la vida, nos contesta la muerte diciendo: "Mira: detrás tienes la juventud con su alegría, sus ilusiones y sus esperanzas; extiende la mano para tocar el fantasma seductor de la felicidad y sentirás el frío de mi esqueleto; vuelve los ojos y verás el sepulcro donde no hay nada, ni aun luz, y donde en nada te has de convertir. La vida es el movimiento de la Naturaleza: nacer, contar algunos días y morir; el que busca la felicidad se atormenta, el que no la busca ignora si vive. El impulso que recibiste al nacer ha perdido ya su fuerza: compadécete de los que viven con sus ilusiones y abrigan esperanzas, como se han compadecido de tí, y ven, que ocupas en la tierra un lugar que ya no te pertenece." Y su mano hiela para siempre nuestro corazón.

Se entreabrieron los labios de la joven como para sonreír con amargura, se pasó las manos por la frente, que sentía abrasada, y repuso en su febril extravío:

—Un tormento!... ¡Ah!... ¿Para qué es la vida sin felicidad, para qué?... El mundo me maldecirá mañana; pero yo me río del mundo, le tengo compasión, no seré más tiempo su víctima.

Su mirada se hizo más sombría, guardó silencio por algunos instantes, y luego dijo:

—¿Quién recogerá mi último aliento? ¿Quién derramará una lágrima sobre mi cuerpo frío?... ¡Oh!... Manrique, necesito deposi-

tar en tu pecho mi postrer suspiro y pronunciar tu nombre oyendo cómo tú pronuncias el mío... ¡Tu amor o la muerte!... Cumpliré mi juramento, castigaré a nuestros enemigos emponzoñando su triunfo con un recuerdo que les espante. ¿Qué importa morir cuando nada se espera? ¿Y qué es la muerte sino un instante de lucha entre el alma y el cuerpo? Manrique es mi felicidad, y morir en sus brazos es ser feliz. Sonreiremos, porque un momento que palpiten juntos nuestros corazones es para nosotros más que un siglo de existencia. El mundo no puede comprender nuestra dicha, pero ¿qué nos importa?... ¡Oh!... ¡Destino fatal, moriremos siendo felices!

La febril exaltación de la joven iba creciendo. Su rostro se tiñó de púrpura por un instante, se animaron con vivo fuego sus ojos y exclamó:

—¡Manrique!

Entonces se abrió la puerta del aposento y entró Ruiz pálido, cubierto de sudor y con el rostro tan contraído y la mirada tan sombría que infundía miedo.

—¿Hay alguna esperanza?—preguntó Leonor, levantándose y corriendo hacia el escudero.

Este vaciló algunos instantes como si no se atreviese a hablar, y al fin exclamó con terrible acento y apretando los puños con desesperada rabia:

—¡Dios de Dios!

—¡Expílicate, Ruiz!

—Todo, señora, todo lo he corrido, y ¡vive el cielo!, me vuelven la espalda, se excusan, o todo lo más prometen para otro día... ¡Cobardes!

—¿Y al fin?...

—He estado en la Aljafería...

—¿Lo has visto?

—¡Verlo!... ¡Por Satanás!... Entonces me hubiera quedado con él o lo hubiera sacado de allí.

—¿Pero qué has hecho en palacio?

—Observar, escuchar, averiguar...

—¡Acaba, Ruiz!

—Señora...

—¿Qué has adelantado?

—He adelantado...

—¿Temes decirme la verdad? ¿Piensas que me faltará el valor?... Habla, Ruiz; ya ves que ni una lágrima derramo.

—¡Voto al infierno!

—¿Cuándo debe morir Manrique?

—¿Cuándo?

—¡Sí; eso es lo que me importa saber, porque salvarlo es imposible.

—¿Y para qué queréis saberlo?

—Ruiz...

—Lo ignoro.

—Yo lo averiguaré.

—Señora... ¡Por Satanás!

—Sígueme, Ruiz—dijo Leonor mientras se cubría con un manto.

—¿Pero que adelantaréis?...

—Ya te he dicho que necesito saber cuándo debe morir Manrique...

—Pues bien—replicó el escudero—, yo os lo diré; pero no salgáis. Dentro de dos horas...

—Aún me queda tiempo—repuso Leonor.

Y dejó escapar una carcajada estridente que hizo estremecer al fiel criado.

—¡Por Dios, señora!

—¡Aldonza!—gritó la joven, que parecía haber perdido la razón, según el extravío de sus miradas y el desconcierto de sus ademanes.

La dueña entró.

—¿A dónde vais?—dijo sorprendida y asustada.

—Oye, Aldonza, ya no nos veremos más.

—¡Oh!—exclamó la dueña con espanto al ver el extravío de la mirada de su señora.

—Sosígate...

—¡Llorad, doña Leonor! ¡Por Dios, llorad!

—¿Quiéres que llore cuando voy a ser feliz, cuando pronto estrecharé entre mis brazos a Manrique?

—Decís que ya no volveremos a vernos...

—No me comprendes...

—¡Ah!... ¡Por vuestra madre!...

—Tranquilízate...

—No os dejaré salir.

—En vano intentarás estorbármelo.

—¡Por Dios, señora mía!

—Te he dicho que es la última vez que nos vemos, porque en unión de Manrique tengo que dejar esta tierra para siempre.

—¿Abrigáis alguna esperanza?—replicó cándidamente la dueña.

—Sí.

—Nada me habéis dicho...

—¡Voto al infierno!—exclamó Ruiz—. Esto es para volverse loco.

—Guardaba un recurso para este caso extremo.

—¿Por Satanás!... ¿Confáis en el conde?

—Le diré una palabra, una sola palabra, y se abrirán las puertas de la prisión de Manrique.

—Cuidado con equivocaros.

—No.

—Don Nuño es un tigre, y antes dejará que lo maten que soltar su presa.

—No perdamos tiempo—replicó Leonor—; están contados los instantes y son muy preciosos.

—Pero iré con vos—dijo la dueña.

—Es imposible.

—No quiero abandonaros.

—Es forzoso.

—¡Dios mío!

—Aldonza, ten ánimo; ya ves que estoy serena, y... Voy a ser feliz.

—No sé por qué vuestra serenidad me infunde pavor.

—Apreensiones...

—Quisiera veros llorar...

—Abázame, Aldonza, y cuando te acuerdes de mí, ruega a Dios que perdone mis pecados.

La dueña tembló convulsivamente y no acertó a moverse.

—¿No quieres abrazarme?

—¡Ah!...

—¿Te falta el valor?

—El último abrazo!...

—Sí, el último—repuso Leonor con acento de marcada intención.

Aldonza se oprimió el pecho, dejó escapar un grito desgarrador y cayó en los brazos de la joven.

—¡Voto a cien mil condenados!—exclamó el escudero restregándose los ojos.

—¡Adiós!... ¡Ruega por mí!...

—¡Deteneos!... Vuestra frente abraza, vuestro corazón parece que va a saltar del pecho...

—¡Aldonza, adiós!...

—Abrigáis algún intento horrible...

La joven se desprendió rudamente de los brazos de su dueña y salió corriendo de la estancia mientras decía:

—Sígueme, Ruiz.

—¡Aunque sea al infierno!... ¡Voto a Satanás!... Esta mujer tiene más alientos que yo; ahora comprendo que se enamorase de ella don Manrique.

Cuando estuvieron en la calle aspiró Leonor con avidez el aire libre y luego murmuró:

—Tras la última esperanza el último suspiro.

Su razón estaba trastornada por la fiebre, que aumentaba por instantes.

—Ruiz—dijo con breve acento.

—¿Qué mandáis?

—Guíame a casa del judío Samuel.

—¡A casa del judío!

—Sin él no podemos hacer nada.

—Pero...

—Tengo que comprarle el secreto que ha de abrirme las puertas de la prisión de Manrique.

El escudero miró sorprendido a la joven.

—No os comprendo—dijo.

—Dentro de dos horas lo comprenderás todo.

—O está loca, o yo tan aturdido que no sé lo que me pasa—dijo Ruiz para sí.

—Vamos...

—¿Quién había de pensar que ese perro judío guardase un secreto que podía salvar a don Manrique? Jamás se me hubiera ocurrido semejante cosa. Estoy aturdido... ¡Voto al infierno!

## CAPITULO XLIII

### El secreto de Samuel.

Ruiz obedeció, aunque no de muy buena gana, porque para él era sospechoso todo lo que no comprendía.

Con acelerado paso dejaron atrás muchas calles, y cuando llegaron a la mitad de una estrecha, tortuosa y lóbrega, se detuvieron.

—Aquí es—dijo el escudero señalando a una casa de mezquina apariencia.

—Llama.

—Perdonad, señora; pero antes...

—Llama—repitió Leonor con imperioso tono.

—Se conoce que ha tenido buen maestro, que la enseña a mandar—murmuró Ruiz.

Y obedeció sin atreverse a replicar.

Transcurrieron algunos instantes sin que nadie respondiese.

—Otra vez—dijo la joven.

El escudero volvió a dar algunos golpes en la puerta con el pomo de su daga.

—Siempre se hace el sordo ese perro...

—¿Quién es?—preguntó desde adentro una voz destemplada y seca.

—Abrid, ¡voto al demonio vuestro amigo!

Se abrió una ventana y asomó la cabeza de un hombre de rostro demacrado, lengua barba gris y mirada penetrante.

—¿Qué queréis?—preguntó.

—Hablaros.

—Pero...

—Tengo prisa... Abrid pronto—replicó Leonor.

Ocultóse la cabeza, y algunos minutos después se oyeron rechinar los cerrojos de la puerta que se abrió, crujiendo sus goznes.

—Espérame, Ruiz—dijo la joven.

—¡Vive el cielo!... ¿Vais a entrar sola en este nido?

## CAPITULO XLIV

De cómo el conde vendió a más alto precio el perdón de Manrique que Samuel su veneno.

El conde y don Guillén estaban en una de las habitaciones de palacio, esperando también la hora de la ejecución, que debía tener lugar a las diez.

Ambos tenían el rostro contraído y pálido; a pesar de su triunfo, no estaban ni contentos ni tranquilos, ya fuese porque la conciencia les acusaba de su cobarde traición, ya porque era un triunfo hartamente doloroso porque había costado, al uno, la pérdida de sus amorosas esperanzas, y al otro, la honra.

—¿Conque nada—decía el conde—, absolutamente nada habéis podido averiguar?

—Únicamente que Leonor y el escudero salieron aquel mismo día de Castellar, y que la gitana desapareció también.

—Es extraño que no hayan venido a Zaragoza.

—Saben que es inútil implorar vuestro perdón y el mío.

—Pero en semejantes apuros se recurre a todo.

—Además, mi hermana, es decir, la que fué mi hermana, temerá, y con razón, mi cólera.

—Sois demasiado rencoroso, don Guillén.

—Todo es poco para lavar la honra.

—Debéis contentaros con la muerte de ese miserable, que ha sido la causa de todo.

—No, don Nuño.

—Vuestra hermana estaba alucinada por él, y no es extraño que en el arrebato de la pasión...

—En vano intentaréis amenguar su culpa, señor conde.

—¿Qué haríais si la encontráseis?

—No sé si podría contener mi cólera.

—¿Acaso intentaríais...?

—Matarla.

—Don Guillén—replicó severamente el conde—, guardaos de cometer el más leve abuso si por acaso encontráis a doña Leonor.

—Se trata de mi honra, don Nuño, y no greeo que nadie pueda estorbarme...

—Yo.

—Por fortuna suya, no sabré dónde está.

—Pues si a mí viniese arrepentida a pedirme el perdón de su amante...

—¿Qué haríais?—dijo vivamente don Guillén.

—A trueque de su amor...

—¿Don Nuño!...

—Daría la libertad a Manrique.

—¿Su amor, cuando está manchado!...

—Don Guillén—replicó el conde, cuyos ojos se animaron—, es tal mi pasión, que no podría resistir.

—¿Oh!...

—Pero como ni hemos de encontrarla ni ella ofrecermelo que tanto afano, es inútil que hablemos de semejante cosa.

—Bien decís: no hablemos de lo que sólo puede atormentarnos, a vos, porque aviva el mal apagado fuego de vuestra pasión, y a mí, porque envenena más mi enojo.

—¿Sigue el reo tan arrogante como ayer?

—Cuanto más se acerca la hora, está más tranquilo y animoso.

—¿Oh!...

—Habla con los que entran en su prisión, y hasta se ríe, mostrándose en ocasiones impaciente por morir.

—Eso ya no es valer.

—Es locura.

—Vanidad.

—¿Creeréis que ha llegado a tal punto que esta mañana pidió una cítara para cantar?

—¿Y se la dieron?

—No, pero me han dicho que, según estaba de sereno y hablaba con reposo, hubiera podido entonar un romance con voz clara y segura.

—Lo creo.

—Bien decía el desdichado don Lope.

—¿Aún os lastimáis de la suerte del hidalgo?

—¿Por qué no, don Nuño? Ha muerto de una muerte horrible, y jamás hubiera yo creído en semejante crueldad si el mismo Ordeño no lo hubiese visto colgado en la torre. ¡Oh!... Debe haber sufrido mucho.

—Culpa es de su cobardía. ¿Por qué no se arrojó, para acabar de una vez?

—No están obligados todos los hombres a ser valientes.

—De cualquier modo, don Guillén, el hidalgo era un traidor capaz de cometer todos los crímenes imaginables por satisfacer su ruin codicia, y bien merecía ser castigado.

—Le debemos la prisión del Trovador, y...

—¿Me acusáis de ingrato?

—Quiero decir que si don Lope no hubiese muerto, Leonor estaría en mi poder.

Samuel examinó una por una las monedas, las contó dos veces y las guardó con la cruz.

—¡Oh!... ¡Que el tiempo vuela!

—Allá voy—dijo él israelita.

Y entró en el aposento inmediato, volviendo a salir pocos momentos después con un pomo de vidrio que contenía un líquido de color de topacio.

—Tomad, señora.

La desdichada joven se apoderó del veneno con el mismo afán que si fuese el elixir de la vida, y salió precipitadamente de la casa.

—¡A palacio, Ruiz!

—¿Pero no me decís aún...?

—Pronto lo sabrás.

—¿Habéis conseguido de ese perro...?

—Cuanto deseaba.

—¡Voto al infierno!... Para nada sirvo.

—Dentro de media hora estaré en brazos de Manrique.

—Cada vez estoy más aturrido.

—En sus brazos para no separarnos hasta la muerte...

—¡Por Satanás!—murmuró el escudero—, No las tengo todas conmigo. ¿Estará loca? Se le han puesto los ojos como los de la gitana.

—Más aprisa, Ruiz.

Este no pensó que por el camino que llevaban iban a pasar por delante del cadalso donde Manrique debía morir.

Según adelantaban encontraban más gente; pero ni Leonor ni el escudero fijaron su atención en semejante cosa hasta que los numerosos grupos de hombres y mujeres les estorbaban para andar de prisa, a pesar de que el sitio era desahogado, pues en aquellos momentos atravesaban una plaza.

—Apartad... tenemos prisa—decía Ruiz mientras se abría paso con los codos yendo delante de la joven.

Esta se detuvo como herida por un rayo, abrió extremadamente los ojos, se oprimió el pecho y exhaló un agudo grito, quedando inmóvil como si hubiese perdido la vida.

—¿Qué os sucede?—le preguntó Ruiz acercándosele—, ¿Por los cuernos de Satanás!

—Pero ella no contestó.

—¡Voto al infierno!... ¡Oh!... ¡Allí!—dijo el escudero, señalando al tablado—, ¡Que el infierno me trague!... ¡Y la he traído por aquí!...

—¡Vive Dios!... Vamos, señora...

—No es nada—murmuró Leonor después de algunos momentos y mientras apartaba con horror la mirada del tablado fatal—, Hasta las heces, hasta las heces he tenido que apurar... Pero... así no vacilaré... Vamos, Aprisa, muy aprisa.

La fiebre dió fuerzas a la desdichada, que siguió a Ruiz con pasos desiguales, pero más acelerados que nunca.

En todo el tránsito era inmenso el gentío que esperaba la hora del horrible y tristísimo espectáculo. Por las ventanas y balcones asomaban millares de cabezas de damas y caballeros. Cualquiera hubiese dicho que aquel era un día de gran fiesta y regocijo.

En pocos minutos llegaron al alcázar real. Leonor se detuvo.

—Voy a entrar sola—dijo.

—¡Sola!

—Sí.

—Pero...

—Tengo que hacerte un encargo, buen Ruiz.

—Os escucho.

—Vuelve a Castellar, y si aún están allí los nuestros, recoge algún dinero y joyas que he dejado y con ellas preséntate a Samuel.

—¿No le habéis pagado?

—Sí; le he pagado su secreto con una cruz de diamantes... La cruz de mi madre...

—¡Voto al infierno!

—¿Cómprasela a cualquier precio y guárdala para ti... Llévala sobre tu pecho siempre... que... bien merece tu lealtad este recuerdo mío...

—¿Os voy a dejar acaso?

—Sí.

—Imposible. ¡Abandonaros!... ¡Por Satanás!

—Es forzoso...

—Me habéis prometido decirme...

—Si quieres esperar en Zaragoza, pronto sabrás el resultado de lo que intento; pero será más prudente que te marches.

—No, y cien veces no.

—Te lo aconsejo.

—Ni aunque me lo mandéis; aquí esperaré hasta que salgáis vos o don Manrique, y si no conseguís su perdón, lo seguiré hasta verlo morir, y... ¡vive Dios!... Luego corre de mi cuenta el precio de su sangre.

—Ruiz—dijo Leonor, alargando su crispada diestra al escudero—, ¡adiós, adiós para siempre!

El fiel criado estrechó entre las suyas aquella mano ardiente y la besó con cariño y respeto, dejando en ella una lágrima.

Leonor entró precipitadamente en el palacio.

—¡Vive Dios!—exclamó Ruiz—, ¡De aquí no me moveré!... ¡Por el infierno!... O se ha vuelto loca o yo estoy soñando... ¡Ira de Satanás!

—Sí.

—No lo consentiré.

—Obedece y calla—repuso Leonor.

Y entró en la casa, cuya puerta volvió a cerrarse.

—Por aquí—dijo Samuel el judío, que era un anciano de elevada estatura, encorvada espalda, enjuto de carnes y mirada recelosa.

Y condujo a Leonor a un aposento amueblado con suma pobreza.

—Noble señora—dijo—, no os he abierto antes porque como hoy es sábado...

—Bien... Yo tengo prisa y necesito que acabemos pronto.

—Hoy me prohíbe mi religión ocuparme de ningún negocio, y si venís...

—Os pagaré con largueza.

—Es sábado...

—Escuchadme y dejad vuestras advertencias para quien está más despacio que yo.

—Os escucharé, pero...

—Necesito un veneno.

—¡Un veneno!—exclamó el judío como asustado—. ¿Habéis dicho un veneno?

—Sí.

—Perdonad, señora; pero no puedo servirlos.

—Os repito que tengo prisa, que los instantes que pasan valen para mí más que el oro para vos.

—Os creo; y más que vuestra lengua lo dice vuestro rostro... Sentaos, estáis agitada...

—Acabad.

—¿Habéis venido hace pocos días a Zaragoza?

—¿Qué os importa?

—Lo digo porque veo que ignoráis lo que pasa.

—Ni lo sé ni quiero saberlo.

—Pues es preciso, para que quedéis convencida, de que no puedo satisfacer vuestro deseo.

—¡Oh!—exclamó Leonor con impaciencia—. ¿Acabaréis?

—Hace quince días que azotaron a mi amigo David por haber vendido, no un veneno, sino un simple narcótico.

—Ya os he dicho que os daré cuanto me pidáis.

—Y los azotes no fueron la mayor desgracia, porque al fin pasó el dolor; pero también le hicieron pagar...

—Os daré más de lo que el pago—replicó la joven.

—Imposible, imposible.

—Un veneno, Samuel; un veneno que mate en el espacio de una hora y que haga sufrir poco.

—¿Sé lo que queréis; pero mi amigo David...

—¡Tomad, miserable!—exclamó Leonor echando sobre la mesa un puñado de monedas de oro.

Los ojos del judío se animaron.

—El doble de esa cantidad pagó David—dijo.

—No tengo más...

—Y es sábado...

—¡Ah!... ¡Un veneno!...

—Dejadme que lo prepare, y mañana...

—Ahora mismo; no puedo esperar ni una hora, ni un instante—replicó la joven cuya agitación crecía.

—No puede ser, noble señora—; repuso con calma el israelita.

—¿Os parece poco ese dinero?

—Algo más vale lo que pedís.

—¡Oh!... ¡Tomad!—dijo Leonor con acento desesperado.

Y se arrancó una cruz de diamantes que llevaba al cuello.

—El recuerdo de mi madre...

—Una cruz...—murmuró Samuel.

—¿Os prohíbe vuestra religión tomarla?

—Los diamantes son buenos—dijo el judío examinando la joya—. Son buenos y nada importa que estén colocados en forma de cruz o en otra cualquiera... Es un adorno...

—¿Estáis satisfecho?

—Decís que nada más tenéis...

—Es cuanto poseo.

—Bien... Por servirlos...

—El veneno, el veneno.

—¿Cómo ha de tomarse?

—De cualquiera manera, como sea más seguro su efecto.

—Tengo uno que va quitando las fuerzas sin causar dolor, adormece y... no se despierta cuando se han cerrado los ojos.

—Ese quiero.

—Pero si lo echan en agua la pone blanquecina...

—No importa.

—Si en vino, le da un sabor acre...

—Bien, bien.

—Y con el calor de la comida se desvirtúa.

—No hay necesidad de ocultarlo a la persona que lo ha de tomar.

—Entonces debe beberlo como yo os lo daré...

—¿Es mucha cantidad?

—Algunas gotas.

—¿En cuánto tiempo quita la vida?

—En menos de una hora.

—Dádmelo... pronto...

—¡Oh!—murmuró el conde, pasándose las manos por la frente... Leonor...

—Pensáis demasiado en ella—repuso don Guillén con marcado disgusto.

—¿Qué hora es?—preguntó el conde, como si buscara un pretexto para acabar la conversación.

—Más de las nueve.

—¿Y a las diez...?

—Debe morir.

—Pues dad la orden para que se preparen los ballesteros y se acabe cuanto antes.

Don Guillén salió, y cuando el conde se recostaba en su sillón con aire de fastidio entró un paje para decirle que una dama tapada pedía hablarle.

—¿No he dicho—replicó don Nuño—que a nadie quiero ver hoy?

—Perdonad, señor, pero asegura que os importa mucho verla en este momento. Está muy agitada...

—¿Su nombre?

—No ha querido decirlo.

—¿Sus señas?

—Trae oculto el rostro, pero su porte y sus maneras son las de una noble dama.

—No acierto...

—Ha atravesado de aposento en aposento como si no le fuese desconocido el interior de palacio y me ha llamado por mi nombre.

—Cosa extraña.

—Jura no irse sin haberos visto...

—Déjala entrar... Me alegro..., así pensaré en otra cosa.

Salió el paje, y pocos momentos después se presentó Leonor con el rostro cubierto y en extremo agitada.

—¿Señora...!—dijo el conde.

—Don Nuño...!—exclamó la joven, echando atrás el manto y dejando ver su rostro pálido y descompuesto y su desordenada cabellera.

—¿Leonor...!—murmuró el de Artal con voz ahogada.

—Y sus pupilas se iluminaron, se tiñó de púrpura su rostro y se levantó como impulsado por un resorte.

—Leonor...!—volvió a decir, como si aún no diese crédito a sus ojos.

—Sí, Leonor; la desdichada Leonor...

—¿Qué queréis?... ¡Ah!... ¿Qué buscáis aquí, donde la muerte levanta su guadaña, dónde os espera el desprecio?...

—Nada me importa—replicó la infeliz con la exaltación de su locura—; nada me importa, si logro salvar a Manrique...

—¿Oh!... ¿Qué estáis diciendo?

—Don Nuño...!

—¿Me pedis el perdón de mi rival, queréis que lo ponga en vuestros brazos!... Habéis perdido la razón...

—Don Nuño...!—volvió a decir la joven con tono suplicante.

—¿Esa ofensa más?

—Si queréis sangre, tomad la mía; él no es culpable de nada.

—Yo quiero la sangre de mi rival, del que me ha desgarrado fibra a fibra el corazón, del que me ha envenenado el alma con la ponzoña de los celos... ¡Oh!... ¡Manrique morirá!...

—Compañón!—exclamó la infeliz joven con desgarrador acento.

—Compañón!—repuso el conde con amargura—. ¿La tuvisteis vos de mí?

—¿En nombre del cielo!

—Por el cielo os rogué, y no me escuchasteis.

—¿En nombre de vuestra madre!...

—Yo invoqué la vuestra, y me contestasteis con el más frío desdén...

—¡Matadme o perdonadlo!—gritó Leonor cayendo de rodillas.

—¿Qué hacéis?

—La vida de Manrique; su vida, que es la mía, mi felicidad, mi salvación!...

—¿No pensáis, desdichada, que encendéis más el enojo de mis celos y aumentáis mi sed abrasadora de venganza?

—Perdonad... No sé lo que digo..., estoy loca.

—Apartad...

—¡Ah!—exclamó Leonor.

Y sus ojos vertieron un torrente de lágrimas.

El cuerpo de la infeliz temblaba convulsivamente, su respiración era agitada y trabajosa y tenía que hacer inauditos esfuerzos para sostenerse.

—¿La vida de Manrique!—dijo con voz desfallecida.

—Imposible!—contestó el conde, que estaba en extremo agitado.

—No lo veré más...

—Dejadme...

—Su vida y... ¡oh!... y lo olvidaré...

—Leonor!

—¿Lo aborreceré—exclamó la infeliz, como si para pronunciar estas palabras hubiera tenido que arrancarse el corazón.

—Dejadme..., dejadme...—dijo don Nuño, pasándose las manos por la frente y oprimiéndose el pecho.

—¿Por compasión!... ¡Por el amor que me tenéis!...

—¿Por mi amor, cuando estáis vertiendo lágrimas por mi rival y para mí no habéis tenido sino desprecios, indiferencia, odio!...

Leonor secó sus ojos, se levantó, hizo un esfuerzo y acercándose al conde dijo con ternura:

—Pues bien, don Nuño, lo aborreceré, ya os lo he dicho; lo aborreceré y... os amaré...

—¿Qué decís?... ¡Oh!... ¿Qué decís?

—Don Nuño...

—No aviséis el fuego de mi pasión, a tanta costa entibiada; no lo renovéis, porque entonces...

—Os amaré.

—Leonor!

—Pero que no muera Manrique, porque me perseguirá su sombra, veré su sangre en todas partes...

—¿Oh!...

—Que no tenga yo que sufrir el tormento horrible de un remordimiento más...

—¿Que me estáis matando!...

—Escuchadme, conde—replicó Leonor, asiendo las manos del mancebo.

Este se estremeció como si una corriente de fuego hubiese circulado por sus venas.

—Os amaré—prosiguió la desdichada joven con mayor ternura—; seré vuestra, y para que los hombres no turben las delicias de nuestro amor, huiremos de esta tierra maldicida, donde sólo tenemos recuerdos tristes, donde sólo acusaciones podemos escuchar. Huiremos, y el tiempo, que lo borra todo, no dejará en nuestra memoria de los pasados días de amargura más que un recuerdo leve, vago, que también se extinguirá.

—¿Sería posible?—dijo el conde, dominado por su pasión.

—Entre vuestro amor y mis remordimientos, mis remordimientos en la soledad donde se levantan los recuerdos del pecado como fantasmagoras que nos rodean, nos persiguen y nos acusan sin cesar... ¡Oh!... Entre vos y una pesadilla horrible y eterna, no puedo dudar.

—Leonor!—exclamó don Nuño.

—Sí, sí, salvadme de los remordimientos, y todo lo sacrificaré por vos.

—Pero llegará un día...

—No, porque sólo a vos os veré, viviré para vos...

—Pero vuestro corazón...

—No será mío, sino vuestro, en cuanto recobre la calma...

—Necias ilusiones!...

—Y otros lazos nos unirán... Nuestros hijos...

—¿Ah!—exclamó don Nuño fuera de sí—; ¡Tanta dicha!... ¡Esto es un sueño!...

—Es la realidad, porque es la reparación de mis faltas—replicó vivamente la joven.

—Leonor, Leonor...!

—Abridme el camino de la reparación, perdonad a Manrique...

—Y en pago...

—Vuestra seré, vuestro mi corazón.

—Sí, sí—dijo arrebatadamente el conde—; Manrique saldrá de su prisión y nosotros de Zaragoza antes que acabe el día...

—¡Gracias, don Nuño, gracias!...

—Ahora mismo lo pondrán en libertad...

—No, no déis ninguna orden, porque será en vano... ¡No le conocéis!

—¿Acaso...?

—Contestará que apresuren la hora de su muerte...

—¿Se atreverá?...?

—Sí.

—Es verdad... Se creará humillado...

—Y no aceptará el perdón.

—Entonces...?

—Yo iré.

—Leonor!

—Cuando escuche de mi boca que ya no le amo..., que nunca le amé, saldrá de su encierro para vengarse, me maldicirá... Pero ¿qué me importa, si mi conciencia quedará tranquila?

—Y si aún se obstinase?

—Lo dejaréis hasta que Dios quiera disponer de su vida, y nada tendré de qué acusarme.

—¿Y nosotros...?

—Iremos a buscar la tranquilidad adonde ni aun el recuerdo de Manrique pueda turbar nuestra dicha. Tened confianza, porque nada me hará retroceder.

—Temo que al escucharle...

—Me acordaré de los remordimientos...

—Y cuando os acuse de ingrata...

—Le diré que yo di mi corazón al que tuve por de honrada cuna, pero no al hijo de una gitana, que pagó un engaño ruin con un noble desengaño...

—Os llamará perjura.

—A Dios lo fui, no por mi voluntad.

—Leonor...

—Me sacó del convento abusando de la fuer-

za y cuando yo ni aun pedir socorro podía porque había perdido el conocimiento.

—Dirá que habéis vendido vuestro corazón.

—Que he comprado mi tranquilidad y conquistado la salvación de mi alma.

—Os suplicaré.

—Será en vano.

—La lucha será terrible...

—No hay lucha cuando sólo domina un sentimiento.

—Intentáis engañaros a vos misma...

—Ni a mí ni a vos.

—Leonor...

—Dejadme sin cuidado y esperad a la puerta.

—Vamos—dijo resueltamente el conde.

Y salió con Leonor del aposento.

Tiempo era ya: la desdichada apenas podía sostenerse; sólo ella podía comprender la inmensidad del sacrificio que acababa de hacer tingiendo ternura y prometiendo amor al conde. Sólo la idea de que había tomado un veneno que debía concluir en breve con su existencia pudo darle valor para tanto.

Silenciosos, entregados ambos a distintos pensamientos, llegaron a la puerta de la prisión, que se abrió a una señal de don Nuño.

Leonor entró.

## CAPÍTULO XLV

### La despedida.

La prisión de Manrique era un espacioso sótano de abovedado techo y oscuro en su mayor parte, porque la débil luz que entraba por una ventanilla con barrotes de hierro se perdía en un reducido espacio, como si le impidiese extender sus rayos la pesada y húmeda atmósfera que se respiraba allí. El silencio era profundo, y sólo de vez en cuando lo interrumpía el ruido siempre igual, breve y acompasado, de una gota de agua que se desprendía de una grieta de la bóveda. La lobreguez, el frío y la calma de aquel recinto le daban el aspecto de un sepulcro, y como para aumentar el tormento y la tristeza del que lo habitase, no podía servirle la débil claridad que allí penetraba, sino para recordarle que había una luz de que no podía gozar, un mundo que no era aquella pavorosa estancia.

En vano intentó Leonor descubrir a su amante, porque éste se encontraba en el más apartado rincón, recostado en una piedra que le servía de lecho, sin más comodidad ni abrigo que su capa. Al llegar allí la luz, se hubiese podido ver el rostro del mancebo, pálido y triste, pero no abatido por el miedo de la muerte, que tan cerca tenía; si la idea del desamparo en que quedaba Leonor no hubiese acudido a su mente, se le hubiera visto tranquilo, sereno, indiferente, porque su corazón no había palpitado nunca a impulsos del temor de perder la vida.

La desdichada joven tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir un grito de espanto al encontrarse en aquel tenebroso recinto; a pesar de que ya nada podía temer, porque sabía que eran contados y breves los instantes de su vida, se estremeció horrorizada por un pavor sobrenatural. Dilatáronse sus pupilas por si lograban recoger algunos átomos de claridad, relumbraron como dos luces fosfóricas, extendió los brazos y se adelantó con pasos vacilantes y mientras el corazón le palpaba con desigual violencia y la fiebre abrasaba su cabeza y su pecho.

Su sufrimiento era horrible.

Manrique, aunque distante, acostumbrado a aquella oscuridad, vió que se acercaba una persona y llamó su atención que no llevase luz, como acostumbraba el carcelero. ¿Iban por él para llevarlo a morir? No, porque hubiesen entrado algunos soldados. ¿Era el conde, que quería segunda vez gozarse en su cobarde triunfo? Tampoco, porque hubiera llevado acompañamiento y, sobre todo, no hubiese ido a oscuras. ¿Quién podía ser?

Mientras la razón no se ha perdido, guarda la criatura el instinto de conservación, algún resto, por escaso que sea, de amor a la vida, y Manrique sintió la alegría de un rayo de esperanza de salvarse. Aunque confusa, surgió en su mente la idea de que Ruiz, tan atrevido y valiente como él, tan leal como un perro y que lo amaba como a un hermano o como a un hijo, hubiese logrado encontrar medio de libertarlo.

Pero el bullo se aproximó y pudo ver que era una mujer vestida de negro. Suspendió su corazón los latidos por algunos instantes, se levantó como impulsado por un resorte, dió un paso y abrió la boca para dejar salir una exclamación, aunque sin poderse explicar todavía lo que la aparición significaba.

—Manrique!—exclamó entonces Leonor, cayendo en los brazos de su amante.

—Leonor!—dijo éste, mientras oprimía contra su pecho a la joven.

No pudieron decir más.

Hubo algunos momentos de silencio, pero de un silencio triste, grave y solemne.

El pecho de Manrique se bañó con el llanto de Leonor, que era el postrero de su vida. Sobre el rostro de la joven cayeron dos lágrimas que habían brotado de los ojos de Manrique y eran las dos últimas gotas de rocío con que su corazón refrescaba el cáliz de aquella azucena cuyas hojas empezaban a marchitarse.

—¿Es un sueño, Dios mío? ¿Es un sueño con que queréis endulzar los últimos instantes de mi vida?—repuso el mancebo—. ¡Leonor, Leonor!...

—No es un sueño, Manrique; es la realidad; ni son éstos los últimos instantes de tu vida, sino los primeros de tu salvación.

—¿Qué dices?—replicó el Trovador, sorprendido—. Leonor, habla; no te comprendo.

—El tiempo es muy precioso—dijo la joven con agitada voz—; no lo pierdas... ¡Ah!... Pero antes deja que te contemple, que escuche de tus labios una palabra de ternura, de amor, de consuelo... Dios mío, Dios mío!... ¡Qué bello es el mundo, qué grata la vida si siempre se resbalasen las horas en medio de esta felicidad!...

—¡Leonor!

—Manrique, Manrique mío, dime que me amas, dímelo una vez siquiera...

—Ese acento..., esas palabras...

—¿Me amas?

—¿Que si te amo!... ¡Ah!... ¿No sabes que sólo por ti palpita mi corazón, que vivo para ti y que sin tu amor nada quiero, hasta la existencia me es odiosa?

—Gracias, Manrique, gracias; no sabes cuánto bien acabas de hacerme con esas palabras... ¡Oh!...

Y la infeliz joven se oprimió el pecho y se mordió los labios para reprimir el dolor que le producía el veneno.

—Pero esa agitación—dijo el mancebo, mirando a Leonor con afanosa ternura—, esa agitación... Tus palabras incomprensibles...

—¡Incomprensibles mis palabras de amor!...

—¡Oh! ¿Cómo has podido entrar aquí?

—Con la fuerza de mi cariño, que todo lo puede...

—¡Leonor!...

—Te traigo una nueva feliz...

—¡Qué horribles dudas me asaltan!...

—Manrique, no moriré...

—¿Que no moriré!...

—Mi dolor, mi llanto...

—¡Leonor!

—Han ablandado el corazón de tu verdugo.

—¡Leonor!—exclamó Manrique, retrocediendo un paso y clavando en la joven una ardiente mirada.

—Pero hay que aprovechar los instantes—repuso Leonor con agitación creciente—; es preciso que partas ahora mismo...

—¡Oh!...

—Abiertas están las puertas de esta prisión...

—¿Qué has hecho, desdichada?—gritó el Trovador con terrible acento—. ¿Qué has hecho, di?

—Huye, Manrique, sálvate—repuso Leonor con tono de dolorosa súplica—. Sálvate, y luego...

—¿Has ido a implorar el perdón del conde, de mi cobarde rival?

—¡Manrique!...

—Responde, Leonor!

—Antes que todo es tu vida...

—Antes que todo es tu honra, tu dignidad...

—¡Por compasión!

—¡Te has humillado a los pies de mi rival, tal vez le has ofrecido tu amor en cambio de mi libertad!...

—¿Cuán cruel eres!...

—Déjame...

—Dios mío!

—¿Por qué vienes a turbar la triste calma de mi agonía? ¿Por qué no me has dejado morir con mis ilusiones?

—Manrique!—exclamó Leonor, mientras se apoyaba en la húmeda pared, porque su cabeza estaba aturrida y menguaba rápidamente sus fuerzas.

—Ni aun el dulce recuerdo de tu amor puedo llevar a la tumba, porque lo has vendido a mi rival!

—¡Ah!—murmuró la infeliz joven, que sufría horriblemente al verse acusada por el hombre a quien había sacrificado su vida.

—Ni aun ese recuerdo, que era mi única y mi última felicidad!...

—Ten compasión de mí!... No me acuses... Soy digna de tu amor...

—Perjura!...

—No, no soy perjura; mi corazón es tuyo...

—Corre a los brazos de mi rival, que te aguardará impaciente—replicó Manrique con desdeñosa amargura.

—¡Jamás!... ¡Oh!... ¡Jamás seré del conde, te lo juro!...

—Vete...

—Sálvate, Manrique; ten fe en mis pala-

bras: no seré del conde, te lo juro por nuestro amor, por mi madre que está en el cielo...

—No saldré de aquí sino para el cadalso.

—¡Manrique!...

—Déjame en paz los breves momentos que resten a mi vida!...

—¡Oh, Dios mío!... No puedo más—dijo Leonor con voz debilitada—. Se cierran mis ojos... se dobla mi frente, agobiada por un peso enorme... el pecho... se me abrasa...

—¡Maldecida estrella!...

—Manrique... en pago de los sacrificios que he hecho por ti... huye...

—No... no...

—¡Tu mano!—repuso la joven con desgarrador acento de súplica.

—¡Mi mano!...

—¡Tus brazos!...

—¡Aparta!...

—Soy digna de ti...

—¡Leonor!...

—No me desprecies...

—¡Te has humillado!...

—¡Me he envenenado!—exclamó Leonor, haciendo un esfuerzo—. ¿No ves en mi rostro la muerte?... ¡Ingrato!...

—¡Ah!—gritó Manrique con el acento de un loco y estrechando en sus brazos a la desdichada joven.

—¡Así... así!... ¡Qué felicidad!

—¡Leonor!... ¡Leonor mía!...

—¡Manrique!...

—¿Qué has hecho?...

—Antes de ver al conde... circulaba por mis venas un veneno... y...

—¡Perdona!...

—Huye... aprovecha estos instantes...

—¡Vivir cuando tú mueres!... ¡Imposible!...

Yo quisiera morir ahora también... en tus brazos...

—¡Gracias, Dios mío!... Manrique...

—Tu frente está helada...

Leonor se estremeció convulsivamente, cerró los ojos, dejó caer la cabeza y ya no pudo sostenerse.

—Tengo frío...

Manrique la sentó en la piedra y la abrigó con su capa.

—Manrique... tus manos... tus brazos... tus labios... el último beso...

Hay situaciones que no se pueden pintar, emociones que no pueden explicarse ni comprenderse sino sintiéndolas.

En vano intentó Manrique hablar: su voz se ahogó en su garganta, estrechó en sus brazos a Leonor con arrebatado frenético y la besó con una ternura que a nada puede compararse.

—No te veo... Manrique mío... dime... que me amas...

—Sí, Leonor—pudo al fin decir el mancebo—, te amo, y ni la muerte podrá extinguir mi amor...

—Mi cabeza... mi pecho... se... abrasa... tengo sed... ¡Ah!... Manrique...

—¡Sed!... Espera...

—¡No!... No te apartes... Mi sed... es de amor...

—¡Pronto nos reuniremos en el cielo!...

—¡Oh!—murmuró Leonor con acento apenas perceptible.

—Un instante, ¡oh muerte!, espera un instante... ¡No me la arrebatas tan pronto! ¡Leonor, Leonor!...

—Manrique... ¡Ah!... ¡Dios... mío... piedad!... Manrique... mío... Manrique...

Estremeciéndose la infeliz, exhaló un suspiro y quedó inmóvil.

El Trovador dejó escapar un grito que pareció llevarse tras sí el alma, cayó sobre el cuerpo helado de Leonor y quedó como aletargado algunos instantes.

—¡Muerta!—murmuró al fin con voz ahogada—. ¡La he perdido para siempre!... No... ¡ah!... nuestra separación será breve... Ya no palpita su corazón, voló al cielo su espíritu... ¡Por mí ha sacrificado la vida en lo más lozano de su juventud!... Hermosa, llena de encantos, el mundo le ofrecía placeres y adulaciones, felicidad, flores y sonrisas, y ha preferido la muerte en mis brazos... ¡Oh!... Duerme en paz; yo velo tu sueño mientras llega el instante deseado de reunirme contigo por toda una eternidad y donde el mundo no podrá inquietar nuestro reposo.

Separó de su abrasada frente los mechones dorados de su sedosa cabellera, brillaron sus pupilas, se dilató su rostro, exhaló un suspiro y exclamó:

—¡Ah!... ¿Dónde están mis verdugos? ¿A qué aguardan?... Venid, que me estáis robando la felicidad; venid y haced que mi espíritu salga de la estrecha prisión del cuerpo y vaya a buscar el espíritu amoroso y puro de Leonor. Venid, que no os maldeciré porque voy a ser feliz. ¿No sabéis que la muerte es un tormento para el que goza y ríe y un consuelo para el que sufre y llora? Yo la veo con la forma de un ángel de faz dulce y tranquila, que me promete una dicha eterna... ¡Venid pronto, tened para matarme tanto valor como yo para morir!

La puerta rechinó como para responder al desdichado mancebo y la rojiza claridad de algunas antorchas se esparció súbitamente en el interior del sótano.

Manrique exhaló un grito de alegría, cubrió con su capa el cuerpo de Leonor y poniéndose en pie cruzó los brazos y levantó con orgullo la cabeza.

## CAPITULO XLVI

La desesperación del conde llega al último grado.

El conde de Luna, seguido de algunos soldados, entró en la prisión. Su rostro estaba contraído y su mirada era sombría. La tardanza de Leonor le hizo sospechar que ésta, no pudiendo conseguir otro cosa, había querido despedirse de su amante.

—¡Leonor!—gritó con voz ahogada por el coraje de los celos.

Y miró a todos lados.

Empero sólo vio a Manrique.

—¿Dónde está Leonor?—volvió a decir.

Una carcajada irónica del mancebo fué la única contestación que obtuvo.

—¡Miserable!...

—Don Nuño—replicó el Trovador con acento solemne—, deteneos.

—¿Y Leonor? ¿Qué habéis hecho de ella?

Manrique levantó un brazo y señaló al cielo.

El conde palideció más.

—¡Trovador!

—Conde de Luna, contemplad vuestra obra—dijo Manrique, descubriendo el rostro cárdeno y desfigurado de la joven.

—¡Muerta!—exclamó don Nuño con espanto.

—Sí, muerta.

—¡Oh!...

—Ya acababa con su vida un veneno cuando la visteis a vuestros pies...

—¡Me engañaba!...

—¡Necia y pobre vanidad!... ¿Qué pensasteis, conde de Luna? ¿Qué pensastis cuando la visteis suplicaros, humillarse y hasta ofreceros su corazón?... ¡Ah!... Sin duda creísteis que daría su amor por mi libertad, como vos vendiais vuestro perdón por sus caricias.

—Y la dejé venir a vuestros brazos!—exclamó don Nuño con desesperación.

—¿No asomé a vuestro rostro la púrpura de la vergüenza al aceptar las promesas de una mujer transida de dolor, desamparada y perseguida?... ¡Menguado, cobarde!...

—¡Tened la lengua!

Acudió a vuestra nobleza, a vuestra generosidad, y vos le dijisteis: "Si, seré noble y generoso, perdonaré a tu amante; pero has de venir a mis brazos, y vendrás; no puedes hacer otra cosa..." ¡Glorioso triunfo, proceder honroso para el que se envanece con la estirpe de cien nobles y quiere ser respetado como sus abuelos!

—¡Silencio!—gritó fuera de sí don Nuño.

—¿Quién sois para hacer callar la voz de la justicia que os acusa?

—Caerá vuestra cabeza y enmudecerá vuestro labio—replicó el de Luna.

—Pero no enmudecerá el mundo, que os acusará, ni vuestra conciencia, que os gritará noche y día: "¡Cobarde, asesino!"

—¡Oh!

—Doblad la frente, don Nuño de Artal, porque sois muy poco delante del hijo de una gitana.

Un rugido de cólera se escapó del pecho del conde, sus ojos relumbraron como dos acusas y ciego, loco, dió un paso hacia Manrique mientras oprimia con su convulsa diestra la empuñadura de su daga.

—Si, si—dijo el Trovador, presentando su pecho—, mátame, asesino, y completarás tu triunfo... ¿No te atreves? ¿Tiemblos?—añadió con sarcástica amargura al ver que don Nuño se detenía—. ¡Cobarde!

Y dejó escapar una carcajada que se repitió en la bóveda.

—¡Un castigo horrible, espantoso, para este miserable!—gritó el conde—. ¡La muerte es poco!...

—Nada, conde de Luna, nada puedes hacerme que me atormente tanto como a ti tu impoencia y tus remordimientos. Descoyúntame, quitame lentamente la vida, y así me darás ocasión para que por espacio de algunas horas mi lengua te llame ruin, cobarde, asesino.

La frente de don Nuño estaba inundada de frío sudor, latían sus sienes como si fuesen a romperse las arterias y sus miembros, dolorosamente contraídos, se agitaban convulsivamente. Ni acertaba a replicar a Manrique ni a mandar que lo llevasen al cadalso para poner término a tan violenta y atormentada desesperación: tal era el estado de turbación en que se encontraba su espíritu.

Los que presenciaban aquella escena estaban mudos e inmóviles, conmovidos unos, asustados otros y sin que ninguno se atreviese apenas a respirar.

El cuadro era sombrío, imponente, triste y aterrador, y difícilmente hubiera podido reproducir el pincel más hábil sus tintas sinietras, vagas, indefinibles, fantásticas.

La luz rojiza de las antorchas se esparcía trabajosamente entre remolinos de humo tan negro como las paredes de aquel recinto.

Todos los rostros estaban contraídos y espantados, inquietas o recelosas las miradas. Sólo Manrique se destacaba sereno, grave, entre aquel grupo.

—Mírala—dijo don Manrique, señalando el cuerpo de Leonor—. Tú y don Guillén habéis sido sus verdugos.

El conde dió un paso hacia el cadáver.  
—Respeto la muerte—repuso el Trovador extendiendo un brazo para estorbar que pasase don Nuño.

—La has asesinado...  
—En vano buscas una acusación que hacerme para tranquilizarte. No puede ocultarse el veneno, y se mofarán de ti cuando digas que yo la maté.

—¡Oh!  
—Sobre mi pecho ha palpitado por última vez ese corazón.

—Calla... calla...  
—Me han estrechado esos brazos al agitarse con la convulsión de la agonía...

—¡Silencio!... ¡Oh!...  
—Mis labios han recibido el último beso de los suyos...

—¡Oh!—exclamó el conde con acento ahogado y oprimiéndose el pecho.

—Mi nombre fué la última palabra que articuló su lengua...

—¡Miserable!...  
—Para mí fué su postrera mirada, y en ella leí su último pensamiento, que decía: "¡Soy feliz porque muero en tus brazos!"

Don Nuño dejó escapar un rugido de desesperación.

—Y mi boca—prosiguió Manrique—aspiró el último aliento que salió de la suya.

—¡Basta!—gritó el conde con voz ronca—. ¡Soldados, conducido al suplicio!

—Sí, llevadme, porque anhelo morir para reunirme a ella.  
—¡Pronto!...  
—Y busca, poderoso conde, un tormento que me haga sufrir tanto como tú has sufrido ahora.

—¿Qué hacéis?—gritó don Nuño a los soldados, que aturdidos, no acertaban a obedecer—. Atadlos..., que pague sus crímenes.

La noticia de que Leonor se encontraba en la prisión de Manrique había cundido con rapidez y llegado a don Guillén, que, ciego de ira, corrió en busca de su hermana y llegó cuando los soldados empezaban a sujetar los brazos al reo.

—¿Dónde está—gritó al entrar el cortesano—, dónde está la que ha manchado mi honra?

—Aquí no hay más que vuestra víctima y la muerte—contestó el Trovador.

—¡Oh!—exclamó don Guillén, retrocediendo espantado al ver el cuerpo inerte de su hermana.

Y por largo rato quedó sin movimiento y mudo.

En su espíritu, en sus ideas, se operó un repentino cambio.

—¡Muerta!—murmuró al fin con voz desfallecida—. ¡Muerta, muerta la que en sus entrañas abrigó mi madre!... ¡Era mi hermana!

—Don Guillén...  
—La habéis asesinado...  
—Ella puso fin a sus dolores...  
—¡Suicida!

—No—replicó Manrique—; es vuestra víctima: la obligastis a matarse. Como tuvo valor para tomar un veneno, lo hubiera tenido para vivir sufriendo y llorando; pero quiso evitar vuestras persecuciones.

—Miradla conde—repuso don Guillén con voz sombría—; la habéis matado.

—Don Guillén!—gritó el conde.  
—Sí, vuestra pasión fatal, mal refrenada.  
—¡Miserable!

—Os acusan vuestros cómplices—dijo Manrique.

—Tened presente—repuso el conde, dirigiéndose a don Guillén—que el verdugo espera, y lo mismo cortará dos cabezas que una.

—¿Qué me importa?—replicó el cortesano con una frialdad que espantaba—. Me esperan mayores tormentos que la muerte.

Luego se acercó a Leonor, besó su frente cálida y fría y dijo:

—Al espirar, mi madre me la confió, diciéndome: "Que no eche de menos mi ternura y mis cuidados; hazle olvidar con afanes y cariño la desgracia de su orfandad; que el día

de la justicia eterna no tenga yo que preguntarte: ¿Qué hiciste del tesoro que te confió, qué hiciste de mi hija?"

Don Guillén miró a su alrededor, desfiguróse repentinamente su rostro, hizo un esfuerzo como para reprimir un dolor, exhaló un grito agudo y como herido por un rayo cayó sin conocimiento sobre el cadáver de su hermana.

—Empieza la expiación... Yo te perdono—dijo Manrique con solemne acento.

Algunos acudieron a socorrer al cortesano, y mientras, gritaba el conde:

—¡Al suplicio, al suplicio!  
—Sí, al suplicio—repuso Manrique—; pronto, don Nuño, pronto; no me robes los momentos de felicidad que me esperan en la otra vida.

—Sí, muy pronto el hacha del verdugo humillará tu arrogancia.

—Pondrá fin a mis tormentos y aumentará los tuyos.

—¡Llevadle!—gritó don Nuño.  
—Una palabra, conde—dijo Manrique con voz conmovida.

—¡No os detengáis!  
—Tengo que pedir os uña gracia... Y también suplico... Así veréis cumplido vuestro deseo...

—¿Intenta aún tu torpe lengua ofenderme nuevamente?  
—Escuchadme, os lo ruego.

—Cuida, miserable, de no encender más mi enojo.  
—Tengo una madre—repuso Manrique con ternura.

—¡La gitana!  
—Sí, la infeliz gitana que está loca...

—¡La que quemó a mi hermano!...  
—Sí, la que arrojó a vuestro inocente hermano en la hoguera donde vió morir a su inocente madre.

—¡Oh!...  
—Pero Dios la ha castigado privándola del juicio y haciéndole sentir remordimientos tan horribles que no hay tormento que pueda compararse a ellos.

—Expiará su crimen, morirá quemada como su madre.

—Respetad, don Nuño, la justicia de Dios...  
—¡Perdonarla!...

—Como yo os perdono.  
—¡Jamás!

—Os lo suplico...  
—Su crimen es horrible, no tiene ejemplo...

—El mismo de vuestro padre, que descargó su enojo sobre una anciana débil, indefensa, loca y, sobre todo, inocente. Pero a la crueldad de don Lope de Artal se le llamó justicia, castigo, y a la de mi madre, crimen, asesinato.

—¡Basta!  
—La venganza es odiosa, pero ¿qué había de hacer la infeliz? Bien sabéis que si hubiese acudido a la justicia de los hombres para pedir reparación, se hubiesen mofado de ella, la hubiesen castigado porque se quejaba... ¡Era una gitana!... ¿Qué había de hacer? En el vértigo de su dolor encontró a vuestro inocente hermano y lo quemó para herir el corazón de vuestro padre como habían herido el suyo. Fué criminal, sí, pero la mano de Dios la ha castigado...

—Morrá, morirá.  
—Os lo suplico, don Nuño, os lo suplico en los momentos en que voy a entregar mi cuello al verdugo...

—Es en vano.  
—Dios os perdona como yo os perdono...

—¿Tenéis que pedir algo más?  
—No, pero voy a advertiros una cosa que puede seros de provecho.

—Pronto... acaba...  
—Un hombre queda en el mundo cuyo corazón no tiene igual. Me ama..., o más bien me adora, y mi muerte será para él la mayor desdicha. En el arrebato de su profundo dolor, no pensará en otra cosa que en vengarme, y como nada le importa perder la vida, como nada le arredra y es resuelto, atrevido y astuto, os buscará aunque os ocultéis en las entrañas de la tierra y hundirá en vuestro pecho su daga, que nunca ha errado el golpe.

—Hablas de tu escudero...  
—Sí.

—¿Me pides el perdón de ese miserable asesino!

—No, porque es fuerte y valeroso y no necesita la compasión de nadie.

—¡El infame cuya crueldad ha llegado al punto de hacer morir a don Lope, no de una puñalada ni de otra manera que le hiciera sufrir más o menos, sino de espanto!...

—¡Ha empezado a vengarme!... Ya veis que no me equivoco... Ha comenzado, y acabará por vos, por don Guillén y hasta por el infante castellano.

—Perdonarlo!...  
—No, no quiero; solamente os doy un consejo.

—¡Oh!...  
—Si algún día veis el puñal de Ruiz sobre

vuestro pecho, detened el golpe diciéndole que es mi voluntad que no se derrame más sangre y que os deje en paz, porque yo os he perdonado.

—Antes morirá como merece.

—Es el mayor favor que podéis hacerle, y lo veréis morir como yo, tranquilo, sereno y con la sonrisa en los labios.

—Basta ya...

—Sí, ha llegado la hora... Pronto... ¡Qué bella es la muerte!—exclamó Manrique.

Y dirigiendo a Leonor una mirada de despedida añadió con ternura:

—¡Adiós!... ¡Voy a reunirme a ti!... ¡Vamos! Y salió entre los soldados sin que se le viese temblar ni diese su semblante la más ligera señal de miedo.

El conde abandonó también aquel lugar, pero su rostro estaba desfigurado y pálido como el de un cadáver, y tan agitado su pecho, que parecía que el corazón iba a saltarle roto en mil pedazos.

Sin saber adónde iba vagó de aposento en aposento, de galería en galería, sintiendo un malestar que tuvo por la natural fatiga de las rudas emociones que había experimentado, pero que eran los remordimientos que empezaban a despertar en su alma.

## CAPITULO XLVII

### De cómo apareció Azucena en el más crítico momento.

El envenenamiento de Leonor se supo al instante en todo el alcázar y poco después cundió la noticia por la ciudad, no siendo Ruiz el último en saberla.

—¡Vive Dios!—exclamó el fiel escudero—. A eso fué a casa del judío... ¡Bestia de mí!... ¡Oh!... Los dos quedarán vengados a la vez... ¡Por Satanás!

El espectáculo debía ser más interesante para los curiosos, porque ya no era un criminal el que iba a morir, sino un enamorado que deseaba la muerte para reunirse al objeto de su amor. Esto no era vulgar, sino poético y sublime.

Las viejas decían que el hijo de la gitana, que debía ser brujo como su madre, habría hechizado a doña Leonor, y que ambos se condenarían, ella por haber atentado contra su vida y él por ser amigo y quizá pariente de Satanás. Pero las jóvenes pensaban que los hechizos eran los ojos de Manrique y su nobleza de alma, y que lo mismo ella que él debían considerarse mártires de su pasión, víctimas de sus crueles perseguidores.

Los mancebos se preguntaban si encontrarían quien los amase como Leonor a Manrique, mientras que las mujeres dudaban de que ningún hombre pudiera comprender con cuánta vehemencia y hasta qué punto eran ellas capaces de amar.

Ya esperaba a la puerta de la Aljafería la carreta que debía conducir al preso y un grueso piquete de soldados de a caballo.

—Pues ya poco falta para las diez—decían unos.

—¿Lo habrán perdonado?—preguntaban los otros.

—Buena estará la Magdalena para tafetanes. ¿Conque queréis que le perdonen, ahora que lo acusarán de la muerte de doña Leonor?

—¿Y por qué no lo quemarán, si es brujo?  
—Eso debían hacer, porque ningún hombre honrado querrá luego que le corten la cabeza con el hacha llena de sangre de un hijo de Satanás.

—¿Y por qué ha de ser hijo de Satanás?  
—Porque su madre es gitana y bruja.

—Pues tal vez logre con sus malas artes evitar que le corten a su hijo la cabeza.  
—Bien puede suceder.

—¿Es decir, que nos dejaría burlados?  
—Y algo más.  
—¡Jesús!

—Pues yo digo que es una iniquidad quitarle la vida.

—¿Por qué?  
—Porque no ha cometido más crimen que pelear contra esos castellanos usurpadores.

—Es verdad.  
—Y todo buen aragonés debe sentir la muerte del Trovador, porque ha defendido a su patria y muere por ella.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con la patria?

—¿Cómo!  
—Tanto da que nos mande don Jaime como don Fernando, porque ninguno de ellos ha de librarnos de pechar.

—Dejemos lo que no importa.  
—Ya sale...  
—Sí...  
—Es él...

—Oyóse un prolongado murmullo, crecieron repentinamente un palmo todos los espectadores y se fijaron en un mismo punto todas las miradas.

Manrique acababa de subir a la carreta. A su derecha se colocó un sacerdote y detrás el verdugo.

Si algún sentimiento expresaba el rostro del manco, era el de una dulce alegría. Nunca se le había visto tan sereno.

Ni estaba pálido su rostro ni contraída su frente.

Extendió su mirada sobre la multitud y luego levantó la cabeza y miró a las ventanas.

Por éstas asomaron muchas manos blancas y finas que agitaron sus pañuelos, más blancos aún.

Manrique sonrió dulcemente. Los soldados abrieron camino atropellando a los curiosos, crujió la carreta y se puso en marcha la comitiva.

El espectáculo no podía ser más imponente. ¡Cuántas lágrimas corrieron por algunas frescas y virginales mejillas!

¡Cuántos corazones valerosos se agitaron! Hubo algunos momentos de silencio profundo, solamente interrumpido por el chirrido desigual de la carreta.

De pronto se animaron los ojos del Trovador y se dilató su semblante.

Había visto a Ruiz. Este clavó en su amo una mirada expresiva, sacó su daga y se la mostró.

Manrique hizo una señal negativa con la cabeza, que significaba: "No me vengues, que no se derrame más sangre." Y miró al cielo como diciendo: "Allí está Dios y su justicia; yo perdono a mis enemigos."

Pero el escudero apretó los puños y movió la cabeza repetidas veces diciendo que sí.

—¡Voto al infierno!—murmuró—. ¡Siempre lo mismo!... Ya es demasiada generosidad... ¡Por el infierno! Lo vengaré; esto es cuenta mía, y yo responderé de mis acciones. En el cielo está Dios y castiga, es verdad, pero en la tierra castigan también los hombres. ¡Sí, sí, os vengaré, don Manrique, voto a Satanás!

Y siguió a la comitiva sin apartar la mirada del Trovador.

Este seguía mirando a todas partes y contestando con sonrisas a las muestras de interés que recibía.

Una mano blanca y tersa y que hubiera podido servir de modelo al más escrupuloso escultor asomó por una ventana y arrojó algunas flores, pero sólo una rosa cayó en la carreta.

Manrique levantó la cabeza y vió un rostro bellísimo de mujer; llevó a la boca las manos y envió un beso de gratitud y una sonrisa a la que, echándole flores, había sabido comprender que no iba vencido al cadalso, sino triunfante al sepulcro. Luego se inclinó, recogió la rosa, acercóla a los labios y la besó también.

El rostro hechicero desapareció de la ventana.

El sacerdote quitó la rosa de las manos de Manrique y puso en su lugar un crucifijo.

De pronto se oyó un ruido de voces y carcajadas que resonaron a la entrada de una calle por cuyo frente pasaba en aquel momento la carreta.

Muchos espectadores se arremolinaron en aquel punto.

La causa de aquel alboroto era Azucena, que acababa de llegar a Zaragoza y se dirigía al palacio en busca del conde para revelarle el secreto que debía salvar la vida a Manrique.

El aspecto de la desdichada loca causaba horror. Sus ojos casi desenfocados brillaban como nunca, sus facciones estaban desfiguradas por una violenta contracción y su pecho tan agitado que apenas podía respirar. Sobre su rostro pálido y cubierto de sudor caían en desorden muchos de los ásperos mechones de sus cabellos. Sus miserables ropas estaban hechas mil pedazos, dejando en muchas partes desnudo su huesoso cuerpo. Brotaba la sangre de sus desnudos pies y toda, en fin, presentaba un aspecto lastimoso y horrible a la vez.

Al ver a Manrique lanzó un aullido de espanto, y metiéndose entre la multitud con todo el ímpetu de su vértigo gritó con voz ronca:

—¡Deteneos!... ¡Deteneos!... No lo matéis... Es su hermano... ¡Dejadme pasar!... ¡Deteneos!... ¡Manrique, voy a salvarte!

—¡Una gitana!—gritó la multitud.

—¡Una bruja!

—¡Fuera, fuera!

—Es la madre del Trovador.

—Está loca...

—Dice que va a salvarlo...

—¡Fuera la bruja!

—¡Aparta.

—No me toques...

—Acabemos con ella.

Y a estas y otras parecidas voces siguieron mil chistes groseros y repugnantes, y entre gritos y risas golpearon a la infeliz, llevándola de un lado para otro con inhumana alegría.

—¡Por compasión!—exclamaba Azucena, que apenas podía respirar.

—¡Bruja maldita!

—¡Muera!

—¡Dejadla, que está loca.

—¡Sí, dejadla sin pellejo.

—¡En nombre de vuestras madres, de vuestros hijos!...

—¡Calla!

—Ese hombre que va a morir es inocente.

—¡Y qué te importa?

—¡Voy a salvarlo... ¡Dejadme... Una palabra mía lo librará de la muerte...

Empero la canalla feroz respondía con golpes y carcajadas, burlándose del dolor y del estado de la infeliz.

¿Cómo habían de creer que aquella miserable gitana poseía un secreto que podía salvar la vida de Manrique? Todos tuvieron las palabras de Azucena por hijas de su locura, y mientras avanzaba la carreta la maltrataron de tal modo, que la desdichada cayó al suelo medio aturrida y con el rostro bañado en su sangre.

Afortunadamente, Manrique, si bien se apercibió del tumulto, no pudo ver a su madre.

Indudablemente, Azucena hubiese sucumbido allí sin la aparición del escudero, que al reconocerla dejó escapar un rugido de rabia, y levantando los puños amenazadores gritó:

—¡Cobardes!... ¡Eso haréis con una mujer vieja y débil, pero no con quien pueda defenderse!... ¡Vive Dios, que sois unos misables!

La mirada chispeante de Ruiz y su ademán contuvieron a los brutales villanos.

—¡Cobardes!—volvió a decirles el escudero.

—Lo mismo haríamos con vos—se atrevió a replicar un hombre de gigantesca estatura y feroz aspecto.

No necesitaba Ruiz tanto para desahogar su ira, así que, rechinando los dientes y con la rapidez del rayo, cayó sobre el atleta, lo cogió con ambas manos por la garganta, apretó con toda la fuerza de su desesperada rabia y sacudiéndolo dos o tres veces lo arrojó al suelo.

—¡Hay otro que quiera probar mis puños?—dijo, poniendo un pie sobre el vientre de su adversario, que no daba señales de vida.

Los curiosos retrocedieron sin pronunciar una palabra.

—¡Fuera de aquí, canalla, o por Satanás que habéis de pagar cara vuestra cobardía!

Murmuraron algunos, callaron otros, pero todos se alejaron.

Ruiz se acercó a la gitana y la levantó. La infeliz exhaló un suspiro y al volver en sí miró con espanto a su alrededor.

—¡Quiéren matarme—dijo—; quieren matarme para que no revele el secreto...

—No os matarán; os defiende yo... Venid.

—¡Ah!—exclamó Azucena, sorprendida al reconocer al escudero—. ¿No me engaño? ¿Sois vos?...

—Ruiz...

—¡Ayudadme!... ¡Van a matarlo!...

—No hay esperanza...

—¡Corramos... yo puedo salvarlo...

—¡Imposible...

—¡Descubriré al conde el secreto...

—¡Desdichada!—murmuró Ruiz con tono de compasión.

—¡Sí, vamos; se lo diré todo, y no lo matarán... Que se esperen...

—Es preciso que os ocultéis...

—¡Oh!—exclamó la gitana, recobrando sus febriles fuerzas—. Venid, para que no me estorben el paso... ¿Ignoráis que Manrique...?

—¡Sosegaos...

—No me hagáis perder un instante...

—¡Por Dios!...

—Manrique es hermano del conde; su hermano, ¿lo entendéis?

—¡Está loca!...

—No... tengo pruebas... ¡Ah!... Yo quemé a mi hijo por quemar al de don Lope de Artal...

—¿Qué decís?...

—En mi turbación... aquella noche horrible... me equivoqué... Estaban juntos...

—¡Vive Dios!—exclamó Ruiz como asustado.

—¿No veis su rostro, sus cabellos, su orgullo de raza?... Es don Juan de Artal, no es Manrique...

—¡Cielos!

—¡Corramos...

—Es imposible, es imposible—volvió a decir el escudero con desconfianza, al pensar que Azucena estaba loca.

—Os juro...

—Don Manrique hermano del conde!...

—¡Sí!

—¡Y por qué no lo habéis dicho antes?

—Por miedo de que me aborreciese y me abandonase...

—No me hagáis tener esperanzas para hacerme sufrir un desengaño.

—Os convenceréis vos mismo...

—¡Oh!...

—¡Que el tiempo vuela!...

—¡Si me engaños!...

—Van a matarlo... Os juro...  
—Pero... decís que tenéis pruebas...  
—Sí: el lunar de familia que tiene Manrique en la espalda...

—¡Dios de Dios!—exclamó el escudero—. Es verdad que tiene un lunar con cabellos blancos, pero...

—El mismo de su padre y de sus abuelos, pero que no lo tendrá don Nuño porque es el hijo segundo de don Lope—repuso la gitana.

—¡Llegaremos tarde!... ¡Ira de Satanás! Ruiz apretó los puños con rabia y sus ojos despidieron centellas.

—¡Vamos!...

—¡Seguidme.

—¿Dónde está don Nuño?

—En la Aljafería... ¡Y esa canalla nos ha hecho perder un tiempo precioso!... ¡Vive Dios!

—¡Corramos... Más aprisa...

—¡Llegamos tarde!...

—No os separéis de mí...

—No me separaré... ¡Vamos!...

El escudero y Azucena se metieron entre la multitud que caminaba en sentido opuesto a ellos y les estorbaba el paso.

—¡A un lado!... ¡Apartad!... ¡Por el infierno!... ¡Paso!... ¡Cien legiones!—gritaba Ruiz mientras atropellaba sin miramientos y con amenazas y miradas fusiosas hacia callar a los que intentaban oponerse o tocar a la gitana.

Empero, por muy grandes que sus esfuerzos eran, la calle estaba tan llena de gente, que hubo momentos en que les fué imposible avanzar un solo paso.

Desesperábase el escudero y juraba y maldecía sin cesar.

La situación era la más angustiosa; un instante, un solo instante que se perdiese, era bastante para que el hacha del verdugo cayese sobre la cabeza del desdichado Trovador.

—¡Por Dios!... ¡Por el infierno!... ¡Paso!—gritaba Ruiz con desesperación.

Y maltrataba sin distinción y sin cuidarse de quejas ni amenazas.

—¡Paso, que voy a salvar la vida de un hombre, al Trovador!... ¡Ira de Satanás!

Azucena, asida fuertemente a la capa del escudero, miraba a su alrededor con espanto, porque temía que volviesen a maltratarla.

—¿Quién es ese villano que a todo el mundo arrolla?—decían unos.

—¡Vive Dios!—exclamaban otros—. ¡Para que pase una gitana que debe ser bruja han de atropellarnos!

—¡Poco a poco y con más miramientos, que no es la calle vuestra—se atrevían a decir algunos.

—Pero si son míos dos puños que os aplastarán los sesos—replicaba Ruiz.

Y acompañando al dicho el hecho, dejaba malparado al que tenía más cerca.

No faltó quien alguna vez le hacía frente, pero todo lo vencía su voluntad y sus desesperación, que le comunicaban una fuerza irresistible.

Sin embargo, puede decirse que salió milagrosamente bien de los mil lances que provocó. Al fin, después de una lucha tenaz, dieron vista al alcázar.

Allí había menos gente, porque la mayor parte de los curiosos habían seguido al rey.

Ruiz estaba pálido como un cadáver; nunca se había visto su rostro tan contraído y descompuesto.

## CAPITULO XLVIII

### El secreto.

El escudero y la gitana llegaron a la puerta de la Aljafería sin pensar que, como sucedió, habían de estorbarles el paso. Este nuevo inconveniente, que costaba un tiempo precioso, desesperó hasta el último punto a Ruiz, pero de nada le sirvieron las amenazas con que se había abierto camino por entre la multitud, pues le contestaron con amenazas también, y los ruegos fueron en vano, porque los arqueros del infante no se ablandaban fácilmente. Por otra parte, el aspecto de la gitana no era la mejor recomendación.

—Pues bien—dijo Ruiz, apelando a una traza que imaginó ser buena—, lo sabréis si no hay otro medio para que me dejéis entrar: vengo a decir al señor conde que acuda a la plaza si no quiere que arrollen a sus soldados y se lleven al rey. Todo el plan lo he sabido por una imprudencia de la locura de esta mujer.

—¿Queréis engañarnos con esa patraña?—replicó un balletero castellano—. Lo que conseguiréis será que os atemos de pies y manos.

—¡A mí, que soy el servidor más leal de don Nuño! ¡Vive Dios, que habéis perdido la cabeza!

—A vos y a cualquiera que intente obligarnos a faltar a nuestro deber.  
—Pero ¿no os digo que soy un criado del señor conde?  
—No os conocemos.  
—Me haréis perder la paciencia...  
—Peor para vos.  
—Y me obligaréis a cometer algún delito.  
—No será chico el de insistir hasta que os encerremos y os pongamos una mordaza.  
—Nadie sino vosotros tendría que responder...  
—Idos, y con vos esa bruja, que por ser el día que es hemos tolerado vuestras desverguenzas.  
—Mirad que cada momento que se pierde se aumenta el peligro...  
—El pueblo no se mueve...  
—Se moverá.  
—Idos, y ganaréis mucho.  
—Seréis responsable de lo que suceda.  
—Cumplimos con las órdenes que tenemos.  
—Soy un vasallo leal—replicó Ruiz con resolución—, y antes que mi vida es mi deber. Si queréis dejarnos entrar, bueno, y si no, pasará adelante aunque me matéis.  
Y puso mano a la espada, mientras que algunos soldados hacían lo mismo y llamaban a otros; pero fueron interrumpidos por un jinete que llegó a todo correr y se apeó de su caballo mientras juraba y maldecía, diciendo:  
—¡Dios de Dios!... ¿Dónde está el señor conde? El pueblo se inquieta y estorba el paso a la justicia, dando muestras de alborotarse.  
—¿Lo estáis viendo, menguados?—gritó Ruiz.  
—Pero...  
—Si don Nuño no sabe el plan, estamos perdidos—volvió a decir el escudero.  
Los centinelas, sorprendidos y confusos, no acertaron a oponerse al escudero, temerosos de que luego los hicieran responsables de cualquier desgracia.  
La fortuna había comenzado a favorecer a Manrique en los momentos en que iba a morir.  
Ruiz y Azucena entraron tras el soldado que acababa de llegar.  
Ya dijimos que el conde, después de salir del calabozo, no se encontraba bien en ninguna parte, y como para calmar su agitación iba y venía solo, recorriendo galerías y aposentos sin más intención que la de moverse. Empero fatigado y sin encontrar alivio, pensó salir del palacio por si el aire libre refrescaba su cabeza, que parecía abrasarse.  
Esta circunstancia hizo que los que le buscaban le hallasen al pie de la escalera principal y no tuviesen que perder tiempo en recorrer habitaciones.  
—Señor—dijo el soldado con agitada voz—, el pueblo comienza a inquietarse y grita pidiendo el perdón del rey.  
—¡Detened la ejecución!—gritó Ruiz.  
—¿Que no lo maten!... ¡Un secreto!...—exclamó Azucena, cayendo sin aliento a los pies de don Nuño.  
Este dejó escapar un grito de sorpresa, de rabia y de espanto y miró alternativamente al soldado, a la gitana y al escudero, sin acertar qué decir ni qué hacer.  
—Si no acuden fuerzas para contener el desorden...  
—Que esperen... Un secreto...  
—No puede morir...  
—¡Oh!—exclamó al fin don Nuño—. Venís a asesinarme... ya lo sabía... Queréis el perdón de vuestro hijo... El pueblo se rebela... ¡Más cabezas tendrá el verdugo!... Que vayan todos los jinetes y peones que haya disponibles... Que no haya compasión para los rebeldes... ¡Oh!... Corred..., yo iré en seguida... Pero que muera, que muera al instante el Trovador, y si crece el motín hasta el punto de hacer perder mucho tiempo, que lo maten de una puñalada.  
El soldado se alejó corriendo para cumplir las órdenes de don Nuño, y mientras, Ruiz y Azucena decían:  
—¿Qué hacéis?... ¡Oh!... Detened la ejecución...  
—Os tengo en mi poder—replicó el conde en el colmo de su ira—. Os tengo a los dos, y pronto moriréis también.  
Y miró a uno y otro lado, como buscando a quien mandar que prendiesen al escudero y a la gitana.  
—¿Conde!—gritó ésta—. ¡Manrique es tu hermano!  
—¡Miserable!...  
—Sí, vuestro hermano—añadió Ruiz—; acudid pronto... ¡oh!... muy pronto, porque si no llegaréis tarde.  
—¿Queréis dar tiempo a los traidores rebeldes para que lo salven?  
—Es vuestro hermano, os lo juro...  
—¡Silencio!... ¡Soldados, aquí!  
—Oye, conde—dijo la gitana—, una palabra no más... este horrible secreto...

—¡Calla, miserable!...  
—No puedo ocultarlo... amo mucho a Manrique...  
—¡Soldados!... ¡Nadie acude?... ¡Vive Dios!  
—Es tu hermano don Juan... Puedes fácilmente reconocerlo...  
—¡Por Satanás!—exclamó el escudero, acercándose al conde—. Si no fuera vuestro hermano, ya estaría mi daga en vuestro corazón... ¿Quién había de defenderos ahora?  
Don Nuño retrocedió un paso.  
—¿Intentas asesinarme?—dijo.  
—¡Mirad!—replicó Ruiz.  
Y arrojó lejos de sí su espada y su daga.  
—¡Oh!...  
—Ya veis que no he venido a vengar a don Manrique...  
—Queréis ganar tiempo...  
—¡Escuchadnos!... ¡Oh!... Escuchadnos, por Dios o por Satanás!—exclamó con desesperación el escudero.  
—No.  
—¿Qué perderéis?  
—Que no lo maten...  
—Ya han salido vuestros soldados para acallar al pueblo, y lo conseguirán fácilmente... ¿Qué os importa oír a esta mujer?  
El conde miraba a Ruiz y a la gitana con sorpresa y miedo a la vez.  
—Que no lo maten, que no lo maten—repetía Azucena—. Es tu hermano don Juan...  
—Mi cabeza responde de que no os engañamos—repuso el escudero—. Estoy en vuestro poder. Pero que se detengan un instante, un solo instante, que de nada puede servir a los amotinados... ¡No seas fraticida!  
El conde se estremeció. Las razones de Ruiz no tenían réplica, y dudó. ¿Era posible que el Trovador fuese su hermano? ¿No habían encontrado en la hoguera el cuerpo del inocente don Juan? Sin embargo, nadie pudo reconocerlo, porque lo habían desfigurado las llamas.  
Azucena volvió a levantarse, como si le diese fuerzas su dolor; limpióse el sudor y la sangre que corrían por su rostro, separó de su frente los encrepados mechones de cabellos que lo ocultaban y aprovechando la vacilación del conde repuso, diciendo con precipitación:  
—Manrique es tu hermano... Corre, desnuda su espalda y verás junto al costado izquierdo...  
—El lunar de cabellos blancos de los primogénitos de Luna?—interrumpió don Nuño con voz ronca.  
—Sí.  
—¡Oh!...  
—Corre...  
—No puede ser...  
—Corre... van a matarlo...  
—Pero...—replicó el conde, tan turbado que apenas acertaba a hablar—, mi hermano...  
—No murió...  
—Encontraron su cadáver...  
—¿Era el de mi hijo!—exclamó Azucena con acento desgarrador.  
—¡Tu hijo!—repitió don Nuño, mirando de una manera extraña a la loca.  
—Sí, sí...  
—Tu juicio está trastornado...  
—El lunar...  
—¡Oh!...  
—Piensa, además, que su rostro blanco y sus cabellos rubios no pueden ser del hijo de una gitana...  
—¡Calla, mujer infernal!—exclamó don Nuño, por cuya frente corrían gruesas gotas de frío sudor.  
—¡Vive Dios!... ¡Llegaréis tarde!—dijo Ruiz con desesperación.  
—Que no muera, aunque mi madre me maldiga... ¡Lo amo tanto!...  
—Dices que quemaste a tu hijo...  
—Sí, lo quemé...  
—Imposible...  
—Oye, conde...  
—¡Y salvaste al del hombre que había matado a tu madre!...  
—No fué por mi voluntad...  
—Algún plan habéis meditado para engañarme y estorbar que se cumpla mi sentencia.  
—Escucha...  
—Pero no lo conseguiréis...  
—Era de noche... ¡noche horrible!—repuso la gitana, cuyos ojos brillaron—. Era de noche cuando robé a tu inocente hermano...  
—Lo sé... calla...  
—Sus manecitas acariciaron mi rostro, sus labios puros besaron mi frente y sonrió como un ángel cuando lo levanté en mis brazos para arrojarlo a las llamas... ¡Ah!...  
—Calla... Vete...—interrumpió don Nuño, cuya agitación crecía por instantes  
—Oye... Me acarició... me besó... ¡Ah!... No tuve valor para echarlo a la hoguera... Yo era madre... No hubiera temblado mi mano al atravesar el pecho de don Lope, pero quemar a la inocente criatura que me sonreía, que besaba mi frente, la frente donde hervía el pensamiento de hacerle sufrir una muerte horrible... No tuve valor... retrocedí espantada, y luchando entre mi deseo de venganza y mis

sentimientos de madre, lo dejé en el suelo junto a mi hijo... ¡Oh!... Los dos ángeles se acariciaron, enlazaron sus bracitos alegremente... ¡Dios mío!... Pero se levantó un fantasma de la hoguera y clavó en mí su mirada ardiente... y mi madre me gritó: "¡Véngame!... ¡Maldita seas si no tienes valor para vengarme!"... Y en la cumbre de un montecillo cercano aparecieron los soldados de don Lope que me perseguían, lanzando aullidos de rabia... Iban a quemar a mi hijo lo mismo que a mi madre, a quemarlo conmigo... ¡Oh!... No sé lo que sentí, mi cabeza se trastornó..., y haciendo un esfuerzo que no puedes comprender cogí a mi hijo creyendo que era el del conde, y sin mirarlo, para que no me faltase el valor, lo arrojé a las llamas y huí...  
—¡Oh!—exclamó don Nuño, dando un paso hacia la gitana.  
—Huí con vuestro hermano, me interné en el bosque, y al reconocer mi error fatal perdí las fuerzas y el sentido... ¡Dios mío!... Cuando recobré la vida no pude matar a aquel inocente... estaba sola en el mundo...  
—Imposible, imposible—replicó don Nuño con voz ahogada y sin atreverse a sostener la mirada penetrante y fascinadora de Azucena—. Imposible...  
—Sola en el mundo... no tenía quien me amase ni a quién amar, y dejé a tu hermano la vida para hacerle creer que era mi hijo, para enseñarle a aborrecerte...  
—¡Oh!... ¡Calla!...—interrumpió el conde, que tuvo que apoyarse en la pared porque la turbación de sus ideas, la agitación de su espíritu le menguaban las fuerzas.  
—Desde entonces—prosiguió la gitana siempre mirando al conde con ojos chispeantes— no ha vuelto a cerrar el sueño mis ojos, velé noche y día, velé para guardar a tu hermano... ¡Ah!... Me había costado mucho, y sin duda por eso lo amé con frenesí...  
—¡No más, no más!—exclamó don Nuño con voz ahogada—. Se trastorna mi razón...  
—Pero el ingrato—repuso Azucena con el ardor de su vértigo—me abandonó después y yo tuve valor para no revelar el secreto del horrible sacrificio que me había costado su vida... ¡Ah!... Me abandonó porque sentía correr en sus venas la sangre noble de los Artales y era activo y ambicioso...  
—¡Por Satanás!—exclamó Ruiz—. Don Nuño, el hacha del verdugo se levanta sobre la cabeza de vuestro hermano...  
—Sí, sí; van a matarlo—dijo Azucena.  
—¡Ay de ti si me engañas!—gritó el conde.  
—Mi madre me grita sin cesar: "¡Véngame!" Pero me falta el valor... ¡Que no lo maten, aunque mi madre me maldiga!...  
—¡Corred, vive Dios!—exclamó el escudero viendo que aún dudaba don Nuño.  
Este asió de un brazo a la loca, y clavando en ella una mirada terrible, dijo con destemplada voz:  
—Si me engañas, no habrá tormento, por cruel que sea, que no emplee para castigarte.  
—Vamos...  
—Sí... vamos...; seguidme...—replicó don Nuño.  
Y se lanzó a la calle seguido de Ruiz y Azucena, y mientras gritaba:  
—¡A mí todos, a mí, soldados!... ¡Corred, que no maten al Trovador, que esperen!... ¡Aprisa, vive Dios!... ¡Todos, todos!...  
Los pocos soldados que habían quedado allí salieron corriendo, pero ninguno pudo adelantarse al conde.  
Este, en su turbación, no pensó en su caballo, que le habían ensillado creyendo que iría a la plaza, como había dicho antes.  
Pero en qué había de pensar después de lo que acababa de oír? Ya casi no le quedaba duda de que Manrique era su hermano, y la idea del fratricidio, precisamente en los momentos en que su conciencia empezaba a despertar, le horrorizó hasta el punto de que faltó muy poco para que su razón se trastornase. Sólo se cuidó de decir a los soldados que lo seguían que no dejasen escapar a Ruiz ni a la gitana.  
¿Llegaría tarde?  
Mucho tiempo se había perdido entre dudas y explicaciones. Sin embargo, favorecía la detención causada por el popular alboroto, y tal vez esta circunstancia salvaría la vida de Manrique.  
Empero a ninguna de aquellas tres personas se le había ocurrido pensar en si querría vivir Manrique después de muerta Leonor. Quizá, en vez de hacerle un bien, iban a hacerle sufrir un tormento más, poniéndole en el caso de suicidarse cuando le daban un nombre ilustre y le presentaban un porvenir de gloria. Si hubiesen conocido a fondo el alma del infeliz Trovador, lo hubieran dejado morir sin revelar el fatal secreto, para evitar que ni el más leve sentimiento de amor a la vida amargase sus últimos instantes, pues seguramente, habiéndose sacrificado Leonor, él pondría término a sus días.  
Su amor y su orgullo le impulsarían a aten-

tar contra su existencia, ya porque la vida sin Leonor era para él una carga pesada, ya porque se creería deshonrado al pensar que el mundo podía acusarle de cobarde. Además, de nada le serviría el nombre ilustre de Artal y la corona a que éste le daba derecho, porque en la rigidez de sus principios no reconocería jamás los derechos del infante don Fernando y siempre se vería perseguido como rebelde.

¿Qué le esperaba, pues, en el mundo?

Soliedad, luchas y tormentos que harían tristísima y dolorosa su vida, sin que encontrase consuelo ni alivio con los recuerdos del pasado, ni tranquilidad en lo presente, ni esperanza para lo por venir.

Iba a tener un hermano, es verdad; pero un hermano que sería su enemigo: entre los dos había recuerdos horribles, sangre, la vida de Leonor, riquezas y una corona de conde que el segundo tendría que dar al primero, o a las cuales habría de renunciar éste, humillando al otro con su generosidad.

Imposible, repetimos; era imposible que Manrique aceptase el perdón que se le iba a ofrecer, o si lo aceptaba sería con la secreta intención de poner término a su existencia sobre el sepulcro de la mujer que había sacrificado su vida sin vacilar.

## CAPITULO XLIX

### ¡Ya estás vengada!

Lo que había conseguido Ruiz poniendo en juego cuantos resortes son imaginables lo produjo una casualidad.

El pueblo había ido interesándose por Manrique a medida que se acercaba el momento de la sangrienta ejecución. La juventud, belleza, valor y serenidad del mancebo habían influido de tal modo en el ánimo de la multitud, que ya no hubo quien mirase con calma aquel espectáculo.

De repente sonó una voz, pidiendo la libertad del reo, y contestaron instantáneamente miles de gritos diciendo: "Perdón".

Apifáronse los espectadores, moviéronse en grandes oleadas hacia el cadalso, y los soldados se vieron en aprieto muy grande para no ser envueltos y arrollados.

En tal confusión, un caballo atropelló a una mujer, y el marido de ésta, aprovechando la ocasión, gritó desafortunadamente:

—¡Venganza, aragoneses; los castellanos nos asesinan, no respetan ni a nuestras mujeres, han matado a la mía!

Lo cual no era verdad, porque la atropellada no había sufrido más daño que algunas contusiones.

Pero los gritos surtieron su efecto y fueron contestados por otros en toda la plaza, oyéndose decir:

—¡Venganza!  
—¡Mueran los castellanos!  
—¡Nos asesinan!  
—¡Acábenos con nuestros verdugos!  
—¡Viva Aragón!  
—¡Venganza, venganza!  
—¡A ellos!  
—¡Mueran!

Y formando compacta masa, rodearon, estrecharon a los jinetes.

Estos se defendieron de aquel ataque, logrando contener a los amotinados; pero tras las gritos se lanzaron piedras y luego se vieron relucir espadas y puñales.

Lo que había comenzado por muy poco, podía terminar por mucho, y bastaba el odio con que eran mirados los castellanos para que el alboroto creciese, llegando a ser un verdadero motín cuyas consecuencias no podían preverse.

Casi todos los alborotadores estaban desarmados y acometían sin orden ni concierto; pero bastaba el número para arrollar a los soldados, y comprendiéndolo éstos así, y también por cubrir su responsabilidad, enviaron al conde el aviso.

Diéronse algunas cuchilladas, hubo momentos de más sosiego y mayor gritería; pero no se consiguió restablecer la calma hasta que llegaron nuevas fuerzas, y acometiendo por distintos lados, hicieron comprender a los amotinados que nada adelantarian sin orden ni prevención.

Más sossegados, aunque no del todo tranquilos los ánimos de la muchedumbre, pudo la comitiva avanzar hasta la escalerilla del cadalso.

Los alborotadores comenzaron a gritar de nuevo y de algunos grupos salió la voz de:

—¡Quememos el tablado!

La idea fué acogida con entusiasmo y todos corrieron hacia el lugar del suplicio.

Como por encanto se vieron relucir las llamaradas de algunas antorchas.

La multitud parecía haber recobrado nuevos bríos y estar dispuesta a llevar a cabo el plan a toda costa.

La confusión era grande y estruendosa la gritería.

Mientras se acercaban al tablado los que debían prenderle fuego, los demás llamaban la atención de los soldados por la parte opuesta y los entretenían con acometidas y retiradas que al fin no daban más resultado que el ganar tiempo los unos y perderlo los otros.

Llovían las piedras sobre los soldados, que rara vez encontraban un enemigo a quien herir, no pudiendo perseguir a sus acometedores porque tenían que permanecer junto al reo y estorbar ante todo que entre éste y el cadalso se colocase la plebe.

La situación era apurada para los castellanos, pero muy divertida la escena para los que la miraban desde los balcones y aplaudían con entusiasmo todas las peripecias de aquella lucha singular.

Manrique intentó dos o tres veces apaciguar al pueblo; pero en vano, porque sus palabras no se entendieron y aun creyeron muchos que los animaba para que no abandonasen su empresa.

Consiguieron los soldados restablecer la calma por algunos instantes; pero como si esto no hubiese servido más que para hacer recobrar el aliento a los amotinados, viéronse acometidos aquéllos otra vez con mayor impetu y obstinación.

Los soldados hicieron el último esfuerzo. Trabóse nuevamente la lucha, corrió la sangre, y al fin pudo conseguirse que el Trovador subiese al tablado.

Era, pues, preciso apresurar la ejecución para evitar nuevos desórdenes.

En aquel momento llegó a la plaza don Nuño, Azucena y Ruiz.

—¡Es tiempo aún!—exclamaron los tres al ver que Manrique estaba de pie y se despedía del pueblo son una sonrisa.

—¡Deteneos!—gritó el conde.

Pero no pudieron oírlo por qué se encontraba a mucha distancia del cadalso y su voz se ahogaba entre el ruido de la popular gritería.

—¡Paso, paso!—repuso don Nuño, que lo mismo que el escudero y los soldados que lo seguían, derribaba a cuantos se le ponían delante.

Y como algunos diesen muestras de enojo y querer resistirse al verse maltratados, sacó la espada y comenzó a repartir furiosos mandobles.

—¡Apartad, miserables!—gritaba Ruiz.— ¡Vamos a salvar al Trovador!... ¡Abrid paso al conde de Luna, que ha perdonado al reo y va a abrazarlo!

Empero en tal confusión no se entendieron bien las palabras del escudero, ni el coraje, el miedo o la turbación dió lugar a semejantes explicaciones, de manera que, encendiéndose los ánimos más que nunca, volvieron a gritar:

—¡Nos asesinan los castellanos!  
—¡Venganza!  
—¡A las armas, aragoneses!  
—¡A las armas, a las armas!  
—¡Mueran nuestros verdugos!  
—¡Aragón y don Jaime!  
—¡Viva el Trovador!  
—¡Viva nuestra independencia!  
—¡No se respetan nuestros fueros!

Estos gritos y el desorden que produjeron dieron que temer al jefe de la escolta, y para evitar nuevos conflictos y cubrir su responsabilidad, se levantó sobre los estribos, y dijo al verdugo:

—Despachad pronto.

La orden era peligrosa porque el pueblo, en vez de apaciguarse, podía irritarse más con la muerte de Manrique; pero era preciso salir de aquella situación y, sobre todo, cumplir las órdenes del conde sin pensar en las consecuencias.

Entre tanto el conde y Ruiz se desesperaban y luchaban, ya invocando el nombre de Manrique, ya amenazando o dando cuchilladas que solían producir nuevos inconvenientes.

Con gran trabajo fué, pero el conde consiguió avanzar un buen trecho.

Estaba ya cerca del suplicio.

Un esfuerzo más y se salvaba Manrique.

Este se puso de rodillas y colocó su cuello en el tajo.

Un momento más y todo se había perdido.

Ruiz cogió a don Nuño entre sus nervudos brazos, lo levantó por encima de sus hombros y le dijo:

—¡Gritad!... ¡Gritad!... ¡Ira del infierno!  
Don Nuño extendió los brazos, abrió la boca, pero no pudo articular una sílaba.

Le faltó la respiración y tucó que hacer un esfuerzo sobrenatural.

—¡Gritad!—volvió a decir el escudero.

—¡Deteneos!—gritó el conde.— ¡Deteneos en nombre del!...

Empero fué interrumpido por un ruido breve, sordo y que arrancó de la multitud una exclamación de terror.

Ruiz sintió perder sus fuerzas y la gitana lanzó un aullido feroz.

El espanto se pintó en el rostro de don Nuño.

Manrique había muerto.

El verdugo asió friamente de los rubios cabellos la inanimada cabeza, la mostró al pueblo con cierto aire de orgullo por haberla cortado bien y de un solo golpe, y luego la arrojó con indiferencia a un lado.

Los ojos del conde se abrieron extremadamente y como si fuesen a salirse de sus órbitas; relumbraron sus pupilas como dos luciérnagas, se agitaron sus miembros y su convulsiva diestra asió un brazo de la gitana.

—¡Ven!—le dijo con ronca voz.

Y arrastrándola tras sí llegó al cadalso y subió precipitadamente la escalerilla.

—¡El conde, el conde!—se oyó gritar entonces por todos lados.

Casi puede asegurarse que hasta entonces nadie lo había conocido: tal era la general turbación.

Apenas don Nuño subió al tablado se arrojó sobre el cuerpo de Manrique y con fuerza rebil desgarróle el jubón y le descubrió la espalda.

Junto al costado izquierdo vió el lunar de cabellos blancos de los primogénitos de Luna. Hubo algunos momentos de silencio profundo.

El cuadro era imponente.

Una amarga sonrisa, principio de las carcajadas estridentes que le arrancaba su vértigo, dilataba el rostro de Azucena, haciéndole aparecer más horrible que nunca.

Ruiz, con los brazos cruzados, inmóvil y mudo, había dejado caer la cabeza sobre el pecho y no hubiera podido decirse si estaba abatido por el dolor o contenía los arrebatos de la ira. Empero más que otra cosa parecía una estatua en que se hubiese querido representar la meditación.

El conde permaneció algunos instantes sin poder respirar, con la mirada fija en el cuerpo de su hermano, y las facciones horriblemente contraídas.

El verdugo los contemplaba con indiferencia mientras se apoyaba en el mango del hacha.

Don Nuño se levantó; su mirada sombría se clavó en Azucena, y levantándola después al cielo con expresión terrible de acusación impía, exclamó con voz ronca y ahogada:

—¡Mi hermano!... ¡Maldición!

La gitana miró también al cielo, extendió los brazos y gritó:

—¡Ya estás vengada!

Y luego dejó escapar una carcajada estridente, espantable, y huyó mientras repetía:

—¡Ya estás vengada!... ¡Ya estás vengada, madre mía!...

Las fuerzas comenzaron a faltar al conde, que para no caer tuvo que apoyarse en un hombro del verdugo.

—¡Socorredlo!—dijo Ruiz a los soldados.

Y luego sacó un pañuelo, lo mojó en sangre de Manrique y bajó del tablado pausadamente y mientras murmuraba:

—¡No puedo vengarle!... ¡Es su hermano!...

¿Y don Guillén?... Hermano de ella... ¡Tampoco!... Y además, siento un cambio en mí... me faltaría el valor para derramar sangre... Cumpliré su última voluntad... ¡Oh!... ¿Y qué voy a hacer solo en el mundo? Ya no sirvo para soldado... me he vuelto cobarde en un momento.

Poco después montaba a caballo el conde y se encaminó a su casa, tan triste y meditabundo, tan absorto en sus atormentados pensamientos, que no se apercibió ni de las miradas ni de las palabras amenazantes o injuriosas que le dirigieron algunos villanos.

Cuando entró en su aposento se dejó caer en un sillón con tales muestras de abatimiento que sus criados no se atrevieron a dejarlo solo hasta que él les ordenó salir.

Su rostro estaba desfigurado y pálido como si hubiese sufrido una larga y peligrosa enfermedad: sus pupilas habían perdido el brillo y sus movimientos eran lánguidos y trabajosos, como si se hubiesen agotado sus fuerzas.

Sufría horriblemente, porque había despertado por completo su conciencia, atormentándolo con crueles remordimientos.

El desdichado era digno de lástima.

—¡Mi hermano!—solía murmurar con voz débil.

Y se oprimía el pecho y la frente, que sentía abrasada por la calentura.

Así pasó largo rato.

—¡Oh!—exclamó haciendo un esfuerzo y al exhalar penosamente un suspiro.— ¡Y no puedo llorar!... ¡Dios mío, tened compasión de mí!... ¡Feliz el que puede con el llanto desahogar su pecho!

Creció la fiebre, debilitáronse más cada momento las fuerzas del desdichado conde.

Al fin tuvo que llamar a sus criados y acostarse.

Entre tanto Ruiz salía de Zaragoza, caballero en su yegua que caminaba a su placer, porque llevaba la rienda suelta sobre el cuello

ro la cruz, porque tiene para mí un valor que no puedes comprender.

—Pero, señor...

—En pago—repuso Ruiz—, toma.

Y echó sobre la mesa las joyas que llevaba.

—Ya ves que nada pierdes en el cambio.

El judío examinó detenidamente aquellos objetos, y dijo:

Esta esmeralda es grande, pero de poco valor... Este brazalete es de diamantes, pero están mal labrados...

—Que tengo prisa; dame la cruz—interrumpió Ruiz con tono que no dejaba duda de sus intenciones de hacerse obedecer.

Samuel tomó las joyas, entró en otra habitación, y pocos momentos después volvió, entregando la cruz a Ruiz.

Este la besó con respeto y ternura, y salió de la casa, mientras el israelita le decía:

—Ya veis que os he servido bien; guardad el secreto.

CAPITULO L

La última desdicha de don Jaime.

Ya saben nuestros lectores que después de la rota de Murviedro se refugió don Jaime en Balaguer, y que el infante de Castilla puso cerco a esta plaza con un ejército muy numeroso y firmemente resuelto a no moverse de allí hasta acabar de una vez con su enemigo.

En el campo de los sitiadores había algún desconcierto, nacido de las rivalidades entre castellanos, aragoneses y catalanes; pero esto no dió ninguna ventaja a los sitiados, pues el número y la presencia del infante suplían la falta de voluntad o de orden.

Estrechóse el cerco de tal manera, que ni un solo hombre pudo salir de la plaza ni menos entrar socorro alguno; pero don Jaime y sus soldados resistieron con tal firmeza, rechazaron con tanto valor a sus enemigos en diferentes ataques, que éstos hasta llegaron a desalentarse, y hubieran abandonado la empresa a no encontrarse allí don Fernando para contenerlos.

La situación de los sitiados era, sin embargo, más apurada cada día: se acababan los viveres, se aumentaban las enfermedades y se acercaba el día en que el hambre matase a los que se hubiesen librado de los golpes enemigos.

En vano intentaron remediar el mal: les fué imposible comunicarse con los pueblos vecinos, y harto hicieron con defenderse, siendo débiles y pocos, contra muchos y fuertes.

No se veían por toda la población más que rostros flacos, pálidos y tristes.

Llegó, al fin, el día de la absoluta carencia de alimentos, y entonces don Jaime, convencido de la imposibilidad de sostenerse, pues ni aun para él había un pedazo de pan, juntó a los caballeros que le seguían para que determinasen y evitar mayores desgracias.

Opinaron algunos que se abandonase la plaza, pero sin rendirse, y que derrotados, porque otra cosa no podía suceder, el que no hubiese muerto buscase en la fuga la salvación.

Otros, que miraban semejante plan como una locura, por no aconsejar que se entregasen, callaron.

Este silencio fué bien comprendido por el conde, que ya cansado de recibir reveses de la fortuna, y no queriendo que se derramase más sangre inútilmente, resolvió entregarse con las condiciones más ventajosas que pudiera obtener.

Así quedó resuelto, no sin que algunos se disgustasen, y como ya nada había que esperar, se dispuso don Jaime a tener aquel mismo día una entrevista con el infante.

Pero entonces su esposa fué la que se opuso, no a la rendición, sino a que desde luego él se presentase a don Fernando.

—Yo iré—dijo la noble dama—, y si no la justicia que nos asiste, mis ruegos serán escuchados y conseguiré que nuestro enemigo se contente con la victoria y no piense en la venganza, sacrificando a los infelices que nos son leales. Una mujer puede suplicar sin mengua de su honra; nuestras lágrimas pueden mucho, y a no ser un corazón de piedra, todos los ablandan. Veré al infante, le pediré la vida de nuestros soldados si otra cosa no puedo alcanzar, y que caiga sobre nosotros todo el peso de nuestra desgracia.

A éstas añadió tales razones, y con tal acento las dijo, que don Jaime cedió, y al momento se solicitó la entrevista, concediéndola el infante sin dilación.

La noble dama salió de Balaguer con algunos caballeros, se dirigió al real enemigo, y encontró en su tienda a don Fernando, que la recibió con extremada seriedad o más bien con altanería, sin tener en cuenta la consideración que merece el vencido ni la que tenía derecho a reclamar una señora de tan elevado rango.

El rostro de la condesa se tiñó de un vivo carmín, palpó su corazón con violencia y tuvo

que hacer un esfuerzo para pronunciar las primeras palabras.

—Señor—dijo—, al mostrarseos propicia la fortuna, os dió, no solamente la victoria, sino los medios de hacer bien, y vengo a demandaros el que necesito, no para el conde mi esposo, sino para los que, teniendo por justa la causa nuestra, acudieron a nuestra voz.

—Mi corazón, señora—replicó el infante—, es inclinado al bien y se complace en hacerlo; pero tened presente que en muchas ocasiones la justicia y la prudencia se oponen a los impulsos de compasión. Es verdad que la fortuna impone deberes a sus protegidos, pero a mí me favoreció mi derecho solamente.

—Don Fernando—repuso la dama—, se ha derramado mucha sangre, más de la que vale un trono, y el conde está decidido a renunciar al de Aragón, porque le parece caro si ha de costar más víctimas.

—Eso le propuse hace mucho tiempo, ofreciéndole en pago ciento cincuenta mil florines de oro.

—Que rechazó y rechaza—replicó con dignidad la condesa—, porque él sabe renunciar sus derechos, pero no venderlos.

—No quise yo comprármelos, porque no eran suyos; fué mi intención compensarle el disgusto, convertir en oro de buena ley sus ilusiones de mala procedencia.

—Don Fernando...

—¿A qué habéis venido?—replicó el infante con sequedad.

—A proponer un acomodamiento...

—¿Sobre la... rebeldía de vuestro esposo?

—Sobre la entrega de la plaza.

—Perdonad que os diga que eso no os toca a vos: si quiere entregarse don Jaime, puede venir; y si es que vuestro intento ha sido el de excitar mi compasión con súplicas y lágrimas, os recordaré que el llanto no está bien en los ojos que han mirado como suya una corona.

—¿Oh!—exclamó con desdén la condesa—, ¿Generosidad digna de un rey, galantería digna del que pretende ser el primer caballero!...

—Señora—replicó don Fernando con aspereza—, volveos y decid a don Jaime que si no quiere abrir las puertas de la ciudad, entraré en ella cuando el hambre la haya dejado desierta.

—Don Fernando...

—Basta, si es que queréis hablarme de lo que sólo toca a vuestro esposo.

La condesa levantó con orgullo la frente y dijo:

—Aún me quedan algunas horas de ser reina de Aragón.

Y salió de la tienda sin intentar humillarse nuevamente.

Lo que sufrió puede concebirse, si se tiene en cuenta que había sido herida en su amor propio de mujer y en su dignidad de señora.

Su opinión fué entonces que no se intentase nuevo arreglo, sino que se muriese de hambre o peleando antes que doblar la frente al orgulloso infante.

Empero, el conde estaba decidido a evitar que los suyos padeciesen más, y mandó a pedir nuevas visitas a don Fernando.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, hora en que Manrique salía de su calabozo para morir, salió de Balaguer el conde.

Duro había sido el recibimiento hecho a la dama, pero con más dureza fué tratado don Jaime.

—¿Qué tenéis que pedirme?—fueron las primeras palabras de don Fernando al ver a su rival vencido.

Toda la sangre de su cuerpo afuyó al rostro del conde, que tuvo que hacer un esfuerzo para dominar el justo enojo de su honra ofendida; pero se acordó de los infelices soldados que había dejado en Balaguer, y resuelto a sacrificarlo todo por quien con tanta lealtad le había servido, reprimió los ímpetus de su ira y dijo:

—Ya tenéis noticia, don Fernando, de que deseo un arreglo que ponga fin a los horrores de la guerra.

—Supongo—replicó el infante—que no pensaréis hablar de vuestros pretendidos derechos.

—Perdidos por mi desgracia debíais decir. —Dueños sois de Balaguer, y aunque no podéis sosteneros más que algunos días, muy pocos, y por esta razón no merecería la pena de ocuparse de vuestra rendición, os escucharé y otorgaré cuanto sea conveniente, siquiere por evitarse el disgusto de saber que han muerto de hambre algunos desdichados, cuyo extravío merece compasión.

—Si; merecen compasión y a pedíroslo vengo—dijo con amargura—. ¿Cómo ha de tratar el vencido al vencedor sino con súplicas? Es verdad que no he venido sino por mi sola voluntad, pues los defensores de Balaguer preferían morir a verse humillados; pero vos que sois grande y generoso les perdonaréis su ceguera, porque bien mirado, su falta es de exceso de honra.

y no sentía la punta del acicate, lo cual significaba para el manso bruto que podía andar tan despacio como se le antojase.

El escudero no juraba entonces ni maldecía, ni hablaba consigo mismo como tenía por costumbre cuando iba solo; pero lloraba como una mujer, cayendo en el arzón sus copiosas lágrimas.

¿Quién hubiera sospechado que aquel hombre podía llorar y abatirse hasta el punto de no tener más energía que un niño?

Sin que sus ojos se sacasen llegó a Castellar.

Sus camaradas lo recibieron alegremente, pero él apenas les contestó.

—¿Vive Dios!—le dijeron algunos—. Algo muy malo sucede cuando no hablas.

—Y estás más flaco y pálido como un difunto—añadieron otros.

—¿No lo adivináis?—les replicó el escudero.

—¿Por Satanás! ¿Acaso don Manrique?...

—En el cielo.

Se oyó un grito de rabia y se anublaron todos los semblantes.

—Venganza!—exclamaron los soldados con terrible acento.

—¿Y en quién os vengaréis?

—¿En quién?... ¿Por el infierno!... En el conde, que es un asesino cobarde.

—El conde de Luna—repuso Ruiz, siempre con la misma aparente calma y flojedad de acento—, el conde es hermano de don Juan de Artal, y don Juan no era otro que don Manrique, robado y criado por la gitana.

—¿Ah!—exclamaron los soldados.

Y el escudero les refirió en pocas palabras lo sucedido, diciendo al concluir:

—La última voluntad de don Manrique ha sido que no se derrame más sangre.

—¿Siempre noble!

—Ha perdonado a sus enemigos, y ha muerto sonriendo mientras yo me desesperaba y lloraba... ¿Vive Dios!—exclamó Ruiz, medio ahogado por la emoción—. He llorado como un niño y tengo ganas de llorar.

—Pues a pesar del generoso perdón de don Manrique, bien muerto está don Lope.

—No me recordéis esa crueldad.

—Aún permanece colgado.

—Dadle sepultura... No sabemos si estará en el cielo después de haber expiado sus crímenes en la tierra... Obremos como cristianos.

El escudero recogió dinero y las joyas de que le había hablado Leonor, y repartió del primero la mayor parte entre los soldados, diciéndoles:

—Nuestra causa está perdida, y más que valor sería locura intentar hacer la guerra al infante castellano. Idos pues, y cuidad de vuestras familias, ya que nada podéis hacer por la patria ni por el infeliz don Jaime, que será desdichado hasta la muerte. En cuanto a mí, ya me conocéis, siempre seré vuestro camarada y para vosotros será cuanto yo tenga: si llegáis a necesitarme, me encontraréis en el convento de capuchinos de Zaragoza...

—¿Vive Dios!... ¿Váis a servir a algún fraile?

—Voy a meterme fraile.

—¿Os habéis vuelto loco?

Fácilmente se comprenderá la sorpresa de los soldados, porque cualquiera cosa podía esperarse del escudero menos semejante determinación.

¿Cuánto habría sufrido para cambiar de tal manera y en tan pocas horas?

Castellar quedó abandonado por los partidarios de don Jaime, y Ruiz volvió a Zaragoza, encaminándose a casa del judío Samuel.

Este miró con cierta desconfianza al escudero y le preguntó:

—¿Qué queréis?

—Que acabemos pronto el asunto que me trae.

—Decid...

Tú has vendido un veneno a cierta dama...

—¿Yo!—exclamó, asustado, el judío.

—Sí; a doña Leonor de Sesé. Vino aquí conmigo, y en pago de tu pócima te dió una cruz de diamantes...

—Os han engañado: os juro, lo juro por el Dios de Israel—replicó el judío.

—No estoy para perder tiempo, y es excusado que niegues, porque no vengo a venderle mi silencio para que te libres de la justicia: lo que quiero es que me des la cruz, porque es un recuerdo que tiene más valor que los diamantes.

Samuel palideció.

—Creedme, señor; ni conozco a semejante dama ni he vendido ningún veneno...

—¿Por Satanás!

—¿Dios bendito! ¿Un veneno después de lo que ha sucedido al pobre David!... Os han engañado.

—Te he dicho que tengo prisa, y si no acabas pronto, perro miserable, te ahogo. Quie-

—Acabemos, don Jaime.

—Es mi deseo.

—Acabemos, porque no habéis venido a darme consejos ni hacerme observaciones, que no necesito. Decid lo que solicitáis y yo os haré saber lo que resuelvo.

—Perdonad los desahogos del dolor: al desgraciado hay que dejarle la libertad de quejarse, que es el único alivio de sus dolores: la historia de mi vida es la de mis desdichas...; esta es la última...

—Bien—interrumpió don Fernando con impaciencia—; está bien; pero ni a vos mi historia, ni a mí la vuestra importan nada... Hablemos de Balaguer.

—Os entregaré la plaza, aunque con algunas condiciones; pues si bien estamos en el último apuro, tenemos aún valor para seguir defendiéndonos, y puede suceder que si esperamos algunos días nos lleguen socorros.

—Os daré algunas noticias que no habéis podido recibir—dijo con ironía el infante.

—Vuestros amigos los ingleses y gascones se han vuelto, sin atreverse a medir sus armas con las mías; se sofocó en Zaragoza un motín, que dió más que hacer al verdugo que a mis soldados, y los pocos de vuestros servidores que no os acompañan en Balaguer se encuentran repartidos en Castellar, Loarre y algún otro castillejo de poca importancia.

Don Jaime palideció.

—¡Cuán leales son!—murmuró.

—Decid cuáles son las condiciones...

—Saldremos de Balaguer con vuestras armas y bienes, y en cuanto a mis derechos...

—¡Basta!—interrumpió el infante con dureza—: Os perdonaré la vida, ¿lo entendéis?, os la perdonaré, porque me suplicáis; pero tened entendido que delante del rey ningún vasallo, y menos si es rebelde, habla de derechos.

—¡Nos perdonaréis la vida!—dijo con amargura el conde.

—Sí; os la perdonaré si hoy mismo salís de la plaza; pero no quedaréis por eso en libertad.

—¡Don Fernando!...

—Soy el rey vuestro señor.

—¡Que no nos concedáis la libertad!

—No.

—Tanta dureza...

—Tan blanda justicia debierais decir.

—Vencidos, humillados y presos...

—Rebeldes y castigados.

—Nada quiero para mí, señor—repuso el conde, que ya estaba dispuesto a sufrirlo todo con tal de que se salvaran los suyos.

—Tampoco podéis exigir nada.

—Los que me han ayudado creyeron de buena fe que servían a su patria, porque yo los aluciné.

—¿Y qué pedís para ellos?

—La vida y la libertad y que se les dejen sus bienes—contestó don Jaime.

—La vida y la libertad les concederé, pero no los bienes, que son míos por derecho de conquista.

—Tened presente que no podéis confiscarlos sin el acuerdo de las Cortes.

—Pues bien; a las Cortes lo pediré y ellas resolverán.

—Y en cuanto a mí...

—¿Qué queréis?

—La libertad también...

—Os entregaréis sin más condiciones que la de que se respetará vuestra vida, y me reconoceréis por vuestro señor, jurándome fidelidad como vasallo.

El conde sintió que le faltaban las fuerzas.

—Si no aceptáis lo uno, no os otorgaré lo otro.

—¡Oh!—murmuró don Jaime, levantando al cielo los ojos, como si demandasen ayuda o consuelo.

—Y habéis de entregaros hoy mismo—prosiguió el infante, que se gozaba en su triunfo—: mañana será tarde, y para los rebeldes no tendré más que castigo.

—Señor—dijo el conde con tono humilde y suplicante—, os juraré fidelidad, reconociendo vuestro derecho al trono, os daré cuanto poseo, pero dejadme la libertad: me iré a lejana tierra a concluir mis días, y os juro que ni aun hablar de mí oiréis.

—No—replicó el infante con dureza.

—¿Qué os importa que haya sobre la tierra un hombre más?—repuso el desdichado conde, que en pocas horas había perdido toda su energía.

—¡Basta!...

—Mi libertad... ¡Ah!..., la libertad... ¡Es lo único que me resta!...

—Don Jaime...

—¡Os bendeciré!

—No—replicó don Fernando con tal acento, que no dió lugar a nuevas súplicas.

El descendiente de reyes aceptó las humillantes condiciones del castellano y devoró en el fondo de su alma la amargura de aquella desdicha, que fué la última.

En aquel mismo momento caía el hacha del

verdugo sobre el cuello de Manrique. ¡Fatal coincidencia!

El conde no quiso volver a la ciudad para evitarse el dolor de una despedida que debía traspasarle el alma: envió sus órdenes con la noticia de lo tratado, y se entregó a su enemigo.

Antes que el sol se pudiese, quedó evacuada la plaza, saliendo de ella los que con tan heroico valor la habían defendido.

¡Triste fin después de tan costosos sacrificios!

El triunfo de don Fernando había sido completo. Ya no tenía quien le disputase la corona, y podía dejar el disimulo con que hasta entonces había encubierto sus inclinaciones despóticas y sus instintos ambiciosos y crueles.

Algunas fortalezas de poca importancia, que hasta entonces se habían mantenido por don Jaime, se rindieron, porque era ya inútil su resistencia.

Muchos caballeros del bando del de Urgel salieron del reino, temerosos de la saña del rey, porque no había inspirado la mayor confianza el perdón otorgado.

El conde fué llevado al castillo de Lérida, encerrándole en un estrecho y lóbrego aposento, sin consideración a su edad ni a su elevado rango.

Allí permaneció algún tiempo; pero no creyéndole el infante seguro, mandó que se le trasladase a Castilla y se le guardase en Uruëña.

Cuando comunicaron la orden al desdichado preso, exclamó con acento angustiado y amargura:

—¡Ah!... ¡Quieren privarme hasta del aire de mi patria!...

—Es preciso—le contestó el alcaide de la fortaleza.

—Pero ¿no me tiene aquí bien guardado? Decidle que me cargue de cadenas, pero que me deje ver el sol que toda mi vida contemplaron mis ojos, que me deje respirar el aire que siempre respiré. ¡Ah!... Rogádselo, suplicadle en mi nombre, decidle que en cambio de la ancha tierra que he perdido, me deje el estrecho recinto de este calabozo o más bien sepulcro.

—El rey lo manda...

—Pero el rey tendrá corazón que se ablande a los ruegos de un infeliz que arrastra una existencia penosa y dura, y ya no espera más que la muerte tras la lenta agonía que sufre sin descanso ni consuelo... ¡Ah!... ¡Mi patria!... Quiero respirar el aire de mi patria querida, ver su luz y morir en ella... ¡No me llevéis!

Todos sus ruegos fueron vanos, y sin escucharle siquiera, se le trasladó a Castilla, encerrándole en el castillo de Uruëña, donde debía concluir su existencia amarga.

La venganza de don Fernando fué más cruel aún, porque también persiguió a la anciana madre del conde, sin que ésta hubiese cometido otra falta que la de acudir al rey de Portugal, pidiéndole que se interesase por la libertad de su hijo, y además se quitó la vida a un caballero aragonés, acusado de haber ayudado a la madre desvalida, que rogaba por su hijo.

Intentó también don Fernando confiscar los bienes de los que habían ayudado al conde en la pasada guerra; pero las Cortes se negaron enérgicamente, diciendo que en tal caso habría que confiscar la mitad del reino o casi todo, y así era la verdad, pues la mayoría de los aragoneses, catalanes y valencianos favorecieron a don Jaime y le reconocían sus derechos al trono, sin recatarse para decir públicamente que el infante de Castilla era un usurpador.

No hay duda que éste debió su triunfo al ejército que llevó de Castilla, pues ni antes ni después de su proclamación logró conquistar las voluntades de sus súbditos, como lo grueba el que constantemente tuvo necesidad de rodearse de una guardia de castellanos que custodiaban su persona.

Puede haber exageración en las acusaciones de cruel y vengativo que le hacen los escritores de aquella época; pero es la verdad que de tal tenía fama, pues estando en Barcelona, y teniendo que presentarse al conde para reclamar contra el desafuero de dispensar a los nobles del pago de ciertos derechos sobre el trigo, hizo el representante popular testamento antes de acudir a la audiencia.

## EPÍLOGO

La temprana muerte de Leonor y Manrique había sido mayor desgracia para los que la ocasionaron que para los que la sufrieron.

Durante la peligrosa y larga enfermedad que había padecido don Nuño, sufrió tormentos horribles, porque el delirio de la fiebre le representaba fantasmas y sangre; pero más

cruels aún fueron después sus sufrimientos, porque la conciencia le gritaba sin cesar, acusándole de fratricida. Parecía ver en todas partes la sangre de su hermano y escuchar a todas horas la voz de la gitana y sus carcajadas estridentes al decir, como sobre el patíbulo: "¡Ya estás vengada, madre mía!"

¡Ah! La conciencia es un roedor que martiriza como ningún tormento, porque está en el alma y no hay medio de acallar sus gritos:

En poco tiempo había envejecido el conde, como si hubiese pasado un año por cada día; veíasele siempre abatido, triste, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y tan absorto en sus dolorosas ideas, tan distraído con sus espantosos recuerdos, que muchas veces sucedía dirigirle la palabra sin que de ello se apercibiese. Tan pronto se le veía caminar lentamente como con precipitación, pararse o seguir, sin que nadie le detuviese ni le llamase, pero siempre vacilando, como si no llevase determinada dirección.

—Conde, acabaréis por perder la vida sin más enfermedad que vuestra melancolía—solía decirle el rey.

—Señor—contestaba don Nuño—, acabaré por retirarme de la corte, porque todo el mundo me enoja, y cuanto con más empeño procuran divertirme, más crece mi tedio.

Efectivamente; le enojaba toda compañía, le cansaba toda conversación, y repetidamente solicitó del monarca licencia para retirarse a su castillo de Luna y acabar allí los días de su penosa existencia; pero nunca le fué otorgada la petición.

Don Guillén se encontraba en el mismo estado: triste, abatido y sufriendo los tormentos de la conciencia, sin ocuparse de otra cosa que de ir a rezar sobre el sepulcro de su infeliz hermana.

Lo mismo que el conde, huía de todos, y más particularmente de los que habían sido sus amigos, porque en cada mirada, en cada gesto creía ver una acusación. Parecía imposible que ningún hombre hubiese abrigado su ambición desmedida, hasta el punto de sacrificarlo todo a ella, y horrorizábase al pensar en su misma ruindad. ¡Cosa extraña! En un momento se había operado un cambio tal en sus sentimientos, en sus ideas y en sus inclinaciones todas, que no había para él nada más tierno ni digno de cariño que el recuerdo de su hermana, y se separó completamente de la corte, no ocupándose en otra cosa que en invertir sus rentas en limosnas. Empero, esto, que le proporcionaba la satisfacción de haber hecho un bien y abrir más y más su corazón a la ternura, le hacía comparar su vida presente con la pasada y ver con más negros colores la fealdad de sus faltas. Don Guillén estaba arrepentido; pero su arrepentimiento era de tal naturaleza, que le producía la desesperación, porque no podía volver atrás el tiempo y borrar lo pasado para obrar de distinto modo.

Azucena, después del último arrebató de su locura, había caído en una lastimosa postración moral, que acabó en breve con su existencia. Algún tiempo vagó por las cercanías del castillo de Luna y por las calles de Zaragoza, sin que se le oyese pronunciar una palabra y sin que su mirada sombría se levantara para mirar al cielo, hasta que un día no se encontró más que su cadáver en el mismo sitio donde por tantos años había ardido la hoguera fatal. Lo que había sufrido la desdichada no puede concebirse: bien había pagado su criminal extravío.

Solamente dos personas vivían tristes, si, pero resignadas, tranquilas, sin remordimientos y sin temores, y con la consoladora esperanza de que en la otra vida les concediese Dios el descanso y los goces que están reservados a las almas puras.

Aldonza había buscado un refugio en el claustro y profesado en el convento de Belén. Habitaba la misma celda que en otro tiempo había ocupado Leonor, y allí lloraba y rogaba por su infeliz señora. Al entrar en el convento, no pudo aspirar a tomar el velo, porque no le permitía su pobreza poder llevar un dote; pero una mano generosa y desconocida había cubierto esta necesidad, sin que ella sospechase nunca que era la de don Guillén de Sesé.

Firme en su resolución, el escudero Ruiz se hizo fraile, lo cual no acertaban a comprender sus antiguos camaradas y amigos por más que intentaban explicárselo.

Un día, segundo aniversario de la muerte de Manrique, desembocaron en la plaza donde éste había exhalado su último aliento, tres hombres.

El uno parecía caballero principal: vestía de terciopelo negro e iba seguido de un paje. Caminaba lentamente, con la cabeza inclinada y el rostro pálido, triste y tan distraído, que no advertía que algunos villanos se descubrían respetuosamente al pasar por su lado. Aparentaba cuarenta años de edad, aunque le

faltaban algunos para cumplir los treinta, y su frente revelaba hondos sufrimientos.

El otro, de más edad, extremadamente flaco, vestía modestamente de paño de gris y aparentaba ser lo más un hidalgo de mediana fortuna. También iba triste, con la cabeza inclinada y como absorto en profundas meditaciones.

El tercero era un fraile capuchino de negra y luenga barba, que ocultaba gran parte de su rostro, así como la ancha capucha le tapaba la frente, sin que se descubriesen más que sus ojos pardos, brillantes, expresivos y de mirada melancólica.

Después de algunos minutos se reunieron en el centro de la plaza, en el mismo sitio donde había expirado Manrique.

Tan distraídos iban, que ninguno reparó en los otros hasta que se tocaron, y entonces, levantando la cabeza, se miraron por un instante, palidecieron más de lo que estaban y dejaron escapar un grito.

El caballero y el hidalgo volvieron la espalda y se alejaron presurosamente y en dirección opuesta.

El fraile permaneció inmóvil algunos momentos, después sacó de su pecho una cruz de diamantes, la besó, volvió a guardarla y siguió tranquilamente su camino.

El caballero era el conde de Luna; el hidalgo, don Guillén de Serré, y Ruiz, el capuchino.

Al año siguiente, y en el mismo sitio, estaban reunidos en el salón de una casa dos escuderos y dos pajes. Contra su costumbre, permanecían silenciosos y se movían con cuidado para no hacer el más leve ruido.

De vez en cuando dirigían sus miradas a una puerta, desde la cual se oía una respiración precipitada y fatigosa, que más bien parecía un ronquido sordo y algún ¡ay! breve y agudo que hacía estremecer.

Largo rato pasó sin que el silencio fuese interrumpido más que por la respiración penosa y los quejidos, que iban siendo más débiles cada vez.

Del otro aposento salió una mujer de avanzada edad.

—¿No ha vuelto?—preguntó en voz muy baja a los criados.

—Ya lo véis—le contestó uno de éstos.

—Llegará tarde...

—¿Cómo se encuentra?

—Se acaba por momentos, y dudo que ya pueda hablar...

—Pues Antonio es ligero, y cuando tarda...

—¿Dios\*mío!

Oyóse otro quejido más fuerte que ninguno, y la mujer entró en el dormitorio.

La luz era allí escasa, pero la suficiente para ver en una cama a un hombre moribundo.

—¿Queréis algo, mi buen señor?—le preguntó la mujer.

—El confesor—dijo el enfermo con débil e inseguro acento.

—Pronto llegará...

—Me muero... ¡Ay!... Tengo sed...

—¿Os sentís peor?

El moribundo revolvió los ojos, abriéndolos extremadamente, y dijo:

—Luz...; más luz...

La mujer abrió la ventana, que estaba a medio cerrar.

—Así... ¡Qué hermosa... es la luz!... ¡Ay!... El confesor...

En aquel momento entró en el salón un fraile capuchino, cuyo rostro le ocultaban su barba negra y su capucha.

Los sirvientes se levantaron, diciéndole:

—Entrad, padre...; pronto...; se muere.

El fraile entró en el dormitorio, fijó en el

le bendijo en nombre de Dios omnipotente y misericordioso.

Humedeciéronse los ojos del capuchino, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y se perdieron en su negra barba.

Pocos momentos después dejó de existir el moribundo, que no era otro que don Guillén de Sesé.

El fraile era Ruiz.

Un año después, y también en el mismo día, atravesaba cerca del castillo de Luna un capuchino, caballero en una mula torda. No se le veían más que los ojos, que eran pardos, brillantes y expresivos.

Eran las diez de la mañana.

Brillaba el sol en un horizonte puro y azulado como el día en que Manrique murió.

Trinaban alegremente las aves, murmuraban con dulzura los arroyos, y toda la Naturaleza, en fin, sonreía.

Cuando el fraile dió vista a los elevados torreones, espoleó su cabalgadura, como si quisiese alejarse pronto de aquel sitio; pero fué detenido por la llegada de dos jinetes, que habían bajado a todo correr la montaña del castillo, y le dijeron:

—El cielo os envía.

—Guárdeos él, hermanos—les contestó el fraile.

—Venid...; se muere...; tal vez lleguéis tarde—replicaron los hombres.

—¿Adónde?

—Al castillo.

—¿Al castillo de Luna!

—Sí...; se muere el señor conde...

—¿El conde!...

—¿Por Dios!... Venid... Pide confesión... ¿Le negaréis la absolución?

El fraile levantó al cielo los ojos y exclamó con voz ahogada:

—¿Dios mío!...

—Aunque estaba enfermo de peligro, nadie creyó que moriría tan pronto, ni el médico que hace una hora le dejó... Venid.

Pocos minutos después entraba el capuchino en el aposento del conde.

Este confesó, y como don Guillén, besó la cruz de diamantes, recibió la absolución y expiró.

El fraile, que era Ruiz, salió del castillo con el rostro bañado en llanto.

—¿Dios mío!—exclamó con voz ahogada.—¿Cuán grande es vuestra justicia y vuestra misericordia!

El conde y don Guillén habían sido perdonados por el hombre en nombre de Leonor y Manrique, y por el sacerdote, en nombre de Dios.

## "Tras la alambrada"

Por LUKE ALLAN

*Viaje insólito a un rincón perdido, donde habitan gentes hurañas y misteriosas. Alguien pretende atentar contra unas vidas, que sienten en torno suyo una presencia oculta y los efectos de sorda persecución. Pero cierta sombra tutelar las protege, hasta que se descubre el enigma.*

Novela completa que publicaremos el domingo próximo al precio de 2 pesetas.

enfermo una mirada de sorpresa, reprimió un grito y retrocedió un paso.

—Confesión..., confesión—dijo el moribundo. Bajó más su capucha y se sentó junto al lecho.

Pocos minutos después, ya terminada la confesión, sacó del pecho una cruz de diamantes, la acercó a los fríos y secos labios del paciente, y cuando éste la hubo besado,

FIN